

ALEAGUARA

Nuria Barrios

Todo arde

Narrativa Hispánica



ALEAGUARA



Nuria Barrios

Todo arde

Narrativa Hispánica



Nuria Barrios

Todo arde

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Y Helios se sumergió y todos los caminos se llenaron de sombras.

HOMERO, *Descensus ad Inferos (Odisea)*

Por estos lugares llenos de espanto, por este inmenso Caos y por el silencio del vasto territorio yo os lo pido: volved a tejer el prematuro destino de Eurídice.

OVIDIO, *Orfeo y Eurídice (Metamorfosis)*

0. El robo

Asomó el hocico y olisqueó el aire. Las oscuras aletas de su nariz se dilataron al sentir el humo de las pipas, su tenue olor amargo. Los fognazos de los mecheros se alternaban con el crujido de las caladas y aquel sonido, el exhalar del fuego, el inhalar de los fumadores, se repetía rítmica, incesantemente, como si fuese la respiración febril del propio cuarto. Sin dejar de olfatear, el cachorro sacó la cabeza gris de entre los pliegues del saco de dormir. Aunque hacía calor, temblaba. La línea blanca que partía en vertical su frente descendía entre los pequeños ojos azules, se abría en torno a la trufa y caía alrededor de la boca.

El saco se encontraba bajo la mesa desportillada que utilizaban los vigilantes, a escasos metros de la puerta de acceso, una plancha de hierro con tres gruesos cerrojos que estaba cerrada. Lagrimeando, el cachorro se puso en pie. En el suelo, salpicado por sus excrementos, había dos botellas de plástico recortadas: una contenía pienso y la otra, agua. Con andares tambaleantes, tropezó con esta última y el líquido se derramó sobre el piso de cemento, dejando una huella oscura como un charco de orina. Sin prestar atención, el animal emergió de la penumbra de su refugio. La repentina luz blanca le hizo parpadear y se detuvo, indeciso.

El fumadero era una estancia amplia y sin ventanas, bien iluminada por los tubos fluorescentes del techo. El cachorro se estiró y contempló el caminar acelerado de quienes se dirigían al fondo del cuarto, hacia el ventanuco por donde se despachaba la droga. Llegaban con tanta prisa que parecían arrastrar con ellos el humo de la gran hoguera que llameaba de día y de noche a la entrada del fumadero de los Culata. Aún vacilante, el perro avanzó unos pasos. Ninguna mano lo frenó, ningún pie lo obligó a volver al saco de dormir y, balanceando los hombros igual que un fanfarrón, se unió a los que marchaban a comprar su dosis.

Aunque no debía de tener más de tres meses, se le marcaban ya los músculos futuros. La línea blanca que dividía su rostro bajaba por el cuello y se abría sobre el ancho pecho. También era blanco el final de las patas arqueadas, con cuatro dedos anchos y bien definidos que remataban las uñas, curvadas y de un rosa pálido. Aquellas pinceladas blancas y rosas en el robusto cuerpo gris le daban un aire al mismo tiempo infantil y pendenciero. Fue esquivando las piernas que se cruzaban en su camino. Nadie pareció reparar en él.

De pronto se quedó inmóvil y, con la frente arrugada, irguió la cabeza para olfatear. Los triángulos invertidos de sus orejas vibraron. En una esquina, arrumbados contra la pared, había dos sofás sin patas, unidos de tal manera que formaban una L. Sentado en uno de ellos, un hombre vestido con el mono de una empresa de mudanzas daba fuego a una pequeña pipa metálica. Una alta llamarada rodeó la cazoleta mientras él inhalaba. A continuación, la limpió, colocó sobre ella una diminuta piedra de color beis polvoriento y le dio fuego otra vez. Tan absorto estaba que no advirtió cómo se inclinaba hacia él la chica que se hallaba en el sofá vecino. Tampoco reparó en el cachorro, que se aproximaba con el rabo alzado como una antena.

El hombre apartó la pipa de la boca y los párpados se le cerraron mientras el cuerpo se le

vencía hacia delante. Para no caer, apoyó los antebrazos en los muslos y su cabeza se abatió sobre el pecho. En la mano derecha sostenía la pipa y en la izquierda una bolsita de plástico. Aunque aparentaba estar dormido, sus dedos ejercían sobre la pipa y la bolsa una presión leve, pero suficiente para retenerlas. La joven permanecía alerta, las aletas de su nariz temblando de deseo, pendiente de las manos del hombre, que se abrían y se cerraban apenas, como medusas flotando en aguas turbias.

De improviso, la pipa se precipitó al suelo. El sonido metálico sobresaltó a su dueño, que entreabrió los párpados con esfuerzo. Se inclinó a recogerla y volvió a incorporarse trabajosamente. Los ojos se le cerraron de nuevo, pero el cuerpo desmadejado no encontró el equilibrio anterior y los brazos se desplomaron a los costados. Esta vez fue la bolsita lo que cayó; se abrió en el aire y un pálido polvo se desprendió del plástico. Las partículas blancas flotaron durante un segundo antes de aterrizar a los pies del sofá. El cachorro olfateó el suelo con ansia.

—¡Quita!

El animal alzó la cabeza. Sus ojos, dos botones azules prendidos en los extremos del rostro, le daban un aire de triste desamparo. La chica se había levantado de un salto y se erguía sobre él; su larga melena castaña le caía sobre la cara, ocultándola.

—¡Largo! —ordenó, y le dio un puntapié.

Gruñendo, el perro retrocedió con el plástico entre los dientes. Su rostro se había convertido en una máscara feroz. Arrugaba el hocico, mostrando los colmillos diminutos y afilados, y todo su cuerpo parecía vibrar, dispuesto para la pelea. La joven lo miró dubitativa antes de acuclillarse.

—Ven, chiquitín —dijo con repentina dulzura y extendió hacia él una mano con la palma hacia arriba. Llevaba un blusón rosa que tenía flores de vivos colores bordadas en el escote.

El cachorro arqueó el lomo y gruñó con mayor fiereza, pero ella cerró suavemente el puño, como si guardase algo dentro. Su brazo moreno parecía una rama seca.

—No tengas miedo, ven —insistió con voz cantarina—. Mira lo que tengo para ti.

El animal vaciló un instante; luego sus músculos se aflojaron, ladeó la cabeza y se aproximó a olisquearla. Ella lo apresó por el cogote, le abrió a la fuerza las mandíbulas y le arrebató la bolsita. Soltó al animal y, con avidez, estiró el plástico y lo lamió.

—No has dejado nada, cabrón —rezongó.

El perro se había tumbado y se mordisqueaba una de las pezuñas delanteras. Con un movimiento rápido, antes de que pudiera huir, la joven se apoderó de él, lo colocó en su regazo y le pasó los dedos por el hocico seco y levemente azulado con tanta fuerza que el sorprendido animal aulló. Ella lo sujetó por debajo de las patas delanteras, y lo mantuvo suspendido en el aire.

—¡Hostia, si eres una señorita! —giró al perro a un lado y a otro, sonriendo—. ¡Una señorita muy guapa! —un destello de codicia le atravesó los ojos—. Una pitbull... Tú debes de valer un dineral.

El animal lanzó una dentellada al aire intentando escapar del cepo de aquellas manos huesudas, pero la chica no aflojó la presión. Alzó la vista hacia la salida y, al comprobar que no había ningún vigilante cerca de la puerta, su corazón comenzó a latir más deprisa. Echó una ojeada al ventanuco enrejado por donde se vendía. Aquella noche despachaba una prima de los Culata, pero la fila que se había formado la ocultaba. Los clientes se pegaban siempre a los barrotes como si sus cabezas fuesen limaduras de hierro arrastradas por un campo magnético. Aunque era difícil que la gitana pudiese atisbarla, la joven se sentó en el sofá dando la espalda al ventanuco. Con dedos temblorosos, abrió una bolsa de rayas de vivos colores que había sobre el asiento y metió al cachorro dentro. El animal rompió a ladrar, pero ella le cerró el hocico con una mano por fuera

de la tela. A su lado, el hombre del mono seguía dormitando con la cabeza inerte sobre el pecho. La joven se puso en pie y, sujetando la bolsa entre los brazos, se dirigió a la salida.

Atravesó el fumadero con premura, pero cuando llegó a la mesa de los vigilantes la puerta se abrió de golpe. Una súbita oscuridad pareció sofocar la blanca luz del cuarto. La chica, asustada, tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. En el umbral estaba Tino, el hijo pequeño de los Culata. Iba vestido de negro y sobre su camiseta relucía una gruesa cadena de oro de la que colgaba una imponente herradura, también de oro. Era tan gordo que tuvo que ponerse de costado para entrar.

—¿Dónde está Cristian? —el gitano señaló con un gesto la silla vacía delante de la mesa.

Los brazos de la joven se cerraron sobre la bolsa para ocultar al cachorro.

—No sé —musitó con la vista baja.

—¡Cristian! —llamó Tino.

Un súbito silencio se hizo en el cuarto. La fila que formaban los clientes delante del ventanuco quedó paralizada. La joven miró de reojo a Tino. Llevaba el pelo largo engominado y peinado hacia atrás. Tenía poco más de veinte años y, a pesar de su gordura, era un hombre guapo de grandes ojos negros, nariz recta y una boca bien dibujada con el mismo rictus cruel que el resto de la familia. Y había algo más, como un fulgor, que daba a su rostro un aire de capricho y violencia.

—¡Cristian! —gritó de nuevo.

Su mole bloqueaba el vano de la puerta.

El perro se removió dentro de la bolsa y la chica atenazó sus mandíbulas con mayor firmeza y desvió la vista hacia la mesa. En medio del batiburrillo que se acumulaba sobre la superficie destacaba una tortuguera vacía de paredes azul celeste. El último galápago había muerto como los otros, con el caparazón reblandecido por falta de luz natural. Una isleta con una palmera de plástico se alzaba en el centro del terrario. Sus largas y tersas hojas verdes brillaban en el aire viciado de la estancia.

La cabeza de una mujer asomó por detrás de un tablón de madera que servía de puerta en un lateral.

—¿Qué pasa? —farfulló con la voz ahogada por la mascarilla que le cubría medio rostro.

Un intenso tufo a amoníaco llenó el fumadero. Aquél era el habitáculo donde se cocinaba la cocaína base y donde dormían los vigilantes que trabajaban para los Culata a cambio de droga.

Tino extendió el voluminoso brazo hacia la silla vacía.

—¿Dónde está Cristian?

Ella se bajó la mascarilla y giró el cuello de un lado a otro con pequeños movimientos nerviosos, igual que un pájaro.

—Hace un rato estaba aquí.

—¡Me cago en Dios! En cuanto me doy la vuelta, se larga —los labios del gitano temblaron de ira—. ¡Que salga el Jero a vigilar!

La mujer asintió y se metió en el cuarto dando voces. Con el ceño fruncido, Tino fue tras ella. Caminaba con los pies abiertos hacia los lados y, en el temeroso silencio del fumadero, se oía el roce seco de la tela del pantalón al compás de sus pasos.

Tan pronto desapareció, la chica de la bolsa de rayas se abalanzó hacia la puerta de hierro, que había quedado abierta. El fumadero daba a un pasillo que avanzaba en zigzag a lo largo de cuatro tramos angostos. Habría podido atravesarlo con los ojos cerrados; conocía el recorrido de memoria: las paredes inclinadas, los manchurroneos de yeso, los desniveles del suelo; hasta sabía cuántos pasos se requerían para recorrerlo.

Caminó rápido, pero con cuidado de no correr. En cada tramo había una cámara y un vigilante. Ninguno la saludó. El Culata había pasado hacía unos minutos, dejando en sus rostros una mueca de terror. La chica cruzó delante de ellos, simulando indiferencia entre las miradas hoscas. Cuando llegó al último tramo se detuvo en el umbral. Sentado a horcajadas en una silla, de espaldas a ella, un vigilante le cerraba la huida. La puerta blanca que daba a la calle estaba cerrada. Sobre el dintel, en la esquina derecha, apuntaba una cámara.

La joven reconoció la calva y los anchos hombros de Popeye. Clavó los ojos en la mirilla de la puerta y le pareció ver el resplandor de la hoguera. Una pestilencia a barniz quemado flotaba en el aire. Estrechó la bolsa de rayas contra su pecho y palpó el bulto cálido. Al aflojar la presión de la mano con que apesaba el hocico del cachorro, de la tela escapó un gáñido. Un coro de aullidos se alzó desde el otro lado de la puerta blanca, sofocándolo.

Como si hubiese activado un resorte, Popeye giró el cuello hacia la chica. Las piernas de ella se doblaron de pánico y tuvo que apoyarse en la pared. Apresó de nuevo el morro del animal para callarlo y curvó los labios hacia arriba en una sonrisa.

—Hola, Noe —el vigilante le guiñó un ojo y sonrió de medio lado. Una bombilla desnuda colgaba sobre su cabeza. Tenía la nariz rota de los boxeadores, las cejas partidas, los nudillos deformes. La droga y la calle habían consumido su cuerpo—. ¿Ya te vas?

—Sí, tengo que encontrar al Piojo —se apresuró a responder Noe.

Popeye volvió la silla hacia ella sin levantarse. Tenía los antebrazos apoyados en el respaldo.

—A saber por dónde anda ése —chascó la lengua y movió la cabeza de un lado a otro—. Tú no aprendes.

Noe miró la puerta. Apenas tres metros la separaban de la salida, pero en aquel espacio tan pequeño, al hombre le habría bastado extender los brazos para cerrarle el paso.

—El cabrón se aprovecha de que tengo buen corazón —suspiró—. He pasado la noche en los juzgados de plaza Castilla y lo primero que ha hecho cuando me ha visto en el poblado ha sido largarse. Me debe dinero y me ha dicho que lo esperara, que iba a buscarlo.

—¿A buscar dinero? —bufó Popeye.

Noe se encogió de hombros.

—Yo qué sé...

El hombre escupió al suelo.

—Ya lo quería ver aquí haciendo turnos, pero ése, por no hacer, ni se muere. Llevo tres horas con el culo clavado en la silla. Y sonriendo, no vaya a ser que a alguno se le crucen los cables —miró de reojo la cámara, sobre la puerta, y bajó la voz—: ¿Has visto al Tino?

Ella notó cómo una gota de sudor se deslizaba por su espalda y asintió con la cabeza.

—Aquí están todos muy nerviosos —prosiguió el otro—. Han amenazado a la policía con mover el negocio al centro de Madrid si...

Noe le interrumpió y dio un paso adelante.

—Me tengo que ir.

El rostro de Popeye se oscureció.

—¿A qué vienen tantas prisas?

Noe estrechó la bolsa de rayas contra su pecho con mayor fuerza. Con una mano apretaba el hocico del cachorro y con la otra, el cuello. Apresado entre los brazos y las costillas de la joven, el animal rebulló hasta que quedó inmóvil.

—Ya te lo he dicho, he quedado con el Piojo. Me debe dinero, muchos *jurdós* —subrayó la última palabra.

—¿Y a mí qué? —el hombre había cerrado los puños sobre las rodillas y sus nudillos se veían enrojecidos y agrietados—. No me gusta que me interrumpen cuando hablo.

Con un movimiento brusco, arrastró la silla sobre el suelo de cemento y de nuevo le dio la espalda. Noe lanzó una mirada furtiva hacia atrás, pendiente de los ruidos que venían del pasillo. Sus ojos se movían de un lado a otro como moscas encerradas en un tarro de cristal.

—Perdona, no quería molestarte —balbuceó con voz quejumbrosa. Se apartó del rostro un mechón de pelo—. Tienes razón. ¡El Piojo siempre me la juega! Cuando lo encuentre, voy a matarlo.

Popeye no se volvió, pero Noe lo escuchó mascullar:

—A ése, échale un galgo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la cara de la joven.

—¿Sólo uno? Por lo menos le siguen cien. Ya sabes cómo es. Va por el poblado recogiendo chuchos moribundos. Se cree que es su puto salvador.

El vigilante se rascó la cabeza calva. En el estrecho habitáculo se oyó el raspar de las uñas contra el cráneo. Era un sonido primitivo y caliente. Noe le hizo una leve caricia en el cuello. Popeye se volvió por fin hacia ella. La luz de la bombilla creaba sombras en su rostro maltrecho.

—Menuda mierda de novio tienes —dijo desabrido—. No sé por qué cargas con él.

La chica se colocó la bolsa bajo un brazo para alejarla del alcance del hombre.

—Porque soy una gilipollas y nunca le digo que no.

—Como me lo encuentre, le voy a estrellar la cabeza contra un muro.

Ella se echó el cabello hacia un lado con coquetería.

—El día menos pensado lo dejo y me voy contigo.

Popeye le apesó la muñeca, tiró de la chica hacia abajo y le dio un lametón en la boca. Noe se incorporó con una risita.

—¡Serás perro! —exclamó y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Quédate un rato —le pidió él.

La miraba con una extraña fijeza y Noe asintió. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, y puso la bolsa bajo sus piernas. La tela estaba ahora húmeda y manchada de orines, pero en su interior nada rebullía. El cachorro era un bulto inerte y silencioso.

—¿Tienes un cigarrillo? —dijo.

Popeye volvió a guiñarle un ojo, sacó una cajetilla y se la tendió. Ella cogió dos pitillos y deslizó un dedo por el antebrazo del hombre.

—¿En qué año fuiste campeón de España?

El vigilante permaneció callado unos segundos, pensativo.

—Yo las fechas es que no... Lo que sé es que me he pasado la mitad de la vida dando hostias y la otra mitad recibéndolas —se llevó la mano derecha a la izquierda para hacer crujir los dedos—. Para mucha gente yo seré un ídolo toda la puta vida —levantó la vista hacia ella con expresión de orgullo—. Gente importante. Muy importante.

Noe se colocó un pitillo sobre la oreja y encendió el otro con una larga calada. Exhaló una bocanada de humo.

—¿Qué gente?

—Ni te imaginas. Al rey le he vacilado muchas veces. Le decía: ¿qué, rey, nos damos unos puñetazos?

—¿A qué rey? ¿El de ahora?

—El de antes —protestó Popeye—. ¡Era un tío de puta madre!

Ella lo miró con ironía.

—No me jodas que eres monárquico.

—Si existe la monarquía será por algo —se defendió él, y se dio una palmada en el muslo. Luego bajó la voz—: Mira alrededor, aquí también tenemos dos familias reales: los Culata y los Tiznaos. ¿O no es verdad?

Noe no contestó. Con los ojos clavados en la mirilla de la puerta, ya no le escuchaba.

—¿Me estás oyendo? —exclamó Popeye.

Ella se sobresaltó.

—Sí —se apresuró a contestar y se llevó el pitillo a los labios para centrarse.

—Pues eso, lo que yo digo es que si pagan a gente como el rey o la duquesa de Alba por sus títulos, ¿por qué no me pagan a mí, que también tengo títulos? Mejor los habré ganado yo, ¿o no?

Apresó la mano de la joven y tiró de ella para que se levantara. El cigarrillo encendido cayó al suelo.

—Toca, toca —le ordenó, mientras colocaba la palma de Noe sobre sus abdominales—. Y esto no es nada, antes yo era Dios —arrastró la mano de la chica hacia su ombligo e intentó meterla bajo el pantalón.

Noe se rio, pero separó el brazo.

—No te metas en líos —dijo, e hizo un gesto con la cabeza hacia la cámara.

Popeye alzó la vista. A veces, sobre todo cuando le entraban los temblores del mono, le parecía que aquel ojo de vidrio parpadeaba. Lo observó con atención, intentando vislumbrar en la negrura. Los Culata no sólo controlaban a quienes entraban a comprar.

—¡Me cago en todo! —rezongó.

Noe se inclinó para recoger la bolsa de rayas tirada en el suelo. El cachorro seguía inmóvil y callado, y temió que a fuerza de apretarle el cuello lo hubiera matado.

—Me voy —dijo—. Luego...

Popeye la interrumpió:

—Quédate quieta, que ahora estás conmigo.

Ella miró con desesperación la puerta blanca y volvió a sentarse en el suelo, cubriendo la bolsa con las piernas. Agarró el cigarrillo que se había colocado en la oreja y lo encendió. Le temblaban las manos.

Ambos se quedaron en silencio.

—¿Lo has visto? —dijo, por fin, Popeye.

—¿Qué?

—El cachorro —contestó el hombre y señaló con la barbilla el pasillo que daba al fumadero.

Las piernas de Noe comenzaron a temblar. Dio una calada al pitillo para ganar tiempo.

—¿Qué cachorro? —dijo mientras soltaba el humo.

Él frunció el ceño.

—¿Te estás quedando conmigo? No me mientas, que las mentiras joden mucho.

—No, te lo juro, no sé a qué te refieres.

—¿No has visto el cachorro de Tino ahí dentro?

Noe movió la cabeza de un lado a otro.

—No he visto ningún perro.

—Es una perra —aclaró él—. La tiene Cristian bajo la mesa. Es una pitbull gris.

—No estaba Cristian —se apresuró a replicar ella.

Aspiró el humo hasta que el filtro le quemó los labios. Arrojó la colilla al suelo y añadió sin

mirar al vigilante:

—Se la habrá llevado.

Popeye resopló y el aire, al salir por la comisura de la boca, le alzó el labio superior.

—El Tino es un genio. ¿Te has fijado en el colgante que lleva?

—Como para no verlo. Parece la herradura de un elefante.

—Ya, pero ¿qué hay dentro de la herradura?

Ella lo miró con suspicacia.

—La cabeza de un caballo.

Popeye lanzó una carcajada.

—Ha quitado el caballo y ha colocado en su lugar la cabeza de su pitbull. Esa perra es su último capricho.

El rostro de la chica se ensombreció.

—No me jodas.

El vigilante se inclinó hacia ella e introdujo la mano por el escote de su blusón rosa.

—Estás temblando. ¿Te encuentras bien?

—Ya sabes. La puta droga —musitó Noe e inclinó el cuerpo hacia un lado de tal manera que el hombre tuvo que apartar el brazo.

Con gesto adusto, él chascó la lengua. Alargó el índice y acarició una de las flores bordadas en la pechera del blusón. Ella, esta vez, no se movió.

—El Quino me ha dicho que la semana que viene habrá una pelea de perros en Illescas. ¿Quieres que vayamos? Podemos ir en su coche.

—¿Una pelea de perros? —repitió la chica—. No sé si a mí me va eso.

—¿Te van los billetes?

—¿Me estás vacilando? —Noe se esforzó en sonreír—. ¿Tú qué crees?

—Pues entonces, solucionado: allí vuelan los billetes. Hace dos noches hubo una pelea en los Berrocales. ¡Menuda carnicería! El dueño del perro que ganó se llevó veinticinco mil euros. El bicho era tan feo como yo. ¡Así somos los campeones! —el hombre cerró los puños e hizo el gesto de pelear como si estuviera en un ring. Luego le guiñó un ojo y le dedicó su sonrisa de medio lado—. Era un pitbull blue, como la perra del Tino.

—¿Blue? ¿Azul? —preguntó Noe. En su voz había un eco nuevo—. ¿La perra del Tino es una pitbull blue?

—¿Tú no me escuchas, o qué? —exclamó Popeye, impaciente.

—¿No has dicho antes que es gris? ¿Es gris o es blue? —insistió ella. Al ver el ceño del hombre, frunció la boca y le lanzó un beso—. No te enfades, claro que te escucho.

La cólera que deformaba el rostro del vigilante aparecía y desaparecía como una nube que se desliza por encima del campo proyectando sombras a su paso.

—Los únicos bichos azules que conozco son los pitufos —dijo Noe e hizo un mohín infantil.

—¡Los pitufos! —repitió Popeye y soltó una carcajada. Aún sonriendo, se golpeó la nariz con un dedo—. La perra del Tino es gris, pero tiene el hocico azulado. ¿Tú sabes lo que puede valer?

Los ojos de Noe brillaron.

—¿Quinientos? —aventuró.

Popeye enarcó las cejas.

—Más, mucho más. Una perra así es... la gallina de los huevos de oro. Ya me gustaría a mí pillar alguna. Al Tino le ha debido de costar una fortuna. Los cachorros de los campeones valen un dineral y la madre de ésa es una mala bestia. No ha nacido todavía el animal que pueda con sus

hijos. Hay que arrancarles los perros ya muertos de las mandíbulas porque no los sueltan. Tienen más dientes que los tiburones.

Un hombre asomó la cabeza desde el pasillo y se dirigió a Popeye.

—Te llama el Tino —dijo, y se fue.

—¡Putá mierda! —refunfuñó Popeye. Con el ceño fruncido, apuntó a la chica con la barbilla—. ¿Vas a volver más tarde? Acabo el turno dentro de una hora.

—Claro —contestó ella. Aferró la bolsa y se puso en pie.

El vigilante se levantó para retirar la silla y abrió el cerrojo de la puerta blanca. El olor a barniz quemado se hizo más intenso. Noe salió a un pequeño patio cerrado por un muro coronado con vidrios rotos. En un lateral, tras una alambrada, una decena de perros se abalanzaron contra la cerca y rompieron a ladrar, enloquecidos. De la bolsa de rayas salió un débil aullido de respuesta. Al oírlo, una sonrisa iluminó el rostro de la chica. Palpó la tela y aprisionó las mandíbulas del cachorro, pero esta vez lo hizo con mucho cuidado, casi con delicadeza. Sobre el muro asomaban las altas llamas de una hoguera. Bocanadas de humo ascendían blandamente al cielo. Flotando en la humareda se veían pavesas encendidas igual que brillantes adornos en una trenza gris.

—¡Curro! —la voz de Popeye se impuso sobre los ladridos.

De las sombras apareció un joven greñudo. Arrastrando los pies, abrió un portalón en el extremo del muro. Por el vano entró el resplandor de la hoguera y las llamas ardieron en las pupilas dilatadas de Noe. Sin decir adiós, voló hacia el fuego como una polilla hacia la luz. A su espalda escuchó un grito:

—¡Noe!

Ella continuó, sin hacer caso. Las llamas lamían con avidez el cielo ceniciento.

—¡Noe! —era Popeye quien la llamaba—: ¡¡Noe!!

Se detuvo, aterrorizada, y sujetó la bolsa para arrojarla a la pira con el cachorro dentro. El fuego rugía hambriento.

—¿Qué? —dijo, girándose a medias, los dedos muy blancos en torno al asa de tela.

Popeye había salido al patio y, apoyado en el quicio de la puerta, la contemplaba.

—Tráeme una Coca-Cola cuando vuelvas.

Ella asintió y, sin mirar atrás, se lanzó a correr hacia la calle principal del poblado con la pesada bolsa golpeándole una y otra vez la cadera como el badajo de una campana que alerta de la catástrofe.

1. El descenso

Lolo se detuvo ante el mostrador de la comisaría del aeropuerto de Barajas y tomó aire antes de hablar:

—Estoy buscando a mi hermana —dijo de un tirón. La voz le tembló un poco.

Aunque la policía que se hallaba frente a él estaba de pie, el chico era tan alto que tuvo que alzar la cara para hablarle.

—¿Se ha perdido? —sin apartar los ojos de Lolo, cogió el walkie-talkie que llevaba prendido en el cinturón.

Lolo se sonrojó. No aparentaba más de dieciséis o diecisiete años. Llevaba una camiseta negra con el rostro de la reina de Inglaterra. La imagen tenía los ojos vendados con un letrero donde se leía «*God Save the Queen*», y el nombre de los Sex Pistols le tachaba la boca.

—¿Dónde estabais cuando la viste por última vez? ¿En qué zona del aeropuerto? —insistió la agente.

—No, no se ha perdido —titubeó el muchacho mientras cambiaba el peso de una pierna a otra—. Se fue de casa hace casi un año y... Y no sabemos dónde está.

Ella lo miró con severidad. Llevaba el cabello rubio recogido en una larga coleta.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco.

La agente enganchó de nuevo el walkie-talkie a su cinturón.

—Lo siento, no podemos hacer nada. Es mayor de edad.

Lolo tragó y la nuez prominente subió y bajó en su delgado cuello. Desde primera hora de la mañana deambulaba por el aeropuerto para localizar a su hermana y ya eran las siete de la tarde. Se había acercado a la comisaría porque no estaba dispuesto a rendirse. Él no. Aún no.

—Es t-toxicómana —hizo una pausa y se obligó a respirar despacio un par de veces para continuar hablando sin trastabillar—. Me han dicho que suele estar aquí, en la T4.

A la policía le conmovió la expresión ingenua de aquel muchacho tan alto, tan flaco, con su camiseta planchada de los Sex Pistols. Meneó la cabeza con pesadumbre antes de hablar:

—¿Cómo se llama?

—Elena Sierra, pero todo el mundo la llama Lena.

El chico sacó el móvil de uno de los bolsillos delanteros de su vaquero y comenzó a buscar entre las fotografías que tenía guardadas. Su dedo se deslizaba sobre la pantalla de derecha a izquierda mientras pasaba velozmente las imágenes que no le interesaban. Al encontrar la que deseaba, la amplió con el índice y el pulgar y se la mostró a la agente. El rostro sonriente de una joven con un aro de oro en la nariz ocupaba la pantalla. Tenía el cabello castaño, las cejas claras, los ojos almendrados. Su amplia sonrisa mostraba unos dientes grandes y blancos.

La policía alzó la vista. El pelo, muy tirante, le alargaba la frente y parecía arrastrar sus pómulos hacia arriba.

—Sí, la conozco —dijo.

El rostro de Lolo se iluminó.

—¿Está aquí?

—Por favor, dame tu DNI —fue lo único que contestó ella.

Lolo se apresuró a sacar la cartera.

—Soy su hermano, de verdad —se defendió, y le tendió el carné.

Ella le pidió que esperara y se dirigió al interior de la comisaría. El calor de agosto se estrellaba contra los ventanales que cerraban aquel costado de la terminal. Lolo asomó la cabeza por la puerta por donde había desaparecido la mujer: sentados ante sus mesas, dos policías tecleaban en sus ordenadores. Uno de ellos separó la vista de la pantalla un instante y sorprendió a Lolo, que regresó al mostrador de inmediato.

La agente no tardó en volver.

—Hay varias denuncias de robo contra ella —dijo mientras le devolvía el carné de identidad.

—¿Contra mi hermana?

Ella asintió.

—Sí, así saca el dinero para comprar la droga.

Una expresión de desconcierto apareció en el rostro del chico. Lena había robado a sus padres antes de dejar la casa, pero ellos no le habían dicho que se hubiese convertido en una ladrona. Al contrario, le habían contado que su hermana se ganaba la vida en el aeropuerto engañando a la gente. Inventaba que le habían robado y, entre lágrimas, añadía que necesitaba dinero para pagar el autocar que la llevaría a su casa en Asturias o en Galicia o en cualquier otro lugar.

La agente empezó a tamborilear con impaciencia sobre el mostrador.

—Es todo lo que hay sobre ella.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? —le preguntó él.

—¿Has mirado en los servicios?

El chico abrió los ojos con asombro.

—¿En los servicios?

—En los de mujeres.

Lolo se sonrojó.

—No. Son de mujeres.

Ella no pudo evitar sonreír. Las comisuras de sus ojos se achinaron y, por un breve momento, a pesar de la pistola que llevaba al cinto, a pesar del uniforme azul con la placa dorada sobre el pecho, pareció muy joven. Lolo pensó que no debía de ser mucho mayor que Lena.

—Da igual —lo animó ella—. Tú asoma la cabeza y di su nombre en alto, por si acaso. Y mira también en los servicios de minusválidos.

—¿En los de minusválidos? —repitió el chico, aún con mayor perplejidad.

La agente asintió.

—Los yonquis se encierran allí para drogarse y a menudo se quedan a pasar la noche —miró a Lolo y vaciló unos instantes antes de proseguir. La sonrisa había desaparecido de su rostro—. Hace unos días los de seguridad encontraron de madrugada a tu hermana en el que hay en la primera planta. La puerta estaba cerrada, pero nadie contestaba. Cuando la abrieron, ella y el tipo que suele acompañarla estaban tumbados en el suelo. Se habían envuelto en papel higiénico como dos momias.

Lolo la escuchaba con los ojos muy abiertos. La policía se fijó en las pequeñas motas verdes diseminadas en el iris castaño.

—¿Por qué?... ¿Por qué hicieron eso? —preguntó él.

—¿Lo del papel?

El chico asintió.

—Estaban tiritando —dijo ella—. A los de seguridad les dijeron que tenían frío... ¡Frío! Lo que tenían era el mono.

Los labios del chico temblaron.

—¿Seguro q-que...? —se detuvo y tomó aire—. ¿Seguro que era Lena?

Ella lo observó en silencio.

—¿Dónde están tus padres?

Lolo desvió la vista.

—En casa —murmuró.

—¿Por qué no han venido contigo?

Una mujer y un niño se aproximaron a ellos. La agente les lanzó una rápida mirada mientras esperaba a que el chico respondiera. Él permaneció callado.

—Lo siento, no puedo ayudarte más —dijo al fin la policía con gesto serio.

—Gracias —se apresuró a contestar él, y se encaminó a la salida.

La agente lo vio alejarse. Parecía un niño al que hubiesen estirado. Llevaba unos pantalones vaqueros hasta la rodilla que dejaban al aire unas piernas largas y tan delgadas que apenas se marcaban en ellas los gemelos. Iba braceando como si quisiera darse impulso para avanzar más rápido.

Lolo recorrió los servicios de las dos plantas. Fue primero al de minusválidos donde habían encontrado a su hermana. La puerta estaba cerrada y golpeó con los nudillos. A unos pasos, una empleada de la limpieza lo observaba apoyada en el tirador de su carro. Él sintió cómo le ardía el rostro de vergüenza. Se pegó a la hoja y llamó a Lena en voz baja. A pesar del aire acondicionado, le sudaban las manos. Oyó un ruido en el interior y, con el corazón desbocado, aguardó. Cuando la puerta se abrió, apareció un hombre vestido con traje y corbata. Rehuyó mirar al chico y se alejó arrastrando una maleta.

El servicio de mujeres estaba enfrente. La puerta tenía un ojo de buey, pero el cristal opaco impedía ver el interior. Lolo esperó a que la señora de la limpieza se marchara para entrar. Un espejo cubría la pared donde se hallaban los lavabos. No había nadie. Al fondo estaban las cabinas de los retretes. Azorado, llamó a su hermana en voz alta. Aguardó unos segundos y, al no obtener respuesta, salió presuroso.

Hizo lo mismo en los demás baños. Al entrar en el último, una mujer que se estaba pintando los labios se quedó mirándolo fijamente a través del espejo. La barra de labios, que sostenía en el aire, era de un color rojo vivo. Él balbuceó el nombre de su hermana y se dio la vuelta.

Abatido, deambuló por la terminal. Los claros listones de bambú del techo, curvados como alas, tamizaban la luz de agosto que entraba por los lucernarios. En el espacio diáfano, las columnas amarillas parecían los altos troncos de una elegante arboleda oriental. Los pasajeros, inmersos en aquella claridad, se cruzaban apresurados. Lolo caminaba despacio, observándolos con atención por si descubría entre ellos a su hermana.

Un estremecimiento de excitación recorrió su cuerpo. Lena marchaba unos metros por delante de él con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta lila. La alcanzó a la carrera y le puso una mano en el hombro. La chica se volvió hacia él, sobresaltada.

—¿Sí?

Tenía los ojos azules y la cara llena de pecas.

—Perdona —Lolo enrojeció—. Te he confundido con otra persona.

Ella enarcó las cejas y siguió su camino.

Lolo la vio alejarse, paralizado por un temor nuevo. Llevaba un año sin ver a su hermana y no sabía si la reconocería. Cuando él se marchó a Irlanda, Lena ya había adelgazado mucho. Ahora probablemente estaría peor. En casa de sus padres no había fotos de ella, como si se hubiese desvanecido. Él también había cambiado. Recordó su sorpresa al mirarse en el espejo durante los meses de internado en Wexford. Pero, aunque su cuerpo era otro, su rostro era el mismo. Más anguloso, pero el mismo al fin y al cabo. Con esa esperanza, con el deseo más bien de que el rostro de su hermana tampoco hubiese cambiado, siguió su búsqueda.

Abandonó la zona central y se dirigió a los laterales acristalados que cerraban el edificio. En un banco, tres jóvenes reían y tecleaban en sus móviles. Cerca de ellos, en el banco vecino, una mujer dormitaba. Lolo se acercó y se inclinó con sigilo sobre ella. Parecía una mendiga. Olía a café y aquel olor caliente, casi corporal, le repelió.

Casi de puntillas, se alejó. En las esquinas más retiradas descubrió corredores que no llevaban a ninguna parte. Detrás de la oficina de objetos perdidos, en uno de esos pasillos, descubrió un saco de dormir sobre unos cartones. A su lado, volcado en el suelo, había un vaso de batido con el logo de Oreo y varios envases de comida vacíos.

El deseo de hallar a su hermana iba mezclándose con el miedo. Anhelaba encontrarla. Temía ver cómo se encontraría.

Volvió sobre sus pasos. De la puerta del McDonald's que estaba junto a la farmacia de la T4 escapaba un aroma a patatas fritas y a hamburguesas. Su estómago protestó. Llevaba sin probar bocado desde la mañana. Había esperado a que su padre saliera a trabajar para levantarse. Desayunó deprisa un tazón de leche con cereales y escribió una nota para avisar de que pasaría el día en casa de un amigo. Cuando se marchó, su madre aún estaba en la cama.

Entró en el McDonald's y miró en torno. El local era muy espacioso, con sillones semicirculares tapizados en falsa piel y plantas de plástico sobre las mesas. Todas estaban ocupadas, pero en ninguna se hallaba Lena. El estómago del chico rugió de nuevo. Compró una Big Mac y una Coca-Cola grande y se dirigió con la bandeja a las mesas altas que había fuera, en la zona de paso de los viajeros.

Acababa de sentarse cuando la vio. Arrastraba una pequeña maleta de ruedas y cojeaba ligeramente. Era ella: reconoció de inmediato su rostro y el aro en la nariz. Vestía una camiseta blanca de tirantes, unas mallas negras, unas sandalias blancas. Cruzado sobre el pecho llevaba un bolso de cuero.

—¡Lena!

La chica se detuvo y alzó el rostro con expresión recelosa. Lolo se abalanzó sobre ella y la cogió en volandas. No pesaba nada, era un pajarito. Ella permaneció en silencio, el cuerpo rígido entre sus brazos. Confundido, Lolo la dejó en el suelo. No la recordaba tan menuda; parecía una niña.

—Lena, soy yo —le dijo.

Ella se apresuró a sujetar otra vez la maleta y miró alrededor, como si temiera ver aparecer a alguien más.

—S-s-soy Lolo —insistió él.

Como un resorte, ella levantó la vista. Sus ojos castaños sobresalían saltones en el rostro

enflaquecido.

—Respira antes de hablar —le ordenó y, ensanchando las aletas de la nariz, tomó aire y lo expulsó teatralmente.

Lolo enrojeció de ira, pero inspiró despacio y, mientras espiraba, dijo sin trabarse:

—Eres una gilipollas.

—Así está mejor —su hermana sonrió. Aunque iba maquillada, bajo los ojos se le dibujaban grandes cercos oscuros—. ¿Tú qué haces aquí?

Sin darse cuenta, Lolo se encorvó para intentar situar su cara a la altura de la de su hermana.

—He venido a buscarte.

Lena frunció el ceño. Apretaba con tanta fuerza el tirador de la maleta que tenía los nudillos blancos. Parecía dispuesta a salir corriendo en cualquier momento.

—¿Has venido solo? —le preguntó mientras lanzaba ojeadas inquietas en torno.

Lolo miró alrededor, sin comprender.

—¿Solo? —de repente, lo entendió—. Sí, estoy solo. Papá y mamá no saben que estoy aquí.

El rostro de Lena se relajó. Soltó la maleta y se recolocó el bolso que llevaba en bandolera.

—¿Tú no estabas en Inglaterra?

—No, estaba en Irlanda —la corrigió Lolo con un leve tono de reproche—. Volví hace un par de meses, a principios de junio.

Ella no dijo nada. Se mantenía a distancia, evitando tocarlo, impidiendo que la tocara. La diferencia de estatura hacía aún más intensa la sensación de extrañeza que abrumaba al chico, como si en el año que habían pasado sin verse todo hubiese cambiado de perspectiva.

—¡Menudo estirón has dado! —exclamó por fin su hermana, que parecía haber adivinado lo que él estaba pensando—. ¿Cuánto mides?

Lolo se irguió.

—Uno noventa y cuatro —declaró con orgullo.

Lena silbó, mientras lo miraba de arriba abajo. Lo contemplaba con la misma perplejidad con la que él la había contemplado antes. Sus ojos se detuvieron en las deportivas negras, desmesuradamente grandes al final de las delgadas piernas.

—¡Joder! ¿Dónde vas sin pies?

Él se rio.

—Uso el cuarenta y ocho —dijo, y se encogió de hombros con ingenuo asombro.

—Yo podría dormir encima de esos pies —bromeó su hermana.

Lolo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Llevo todo el día buscándote. Ya creía que no iba a encontrarte —su torso largo y delgado se curvó de nuevo hacia ella como una hoja—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿no me ves? —replicó Lena, otra vez a la defensiva.

Parecía una niña, pero su rostro se había endurecido. Dirigió la mirada hacia la cruz luminosa de la farmacia.

—¿Esa hora está bien? —preguntó.

En el interior de la cruz verde destellaba un reloj digital: eran las ocho y veinte.

—Imagino que sí —asintió Lolo.

Lena abrió el bolso y rebuscó en el interior hasta sacar el móvil, un aparato viejo con la pantalla astillada. Lo encendió y, con gesto malhumorado, volvió a guardarlo.

—Siempre igual —masculló, como si hablara consigo misma—. No sé para qué quedamos a una hora.

—Lena...

Ella alzó los ojos hacia su hermano.

—¿Qué? —le preguntó con semblante hosco.

—¿Te vas de viaje? —Lolo señaló la maleta negra con la cabeza. Abultaba poco, como las que permiten llevar en cabina.

Lena lanzó una carcajada.

—No, hoy no.

El rostro del chico se iluminó.

—Entonces puedes venir conmigo a casa.

Ella ladeó la cabeza.

—Yo ya no vivo allí.

—¿Dónde vives?

Lena hizo un movimiento vago con la mano.

—Por ahí.

—¿Dónde? —insistió Lolo.

Ella no contestó. Enrolló un mechón de su melena en el índice y, sujetándolo con el pulgar, lo estiró como si fuese un muelle hasta soltarlo. Un sujetador de encaje morado asomaba por el escote de su diminuta camiseta. Con ademán mecánico, volvió a enrollar el mechón y a estirarlo. Las yemas de sus dedos eran de color gris plomo.

De su bolso escapó la melodía de una llamada. Se apresuró a contestar.

—Sí, ya voy —dijo con aspereza—. ¡Que ya voy! —colgó y se volvió hacia su hermano—. Tengo que irme.

—¿Adónde?

—Me están esperando —explicó impaciente.

Lolo la miró con sorpresa.

—Pero si te acabo de encontrar —protestó—. Hace un año que no nos vemos.

—Me tengo que ir —repitió ella con el tono de alguien a quien le hubiera sobrevenido una contrariedad imprevista—. Te llamo mañana.

Sujetó el tirador de la maleta, pero, antes de que pudiese reaccionar, él le había atrapado la mano que tenía libre. Era áspera y dura como una piedra.

—¿Qué haces? —exclamó Lena y, con gesto brusco, se soltó.

—No tienes mi número de móvil —Lolo se arqueó aún más para que sus rostros quedasen a la misma altura, como si así pudiese convencerla.

Ella sacó de nuevo su teléfono del bolso.

—Dámelo —lo apremió.

Sus dedos teclearon muy deprisa el número, lo guardó en la agenda y, sin alzar la vista hacia él ni decir adiós, se dio la vuelta y se alejó. Lolo fue tras ella.

A pesar de la cojera, su hermana caminaba muy deprisa. Él la veía avanzar a saltitos, sorteando personas y maletas. De repente, su angustia dejó paso a una sensación de excitación, como si fuesen otra vez niños y estuvieran jugando. Lena tomó la escalera mecánica que bajaba y se abrió camino entre los pasajeros. Su maleta golpeaba las piernas de quienes no se apartaban a tiempo, pero cuando se volvían para protestar y la veían, callaban y se inclinaban hacia el lado opuesto para no rozarla. Los dos hermanos bajaron por aquella escalera y luego por otra más y otra más. El cielo, que se recortaba redondo en el alto lucernario sobre sus cabezas, se veía cada vez más lejano. Lolo tuvo la impresión de estar descendiendo hacia unas profundidades desconocidas. Al

llegar a la planta inferior, Lena atravesó el vestíbulo y se dirigió a la salida.

Cuando Lolo la alcanzó, estaba detenida en la acera, junto a las puertas acristaladas de la terminal. Tenía el rostro vuelto hacia la hilera de coches aparcados unos metros más allá de la fila de taxis. Un olor a asfalto recalentado lo golpeó. El día se resistía a finalizar; a pesar de la hora, el cielo estaba blanquecino y el aire tenía un extraño fulgor. Lolo guiñó los ojos y puso una mano en el hombro de su hermana. Lena dio un respingo y se volvió hacia él.

—¿Qué haces aquí? —exclamó.

Fuera del edificio, el maquillaje que cubría su rostro parecía arcilla seca y se resquebrajaba sobre cuatro o cinco costras dispersas en la frente. En sus mejillas se veían pequeñas cicatrices redondas que Lolo no conocía, como si hubiese pasado la varicela.

—¿Qué te ha ocurrido en la cara?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué me va a pasar?

—Antes no tenías esas marcas —insistió él.

—¿Te refieres a esto? —Lena se llevó una mano a la frente y se rascó con descuido una costra hasta arrancársela. En la piel quedó un cerco inflamado y enrojecido—. No es nada.

Lolo la miraba fijamente. Señaló el aro rosa que su hermana llevaba en la aleta izquierda de la nariz.

—¿Y tu piercing de oro?

Ella se encogió de hombros.

—No tenía dinero y lo vendí. Éste es muy mono, ¿verdad?

Los coches reverberaban bajo la inclemente claridad. La mayoría tenían las luces de emergencia encendidas, y algunos conductores aguardaban fuera, apoyados en las carrocerías. Nada quedaba del alegre azul de la mañana, cuando Lolo había llegado al aeropuerto. El cielo pesaba ahora como una lápida de cal.

Las puertas automáticas se abrieron y una chica salió de la terminal arrastrando dos maletas. Lolo sintió el fugaz alivio del aire acondicionado en la nuca, en la parte posterior de los antebrazos, en las pantorrillas desnudas. La muchacha se dirigió a un coche blanco entre las efusivas exclamaciones de una pareja que alzó los brazos al verla. Se besaron, el equipaje desapareció en el maletero, el coche se alejó y, al instante, fue sustituido por otro. Hacía dos meses, sus padres y él habían interpretado la misma escena. Camino a casa, cuando les preguntó por Lena, se hizo un silencio en el interior del vehículo. «Por ahí anda», dijo finalmente su madre, y comenzó a hablar de otra cosa.

A su lado, igual que un gorrión que no puede estar quieto, Lena cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿A quién esperas? —le preguntó Lolo.

—¿Por qué no te vas a casa? —replicó ella en tono cortante.

Él no contestó. Un hombre joven pasó a su lado y cruzó con paso ligero hacia un deportivo gris que estaba aparcado más allá de los taxis. Del interior salió una chica con una larga melena pelirroja y se echó en sus brazos. Lolo miró alrededor: escenas similares se reproducían con otros viajeros y en otros vehículos. En la luz dilatada por el calor, la repetición poseía una cualidad febril e irreal.

Lena introdujo la mano en el bolso y sacó una cajetilla de Marlboro.

—¿Quieres?

—No fumo.

—Haces bien —dijo ella y encendió un cigarrillo.

Un grupo de turistas asiáticos salió de la terminal detrás de una mujer con un paraguas verde abierto, que los condujo hasta una furgoneta azul celeste. Subieron ordenadamente. Todos lucían el mismo sombrero blanco de tela y varios llevaban una mascarilla que les cubría medio rostro. Lena no les prestó atención. Daba caladas nerviosas al pitillo, mientras sus ojos recorrían con detenimiento la hilera de coches.

De pronto, se alejó renqueando hacia la izquierda. Su hermano se apresuró a seguirla, pero apenas habían recorrido unos metros cuando ella se detuvo delante de un cenicero de pie y restregó la colilla contra él hasta apagarla.

—¿Por qué cojeas? —le preguntó Lolo a su espalda.

Con expresión malhumorada, se volvió hacia él.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

El aire los envolvía igual que una gasa, asfixiándolos. Lena ignoró a Lolo, atenta a los coches que llegaban. Se puso de puntillas para observar el extremo más alejado, que parecía ondular en el calor. Luego resopló, sacó la cajetilla de Marlboro y encendió otro pitillo.

—Oye, ¿por qué no te vas ya a casa? En cualquier momento van a venir a buscarme.

—Yo he venido a buscarte antes —le reprochó Lolo.

—¡Y dale! No seas pelma.

Un destello de rabia cruzó los ojos del chico.

—Aún no me has preguntado qué tal me ha ido en Irlanda.

Lena dio una larga calada y sacó ligeramente el labio inferior para exhalar.

—Bien, ¿no? —dijo con los párpados entrecerrados para evitar el humo.

—¿Cómo lo sabes si no me has llamado ni una sola vez? Ni siquiera me mandaste un mensaje en mi cumpleaños.

—Ni tú en el mío —replicó ella.

—Yo no tengo tu número de móvil.

—Yo tampoco tenía el tuyo.

Con el cigarrillo prendido entre los labios, Lena rebuscó en el bolso hasta dar con el teléfono. Encendió la pantalla para comprobar las llamadas.

—Son casi las nueve, deberías irte ya —insistió.

Lolo frunció el ceño.

—Espero contigo —dijo—. No tengo prisa.

En la fila de coches, un hombre alzó el brazo. Lena arrojó el pitillo al suelo y agarró el tirador de la maleta. Lolo la sujetó del codo.

—No te vayas —le suplicó—. Ven conmigo a casa.

Ella se revolvió. Tenía una fuerza asombrosa para un cuerpo tan enflaquecido.

—¿Cuántas veces quieres que te lo diga? ¡Yo ya no vivo allí!

Se separó de Lolo y bajó la acera para cruzar, pero él se colocó delante y le cortó el paso. Sólo la veía a ella, alrededor todo era blanco, como si fuese una fotografía sobreexpuesta.

—¿Qué haces? —le espetó Lena furiosa.

—No vas a llamarme, lo sé.

Ella miró a un lado y a otro con el afán de un animal acorralado que busca un hueco para escapar. En la acera humeaba el pitillo que había arrojado a medio fumar.

—Te prometo que mañana quedamos.

Él no se movió. Lena agitó el móvil en el aire.

—Te hago una llamada perdida, así tienes mi número, y si yo no te llamo, me llamas tú.

Marcó el número de Lolo y el timbre de un teléfono antiguo escapó del vaquero del chico. Él se llevó una mano al bolsillo y Lena aprovechó para escapar. Lolo la vio alejarse, su figura menuda vibrando en el calor como un frágil espejismo. La alcanzó a grandes zancadas.

—Voy contigo.

—¡Joder! ¡Mira que eres pesado!

—Si es por dinero, no te preocupes. Tengo cien euros.

Lena se paró en seco.

—¿Cuánto?

—Cien euros —repitió Lolo. Del bolsillo delantero del vaquero sacó una cartera marrón, la abrió y le mostró los billetes.

Lena dio la espalda a los coches y extendió la mano con rapidez.

—Dame sesenta para pagar al conductor —dijo en voz baja y apremiante. Él le tendió un billete de cincuenta y otro de diez. Lena los guardó en la copa derecha del sujetador morado y lo miró con severidad—. De esto no les digas a los otros ni una palabra. ¡Vamos!

Su hermano le pasó el brazo por los hombros y juntos caminaron hacia el coche. En el horizonte se dibujaba ahora una ancha franja de un pálido anaranjado que se tornaba rosa en la parte superior. Lolo estaba alegre como un niño que acabara de ganar un juego. La risa repentina de Lena le hizo reír.

La joven se separó de él para poder enlazarlo del brazo y comenzó a tararear:

—*Vamos los dos, los dos, los dos...* —se interrumpió y lo miró con los ojos brillantes—. ¿Te acuerdas?

El rostro de su hermano se había ensombrecido.

—¿De qué?

Lena volvió a tararear la melodía.

—¿De verdad que no te acuerdas? —preguntó con expresión burlona, pero Lolo no dijo nada—. Esa canción era tu favorita, la cantábamos todas las tardes en casa mientras íbamos del brazo y dando saltitos, pasillo arriba, pasillo abajo —guiñó un ojo a su hermano—. ¡Menudos frikis!

Lolo desvió la vista.

—No me gusta acordarme de aquello.

—¿Por qué?

—Porque no —zanjó él.

Lena soltó una carcajada.

—¡Pues vale! —exclamó—. Al menos, aquello era más divertido que los ejercicios de respiración. Y sirvió, ¿o no?

El hombre que había alzado el brazo aguardaba apoyado en un Seat León negro. Tenía el cabello oscuro peinado hacia atrás y unos ojos muy claros que parecían desdibujarse en la piel pálida y descolgada del rostro. Llevaba una camisa blanca metida dentro de los vaqueros, sujetos con un viejo cinturón de cuero. A su lado había una maleta de ruedas más grande que la de Lena.

—¿Y éste? —preguntó, clavando los ojos en Lolo.

—Es mi hermano —contestó Lena, y añadió con autoridad—: Viene con nosotros.

El hombre tendió la mano y Lolo se la estrechó; era callosa y áspera, como la de su hermana.

Un tipo moreno asomó la cabeza por la ventanilla del conductor.

—Venga, moveos, que no tengo todo el día.

El de la camisa blanca cogió la maleta de Lena y la colocó junto a la suya en el maletero antes

de entrar en el coche.

—Lolo, siéntate detrás con él —dijo Lena mientras se acomodaba delante.

Colgada del espejo interior había una mano de Fátima con un ojo azul incrustado en la palma plateada. El Seat se separó de la acera y se incorporó al tráfico. Lena giró medio cuerpo en el asiento para hablar con su hermano:

—Éste es Moja —le dijo, señalando al conductor—. Es de Marruecos —volviéndose hacia el otro, añadió—: Y él es Mikis, es griego. Somos un pasaje muy internacional: una española, un griego, un marroquí y un inglés —concluyó con una risita.

La luz del final del día dibujaba marcas lechosas en los cristales de las ventanillas. Dentro del vehículo olía a cuerpos, a muchos cuerpos, y olía también a algo más, desagradable y fuerte, que le revolvió a Lolo el estómago. Le angustiaba encontrarse allí y, al mismo tiempo, se sentía excitado por su propia audacia, por su temeridad.

Desde donde estaba sentado, detrás del conductor, veía a su hermana de perfil. Lena sacó un abultado neceser del bolso y lo colocó en su regazo. Lo abrió, cogió un esmalte amarillo, lo agitó y, colocando los pies sobre el salpicadero, empezó a pintarse las uñas con las sandalias puestas. Tenía los dedos y los talones renegridos. Una ancha y pálida cicatriz rodeaba su tobillo izquierdo como una argolla de plata.

—¿Qué te ha pasado ahí? —Lolo bajó la voz y se inclinó hacia delante para que los demás no lo oyeran.

—¿Dónde? —dijo ella, sin mirarlo.

—Ahí, en el tobillo.

—Me quemé.

—¿Cómo?

Lena se encogió de hombros.

—Un descuido.

Se le había caído la uña del dedo gordo y con gran cuidado se pintó una falsa encima de la piel. Echó la cabeza hacia atrás para contemplar el resultado. En aquellos dedos tan sucios, el esmalte brillaba como granos de maíz sobre la tierra. Quitó los pies del salpicadero, bajó el parasol y, alzando el rostro hacia el espejito rectangular, abrió una polvera y se retocó el maquillaje con pequeños golpes.

La voz de Moja sobresaltó al chico.

—¿Tú eres inglés?

Lolo se sonrojó y se echó hacia atrás.

—No, soy español.

Moja volvió la cabeza hacia Lena.

—¿Por qué dices tú que es inglés?

—Porque acaba de volver de Inglaterra. Mi hermanito ha vivido allí un año.

Lolo no la corrigió. Ella comenzó a cantar:

—*Brother, brother, brother...* —se detuvo y se giró hacia él—. Ésa sí la conocerás, ¿no?

—No me gusta la música —contestó el chico.

—¿Qué rarito eres! ¿Cómo que no te gusta la música?

—No sirve para nada.

—Ah, Inglaterra, mucho frío, ¿verdad? —intervino Moja, que observaba al chico por el espejo

interior—. A mí no me gusta el frío. Aquí hace mucho calor, como en mi país.

Lolo se esforzó en mantenerle la mirada a través del espejo.

—¿Tú eres marroquí?

Los ojos de Moja se achinaron mientras se reía.

—Soy un puto moro. Nací en Casablanca.

Lena sonrió mientras se pasaba el pincel del rímel por las pestañas.

—De puto moro, nada. Moja es nuestro ángel de la guarda, él nos lleva y nos trae cuando lo necesitamos, sea de día o de noche.

El conductor asintió.

—Así gano bien la vida. Antes trabajaba en la construcción, pero me quedé en paro y hay que ganar el pan, tengo tres niños que alimentar —no separaba la vista de Lolo—. Llevo en el coche a mucha gente, mucha... No sé cuánta... ¡La humanidad entera! —exclamó, riendo.

Al reír, echó hacia atrás la cabeza y su boca apareció en el estrecho rectángulo plateado. Tenía los dientes muy blancos y las encías oscuras, como los labios.

Se quedaron en silencio. La respiración del griego resonaba dentro del vehículo como un viejo fuelle. El chico lo miró de reojo; desde que entraron en el coche no había dicho nada. Estaban sentados tan cerca que distinguió canas en su cabello y una red de venitas rojas que se extendía por el pómulos y la aleta de la nariz. ¿Era el griego quien había estado con su hermana en el servicio de minusválidos? ¿Había envuelto él a Lena con papel higiénico para hacerla entrar en calor? Mikis giró de repente el rostro y lo miró con hostilidad. Lolo se apresuró a volverse hacia la ventanilla.

Apoyó la frente en el cristal. Estaba caliente y el calor parecía ablandar la dureza del vidrio. Una extraña fatiga se apoderó de él, como si el cansancio de todas las cabezas que se habían apoyado en aquel cristal lo invadiera. Su cansancio, su desaliento, su fatalismo, su condena.

El coche circulaba bajo los grandes carteles azules de la A-3, que señalaban la ruta a Valencia. El griego, el marroquí y los dos hermanos podrían haber pasado por cuatro amigos de vacaciones que se dirigían al mar. A ambos lados de la autovía se alternaban edificios de ladrillo, gasolineras y descampados. El cielo descolorido se había teñido de encendidos rosas y azafranes, una hermosa hoguera que se afinaba en algunos puntos, filtrando el azul violáceo que aguardaba pacientemente que llegara su turno para apoderarse del espacio.

Vamos los dos, los dos, los dos... La canción que había tarareado Lena en el aeropuerto volvió a Lolo como un gusano dormido que despierta y empieza a abrirse camino. Cerró los ojos. *...los dos, los dos, los dos...* Su hermana y él, cogidos del brazo, recorriendo el pasillo de la casa de sus padres, cantando. Las palabras saliendo de su boca sin esfuerzo. *Vamos los dos, los dos, los dos...*

Abrió los párpados como quien despierta de un encantamiento. Al otro lado de la ventanilla, en el paisaje plano, se alzaba un alto edificio negro. Separó la frente del cristal y bajó la vista al asiento. La tapicería estaba cubierta de manchas y pequeñas quemaduras.

Le había dicho a Lena que no recordaba la canción. Era cierto. No recordaba aquélla ni tampoco todas las demás. Las había apartado con férrea determinación de su cabeza. Lo que no había conseguido olvidar era cómo, en cuanto terminaban de cantar, regresaban el habla a trompicones, la respiración agitada, la frustración. Su lengua herida. Para protegerse, había desarrollado un rechazo visceral a la música, al tiempo que se volvía más y más silencioso. Sí, Lena tenía razón, él era raro. Su tartamudez infantil lo había convertido en una persona peculiar, diferente. Y ahora, después de tantos años, después de tanto esfuerzo, su hermana había resucitado

aquella canción, fragmentada en su memoria: *Vamos los dos, los dos, los dos...* Mohosa e incompleta como una manzana podrida.

Moja tomó un desvío a la derecha y se incorporó a una carretera secundaria. Los carteles azules dieron paso a otros blancos y sucios que indicaban la dirección al vertedero. En los eriales, cercenados por el asfalto, los plásticos se enredaban entre los rastrojos. El coche fue alejándose de la A-3 por caminos precarios en los que apenas había tráfico. En el aire aparecieron gaviotas. Chillaban mientras volaban en círculos, y Lolo tuvo la sensación de estar navegando en una destartada barca por ríos cada vez más angostos que desembocaban unos en otros y los iban encerrando. Arrastrados por su corriente, avanzaban sin remedio hacia el invisible y hediondo mar de desechos donde serían arrojados.

—¿Qué es eso? —preguntó con la cabeza vuelta hacia la ventanilla de Mikis.

Las casas habían desaparecido y en el horizonte, a su derecha, flotaba una alargada nube negra.

—Es del plástico del cobre que queman los rumanos —contestó el griego—. Ya estamos cerca del poblado.

—¿El poblado? ¿Qué poblado? —Lolo se inclinó hacia Lena y bajó la voz—. ¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás —dijo ella sin mirarlo.

Las gaviotas se iban haciendo más numerosas, como si en cualquier momento el océano fuese a surgir ante ellos. Lolo bajó la ventanilla y asomó la cabeza. El aire seco le arañó la cara. En aquel yermo, los graznidos de las aves resonaban más ásperos; sus duros picos celebraban la cercanía de las presas. Su móvil sonó de repente; lo sacó del bolsillo del pantalón, miró la pantalla y rechazó la llamada. El ring ring de teléfono antiguo resonó de nuevo en el interior del coche.

Moja lo miró por el espejo, sonriendo.

—Chico, coge el teléfono a tu novia.

Lolo se sonrojó.

—N-no tengo novia —dijo, y colgó.

—A las inglesas les gustan los *latin lovers* —comentó el conductor en tono burlón.

Lena se giró hacia su hermano y enarcó una ceja:

—¿Te has echado una novia en Inglaterra?

—Irlanda. He estado en Irlanda —masculló él.

El móvil sonó otra vez. Moja lanzó una carcajada:

—Tu amiga quiere hablar contigo. No la hagas sufrir, chico.

—¿Por qué no contestas? —insistió Lena.

Él se inclinó hacia ella. El teléfono vibraba en su mano.

—Es mamá —susurró.

Impasible, su hermana volvió la cabeza hacia delante. Lolo tecleó un mensaje: «Sin batería, no me esperes a cenar». Luego apagó el móvil. Pensó en la Big Mac que se había dejado olvidada encima de la mesa del McDonald's y la apartó de su cabeza.

La mano de Fátima se balanceaba, su ojo redondo fijo en el sol que, a la espalda del coche, estaba a punto de desaparecer. El círculo candente descendió a gran velocidad, arrastrado al fondo de la tierra.

Cuando entraron en el poblado, el cielo era de un violeta oscuro, casi negro. Moja disminuyó la velocidad y encendió las luces. El asfalto estaba agujereado por socavones llenos de agua estancada. El Seat se hundía y salía de ellos como si estuviese navegando. Iba detrás de otros

coches que avanzaban dando bandazos para sortear las pozas. A ambos lados del camino se sucedían enormes fogatas.

—¿Y esas hogueras? —preguntó Lolo, con la cabeza asomada por la ventanilla.

—Son para calentarse, no veas cómo tiemblan algunos de los que están ahí fuera —dijo Mikis con sarcasmo.

Moja se rio. A través del espejo clavó los ojos en el chico. El rostro de Lolo despedía un pálido resplandor en la penumbra del coche.

—No le hagas caso al griego, es mala gente. Los fuegos sirven para avisar de dónde se vende droga. Tu hermana sabe bien.

Lena no dijo nada. Había guardado las pinturas en el bolso y su cuerpo se inclinaba tenso hacia delante, como si así empujara el coche hacia su destino. El vehículo atravesaba el aire tembloroso de humo. Iba tan despacio que Lolo tuvo la sensación de estar viendo una película a cámara lenta. Las llamas alumbraban a hombres en camiseta que alimentaban los fuegos con palos y tablones y a mujeres que charlaban de pie con los críos apoyados en las caderas. Había familias sentadas en semicírculo que alzaban perezosamente la cabeza al verlos pasar: madres dando de mamar a sus bebés, niños con las piernas colgando de las sillas de plástico, abuelos empuñando su vara, abuelas de luto con pañoleta negra.

—Subid las ventanillas —ordenó Moja.

—¿Son gitanos? —preguntó Lolo.

Mikis rompió a reír hasta que una violenta tos ahogó sus carcajadas. El chico se alejó de él y se encerró en un mutismo enfurruñado.

Una joven teñida de rubio apareció delante del coche. Su ajustada camiseta dejaba al aire un sujetador rosa. Moja disminuyó la velocidad para no atropellarla.

—¡Para, payo, para! —voceó ella con una mano apoyada en la cadera. Prendido en el tirante del sujetador llevaba un pañuelo de papel—. Ven conmigo, que te doy a probar.

Moja giró el volante para esquivarla y siguió adelante. A una hoguera sucedía otra y en cada una parecía estar esperándolos una mujer. Morenas y rubias de largos cabellos se aproximaban contoneándose al Seat. Llevaban vistosos pendientes y grandes colgantes de oro sobre el pecho y, con sus faldas largas y estrechas, semejaban extrañas sirenas.

—¡Niño, para, ven conmigo! —gritó una, haciéndole gestos a Moja con las manos cargadas de anillos.

—Ay, lo mío sí es bueno... —dijo otra.

—Ven, ven conmigo, moreno, te juro que en tu vida has *proba*o nada igual —sonrió a Moja, provocadora, una chica muy joven.

Sus voces llegaban sofocadas al interior del coche, como si proviniesen de un sueño. Al ver alejarse el vehículo, ellas se reían, burlonas, y regresaban a los fuegos.

Lolo había pegado la frente al cristal de la ventanilla. Las hogueras estaban encendidas sobre carretillas, en bidones oxidados, en recipientes metálicos a modo de braseros improvisados. Las llamas anaranjadas iluminaban con su claridad oscilante chabolas, caravanas, tiendas de campaña, chamizos que bordeaban el camino entre los escombros de casas derruidas.

Un pointer blanco y marrón cruzó de repente por delante del coche. Moja dio un volantazo para sortearlo y el cuerpo del griego se venció sobre Lolo. Un olor rancio invadió la nariz del chico. Conteniendo la respiración, lo empujó para separarlo.

—¡Ten cuidado, Moja! —increpó Mikis al conductor mientras se enderezaba.

—Mierda de perros —rezongó el otro—. Habría que matarlos a todos —añadió algo en árabe

y, bajando la ventanilla, escupió hacia la calle.

La noche había caído. Las hogueras, como un río ardiente, señalaban la calle sin farolas, una larga avenida que se perdía en las tinieblas hacia las que avanzaba el coche. Las lenguas de fuego lamían los cuerpos de quienes estaban cerca, que parecían ondular, convertidos en llamas más grandes y oscuras. Donde moría la claridad de la lumbre, el camino se desvanecía, poblado de sombras y humo.

La luz vacilante de los faros rescataba de la oscuridad a hombres encorvados y a mujeres macilentas. Cegados por el resplandor, bajaban la cabeza y desaparecían de nuevo, sin color ni forma. Perros esqueléticos cruzaban presurosos el camino con el rabo entre las piernas.

El coche giró a la izquierda y se detuvo delante de una alambrada metálica cubierta con un plástico azul. A un lado había un bidón con fuego. El metal estaba agujereado y la lumbre se veía a través de los orificios como en una calabaza de Halloween. Lena presionó el botón para abrir la ventanilla, pero ésta no bajó.

—La puta heroína —bufó Moja. Soltó el volante e, inclinándose sobre Lena, presionó con una mano el botón, mientras que con la otra empujaba el cristal hacia abajo—. ¡Esto no va ni para arriba ni para abajo! La mierda de vuestro humo se queda pegada a los cristales. ¡El día que se atasquen del todo, a ver quién me los paga a mí!

Con un chirrido, la ventanilla bajó al fin. Lena sacó medio cuerpo por el hueco:

—¡Billy, abre la puerta! —gritó, imperiosa.

Un olor acre y dulzón entró en el coche. La joven inhaló con avidez una bocanada.

—Huele a chascas —su voz sonaba alegre y excitada.

—Huele a meados y a ratas —rezongó Moja.

Lo que parecía un montón de ropa sucia tirada en el suelo se irguió. Un tipo con una gorra, unos pantalones anchos y una sudadera sin mangas abrió la puerta de la valla.

—¿Dó-dónde estamos? —farfulló Lolo.

La voz de Mikis resonó en el interior del coche:

—En el infierno.

2. El ventanuco

El Seat entró en una explanada de cemento iluminada por un potente foco. Moja lo detuvo junto a otro vehículo que estaba allí aparcado. Aún no había echado el freno de mano cuando Lena abrió la puerta, se apresuró a bajar y se alejó en dirección a la luz.

—Ayúdame con las maletas —ordenó Mikis al muchacho.

Lolo salió del coche y buscó a su hermana con la vista. Al fondo de la explanada se levantaba una caseta de obra pintada de blanco. Delante de ella había una piscina de plástico, una mesa de jardín con varias sillas y una gran sombrilla verde abierta. Una valla cubierta por una lona azul plastificada cercaba la parcela. No parecía haber nadie excepto ellos. En el portón de acceso aguardaba el tipo de la sudadera. La visera de la gorra le ocultaba el rostro, y el resto de su cuerpo estaba tan sucio que, a pesar del foco, más que un hombre semejaba una sombra.

Desde la parte trasera del Seat, Mikis chistó a Lolo para que se aproximara.

—Tengo que hablar contigo —le dijo en voz baja.

—¿De qué?

El griego abrió el maletero y le indicó con una mano que se inclinara.

—No quiero que nos oiga Moja —susurró—. Es sobre Lena.

—¿Qué pasa? —Lolo acercó su rostro al de Mikis. El olor rancio del hombre se diluyó en el calor metálico que despedía el interior del maletero como en un espeso caldo.

El griego hizo un gesto hacia el conductor.

—Ahora no puedo hablar. Si tu hermana se entera de que te lo he contado, va a pensar que la estoy traicionando.

—¿Qué pasa? —insistió el chico.

Mikis se inclinó aún más sobre el hueco del maletero y ladeó la cabeza para dirigirse a él:

—Es muy grave.

Alarmado, Lolo alzó la voz:

—¿Q-qué le pasa a mi hermana?

El otro le chistó de nuevo. Colocó la maleta de Lena en el suelo y, a continuación, sacó la suya.

—Hablamos más tarde, ya te buscaré yo.

Se irguió y, de un golpe seco, cerró el baúl del coche. Con una maleta en cada mano, se encaminó hacia la caseta, igual que había hecho Lena.

—¡Eh! ¡Quita de en medio, chico!

Lolo dio un respingo y se echó a un lado. Con la cabeza por fuera de la ventanilla, Moja comenzó a dar marcha atrás.

—¿Te vas? —en la voz del muchacho había un leve temblor.

—Me están esperando otros para que los traiga aquí. En este trabajo no se descansa nunca.

Moja lanzó una carcajada, dio un acelerón y salió de la finca seguido por el tipo de la sudadera, que cerró el portón de acceso. El muchacho se volvió hacia la explanada; el griego había

desaparecido. Lo único que se oía en el patio provenía del otro lado de la alambrada: voces, retazos de música muy alta, el ladrido de los perros. Aguardó inmóvil un rato por si regresaba su hermana, pero al verse solo tuvo miedo y se encaminó hacia la caseta.

La puerta estaba cerrada. Indeciso, dio unos golpes.

—Lena —dijo sin levantar demasiado la voz.

Nadie contestó. La ventana también estaba cerrada. Lolo retrocedió unos pasos. Miró a un lado y a otro. En el agua turbia de la piscina flotaban dos pistolas de juguete y una botella grande de Fanta. Unos metros más allá distinguió la boca de un pasadizo oculto por plásticos que se abría en la esquina izquierda de la caseta.

Asomó la cabeza y gritó el nombre de su hermana:

—¡Lena!

A su espalda, el portón de la valla se abrió y un coche entró en el patio. Sin pensarlo más, Lolo se introdujo en el pasadizo.

Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Una tenue luz alumbraba el final del túnel y el chico avanzó hacia ella. Trastabilló en una baldosa rota y, para no caer, se apoyó en la pared y prosiguió tanteando. El pasadizo corría paralelo a la caseta. Al salir, Lolo se encontró en un patio cubierto. Le extrañó comprobar que estaba adosado a la pared rosa de una casa y no a la parte trasera de la caseta, que era blanca y metálica. Lo cerraban tres muros de ladrillos sin ventanas; dos bombillas de luz mortecina colgaban de los tablones que lo techaban. Allí hacía aún más calor que en la explanada.

En una esquina, Lena apilaba las dos maletas que se había llevado Mikis. Al ver acercarse a su hermano, dejó caer sobre aquel rincón una sábana colgada a modo de cortina y se alejó hacia el extremo opuesto del recinto. Lolo aprovechó para apartar la sábana: había un saco de dormir en el suelo, varios pares de zapatos de mujer y, colgados de clavos, un vestido rojo, algunas camisetas y un espejito. Un carraspeo a su espalda lo sobresaltó. Acucillado junto a la pared, Mikis lo observaba. Debía de estar allí cuando entró en el patio, pero no había reparado en él. Lolo soltó la sábana y, a grandes zancadas, siguió a Lena.

Su hermana se había detenido ante un ventanuco situado al final de la pared rosa.

—¿Qué quieres? —bufó una voz gruesa.

El agujero estaba abierto a una altura tan baja que Lena tuvo que inclinarse como si hiciera una reverencia.

—Hola, Esma. ¡Qué piscina más chula les has comprado a los niños! —dijo con el tono alegre y atropellado de una cría.

—Me ha *costao* ciento treinta y cinco euros en el Eroski. Esta tarde han *venío* a bañarse los amigos del Edu y del Bruno.

Hubo un silencio. A continuación, la voz preguntó con recelo:

—¿Quién es ese de la camiseta negra?

Lena se giró y vio a Lolo, que permanecía inmóvil tras ella. Lo sujetó del brazo, lo empujó hacia delante y lo obligó a inclinarse.

—Es mi hermano —se apresuró a decir y, sonriendo, añadió—: Mi hermano Lolo.

El soplo gélido de un aire acondicionado golpeó al muchacho en el rostro. Dos hierros en forma de cruz protegían el ventanuco. Al otro lado había una mujer de piel atezada, con unos ojos diminutos y desconfiados, el pelo negro recogido en un moño alto y unos zarcillos de oro de los que pendían largos dijes de coral rojo. Estaba sentada y una lámpara de mesa le iluminaba la cara, los gruesos brazos, las estrellas de colores tatuadas en el escote. El resto del cuerpo quedaba

oculto. Parecía la cajera de un cine.

—Lolo, ¡ay, qué nombre tan gitano! —dijo, escrutando el rostro del chico antes de volverse hacia Lena—. Tiene los ojos tuyos.

Ella sonrió sin soltar a su hermano y lo obligó a inclinarse aún más para que Esma lo observara cómodamente. Lolo notaba su pequeña mano crispada, aferrándolo.

—¿Tú también *t'endrogas*? —preguntó la gitana.

Lolo se sonrojó y no dijo nada. Le costaba entenderla. Era como si aquella voz brotara del vientre de la mujer y remontara con esfuerzo el oscuro camino de ascenso. Cuando por fin salía de su boca, la mitad de las letras se habían perdido.

—No, él no —respondió Lena.

Esma chascó la lengua. En torno a su cabeza revoloteaban mosquitos trompeteros de gran tamaño, pero a ella aparentemente no le molestaban.

—Por eso es tan alto y tú, tan canija —se burló—. ¡Ay, *Dioptive*! Mira cómo estás, que da pena verte.

Por un lado del ventanuco asomaba la parte posterior de un televisor de plasma. Estaba encendido y el resplandor de la pantalla parpadeaba en el perfil izquierdo de la mujer, mientras que la bombilla del flexo proyectaba su luz blanca en el perfil derecho. Y así la mitad de su rostro semejaba agitarse cuando miraba hacia Lena y la otra mitad se mostraba tranquila, casi indolente, cuando miraba hacia Lolo, como si en una sola persona conviviesen dos distintas.

Lena inspiró teatralmente.

—¡Qué bien huele! ¿Qué has hecho de comer?

Esma sonrió y los dientes de oro brillaron en su cara morena.

—Un potaje gitano —contestó ufana—. El Dite se ha *tomao* cuatro platos.

—Si abrieras un restaurante en Inglaterra, te harías rica —la aduló Lena—. Allí no comen más que *fish and chips*.

La otra frunció el ceño con desconfianza.

—¿Eso qué es?

Lena arrugó la nariz y sacó la lengua en una mueca de asco.

—Pescado con patatas fritas y vinagre... Que te cuente él, que ha estado un año estudiando en Londres.

—No he esta... —replicó Lolo, pero su hermana le clavó las uñas en el brazo para hacerlo callar.

La mujer lo miró con curiosidad.

—¡No veas cómo guisa Esma! —exclamó Lena con aquel soniquete infantil—. ¡Para chuparse los dedos!

La gitana intervino:

—A ésta —le dijo al chico, señalando a Lena con la cabeza— yo le doy *pescailla* frita, le doy fruta, hasta los yogures y los bollos del Bruno y del Edu le doy. Ella viene y está el Dite haciendo barbacoa y le da una hamburguesa. ¡Que me muera si miento! —giró el cuerpo hacia el interior de la vivienda y pegó una voz—: ¡Dite!

Por encima del moño de la mujer, Lolo vislumbró a un hombre de perfil. Estaba sentado en el suelo, con la espalda recostada en la parte baja de un sofá. Una sábana cubría a medias el pecho desnudo. Tenía la piel muy oscura, como si se la hubiesen frotado con un tizón. En el regazo, apoyada contra sus piernas flexionadas, sostenía una tablet.

—¡¡Dite!! —gritó Esma—. ¿Estás sordo?

El hombre levantó la vista. En su rostro moreno, los ojos relumbraron como si cada uno de ellos estuviese rodeado por un círculo de fuego. Fue sólo un instante, antes de que bajara de nuevo la cabeza hacia la pantalla, aunque bastó para que Lolo deseara escapar. Intentó erguirse, pero Lena tiró de él hacia abajo. La gitana se giró hacia los hermanos con la boca fruncida y, al sorprender el forcejeo, clavó la mirada en Lolo.

—Tú eres tan largo que te comes un yogur y cuando llega al *estómago* ya está *caduca* —se mofó.

El chico se sonrojó.

—Somos el punto y la i —se rio Lena.

Esma se volvió hacia Lolo. Su rostro se suavizó.

—La Lena a mí me lo come *to*, pero mira cómo la tiene la mierda de la droga —la mujer chascó la lengua—. Ay, chico, ¿por qué no te la llevas? ¿Por qué no la sacas de aquí?

Se lo dijo vocalizando, como si estuviera implorándole ayuda a la puerta de una iglesia. Lolo le echó el brazo a su hermana por encima de los hombros. Eran ellos, en realidad, los que parecían pedir limosna, inclinados ante el ventanuco como dos jorobados.

—Eso voy a hacer —respondió.

Lena empezó a rascarse con impaciencia una de las costras que tenía en la frente.

—Vete con él, Lena —dijo la gitana—. Deja ya esta mierda y vuelve a tu casa.

Lolo la estrechó contra sí con gesto protector, como si fuese el hermano mayor. A su espalda se alzó una voz quejumbrosa.

—Joder, que vengo mala, *daros* prisa, hostia.

Detrás de ellos, una mujer se balanceaba con el rostro contraído.

—Estoy fatal, no he podido ir a trabajar de lo mal que me encuentro.

En el fumadero se había formado una cola que empezó a agitarse al oírla protestar.

—Ya está bien, que lleváis ahí media hora —gruñó un hombre teñido de rubio.

A su lado aguardaba una chica con una luminosa camiseta naranja de tirantes que atrajo la atención de Lolo. Aunque estaba muy pálida, le pareció muy guapa. Llevaba una melena morena corta y un largo flequillo que subrayaban su afilado rostro y los pómulos marcados. La camiseta perfilaba las copas puntiagudas del sujetador. La voz de Esma sobresaltó al muchacho, que se volvió hacia el ventanuco.

—¿Qué quieres? —preguntó la gitana a Lena, mientras ojeaba la fila y calculaba.

La luz de la pantalla del televisor parpadeaba en la mitad de su rostro, crispándolo.

—Una de base, una de mezcla y una de caballo —respondió su hermana con precisión. De su voz había desaparecido cualquier eco infantil.

Se apartó de Lolo, sacó el billete de cincuenta del sujetador y se lo tendió a la gitana. Esma metió una mano por el escote de su camiseta y extrajo una bolsa negra que llevaba prendida de la tira del sujetador con una cinta de seda roja. Guardó el dinero en la bolsa y la volvió a esconder. Fijó la mirada en el televisor, mientras sus manos se afanaban tras el ventanuco antes de tender a Lena tres bolsitas de plástico verde, cerradas por los extremos igual que los envoltorios de los caramelos. De una caja de hierro que había sobre la mesa sacó treinta y cinco euros y se los dio.

—¿Tienes nanas? —le preguntó la chica.

—Toma —Esma partió un trozo de un estropajo de aluminio y se lo entregó.

Los mosquitos zumbaban en torno a la mujer: sus cuerpos curvos sobre las largas patas parecían signos de un alfabeto extraño. Lolo se fijó en el corazón que tenía tatuado en el grueso brazo derecho. Era un dibujo de trazo temblequeante e infantil. Una flecha torcida unía el nombre de

Esma al de Dite. Un mosquito le rozó la carne y ella le dio un manotazo que resonó como el restallar de un látigo. Sobre el corazón quedó una diminuta mancha de sangre.

Los dos hermanos se sentaron en un banco de obra situado cerca del ventanuco. Lena colocó entre Lolo y ella las tres bolsitas verdes y, a gran velocidad, sacó del bolso una pequeña pipa y un encendedor de cocina de color rosa. Arrancó una parte del estropajo y lo frotó con movimientos circulares contra su muslo hasta convertirlo en una bolita, que introdujo en la cazoleta. De una de las bolsas tomó una diminuta piedra blanquecina, la colocó sobre la cazoleta y la prendió con el mechero. Con la vista en la llama, inhaló una honda calada y en el aire se oyó un crujido. Inhaló de nuevo y Lolo volvió a oír aquel tenue sonido hasta que la piedra, burbujeando, se deshizo. Era la primera vez que veía drogarse a su hermana. Ella cerró los párpados y, al abrirlos, sus ojos se encontraron. El humo que había inhalado parecía velarlos. Lolo sintió vértigo, como si se hubiera asomado a un abismo y las nubes remansadas en él ocultaran, tras su blanda gasa, el hondo vacío.

Lena dejó la pipa apagada sobre el banco y extrajo del bolso de cuero su abultado neceser. En la cola que había delante del ventanuco, el rubio y la chica del flequillo discutían mientras esperaban su turno. Él sacó del bolsillo trasero del pantalón un billete de diez euros y un puñado de monedas. Abrió la palma de la mano y entre los dos empezaron a contarlas.

Con un suspiro, Lolo se apoyó en la pared y echó hacia atrás los hombros, dolorido por el tiempo que había permanecido encorvado ante la gitana.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su hermana.

—Me duelen los huesos.

—Pero si eres un chaval.

Una tímida sonrisa apareció en el rostro de Lolo.

—Dice el médico que es por el estirón que he dado. Donde más me molesta es aquí —se llevó las manos justo debajo de las rodillas—. A veces el dolor me despierta por la noche.

Lena sonrió, burlona.

—¿Ves? A los bajitos no nos pasa eso.

Ya no preguntó más. La tensión que la poseía cuando estaba delante del ventanuco se había disipado y había dado paso a una indolente laxitud.

Lolo se masajeó las rótulas con movimientos circulares. Durante el último año, su cuerpo se había convertido en un extraño quejumbroso. *Growing pains*, le había dicho el doctor al que acudió en Wexford. Al principio creyó que se refería a la angustia creciente que sentía desde que había llegado al internado. Luego lo buscó en internet y comprendió.

Dolores de crecimiento. Sí, crecer dolía.

El rubio y la chica se aproximaron a los dos hermanos y se sentaron en torno a una mesa de plástico arrimada a la pared. En silencio, prepararon sus pipas y les dieron fuego. El hombre estaba consumido, pero su ropa se veía limpia: una camiseta de rayas azules sobre unos pantalones chinos beis. Sentada frente a él, la chica había cerrado los ojos. Tenía la boca redondeada y carnosa, como una muñeca. Los ojos de Lolo se fijaron en sus piernas morenas y torneadas, en la minifalda blanca de volantes, en las sandalias de plataforma. El hombre sorprendió la mirada del chico, que enrojeció y se volvió con rapidez hacia su hermana.

—Mamá me dijo que te fuiste del centro.

Lena no contestó. Rebuscó en el neceser hasta encontrar un espejo de mano y un tubo de maquillaje. Abrió este último y extendió la crema de color tostado sobre las marcas enrojecidas,

dando suaves golpes con las yemas de los dedos. Luego se pintó los labios con carmín rojo.

—¿Por qué te fuiste? —insistió Lolo.

Su hermana se encogió de hombros. Cerró el pintalabios y lo guardó junto al espejo. El color había vuelto a su cara demacrada.

—Era una pérdida de tiempo, ya me lo sabía todo de memoria: el tratamiento, los pasos... Siempre es lo mismo.

Se había manchado de carmín una de las paletas. Lolo se fijó en que sus dientes, blancos y grandes, se habían torcido levemente.

—¡Menuda milonga! —intervino el rubio.

El muchacho se giró hacia él, sorprendido. El rostro del hombre, antes apagado, había recuperado la vivacidad tras fumar su pipa.

Lena asintió.

—¡Y que lo digas!

El rubio hizo un movimiento burlón de baile con los pies.

—Los tres pasos, los siete pasos, los doce pasos... Si no tienes fuerza de voluntad, no vale para nada. Salir de esto sólo depende de ti.

Lena se volvió hacia su hermano.

—¿Ves? —dijo—. Papá y mamá estaban tirando el dinero. Ya he estado en tres centros y ¿para qué? Yo quiero dejar la droga, pero me niego a estar internada en medio del puto monte.

—Somos yonquis, no somos cabras —el rubio estiró los labios, finos y duros como el borde de un plato, y baló—: Beeeeeeeeeh.

Lena lanzó una carcajada y rebuscó en el bolso hasta sacar unos alicates de punta larga. Lolo contempló con disgusto el cuero gastado de aquel bolso que parecía un zurrón. Poco antes de que a él lo enviaran a Irlanda, sus padres habían registrado la habitación de Lena. En el armario, bajo una pila de jerséis, estaba el zurrón de cuero. Cuando lo abrieron encontraron una pequeña báscula. Su madre lo llamó a gritos. Tan pronto asomó la cabeza en la habitación de su hermana, su madre tendió hacia él la báscula con una mueca de repulsión, como si fuese una cucaracha gigante. Él negó saber nada. No mencionó los timbrazos repetidos cuando ellos no estaban en casa, las voces en el rellano, el sonido de la puerta cuando su hermana la cerraba. Se calló, y ellos, acostumbrados a su silencio, no le preguntaron más. Lolo era un chico de pocas palabras.

Carraspeó y bajó la voz para hablar con Lena sin que el rubio los escuchara.

—Papá y mamá dicen que no saben nada de ti desde hace meses. ¿Por qué no les coges el teléfono?

Ella lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Quieren ayudarte.

—Si estoy bien, ¿no me ves?

Lolo apartó la vista. A veces, cuando vivían juntos, él y Lena se llevaban mejor, otras veces se llevaban peor, pero eran hermanos. Y eso significaba una alianza, no escrita ni hablada, frente a los padres. A Lena no le importaba que él se encontrara en casa cuando ella trapicheaba allí. Lolo no preguntaba. Sin embargo, aquel tácito secreto le abrumaba ahora como la carga más pesada. Suspiró y miró de nuevo a su hermana.

—Lena, te juro que están muy preocupados.

Ella enarcó las cejas.

—Claro, y por eso me echaron de casa.

—¿Te echaron? —a Lolo se le quebró la voz en un gallo por la sorpresa—. ¿Qué dices?

—¿No te lo han contado?

El chico negó con la cabeza.

—Sólo me dijeron que te fuiste del centro.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en la boca de su hermana.

—No les hizo ninguna gracia —dijo mientras extraía el nanas de la cazoleta de la pipa.

—¿Volviste a casa y te echaron? —insistió él.

Lena colocó el estropajo quemado sobre el banco, una bolita negra y brillante entre los trazos marrones que las quemaduras habían dejado en el cemento.

—Intentaron convencerme para que regresara al centro, pero me negué. Me amenazaron con enviarme a otro, y yo les advertí que me largaría.

—¿Y qué pasó?

Lolo la escuchaba con los ojos muy abiertos, intentando comprender. Ella no lo miraba.

—Lo aceptaron —dijo mientras cortaba otro trozo de nanas. El estropajo tenía el mismo color que las yemas de sus dedos—. Me buscaron una clínica para que siguiese terapia durante el día y luego fuese a dormir a casa, con ellos. Todo iba perfecto hasta que un par de noches llegué tarde. Se volvieron locos perdidos, sobre todo mamá. Ya sabes cómo es. No dejaba de gritar que los iba a matar del disgusto, que ya no sabían qué hacer conmigo, que un día yo iba a aparecer muerta en la calle... —Lena se encogió de hombros—. Lo de siempre.

—¿Te echaron por eso? ¿Por llegar tarde? —dijo su hermano con expresión incrédula.

Ella resopló.

—Hay muchas formas de echarte. Cambiaron la cerradura y me dijeron que si no estaba en casa antes de la una, tendría que dormir fuera —volvió a resoplar antes de proseguir con voz brusca y destemplada—: ¡Por favor, que tengo veinticinco años! ¿Quiénes se creen que son? ¿Mis carceleros? La siguiente vez que llegué tarde tuve que dormir en el rellano como un perro. Al final, me harté y me piré.

Lolo calló unos instantes.

—Entonces no te echaron —dijo—. Te fuiste tú.

Ella se encogió de hombros. Sus dedos se movían con precisión: el estropajo, la cazoleta, la droga, el encendedor rosa.

—¿Viste que colocaron un candado en la puerta de su dormitorio?

Lolo asintió.

—Me hacían sentir como una ladrona en mi propia casa —prosiguió la muchacha—. ¿A ti te gustaría eso?

—¡Les habías robado!

Lena lo miró.

—Pues ya está. Me fui y todos contentos.

El chico se encorvó hacia ella, como si quisiera hablarle al oído.

—Lena, por favor, vuelve conmigo. La casa parece un cementerio.

Su hermana movió la cabeza de un lado a otro.

—No voy a volver —dijo, y soltó una risita sarcástica—. Soy muy mayor para vivir con mis padres.

Dio una calada a la pipa y la piedra blanquecina burbujeó. Al sentir el olor, a Lolo le dio un vuelco el estómago y, para no respirar el humo, giró la cabeza hacia la pared. El yeso aparecía hinchado aquí y allá, igual que la piel cubierta de ampollas de un enfermo. En algunas zonas donde

la pintura rosa había caído se veían capas de distintos colores: amarillo pálido, verde desvaído, azul celeste... Cerca del ventanuco, alguien había escrito con boli: *Sus mate la droga*. Atravesando esa frase, como si la tachara, otra decía: *Yo y mi caballo*.

Un grito lo sobresaltó.

—*God Save the Queen!*

Con la vista fija en la camiseta negra de Lolo, el rubio berreaba el estribillo de la canción de los Sex Pistols mientras simulaba rasguear una guitarra. El chico se encogió, abrumado por la sensación de que todos los que se encontraban en el fumadero lo observaban.

—¿Qué pasa ahí? —vociferó Esma desde el ventanuco—. ¡*Endrogaos* de mierda! Como me harte, *sus* echo a *tos*.

En la mesa, la chica del flequillo miró al rubio con gesto demudado y se llevó el dedo índice a los labios. El hombre dejó caer los brazos e, inclinándose hacia Lolo, le susurró:

—Menudo colgado el Sid Vicious. ¡El puto amo! —señaló con la cabeza el ventanuco y guiñó un ojo—. Pero aquí la reina es Esma.

—Y Dite es el king. El burger king —se burló Lena. Luego se volvió hacia su hermano y deslizó los dedos sobre el rostro ciego y mudo de la reina Isabel de Inglaterra, estampado en la camiseta—. ¿La has comprado en Londres?

—No, en Dublín —susurró él—. Compré otra para ti.

Lena aplaudió igual que una niña.

—¿Qué bien! ¿La tienes aquí?

Lolo se irguió. Un destello de esperanza iluminó sus ojos.

—Está en casa —contestó. Se notaba liviano, como si su cuerpo no rozase la áspera superficie del banco, sino que flotara unos centímetros por encima. Se levantó con presteza—. Si vienes conmigo ahora, te la doy.

La sonrisa desapareció del rostro de su hermana.

—Imposible. No puedo, tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

—Es de noche —replicó Lolo—. ¿No puedes hacerlas mañana?

—No.

Él se dejó caer de nuevo en el banco.

—Pues espero contigo hasta que termines lo que tengas que hacer.

Apoyó la espalda en la pared y contempló el fumadero. Los clientes que salían se cruzaban con los que entraban y la cola avanzaba, pero nunca parecía disminuir. El chico creyó reconocer a una joven menuda con unos grandes ojos verdes que aguardaba su turno. Llevaba la cabeza rapada, excepto la franja superior del cabello negro, que tenía recogido en un moño. Sujetaba con cuidado una funda de guardar la ropa.

Lolo le dio un codazo disimulado a su hermana.

—¿Ésa no es...?

Lena le chistó antes de que pudiera decir el nombre.

—Sí, es ella —sonrió al ver la expresión de su hermano—. Ni te imaginas la gente que viene a pillar aquí... Hasta jueces de esos famosos que salen en la tele.

Lolo sintió una vez más aquella mezcla de miedo y de excitación que había experimentado en el coche de Moja cuando bajaban al poblado. Miró alrededor, pendiente de todo lo que sucedía en torno a él, aquel aluvión de estímulos desconocidos.

La chica de los ojos verdes ya estaba en la ventanilla. Sacó de la funda un vaporoso vestido turquesa y, sin descolgarlo de la percha, se lo mostró a Esmá. Lo giró para que lo viera. La bonita prenda parecía flotar en el aire.

—Eso no me cabe ni en una pierna —bufó la gitana.

La otra se apartó del ventanuco para dejar paso al siguiente. Sus manos arrugaron el vestido y lo metieron en la funda hecho una bola. Sin fijarse en nadie, se dirigió al pasadizo y desapareció.

Lolo desvió la vista hacia su hermana. Lena contemplaba absorta la pantalla de su móvil.

—¿Qué miras?

—Ropa —dijo ella—. Estoy buscando las rebajas en internet.

El chico vaciló un instante antes de hablar.

—¿Qué haces en el aeropuerto?

Su hermana lo miró de soslayo. En sus ojos había un destello de desconfianza.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada —repitió Lena—. Y tú ¿qué me cuentas? ¿Qué has hecho en Inglaterra?

Lolo iba a recordarle una vez más que había estado en Irlanda, pero cambió de opinión.

—Tampoco nada —suspiró.

Lena sonrió burlona.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? —insistió imitándolo—. Habrás aprendido inglés al menos.

Él se encogió de hombros.

—Me llamaban el Mudo.

Su hermana se rio.

—Te va bien el mote.

Se quedaron en silencio.

—¿Trabajas? —dijo, al fin, Lolo.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No me sale nada. He buscado curro en varias guarderías, pero pagan una miseria y, encima, sin contrato —enroscó un mechón de cabello con el índice y jugueteó con él—. ¡Que engañen a su puta madre! Yo no me he sacado el título de Educación Infantil para que me exploten.

El rubio, que los escuchaba atentamente, se inclinó hacia ella.

—Los curritos tienen que trabajar como esclavos de sol a sol, y los jefes se lo llevan calentito. ¡Yo soy antisistema!

Lena se rio. Su hermano le dio la espalda al rubio para dejarlo fuera de la conversación.

—Si no trabajas, ¿de qué vives?

—De cosas que van saliendo.

Los ojos del chico se detuvieron en el encendedor rosa que Lena había dejado en el banco. ¿Era el mismo que su madre guardaba en un cajón de la cocina entre trapos y cajas de cerillas medio vacías? En el fumadero, aquel objeto doméstico parecía una pistola de juguete para niñas, con la culata rosa, el agujero para el gatillo y su largo tubo metálico.

Se mordió el labio inferior, como si estuviese pensando lo que se disponía a decir.

—¿Robas en el aeropuerto?

El rostro de su hermana se endureció.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Una policía rubia... —Lolo se sonrojó—. Con coleta... No sé cómo se llama... Era muy joven.

Lena sonrió. Tenía las pupilas tan dilatadas que los ojos se le veían negros. Nada quedaba del iris castaño ni de las minúsculas motitas verdes. Parecían los ojos de otra persona.

—Ah, esa tía es muy maja. Los otros de la comisaría son unos cabrones. En cuanto te echan la vista encima, no dejan de incordiarte para que te largues. ¿Qué se creen? ¿Que la terminal es suya? —alzó la voz, agitada y pendenciera—. Es un edificio público y yo tengo tanto derecho a estar allí como ellos.

Lolo tragó saliva.

—Ella... La policía rubia... —insistió— me contó que tienes varias denuncias por robo.

Lena frunció el ceño.

—¡Eso no es cierto! Tengo una denuncia por apropiación indebida, que no es lo mismo —le corrigió—. Me encontré un bolso en la terminal y me lo llevé. No se lo quité a nadie, pero las cámaras me grabaron y la dueña puso una denuncia. ¿Cómo iba a saber yo que se lo había olvidado? —se encogió de hombros—. No te imaginas las cosas que la gente deja antes de pasar el control para embarcar: móviles, cámaras de fotos, ropa... Hasta zapatos.

Lolo calló, sin saber qué decir. Su hermana parecía vibrar, como si una corriente recorriera su cuerpo menudo. El calor del fumadero, su olor eran tan sofocantes que el muchacho se sintió desfallecer. Intentó atenuar la respiración y que sólo un hilo de aquel aire tóxico entrara en sus pulmones, pero se ahogaba y, sin poderlo remediar, aspiró una bocanada. Lena se volvió hacia él.

—¿Estás bien?

—Regular, no he comido nada desde esta mañana... —al mencionar la comida, su estómago protestó. Lolo carraspeó antes de preguntar, titubeante—: ¿Me puedo drogar respirando este humo?

Lena lanzó una carcajada.

—¡Qué dices, tío! Estarían metidos aquí todos los yonquis de Madrid.

Él se ruborizó.

—¡Yo qué sé!

El rubio se había puesto en pie. Tenía una mano apoyada en la mesa, como para mantener el equilibrio. Señaló con la cabeza a la chica del flequillo.

—Ésta y yo nos vamos a ir a la playa.

—¿Dónde vais a ir? ¿A qué playa? —preguntó Lena, aunque por su tono no parecía interesarle gran cosa.

El tipo soltó una risa áspera.

—A cualquiera que tenga arena, ¿verdad, tú?

La chica se encogió de hombros. Sus ojos siguieron al hombre, que se alejó hacia el ventanuco de Esma. Caminaba tan encorvado que apenas tuvo que inclinarse para hablar con la gitana:

—Una de caballo.

Pagó, se apartó unos pasos del ventanuco y allí mismo, de pie, abrió la bolsita verde y preparó la pipa.

—Eh —le dijo la chica—. Eh.

Más que una llamada, era un gemido, pero él no la escuchaba. Aspiró una profunda calada. Otra. Cerró los ojos y empezó a balancearse leve, muy levemente. Con su camiseta de rayas parecía un marinero sobre la mar picada. De repente, se le doblaron las rodillas como si fuese a desplomarse. Lolo hizo ademán de levantarse para sujetarlo, pero su hermana lo retuvo del brazo.

—No te preocupes, que no se cae.

Con una breve sacudida, el rubio volvió a la vertical, igual que un tentetieso.

—¿Ves? ¿No te lo había dicho? —Lena sonrió—. Aquí a eso lo llamamos el muelle.

Los ojos de Lolo se desplazaron del hombre a su hermana. Lena había vuelto a enrollar un mechón de su cabello entre los dedos y tiraba de él una y otra vez en extraña comunión con el rubio, que se encogía y se estiraba en medio del balanceo.

—¡Quita esa cara de pasmado! —lo increpó ella al sorprender su mirada.

El chico apoyó los codos en las rodillas y sepultó el rostro entre las manos. Desde su regreso de Irlanda no había dejado de pensar en Lena. En el internado, en Wexford, enfadado por aquel destierro, había convertido a su hermana en un recuerdo distante, casi indiferente. Pero al llegar a Madrid había descubierto que su ausencia la volvía dolorosamente presente. Sin embargo, ahora que estaba junto a ella, la proximidad física de Lena acentuaba su lejanía. Desconcertado, Lolo se sintió solo, más solo que la mayoría de las veces.

Del ventanuco escapaba el sonido del televisor; reconoció la sintonía y la voz del presentador del concurso favorito de su madre. La imaginó sentada en el sofá del salón, viendo el mismo programa que Esmá, con la bandeja de la cena sobre las piernas y una copa de vino. Miró por el rabillo del ojo a su hermana. Acababa de abrir el frasquito de esmalte amarillo que había utilizado para pintarse las uñas de los pies en el coche. Sacó el pincel y comenzó a pintarse las de las manos. Cuando acabó, sopló sobre ellas, moviéndolas de derecha a izquierda para secarlas, como si tocara la zampoña, absorta en una música que sólo ella escuchara. Antes de que su hermano pudiera reaccionar, le sujetó por sorpresa la mano izquierda.

—¿Te acuerdas de cuando eras un mico y te pintaba las uñas a escondidas? —colocó la mano de Lolo sobre su regazo y, sin que él protestara, extendió con el pincelito el esmalte amarillo sobre la uña de su dedo meñique—. Menudos cabreos se cogía mamá.

Un olor penetrante invadió la cabeza de Lolo con tanta nitidez como si lo estuviera oliendo en ese momento. Su madre le restregaba las uñas con un algodón empapado en acetona para quitarle el esmalte, pero por mucho que se esforzara, siempre quedaban restos. Pedacitos de Lena pegados a él.

Unos ladridos lastimeros les hicieron alzar la vista hacia el ventanuco. Inclineda delante de la reja, una joven con un blusón rosa y una larga melena castaña le mostraba un cachorro a Esmá. Los pantalones vaqueros le resbalaban de los huesos de las caderas y parecían flotar en torno a las delgadas piernas.

—¿La quieres para tu finca?

—No, ya tengo dos mastines —rechazó la gitana.

—Pero si no te la vendo, te la estoy regalando.

La joven empujó con fuerza la cabeza del cachorro entre los hierros de la reja, como si quisiera arrojarlo en brazos de Esmá. El animal lanzó un aullido.

—¡Quítame ese bicho apestoso de ahí! —bramó la mujer.

La joven apartó el perro y se lo apoyó sobre la cadera.

—Tienes razón —asintió con voz sumisa—. Los perros son como los hijos: tienes dos y los cuidas bien, pero tienes cinco y no los atiendes en condiciones.

Calló un instante y luego aproximó el rostro hasta pegarlo a la reja. El largo cabello le cayó como un telón a ambos lados de la cara.

—Esmá, ¿me das fiado una de mezcla y una de caballo? Te pago mañana, te lo juro por mi madre —le imploró.

—Mira la *descoloría* esta, que no se entera de *na*. Con esa cara que parece que se la ha *pisao* un coche. ¡Lárgate ya de aquí! —exclamó la otra.

La joven se irguió, se echó el cabello hacia la espalda y dejó caer el cachorro dentro de la bolsa de rayas de colores que llevaba al hombro. Lanzó una ojeada alrededor, indecisa. Acucillado junto a la salida del fumadero, Mikis observaba la escena. Al sorprender la mirada de la chica, se levantó y desapareció en el pasadizo. Ella volvió el rostro hacia el banco de obra y, al reconocer a Lena, se aproximó.

—¿Tú la has oído? —refunfuñó mientras señalaba el ventanuco con la barbilla—. ¡Que ya tiene dos mastines! Yo no sé para qué tienen perros, si no los cuidan. En cuanto se aburren de ellos, los dejan morir de hambre. No tienen corazón.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se colocó la bolsa en el regazo. Por la abertura salió tambaleante un cachorro gris. Una mancha blanca le bajaba como una delgada línea entre los ojos y resbalaba en torno a la trufa. Lolo extendió la mano para acariciarlo, pero nada más tocar el pelo húmedo y pegajoso la retiró. El animal profirió un gruñido muy débil y se cayó sobre las patas traseras, como si no lo sostuvieran.

—¿Te gusta?

La joven se irguió, repentinamente animada, y las flores bordadas sobre su camisa rosa parecieron cimbrear.

Lolo asintió.

—¿Cómo se llama?

—Fuga. Es una pitbull blue —la alzó en el aire—. ¿Has visto? Tiene los ojos achinados, como tú. Es muy guapa.

El chico señaló la mancha blanca en el pecho gris del cachorro.

—Parece un babero.

Ella se rio.

—Es verdad, tío. Y además lleva calcetines, mira —dijo, y le mostró las pezuñas, que también eran blancas—. ¡Es una preciosidad! Te la vendo barata: ochenta euros, con babero y calcetines incluidos.

El otro movió la cabeza de un lado a otro.

—No, gracias.

—Te la dejo en treinta euros.

Se arrodilló para acercarle a la perra. Lolo dudó, pero el animal lo miró con tal expresión de desamparo que le pasó la mano por la cabeza y empezó a acariciarlo por detrás de las orejas. Tenía los ojos azules y muy separados.

—Venga, veinte euros y te la estoy regalando. Estos perros valen un dineral —dijo con tono acuciante la joven.

El chico apartó la mano del cachorro y miró a Lena en busca de ayuda, pero ella, con la cabeza inclinada, jugaba con su móvil.

—No, de verdad —repitió Lolo.

La muchacha frunció el ceño y le lanzó a Fuga para que la cogiera.

—¡Joder, tío, dame lo que tengas!

Él alargó los brazos para sujetar al animal, pero no pudo evitar el golpe seco contra su pecho ni los aullidos que siguieron.

—N-no. Yo... yo n... —tartamudeó.

Lena alzó la cabeza:

—Noe, no le des más la brasa a mi hermano —dijo con hastío.

El tenso cuerpo de la joven pareció desinflarse.

—Ah, es tu hermano... Cuando lo he visto he pensado: ¡qué gente más rara viene al poblado!

Lolo le tendió el cachorro, sin saber si lo que temblaba era el cuerpo tibio de la perra o sus propias manos.

—No consigo vender a la puta perra —suspiró ella y se la colocó en el regazo—. ¡No lo entiendo! ¡Es una pitbull blue! —su mirada se desplazó a los tres envoltorios verdes que Lena tenía sobre el banco—. Oye, tía, ¿tú me puedes prestar algo? Hoy no he sacado nada.

Lena observó de reojo el ventanuco.

—Dame tu pipa, rápido, que no me vea Esma —susurró.

Tan pronto Noe prendió la pipa y dio un par de caladas, su ánimo cambió. Se echó el pelo hacia un lado y luego acarició suavemente a la perra.

—No sabía que tenías un hermano.

—Ya ves —Lena se encogió de hombros—. Cuando mis padres pensaban que no podían tener más hijos, nació Lolo... Afortunadamente —añadió en tono sarcástico—. Así me ayudó a aguantarlos.

Noe miró a Lolo con atención.

—Tú no estás enganchado, ¿verdad?

—No —contestó él.

—¿Ni un canutito después del café?

—Oye, que ya te ha dicho que no —saltó Lena.

—Vale, vale. A algunos no les gustan las hamburguesas y eso no quita para que vayan al McDonald's de vez en cuando —se volvió hacia el chico—. Mira, mejor para ti, esto es una puta mierda. Aquí estamos todos con la sangre podrida... Yo me enganché sin darme cuenta por juntarme con gente que no debía —sus manos acariciaban el cachorro, que yacía desmadejado en su regazo—. ¿Cómo dices que te llamas?

—Lolo.

—En mi pueblo los Lolos son Manolos.

El chico tomó aire antes de hablar.

—Yo me llamo Lorenzo —dijo del tirón.

—Entonces no eres Lolo —afirmó tajante Noe.

Lena se rio.

—Esto sí que es bueno. Él se llama como le sale de los cojones. ¿O tenéis el nombre registrado en tu pueblo?

Al ver la cara hosca de su hermana y escuchar su tono protector, Lolo sonrió.

Noe sacó de la bolsa de tela un paquete de donuts, lo abrió y se lo tendió.

—¿Quieres?

El chico contempló los dos bollos dorados y brillantes por el azúcar derretido y la boca se le humedeció. Entonces vio los dedos grises, vio las uñas negras, vio las costras redondas de las manos.

—No, gracias.

El rostro de la mujer se crispó.

—Oye, que no los he tocado —repuso ofendida. Sacó un donut del paquete y le dio un mordisco. Con la boca llena, se dirigió a los yonquis que hacían cola y también a los que fumaban en cuclillas—: Eh, vosotros, ¿puedo dejar a la perra en el suelo y no la pisáis?

Nadie contestó.

—Vale, pues la suelto —dijo.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Lena.

—El Piojo la encontró en un descampado —se apresuró a contestar Noe, y colocó a la perra sobre las baldosas.

Al verse libre, Fuga se acercó trastabillando a un plástico verde que estaba tirado en el suelo, pero antes de poder olfatearlo, Noe ya le había dado un puntapié. Sujetándola del cogote, la alzó y la sacudió con violencia.

—Lo que me faltaba, que la puta perra se enganchara.

Con el rabo escondido entre las patas, el animal rompió a gemir.

—¡Déjala, q-que es un cachorro! —exclamó Lolo.

Noe se detuvo en seco y la perrita aprovechó para lamerle un pedazo de donut que se le había quedado pegado en la comisura de la boca. Ella se rio y la estrechó contra su rostro.

—Ay, te amo, sí, yo también te amo —le dijo mientras la cubría de besos—. No quiero que una señorita como tú acabe hecha una puta yonqui como todos los perros del puto poblado.

Lolo se volvió, incrédulo, hacia su hermana.

—¿Qué? —le dijo Lena al ver su expresión.

—¿Los perros están drogados?

—¿No los has visto? —resopló Noe. La masa blanca del donut asomaba entre sus labios resecos—. Van por el poblado como una moto o arrastrando las patas y lagrimeando. ¡Aquí están *enmonadas* hasta las ratas! Igualito que nosotras.

—¿De verdad?

El asombro de Lolo, su inocencia, hizo sonreír a la joven, que se volvió hacia Lena.

—Llévalo a casa de la Susi a que vea a las gatas. Están de coca hasta arriba, dan miedo —animada por la fascinación con que Lolo la escuchaba, Noe siguió contando—: Entrás en la casa y, cuando menos te lo esperas, te salta encima un bicho esquelético, con la tripa hinchada y los ojos enormes. Parecen demonios.

Lena se cruzó de piernas sobre el banco de obra.

—Para cocainómano, el mono que tenían los Culata.

Una sombra cruzó el rostro de Noe, que lanzó una rápida ojeada hacia el pasadizo.

—¿Un mono? —preguntó Lolo.

—¡Menuda alimaña! —su hermana enarcó las cejas—. Lo entrenaron para pelear con los perros, pero estaba tan pasado de farlopa que un día casi le arranca la nariz de un mordisco a uno de los nietos, al hijo de la Tani —hizo ademán de retorcerse la nariz y bajó la voz—. Al pobre le ha quedado la napia más torcida que un sacacorchos. Los Culata se ensañaron con el mono. Dicen que tardó varios días en morir.

Noe dejó a la perra en el suelo, colocó a su lado el envase de los donuts y se puso en pie.

—Oye, tú pareces buen tío —le dijo a Lolo—. ¿Te puedes quedar con Fuga un momento?

Sin esperar a que contestara, se alejó en dirección a la salida. Su largo cabello castaño se balanceaba sobre el blusón rosa mientras caminaba a pasos cortos y nerviosos. En el suelo, Fuga hundió el hocico en el envoltorio de los donuts y sacó el que quedaba. Con él enganchado entre los dientes, movió la cabeza de un lado a otro para partirlo.

Lolo se volvió hacia su hermana, indeciso. Lena alzó la voz:

—¡Noe!

La otra giró levemente el cuello sin detenerse.

—¿Qué?

—¡No tardes, que te conozco!

—Vuelvo enseguida —replicó ella.

Lolo la siguió con la mirada hasta que la vio desaparecer en el pasadizo.

—¿De qué la conoces?

—En el poblado nos conocemos todos —respondió su hermana.

—¿Es tu amiga?

Lena resopló.

—¿Qué dices! Es... como una compañera de trabajo. Aquí ves a la misma gente todos los días durante meses. A veces, durante años. Y un día no la ves más, y la vida sigue... Igual que en cualquier trabajo.

Lolo alzó a Fuga y se la colocó en el regazo. La perra, con el hocico manchado de azúcar, se tumbó panza arriba para que la acariciara. Tenía la tripa tibia y muy hinchada.

—Yo que tú la dejaba en el suelo. Seguro que tiene garrapatas —le advirtió Lena.

—¡Joder!

Con cuidado, el chico la puso entre sus pies para que no escapara y a continuación se restregó las manos contra las perneras del vaquero. Fuga enganchó con los dientes uno de los cordones de las deportivas negras y tironeó de él un rato. Luego se tumbó, colocó la cabeza encima de una de las zapatillas y cerró los ojos.

—Pobrecita —dijo él.

—¡Mira que llamarla Fuga! Noe ha perdido la cabeza. Está loca perdida... —Lena se quedó pensativa—. Tendrías que haberla visto antes. Era capaz de entrar en Zara y salir con un edredón sin que la pillaran. Se sacaba un pastón cada...

—¡Mal cáncer te entre en *toa* la boca del *estámago*, *cagao* de mierda!

Los gritos de Esmá la interrumpieron. Delante del ventanuco aguardaba un hombre tan sucio como si acabaran de desenterrarlo.

—¿Quién se ha *quedao* en la puerta de la calle? —vociferaba la gitana, fuera de sí—. ¡Mal cáncer te coma el pijo, yonqui de mierda! ¡Que te coma entero!

Con la cabeza baja, el hombre aguantaba en silencio. Lolo reconoció la gorra de visera y la sudadera sin mangas.

—Aaaaay, nadie te quita el mono, te lo quito yo y no me trabajas. ¡Te voy a romper la espalda con un palo! —Esmá se giró hacia el interior de la vivienda—. ¡Dite, mira al Billy, que ha *dejao* la puerta sin vigilar!

El hombre aprovechó que ella no lo miraba para alejarse hacia el pasadizo. Arrastraba los pies, seguido por los gritos de la gitana:

—¡*Desgraciao!* ¡Anda ya *pa* fuera! ¡Ojalá un escorpión te pique el petardo!

Lolo se inclinó hacia su hermana.

—Vámonos a c-c-casa.

Lena sonrió.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha asustado Esmá con sus gritos?

Lolo la miró con los ojos desorbitados, pero se obligó a respirar lentamente.

—Vámonos —repitió sin tartamudear.

Su hermana partió un trozo de nanas y comenzó a hacer una bolita contra su muslo.

—No hagas caso a Esmá. Siempre que viene Billy a por su toma, se la monta. Es una burra, trata muy mal a todo el mundo; a todos menos a mí —un destello de orgullo le cruzó los ojos—. A

mí los Tiznaos me protegen.

Él la observó, muy pálido, sin comprender.

—¿Quiénes son los Tiznaos?

—Los que mandan en el poblado.

—Pero ¿quiénes son?

Lena apuntó con la barbilla hacia el ventanuco.

—Esma, Dite y toda su familia —comenzó a prepararse otra pipa. Las yemas plumizas de sus dedos se veían aún más oscuras contra las pequeñas piedras de crack, de un claro color tostado—. Por aquí venía un tipo que estaba muy pesado conmigo hasta que Dite le dijo que si quería seguir vivo, me dejase tranquila. Ya no se me acercó más. Los Tiznaos me tratan como a una hija.

Lolo miró a los yonquis que hacían cola, miró el cemento que rebosaba de los ladrillos torcidos de los muros como excremento seco, miró el pasadizo. Motas de polvo flotaban en el aire. Aquel sitio era una ratonera. Sus padres le habían dicho que su hermana tenía que tocar fondo. Pues aquello se parecía bastante a un fondo.

Se secó la cara con el dorso de la mano. Sintió un leve mareo y cerró los ojos. Al otro lado de los párpados latía toda aquella vida, aquel furor, aquel dolor. Toda aquella violencia silenciosa.

Abrió los ojos y se inclinó hacia Lena.

—Vámonos, por favor —le imploró.

—Vete tú —rezongó ella—. Ya te he dicho que yo no voy, tengo cosas que hacer.

—Cosas, cosas... —repitió Lolo irritado—. ¿Qué cosas?

—Cosas.

Junto a ellos, en la mesa, el rubio y la chica dormitaban. Sus cabezas, caídas sobre el pecho, parecían dos girasoles mustios. Lolo alzó un brazo y señaló hacia el otro extremo del patio.

—¿Tú duermes ahí?

—¿Dónde?

—En ese rincón, donde está la sábana.

Lena abrió mucho los ojos.

—¿Qué dices! ¿Cómo voy a dormir yo en el fumadero de Esma? ¿Dónde? ¿Tirada en el suelo? Yo duermo en una cama, igual que tú.

—¿Y por qué has dejado ahí tu maleta? —replicó su hermano.

—Porque estaba en una pensión de mala muerte y me he ido. ¿O no puedo?

—¿Te has ido de la pensión?

Ella asintió. Lolo la miró, triunfante.

—Entonces no tienes donde dormir esta noche —tomó aire y habló de corrido—: Ven conmigo a casa y mañana, cuando te levantes, si no quieres quedarte, te vas y buscas otro sitio para vivir.

Lena se mordió el labio inferior mientras parpadeaba muy deprisa. Su hermano comprendió que la había sorprendido y no sabía qué decir.

—No puedo —dijo ella al fin.

—¿Cómo que no puedes?

Ella movió la cabeza pesarosa, pero sus ojos brillaban con astucia.

—He dejado una señal en otra pensión y si no voy esta noche, la pierdo.

El chico se rindió. Estaba cansado, sólo quería marcharse con ella.

—Por favor —le rogó.

—Oye, deja ya de agobiarme —zanjó Lena.

Al oírla, Lolo se puso en pie y su largo cuerpo pareció erguirse como un lápiz frente a su

hermana. En el suelo, el cachorro abrió los ojos y bostezó.

—¿Y-yo te agobio? —al chico le ardía la cara de furia—. ¿Tú sabes por qué me enviaron interno t-todo el año?

—¿Y yo qué sé? A aprender inglés.

—¿A mí? —el rencor y la rabia iban y venían dentro del pecho de Lolo, sofocándolo—. Si aún no he conseguido hablar en español sin trabarme.

Su hermana alzó la cabeza hacia él.

—Siéntate, por favor. Me va a dar tortícolis de mirar hacia arriba —se quejó. Con el rostro crispado, Lolo la obedeció—. ¿No comprendes que alguien se tiene que quedar aquí con ella? —Lena señaló a Fuga. La perra, que se lamía perezosamente una de las pezuñas delanteras, comenzó a mordisquearse la tierna piel rosada de entre los dedos—. No nos la podemos llevar, Noe es capaz de matarnos.

Lena hablaba con la voz persuasiva de un adulto que se dirige a un niño pequeño a quien debe convencer para que haga lo correcto. Una perturbadora sensación de extrañeza invadió a Lolo. Lena estaba junto a él, la veía, pero no era ella. La luz de la vivienda donde despachaba Esmá escapaba por el ventanuco y atravesaba la penumbra del fumadero como el haz de un proyector de cine. Apoyadas en uno de los muros del patio, dos mujeres fumaban sus pipas con los ojos fijos en las llamas que rodeaban las cazoletas. Una de ellas llevaba el uniforme verde de los barrenderos. Tan pronto se apagaron las llamas, ambas cayeron en un profundo sopor, como si aquel fuego diminuto culminara una ceremonia sacrificial de la que ellas eran las víctimas. Varios hombres, en cuclillas, dormitaban con la cara sepultada en las rodillas.

Lolo se levantó otra vez. En sus ojos lucía una resolución desesperada.

—¿No has oído lo que te ha dicho la gitana? —le dijo a Lena—. ¡Que tienes que salir de esta mierda! ¡Vámonos a casa ya!

Su hermana sacó el móvil del bolso.

—Voy a llamar a Moja para que venga a buscarte.

Al chico le temblaron las piernas.

—Lena...

Ella le chistó. Al otro lado de la línea se escuchó muy tenue la voz del marroquí.

—Moja, ¿dónde andas? —preguntó ella—. ¿Puedes venir a recoger a mi hermano?

—Lena, escúchame —le pidió Lolo.

Ella lo ignoró y siguió hablando con Moja.

—Sí... Lo dejas en el aeropuerto...

Lolo dudó. Su hermana parecía tan lejana, tan inalcanzable. Miró los envoltorios verdes sobre el banco de obra, la pipa, el encendedor rosa.

—Yo no me voy hasta que tú te vayas —afirmó, y volvió a sentarse.

Ella lo miró de reojo. En el pálido rostro de su hermano, la boca, cerrada con determinación, era una línea.

—Déjalo, Moja —dijo al marroquí—. No, no es nada —y colgó.

Sentados uno al lado del otro, los hermanos permanecieron en silencio. Era como si nunca se hubiesen separado, pensó Lolo, como si Lena nunca se hubiera ido de casa, como si nada hubiese sucedido. Como un simulacro. Una pesadilla. Se recostó contra la pared. Estaba agotado y, al mismo tiempo, se sentía ligero tras tomar la decisión. Igual que si hubiese saltado al vacío y, en lugar de precipitarse, flotara. Cerró los ojos y la oscuridad se abrió en ondas concéntricas y lo abrazó.

Fuga alzó el hocico para olfatear, se levantó y, balanceando los anchos hombros, se alejó hacia la salida. En la boca del pasadizo casi la pisa un tipo vestido con un traje de lino y unas elegantes sandalias de cuero que entraba al fumadero. La perrita enseñó los dientes y le gruñó; luego desapareció en el túnel sin que ninguno de los dos hermanos se diera cuenta.

3. La esclava

—Lena, ¿tienes hambre? —el griego inclinó hacia ella el rostro desvaído.

Sentada en el banco, la joven se encogió de hombros.

—¿Te apetece algo? —insistió el hombre.

Su voz despertó a Lolo, que estiró los largos brazos para desentumecer el cuerpo. Una nube flotaba alrededor de las bombillas desnudas. Entre las cuatro paredes del fumadero, el humo se remansaba como espuma sucia en la orilla de un pantano.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Tarde —contestó el griego sin apartar la vista de Lena. Estaba de pie, tan cerca de ella que casi le rozaba las rodillas.

El chico se frotó la cara para despabilarse. Había perdido la conciencia del tiempo transcurrido desde que su hermana llamó a Moja para que fuese a buscarlo y él se negó a marcharse del poblado sin ella. No había nadie delante del ventanuco. De soslayo comprobó que la chica del flequillo y el rubio seguían sentados junto a la mesa. El hombre amontonaba la ceniza que había sobre el tablero con el canto de la mano y luego, con la palma abierta, la volvía a dispersar. La chica dormitaba inclinada hacia delante. Los ojos del muchacho se fijaron en las copas de su sujetador, que apuntaban hacia el suelo; parecían cucuruchos vacíos. El rubio sorprendió su mirada.

—No la mires más, que no te va a hacer caso —dijo con sorna—. A ésta se le ha apagado la luz.

El muchacho se sonrojó y desvió la vista. Apoyado en la pared, un hombre fumaba una pipa. Otros tres hacían lo mismo en cuclillas. Como el espacio era tan angosto, se hallaban unos al lado de otros, pero no hablaban ni se miraban, presos de una extraña quietud. Lolo reparó entonces en el silencio que reinaba en el fumadero. Ni siquiera se oía el sonido del televisor de la gitana. Inclinó su delgado torso hacia delante y advirtió que Esma no se encontraba tras los barrotes.

De pie frente a Lena aguardaba el griego.

—¿Te apetece algo? —volvió a preguntarle—. ¿Quieres un arroz con leche?

No le preguntó a Lolo, ni siquiera lo miró. Sus ojos parecían envolver a Lena igual que la nube de humo que ondulaba sobre sus cabezas. Ella permanecía callada con expresión ausente. El chico se desplazó en el banco hasta rozar su cuerpo, como si de esa forma pudiese protegerla.

—Vale —suspiró ella—, tráeme un arroz con leche y una Coca-Cola —luego hizo un gesto con la cabeza hacia Lolo y añadió con desgana—: Llévatelo.

El chico se removió en el asiento.

—¿A mí? ¿Adónde?

Lena alzó la mano en un vago ademán.

—Al kiosco. Está muy cerca.

—Prefiero quedarme contigo.

Al oírlo, su hermana cruzó las piernas y comenzó a mover el pie izquierdo, arriba y abajo. Lolo reconoció la argolla que le dibujaba en el tobillo la pálida cicatriz.

—¿No me dijiste antes que llevas sin comer desde el desayuno? —le preguntó Lena. Su apatía había dado paso a una enérgica impaciencia—. Pues acompaña a Mikis y te compras un bocadillo.

—Ya no tengo hambre —Lolo irguió la espalda. El calor le había pegado la camiseta al cuerpo. Sujetó el borde inferior con las dos manos y se la ahuecó para permitir que entrara el aire.

Ella lo miró inquisitiva. Sus ojos castaños sobresalían saltones en el rostro delgado.

—¿Ya no tienes hambre?

—Se me ha revuelto el estómago... —Lolo señaló la bombilla más cercana—. Será por el humo... Huele raro.

—El chico tiene razón —intervino Mikis.

—¿Cómo que tiene razón? —saltó Lena.

—Huele —afirmó el griego.

—¿A qué? A mí no me huele a nada —Lena arrugó la nariz mientras olfateaba—. ¿A qué huele? Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro de Mikis.

—A ansia. Huele a ansia.

En la mesa, el rubio se levantó y rebuscó en los bolsillos de su pantalón.

—Cómprame una cerveza —dijo con voz torpe, y le tendió al griego unas monedas.

Mikis crispó el gesto.

—Yo no soy tu criado.

—¿Qué pasa? —gruñó el otro—. ¿No es bueno mi dinero?

Lena alargó el brazo, tomó las monedas y se las entregó a Mikis. Él las cogió sin decir nada, mientras el rubio le dedicaba una mueca burlona.

El griego se volvió hacia Lolo.

—¡Vamos! —le ordenó con tono seco.

Lolo no se movió.

—Venga, pesado —le dijo Lena—. Vete con él.

Mikis miró al chico e hizo un movimiento de cabeza hacia la puerta. Fue una indicación casi imperceptible, pero bastó para que Lolo recordara lo que le había dicho medio escondido tras el portón del maletero de Moja: *Tengo que contarte algo sobre Lena. Es muy grave.* Se inclinó hacia su hermana, indeciso.

—¿Me vas a esperar hasta que vuelva? —le preguntó en voz baja.

—Te juro que no me muevo de aquí —Lena le pasó el brazo por la cintura y lo estrechó contra sí—. No voy a ir a ninguna parte sin ti.

El roce cálido del brazo en su espalda tranquilizó a Lolo, pero el sosiego fue muy breve, el tiempo que ella tardó en empujarlo con firmeza para que se pusiera en pie. El chico se resistió.

—Lena...

—¿Qué? —le cortó ella.

—Si por lo que sea tienes que marcharte, prométeme que me llamarás al móvil.

—Pero ¿adónde voy a ir?

—No hay necesidad de moverse —sentenció Mikis—. La tumba se acerca sola.

—Lo que nos faltaba, que el griego se pusiera agorero —el tono de Lena era irónico—. ¿Quién te crees que eres? ¿El oráculo de Delfos?

Los pálidos ojos del hombre parecieron colorearse.

—No soy el oráculo, soy tu adoráculo.

Una súbita furia invadió al chico, que cerró los puños sobre las rodillas huesudas y volvió la cabeza hacia su hermana.

—Prefiero quedarme contigo —dijo resuelto.

La voz del rubio se alzó en el fumadero.

—¿Vais a por la cerveza o qué?

—Eso mismo digo yo —gruñó Lena y miró a su hermano—: ¿Qué te pasa? ¿Por qué no quieres ir con Mikis? ¿No dices que no te sientes bien? ¡Eso es el hambre!

—No quiero que te quedes aquí sola.

—A ver si te aclaras: no quieres que me vaya y tampoco quieres que me quede —protestó ella—. ¿Qué coño hago entonces?

Lolo no contestó. Con repentina determinación, su hermana guardó en el bolso todo lo que tenía sobre el banco: la pipa, el encendedor de cocina rosa, el estropajo de aluminio y las bolsitas verdes con la droga.

—Muy bien, no te preocupes —afirmó—. Voy a ver a mi amiga Martina y me quedaré con ella hasta que regreséis.

Se levantó y se ajustó el bolso en bandolera sobre la cadera derecha. A sus pies estaba el envase de donuts vacío que había traído Noe. Desperdigados por el suelo se veían restos secos de los bollos, los trozos que Fuga, la perrita, había dejado sin comer. Nadie parecía acordarse de ella.

—¿Dónde vive tu amiga? —preguntó Lolo sin moverse.

Lena lo agarró de una mano y tiró de ella para que se levantara.

—Aquí al lado. ¿Contento?

Ambos siguieron al griego, que se dirigía hacia el pasadizo. Igual que había hecho en el aeropuerto, Lena enlazó a su hermano del brazo. Él lo mantuvo recto, sin doblarlo, para que ella supiera que estaba irritado. Así hacía cuando era pequeño y se trababa al hablar: se quedaba rígido cuando lo tocaban y se encerraba en un silencio hosco y obstinado.

Lena comenzó a tararear:

—*Vamos los dos, los dos, los dos...* —se interrumpió y comentó con voz alegre—: No sé qué me pasa, pero en cuanto te agarro del brazo me viene a la cabeza esta canción. Soy como el perro de Pavlov, pero en vez de salivar, canto.

—Pues no me cojas del brazo —dijo él, aunque no hizo ademán de separarse.

Ella lo ignoró y volvió a cantar:

—*Vamos los dos, los dos, los dos. Vamos los dos en compañía...* —alzó la vista hacia su hermano. Los ojos le brillaban—. Joder, ¿cómo seguía? ¡Échame una mano, Lolo! Es imposible que no te acuerdes de la canción. La hemos cantado juntos un millón de veces.

Lolo sentía el paso ligero y desigual de Lena a su lado.

—No me gusta cantar. Ya te lo dije en el coche: no me gusta la música.

—No me lo creo. No conozco a nadie al que no le guste la música.

—No sirve para nada —refunfuñó el chico.

Ella soltó una carcajada.

—¡Mira que eres raro!

—Mira quién lo dice.

—Oye, no hables así a tu hermana mayor —lo amenazó Lena, burlona, y comenzó de nuevo a tararear—: *Vamos los dos, los dos, los dos. Vamos los dos en compañía...* —cantaba muy despacio, como si la letra empezara a llegar a su boca y temiese que se escapara—. *A ver si me*

sale un novio lo más bonito de España... —se interrumpió y chascó la lengua—. ¡Nada! No me acuerdo.

Mikis, que iba unos pasos por delante de ellos, se volvió a mirarla.

—¿Qué es eso de un novio?

Lena le guiñó un ojo a su hermano.

—Cosas nuestras.

Entraron en el pasadizo. Lolo notó cómo ella tiraba de su brazo hacia abajo cuando apoyaba el pie izquierdo, donde tenía la cicatriz. Al salir, Mikis se detuvo y lanzó un silbido. Un Mercedes cupé plateado destellaba bajo el foco que iluminaba la explanada delantera.

—¡Menudo cochazo se ha comprado el Dite! —exclamó.

Desde el portón de acceso a la finca les llegó la voz de un hombre:

—A quien se lo raye le va a cortar las orejas —era una voz opaca, como si su dueño no tuviera pulmones, pero se impuso sobre los sonidos del poblado.

Lolo se inclinó hacia Mikis.

—¿Ése es Billy?

—Ése es el perro de Dite y Esma —contestó el otro entre dientes.

Al ver la expresión de su hermano, Lena intervino:

—Sí, es Billy.

Junto al Mercedes estaba aparcado un viejo Ibiza amarillo. La luz interior estaba prendida. Su tenue claridad anaranjada creaba un pequeño escenario, una burbuja de humo donde se encendían y se apagaban los mecheros de tres chicos. Las llamas alargadas iluminaban sus rostros con la brevedad de un parpadeo.

Lena soltó el brazo de su hermano, se dirigió a un lateral del patio y se detuvo junto a la valla.

—¡Martina! ¡Martina! —gritó—. ¿Estás ahí?

Lolo se aproximó.

—¿Quién es Martina?

—La amiga de la que te he hablado antes.

—¿Es amiga de verdad o es como Noe?

—Amiga —afirmó Lena—. Martina es una tía muy maja. Trabajaba de encargada en la tienda de Loewe que hay en Serrano.

La valla debía de medir unos dos metros; el chico apoyó las manos en la parte superior y se puso de puntillas para mirar. La finca vecina estaba a oscuras. Entrecerró los ojos tratando de distinguir algo, pero la intensa luz del foco de la explanada de Esma hacía aún más negras las sombras que la rodeaban.

—¿Vive ahí?

—Ahí vive Reme, la cuñada de Esma. Mi amiga trabaja para ella —Lena hizo bocina con las manos—. ¡Martina! ¡¡Martina!!

—¿¿Qué?! —contestó una mujer desde el otro lado—. ¿Quién sos?

—Soy Lena.

La voz de la otra se dulcificó.

—Entrá por el agujero y te muestro lo que me regaló mi jefa.

—Voy —Lena levantó el rostro hacia su hermano—. Hala, ya puedes irte tranquilo, que no me voy a quedar sola.

Lolo permaneció inmóvil.

—¿Vas a pasar al otro lado por un agujero? ¿Qué agujero?

Su hermana señaló con el brazo un tendedero portátil que estaba junto a la valla, unos metros más allá. Varios pantalones, calzoncillos y camisetas de niño colgaban rígidos en el aire, como piezas de cartón.

—No veo ningún agujero —dijo él.

—Está detrás del tendedero —aclaró su hermana—. Esma lo coloca ahí para tapanlo. No le gusta que lo utilicen los yonquis.

—Lo que no le gusta es perder clientes —intervino Mikis—. Sabe que si pasan y les gusta más la droga de su cuñada, ella no volverá a verles el pelo.

Lena se rio.

—Los Tiznaos tienen entre ellos sus más y sus menos, como todas las familias. ¿O en la tuya no hay problemas?

Desde el otro lado se escuchó la voz de su amiga:

—Che, boluda, ¿con quién estás?

—Con mi hermano y con Mikis.

—Que entren también.

Lolo se acercó a Mikis.

—¿Es argentina? —le preguntó en voz baja.

—Muy argentina —bufó el griego—. Sabe de todo y sabe más que nadie.

Lena les chistó y, a continuación, hizo un gesto imperativo con la mano para que se fueran.

—Ellos se van ahora a comprar algo para comer —le dijo a Martina—. Paso yo sola.

El griego le dio a Lolo una palmada en el hombro.

—Venga.

El chico se volvió hacia su hermana con expresión suplicante.

—Lena...

Ella chascó la lengua.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora?

—¿Pasás o qué? —la interrumpió Martina—. No voy a quedarme plantada acá toda la vida, chacha.

—Chacha, chacha... —repitió Lena—. Joder, Martina, que eres argentina.

Desde el otro lado de la alambrada una risa se elevó como un pájaro en el aire áspero y bochornoso de la noche. Era una risa tan alegre que Lolo no pudo evitar sonreír.

—¡Ay, *Dioštive!* ¡Nosotras *semos* del *poblao!* —dijo la amiga de su hermana forzando el acento. Luego rompió a reír de nuevo—. Llevo acá más tiempo que en mi país —cambiaba del argentino al habla del poblado con naturalidad, como si formasen una misma lengua.

Lena se volvió hacia su hermano y señaló al griego, que se alejaba en dirección al portón.

—Venga, muévete, que pareces un espantapájaros.

Lolo dio un par de pasos a regañadientes y se detuvo.

—Prométeme que no te vas a ir sin mí.

La joven puso los ojos en blanco.

—Te lo prometo.

—¿De verdad?

—No me des más la murga —estalló Lena—. Y corre, que ése sí se va sin ti.

Cuando su hermano y el griego salieron de la finca, Lena lanzó una ojeada furtiva a la puerta de

la caseta de obra. Estaba abierta. Vaciló un instante, temerosa de que Esma o Dite se asomaran. Tomó aire y, con sigilo, movió a un lado el tendedero. A medio metro del suelo la lona azul estaba rajada y por el boquete se veían cortados los alambres de acero de la valla. La joven sujetó su bolso para evitar que se enganchara y, sin perder más tiempo, atravesó el agujero.

Al intentar enderezarse, trastabilló con un triciclo.

—¡Hostia! —exclamó.

Una mano fuerte como una tenaza la sujetó del codo.

—¿Estás bien? —preguntó Martina. En la oscuridad apenas se distinguía su rostro.

—No me he roto la crisma de milagro —protestó Lena.

—¡Estamos vivas de milagro! —la argentina soltó una carcajada y apartó el triciclo de una patada—. Tené cuidado de dónde ponés las manos, a ver si te da un chispazo —le advirtió. Sujetos a la valla con cinta adhesiva estaban los cables eléctricos que servían para enganchar la luz de las farolas de la calle.

Lena siguió a Martina, pero a punto estuvo de caer otra vez al tropezar con una lavadora tumbada en el suelo. Se inclinó para frotarse la espinilla magullada.

—Joder, sólo faltan la escalera y la cabra —masculló.

—Apurate —la urgió la otra.

Cojeando y maldiciendo, Lena fue tras su amiga.

—¡Llegamos! —Martina apartó una lona vertical.

Entraron en un fumadero cuadrado y amplio, techado por una carpa que le daba un aire circense. Había un muro con un ventanuco igual al de Esma, salvo que se encontraba a mayor altura y lo cerraba una tapa metálica. En el centro del cuarto, sentados sobre una pila de mantas, dos hombres y una mujer negra cabeceaban.

Martina dio un puntapié a una lata de cerveza vacía.

—¡Eh, ustedes! —los increpó—. ¡No tiren la mierda al piso! Después se meten aquí unas ratas de kilo y medio. ¡Una noche se van a comer a mis perros!

Ninguno se movió. Ni tan siquiera abrieron los párpados. La argentina se apartó las largas trenzas negras que le caían sobre el pecho. Todo su rostro parecía converger hacia los ojos; eran verdes y fulguraban con una rara intensidad. Dos esmeraldas en un paraje yermo.

—¡Qué hijos de puta!

Agarró una escoba que había apoyada contra el muro y empezó a barrer las latas y los pañuelos de papel esparcidos por el suelo de cemento. Vestía un mono azul turquesa sin tirantes, ceñido al pecho con nido de abeja, que dejaba al aire sus brazos fibrosos y el escote huesudo.

—Para, tía, que me estás dando en las piernas —protestó la negra, alzando la cabeza.

Martina se detuvo frente a ella.

—¡Pues espabila!

Los labios de la otra mujer temblaron como si fuese a decir algo, pero al instante los cerró. Martina se inclinó para recoger la basura en un cartón medio doblado y apoyó la escoba contra el muro con un golpe seco.

—Vení —le dijo a Lena.

En un extremo del fumadero, separado por un escalón de hormigón, había un espacio con una mesita de madera y un par de sillas. Dos perros estaban ovillados sobre el cojín de una de ellas. Eran unos chuchos canijos de pelambrea oscura. Martina los levantó con cuidado, se sentó y se los colocó en el regazo.

—Sentate —invitó a su amiga.

Sus dedos plumizos se deslizaron con extraña delicadeza sobre los animales. El más pequeño rebuscó con el hocico entre las patas del otro y empezó a mamar.

—La Perla tuvo cachorros y sólo se salvó éste —desde su regazo se oían los ruidos del cachorro al succionar—. ¿No es cierto, Perlito?

Alineados encima de la mesa había algo de cocaína sobre un trozo de plástico, un par de mecheros, un estropajo de aluminio, unas tijeras y papel de plata recortado en cuadrados. La argentina preparó su pipa y le dio fuego. Lena sacó del bolso la suya, la droga y el encendedor rosa y la imitó. Al inhalar, sus nervios crepitaron. Inhaló de nuevo y un baile de chispas le recorrió el cuerpo. La piedra que había colocado en la cazoleta se deshizo burbujeando.

Lena contempló a Martina. Su amiga llevaba los ojos delineados con dos gruesas rayas negras, que se unían en la comisura exterior y continuaban en un trazo egipcio hacia la sien. Una sombra azul le cubría los párpados hasta las cejas.

—Con esas rayas que te has pintado pareces Cleopatra.

La argentina se rio.

—Eso lo decís por todo lo que me cabe en la nariz.

Lena se echó hacia atrás en la silla y miró alrededor. Un racimo de plátanos colgaba de una esquina del techo, prendido a una cuerda.

—¿Y eso?

Martina señaló otros puntos de la carpa de donde colgaban más plátanos.

—No sé quién le comió la cabeza a mi jefa, pero está segura de que dan suerte.

Lena alzó una ceja.

—Como Esma se entere, va a dejar sin plátanos las islas Canarias.

Martina extrajo la bolita de estropajo de la cazoleta con unas pinzas.

—¿No notaste que el suelo está pringoso? —preguntó—. Cada dos días, mi jefa me hace baldear el fumadero con agua y leche.

—¿Qué?!

Lena miró el suelo. Junto a las patas de la mesa había un bote de insecticida, cuatro botellas de agua grandes y varios vasos con colillas flotando en líquidos parduzcos.

—Lo que escuchás. Por las noches oigo cómo las ratas se meten en el cubo y lo chupan.

Lena contrajo los dedos en las sandalias, levantó los pies y se cruzó de piernas en la silla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la argentina—. Hay que obedecer a los gitanos. Para sobrevivir hay que ir con la corriente, no contra la corriente.

—Ya, ya lo sé, Martina, que no soy nueva.

Lena colocó otra piedra encima de la cazoleta de su pipa. Las piedras crujían al quemarse, mientras ellas continuaban fumando.

—Mi jefa está insoportable —la argentina hizo un gesto con la cabeza hacia el ventanuco—. Cada día la policía echa abajo una casa, están tirando el poblado rapidísimo. Y encima los morenos abrieron nuevos pisos en Puente de Vallecas. Acá cada vez viene menos gente a comprar.

—En casa de Esma es igual.

Martina resopló.

—¡Que se aviven! A la gente no le gusta bajar a esta mierda de sitio y aún le gusta menos que la engañen.

—Es verdad, la droga está tan cortada que no hace nada —asintió Lena.

—Pagás para que te vendan coca, no para que te vendan anfetaminas. Si en otro sitio te despachan mejor droga y más barata, te vas, claro. ¡Es el mercado!

Una voz destemplada les hizo girar la cabeza.

—¡Ya te dije que viniéramos antes!

Frente al ventanuco había una pareja. La mujer se volvió hacia Martina. Ceñido al cuello llevaba un collar de cuero negro con tachuelas plateadas.

—¿Y la Reme?

—Ni idea.

—¿Va a tardar mucho? —insistió.

La argentina se encogió de hombros.

—El que va muy apurado acaba en el cementerio.

—Muy graciosa —rezongó la otra.

Un destello acerado cruzó los hermosos ojos verdes de Martina.

—A ver si te tengo que poner un bozal.

—Eh, sin faltar —dijo el hombre, y luego se inclinó hacia su pareja y le dijo algo al oído. Ambos se acuclillaron en silencio junto al ventanuco.

La argentina se volvió hacia Lena.

—Te voy a mostrar lo que me regaló mi jefa.

Dejó a los perros en el cojín y se aproximó a un rincón del estrado. En el suelo, junto a un saco de dormir, había una gran bolsa de basura cerrada con un nudo. La arrastró hasta la mesa, la abrió y empezó a revolver dentro.

—¡Acá está!

De la bolsa sacó unas mallas negras con unas grecas doradas estampadas en los laterales y una camiseta también negra con el logo dorado de Versace en el pecho.

—Me encanta —dijo Lena sin entusiasmo.

Martina dejó caer la ropa en la silla y volvió a inclinarse sobre la bolsa para rebuscar en el interior. Cuando se irguió llevaba en las manos dos separadores rosas para pintarse las uñas de los pies.

—Agarrá, uno para vos y otro para mí.

Lena se colocó el suyo en la mano izquierda.

—¡Qué gracioso! Parece un puño americano.

Se fijó entonces en que el esmalte amarillo de sus uñas se había descascarillado.

—¿Tienes acetona?

Una sonrisa sarcástica apareció en el rostro de su amiga.

—Acá no tenemos drogas blandas, sólo despachamos material de primera.

Siguió hurgando en la bolsa. Esta vez eligió un vestido largo de color granate con un solo tirante de lentejuelas. Lo alzó en el aire para mostrárselo a Lena.

—¿Te gusta? —sin esperar respuesta, sacó un bolso rosa de tela con un cierre metálico dorado y lo colocó delante del vestido—. Está buenísimo.

Lena movió la cabeza de un lado a otro.

—No es mi estilo.

Martina entornó los ojos y la miró con gesto profesional.

—Tenés razón —dijo, y se volvió hacia el centro del fumadero—. Eh, morena, ¿te interesa?

La negra la miró de reojo.

—¡Te estoy hablando! —exclamó la argentina—. Acercate, que no muerdo.

La otra se puso en pie y se aproximó con gesto hosco.

—Probate esto —le ordenó Martina.

La negra se enfundó el vestido granate por encima de la camiseta y de la minifalda vaquera que vestía.

—Perfecto, es tu talla —Martina estiró la tela aquí y allá—. Llévate también el bolso, va muy bien con ese color —la contempló con expresión complacida—. Estás más linda que cuando salías en televisión.

—Entonces sí tenía ropa bonita —dijo la otra, y se alejó, macilenta y consumida, con su vestido de fiesta. Llevaba el bolso en el brazo doblado, con la mano apuntando hacia el techo.

La argentina miró a Lena y enarcó una ceja.

—Es una tocapelotas, pero aquí hay que tener mucha mano izquierda, que después, cuando estás dormida, te clavan un cuchillo y no te despertás más —levantó a Perlito y lo besó en el hocico—. A los perros los meto en el saco conmigo cuando me acuesto, para que no los lastimen —con la mano que tenía libre, empuñó un palo de gran tamaño que estaba junto a la silla y alzó la voz—: Esto lo tengo siempre cerca.

En el fumadero se oyó el ruido de unos pasos apresurados. Tres chavales se detuvieron ante el ventanuco y, al verlo cerrado, comenzaron a protestar.

—¡Tranquilos, que no quiero líos! —los conminó Martina blandiendo la estaca—. ¡Pónganse en fila!

La pareja que esperaba en cuclillas se puso en pie de inmediato para situarse en primer lugar. Los chavales se colocaron tras ella.

—Pareces una domadora —le dijo Lena a Martina.

Sin apartar la vista de la fila, la otra alejó con el pie la bolsa con la ropa.

—¿Qué decís? Yo soy psicoanalista. ¿No viste el diván?

—¿Qué diván?

Martina señaló la pila de mantas en el centro del fumadero. Se colocó las trenzas con coquetería alrededor de la cabeza, formando una diadema, y las sujetó con un par de alambres limpiapipas que había sobre la mesa.

—Hago terapia de grupo. ¡Llegué a atender a más de doscientos, todos al mismo tiempo! Soy psicoanalista las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año.

Una chica con una larga melena rizada entró sola en el fumadero y se incorporó a la cola.

—¿Está la Reme ahí? —preguntó. Su voz temblaba de anhelo.

Una sombra cruzó el rostro de Martina.

—¡A vos qué te importa!

Algunas protestas se alzaron en la fila. Con el ceño fruncido, la argentina se acercó a una lona que tenía a su espalda y la apartó a un lado para asomarse. Resopló, dejó caer el plástico y regresó a la mesa. Sin sentarse, se inclinó hacia su amiga y le habló en voz baja:

—La Reme está ahí fuera, en el patio, rascándose el higo.

Luego se acercó al escalón que separaba el estrado del resto del fumadero y miró a los que hacían cola.

—¿Conocen el chiste de los apóstoles?

Todos los ojos se alzaron hacia ella. Muy erguida, Martina sonrió:

—Lo voy a contar. Están los doce apóstoles con Cristo sentados a la mesa. Uno hace unas rayas en un cartón —simuló preparar unas rayas en la palma de la mano. Las aletas de la nariz de la mujer con el collar de tachuelas se abrían y cerraban con avidez como si tuviese el cartón con la cocaína delante—. Unas rayas gordas como tizas...

—Dime dónde están, que voy a ayudarlos —la interrumpió uno de los chavales de la fila.

Sus amigos se rieron, pero la argentina lo señaló con el índice:

—Si querés contar el chiste, contalo vos.

Los que estaban en el fumadero parecieron replegarse sobre sí mismos en un desapacible mutismo. El chico sonrió, nervioso.

—No te mosquees, tía —se excusó.

Martina, inmóvil y en silencio, lo miró con ferocidad. Luego tendió de nuevo en el aire la mano con la palma hacia arriba.

—El apóstol le pasa el cartón con las rayas a Jesús —se inclinó con gesto obsequioso ante un Jesús imaginario. Alzó la vista y sus ojos verdes recorrieron la fila—. Entonces va él y ¡estornuda! —sopló con fuerza levantando la cabeza hacia la cubierta del techo y fue como si la cocaína se hubiese convertido en una blanca paloma que volara, alejándose de ellos. Martina rompió a reír—: Y dice Judas: «¿No es como para matarlo?».

Ninguno de los que la escuchaban se rio. La argentina les dio la espalda y se dirigió a la mesa. Apartó a los perros del cojín y volvió a sentarse con ellos en el regazo. Miró a Lena e hizo un gesto hacia la lona que había tras ellas.

—Y la Reme tocándose el higo. Después se quejará de que pierde clientes.

—Esma es igual —asintió su amiga.

—Todas son iguales —zanjó Martina—. ¿Te acordás de la Tana?

—¿La de Pitis?

—Sí, aquella que tenía unos ojos que parecían dos *puñalás* en un tomate.

Lena asintió.

—Aquel sitio estaba a tomar por el culo —entornó los párpados, pensativa—. ¿Cuándo fue eso? ¿Hace cinco años?... Yo te conocí allí.

La argentina se encogió de hombros.

—Cinco años, tres, ayer...

Su amiga ladeó la cabeza con una sonrisa pícaro.

—Me acuerdo de que tú ibas siempre en una Harley negra con un tío rubio muy alto que tenía unos ojos azules impresionantes.

—Sí, el Javi, menuda pieza.

—Os llamábamos los Guapos.

Un destello nostálgico iluminó los ojos de Martina.

—¡Los Guapos! —repitió y se mordió el labio inferior—. En la universidad nos llamaban los Brangelinos. Nos divertíamos el Javi y yo...

—¿Qué ha sido de él?

El rostro de la argentina se endureció.

—A saber. De esa época no queda nada: ni la Harley, ni la Tana, ni Pitis. Desapareció todo, menos yo... Y vos —alzó el índice y la señaló—. Me puse contenta cuando te vi acá, chacha —dijo.

—Yo también —asintió Lena, pero rehuía mirarla.

No era verdad, ella no había sentido alegría, sino asombro al descubrir que Martina se había convertido en la machaca de la Reme. Pero su asombro no duró mucho. El desastre, en aquel mundo, era algo natural.

—Vos sos la única con la que se puede hablar en el poblado —la argentina se echó hacia atrás en la silla—. Esto se acaba. Ayer de madrugada tiraron la casa de los Bizcos. Tuvieron que sacar a rastras a la Bizca y a los nenes para meter la piqueta. Tenías que haberlos visto, en pijama y

echando piedras a los policías. A uno casi le volaron la cabeza... —lanzó una carcajada y su risa cantarina aligeró la pesadumbre que se había instalado entre ellas.

—Una noche de éstas meterán aquí la excavadora —comentó Lena.

La argentina miró las brillantes bolitas de estropajo que estaban quemadas sobre la mesa.

—Desaparecerá este poblado y aparecerá otro.

Se levantó, se aproximó al escalón y, con los ojos clavados en la fila, extendió el dedo índice y fue señalando a los que hacían cola. Sus labios se movían al contar. Lena se fijó en los tobillos hinchados de su amiga. Luego miró los suyos: estaban sucios, pero aún se distinguían los huesos como dos pomos amarillentos. Martina regresó, cogió las tijeras y empezó a recortar unas bolsas de plástico que tenía apiladas en el suelo, junto a la mesa.

—Así que tenés un hermano —dijo mientras cortaba círculos del tamaño del hojaldre de las empanadillas.

Lena comenzó a jugar con un mechón de su cabello.

—Sí, somos dos. Él es el pequeño... Bueno, pequeño de edad, tiene dieciséis años, pero ha pegado un estirón y te da tortícolis sólo con mirarlo.

—¿Está enganchado?

—No —tironeó del mechón—. Ha venido a buscarme para llevarme a casa —al ver el gesto de la argentina, soltó una carcajada—. ¡A buscarme! ¿Tú te crees? Como si yo me hubiera perdido... Esto es cosa de mis padres, que lo han debido de enviar.

Martina dejó las tijeras en la mesa y acarició el pelo hirsuto de los perros, adormilados en su regazo.

—Ay, chacha —suspiró sin mirarla—, es lindo que vengan a buscarte.

Lena titubeó.

—¿Tú tienes hermanos?

Era la primera vez que le preguntaba por su familia. En el poblado no existía el pasado, tampoco el futuro, sólo existía el presente. Un presente idéntico, repetitivo, absorbente. La argentina le dedicó una mirada extraña.

—Sí, una hermana, pero vive en Argentina. Antes nos llamábamos, pero ya no —se encogió de hombros—. ¿Qué nos vamos a decir?

Lena asintió.

—Yo llevo un año sin hablar con mi hermano. Él ha estado fuera, estudiando en Inglaterra, y ahora aparece de la nada y se empeña en que le cuente mi vida y que vuelva a casa de mis padres con él esta noche... ¡Esta noche! —repitió con énfasis.

—¿Te vas a ir?

—No sé... No es fácil... Si lo fuese, ¿seguirías tú aquí?

—Vos tenés a tus padres, pero yo ¿adónde voy a ir? ¿A dormir a un portal? Por lo menos hace dos años que no salgo del poblado.

Lena abrió los ojos con asombro.

—¿No te has movido de aquí desde hace dos años?

—Ni ganas —Martina señaló la pipa—. Hay otros mundos sin necesidad de moverse.

Uno de los que aguardaban en fila se volvió hacia ellas.

—¡Martina! —era un hombre de unos treinta años. Parecía un profesor de gimnasia con una camiseta negra de tirantes y un pantalón de chándal rojo—. Yo te saco del poblado cuando quieras.

Ella se sujetó los pechos con las manos y los alzó con una sonrisa procaz.

—Ya me conozco la historia: dejamos juntos la puta droga para empezar los dos de nuevo — bajó las manos—. ¡Dejá vos la droga, tarado! Yo sólo me voy con vos si tenés la billetera llena.

El tipo sacó una vieja cartera de tela de un bolsillo del pantalón.

—Si te casas conmigo, puedes seguir consumiendo —le guiñó un ojo y empezó a cantar mientras movía la pelvis hacia delante y hacia atrás—: *Si tus ojillos fueran aceitunitas verdes, toda la noche estaría muele que muele, muele que muele...*

La argentina levantó el dedo corazón.

—La concha de tu madre, pelotudo. Te pondrás hasta las bolas de cocaína y, cuando llegue el momento y no se te pare, me darás una paliza. Acá todos te quieren... hasta que te dejan de querer.

El otro abrió los brazos con ademán teatral.

—¡Me has roto el corazón!

—¿Qué corazón? ¡Lo vendiste hace mucho! Los únicos que tienen corazón acá son los perros — aupó a Perla y a su cachorro en el aire y besó sus hocicos reseco—. Ustedes sí que me quieren de verdad.

Dejó a los perros en su regazo y, olvidándose de su admirador, se preparó otra pipa.

—¿De verdad que no has salido de aquí ni un solo día? —le preguntó Lena.

—Acá tengo un trabajo y una familia. La Reme tendrá mal carácter, pero quien me da una aspirina si me duelen los dientes es ella, quien me da comida es ella... En el poblado nadie se atreve a tocarme un pelo porque sus hijos tienen avisado a todo el mundo para que me respeten. Ellos son ahora mi familia. De mis padres y de mi hermana ni me acuerdo.

Lena la miró a hurtadillas mientras se tironeaba del mechón. Mikis le había contado que Martina tenía una hija en un centro de acogida. También le había dicho que había parido otro hijo en el poblado y que se lo había vendido a los gitanos. «¿A quiénes?», le preguntó ella, pero él se encogió de hombros.

—¿Al Tino? —insistió ella—. ¿La yonqui a la que el Tino dejó embarazada era Martina? ¿Fue ella a la que tuvo encerrada en un chamizo hasta que parió?

El griego no dijo nada.

—¡Joder, contéstame! ¿Era Martina o no? —repitió Lena.

El rostro de Mikis se ensombreció.

—¿Para que quieres saber? —contestó él—. Mejor no saber nada.

La voz de Martina sorprendió a Lena:

—¿Qué te pasa?

Lena se pasó la mano por la cara y se esforzó en sonreír.

—Nada.

La risa de la otra rompió el ambiente hosco que se había instalado entre ellas.

—¿Qué le tiran a un argentino cuando se está ahogando?

—No sé.

—¡Al resto de la familia!

En el fumadero resonó su alegre risa. La argentina empuñó de nuevo las tijeras y siguió recortando círculos de plástico. Trabajaba atenta a los movimientos y los ruidos a su alrededor.

—La otra noche, en el baldío de atrás, uno de los Culata se puso a tirar a las ratas con un fusil de asalto. Los nenes de la Reme se despertaron aullando. Salió el marido con una escopeta y casi se matan. ¿Te lo podés creer? ¡Venir a pegar tiros acá, junto a las casas de los Tiznaos! Como si no hubiese baldíos cerca de su casa... Son ganas de pelear.

Lena asintió, mientras empezaba a preparar su pipa.

—Yo huyo de los Culata como de la peste.

—Fue el Tino, el peor de todos. Ése es de la piel de Judas —la argentina giró el rostro y escupió hacia el suelo. Luego se inclinó hacia la otra y bajó la voz—: A ese hijo de puta le han robado un pitbull y han visto a la Noe tratando de venderlo. ¡Todo le tenían que robar! —dijo con voz ronca.

La mano de Lena que sostenía la pipa quedó suspendida en el aire. En su cabeza irrumpió la imagen de Fuga en el regazo de Lolo.

—¿Un cachorro?

Martina carraspeó.

—Sí, ¿vos lo viste? ¿Viste a la Noe?

—No —replicó Lena de inmediato.

Dio fuego a la pipa e inhaló. Con la vista fija en la mesa, recordó la mancha blanca que el cachorro gris tenía en el pecho. Recordó a su hermano colocándolo en el suelo, bien sujeto entre sus deportivas negras... No sabía qué más había sucedido con Fuga. Parpadeó intentando concentrarse, pero su pensamiento se ramificaba en innumerables caminos y tan pronto ponía el pie en uno, saltaba a otro y de ése a otro, y así sin cesar.

—Al final van a averiguar quién se robó el perro. Acá todos nos conocemos —dijo Martina.

Lena la miró con expresión inocente.

—El cachorro que lleva Noe... —vaciló un segundo—. El pitbull... ¿No será uno de los perros del Piojo? Él va siempre con una manada detrás.

Un destello iluminó los ojos de Martina.

—¿Vos creés que el Piojo le robó al Tino el cachorro?

Lena hizo una mueca.

—¡Yo qué sé!

La argentina dejó las tijeras sobre la mesa.

—Ése... o ésa... o los dos acabarán en el pozo de los Culata, vas a ver, acabarán cubiertos con sosa cáustica —siguió hablando en susurros—. La semana pasada, Valentín se metió dentro del pozo para esconderse de la policía y había...

Lena no la escuchaba. Se llevó el pulgar a la boca y empezó a levantar el esmalte amarillo con los dientes mientras se esforzaba en recordar dónde había visto a Fuga por última vez. ¿La llevaba Lolo cuando se fue con Mikis?... ¿Había dejado a Fuga en el fumadero?... Ella había cogido a su hermano del brazo cuando enfilaron el pasadizo. ¿Sujetaba a Fuga con el otro?... Recordó el antebrazo flaco y tenso de Lolo mientras ella tarareaba, y la canción que cantaban de niños le vino de nuevo a la cabeza: *Vamos los dos, los dos, los dos. Vamos los dos en compañía...* Aquella música infantil se mezcló con la voz de Martina:

—... había huesos y trozos de carne que no se habían deshecho. Valentín se puso a contar números para no ponerse a gritar. ¿Te lo imaginás? Uno, dos, tres, cuatro... Llegaba a doce y se trabucaba y volvía a empezar —Martina rompió a reír—. Como si diera las campanadas.

Reía y su risa resonaba en los oídos de su amiga con un siniestro tañido. Lena se pasó las manos por la cara para despejarse y, sin darse cuenta, se le corrió el pintalabios.

—A veces todo esto me parece un sueño, como si fuese mentira —suspiró.

Un destello de ironía cruzó los ojos de la argentina.

—Entre la realidad y la ficción hay una raya muy fina. Y acá las rayas... —se cerró con un dedo una aleta de la nariz y aspiró por la otra— nos las esnifamos.

A su pesar, Lena sonrió.

—¿Qué hora es?

La otra se encogió de hombros.

—No sé ni qué día es.

Lena guardó en el bolso su pipa y la droga que aún le quedaba.

—¿Te vas? —dijo Martina.

—Le prometí a mi hermano que lo esperaría donde Esma.

La argentina le guiñó un ojo, sacó del bolsillo de su mono turquesa una bolsita de plástico y la abrió sobre la mesa.

—Quedate un rato, te invito. Esta mezcla es buenísima.

Lena titubeó un instante, con la vista clavada en el polvo color café extendido sobre el plástico. Metió la mano en el bolso y sacó de nuevo su pipa.

—Me quedo, pero sólo un rato.

Un hombre sin más ropa que un pantalón se plantó delante de ellas. Una pelambarrera opaca le caía sobre la frente.

—Fali —dijo Martina—, ¿qué hacés acá?

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—¡Otro con la hora! ¿Qué piensan ustedes que soy? ¿El reloj de la Puerta del Sol?

—¿Dónde está la Reme? —Fali señaló el ventanuco cerrado.

Martina hizo un gesto con la cabeza hacia la lona situada a su espalda. Él subió el escalón, se asomó y, con un gemido, retrocedió.

—¿Me puedes dar algo? —suplicó a Martina, sin apartar la vista de la droga que había sobre la mesa—. Para aguantar.

Ella lo miró con indiferencia.

—Decile a la Reme que venís a por tu toma.

Fali no se movió del sitio, pero giró el cuerpo en una dirección y en la otra, sin decidir qué hacer.

—Ya sabes cómo es. Se cabrea y me hace esperar más —el hombre estampó un pie en el suelo—. ¡Mierda de gitanos! Me lo he ganado con mi trabajo.

La argentina le chistó para que callara.

—Acá ya sabés a lo que estás, nadie te engaña. Si no te gusta, te vas.

Él se golpeó con el puño el pecho desnudo. Las costillas sobresalían en la piel como una marimba.

—¿Por qué no me da lo que me toca cuando me toca?

Martina resopló.

—Pasame tu pipa.

Los ojos del hombre siguieron con impaciencia los movimientos de las manos de Martina mientras ella vertía en la cazoleta los restos de cocaína que aún había sobre la mesa.

—¡Parezco santa Juana de Narco! —exclamó.

Fali dio fuego a su pipa, inhaló con avidez y se la tendió con gesto implorante a Martina. Ella le dio un manotazo para apartarlo.

—Ya te fumaste una. ¿Qué esperás? —le señaló la salida—. ¡Andate a la puerta!

El rostro de él se contrajo de ira.

—¿Quién eres para mandarme? Llevo aquí más tiempo que tú.

Martina escupió otra vez en el suelo. Las trenzas que se había anudado en torno a la cabeza cayeron sobre el pecho con el sonido seco de dos sogas largas y negras.

—¿Qué te creés? ¿Que te van a pagar la antigüedad? ¿Que va a aparecer el sindicato a defenderte? ¡Andate a la mierda!

Él no se movió.

—Tú eres una esclava, una puta esclava como yo. ¡Ten mucho cuidado!

La argentina empuñó las tijeras y las blandió en el aire.

—¡Mala muerte tengas! —gritó. Sus ojos verdes fulguraban, dementes—. Yo me iré, pero antes vas a salir vos con los pies por delante, te lo juro.

Parecían dos perros enseñando los dientes y lanzando dentelladas mientras se medían. El hombre se alejó, farfullando. Los de la fila se apartaron para dejarlo pasar.

—¡Putá droga!

La argentina frunció la boca. Unas arrugas verticales partieron sus labios como hilvanes.

Lena desvió la vista. La belleza de Martina, lo que sobrevivía de ella, hacía aún más perturbador su deterioro.

En el fumadero entró un chico. Tenía el flequillo teñido de rubio y llevaba dos brillantes en las orejas. Un rosario de cuentas doradas colgaba de su cuello. Cuando Martina se volvió hacia él, se llevó una mano a la entrepierna y, apretándosela, empezó a vocear:

—Tengo salami *pa* ti, *pa* ti, *pa* ti...

Con la mano que tenía libre iba señalando a la argentina, a Lena y a los que hacían fila ante el ventanuco. La cruz del rosario saltaba sobre su pecho.

—Toma que toma que toma que toma...

—¡Ay, *Dios*! —el rostro de Martina se serenó y su deje argentino desapareció bajo el acento del poblado—. Samuel, ¿qué hacés? ¡Te vas a quedar sin pelotas, chacho! Vas a quedarte inútil para cuando las necesites.

Samuel dejó caer la mano e hizo un puchero enfurruñado.

—Me aburro —una leve sombra se dibujaba sobre su boca en el rostro lampiño.

—¿Y qué querés que haga?

—¿Me das un cigarrillo?

—Ni pienso, tenés doce años —dijo ella—. Si tu madre me ve, me mata.

Samuel le mostró el dedo corazón y se volvió hacia Lena.

—¿Y tú?

Ella sacó la cajetilla de Marlboro de su bolso y le tendió un pitillo.

—Toma.

—Dame más —ordenó él.

Lena le alargó la cajetilla y Samuel cogió un puñado de cigarrillos.

—Escondelos —le advirtió Martina.

El chico se los guardó en el bolsillo del pantalón y luego se puso en jarras delante de ella.

—Llama a mi madre.

—Llamala vos —la argentina hizo un gesto con la cabeza hacia la lona—. Está afuera, tomando el aire.

—¡Lámala! —ordenó el chaval.

Martina suspiró, fue hacia la lona y se asomó.

—¡¡Reme!!

En el patio, una mujer con un voluminoso moño rubio volvió la cabeza con gesto agrio.

—¿Qué?!

—Te busca el Samuel.

—Ay, no la dejan tranquila a una —rezongó la otra y, a continuación, vociferó—: ¡¡Samuel!!
¡¡¡¿Qué quieres ahora?!!!

El chico empujó a Martina y salió al patio. Se detuvo un momento junto a su madre y luego siguió hacia la calle. La mujer se dirigió de nuevo a la argentina.

—¿Hay gente? —preguntó con desgana.

—Sí.

La gitana se levantó de la silla y se encaminó a la casa arrastrando los pies. El sonido del ventanuco al abrirse agitó la fila de yonquis; regresaron las voces, los gruñidos, las protestas.

—En dos minutos está acá el cretino del Fali —masculló Martina. Hizo una cruz con los dedos índices y la besó—. Te juro por ésta que esa pipa que le regalé fue la última.

Lena asintió con vehemencia.

—A mí me la ha jugado antes Noe...

Se calló de golpe, pero los ojos verdes de Martina ya se habían clavado en ella.

—¿Noe? Pero ¿no me has dicho q...?

A Lena se le acalabró el estómago.

—¡Martina! —la voz de Reme escapó imperiosa desde el ventanuco.

Al oír el grito, la argentina separó la vista de Lena y se puso en pie.

—¿Qué?!

—Ve a comprar una Fanta de naranja. Y que esté fría, que la de antes estaba caliente.

Martina frunció el ceño.

—¡Será puta! —masculló. Colocó a los dos perros sobre el cojín de la silla e hizo un gesto imperioso hacia Lena—. No te vayas. Cuando vuelva, me contás lo de Noe.

Lena asintió muy pálida, pero tan pronto desapareció la otra, se apresuró a guardar la cajetilla y la pipa en el bolso y se levantó. Con cuidado para que no la viera la gitana, salió del fumadero y se dirigió cojeando al agujero de la valla por donde había entrado.

4. Los Culata

El griego caminaba evitando los coches, que avanzaban en la oscuridad haciendo eses para sortear las pozas de agua estancada. Lolo lo seguía, mirando hacia el suelo con cuidado de no tropezar. Un Golf negro pasó tan cerca de él que el espejo retrovisor le golpeó la cadera. El chico lanzó una exclamación y se apartó de un salto. El Golf entró en un charco y sus luces rojas traseras descendieron y enseguida se elevaron mientras se alejaba.

Mikis se volvió hacia Lolo.

—Ten cuidado, a ver si le vas a pisar la cabeza a alguno —dijo, y señaló a la derecha. Tumbado junto a un muro dormía un hombre.

El aire parecía haberse coagulado, haciendo más intensos los olores. A la vera del camino mal asfaltado, las familias charlaban y reían mientras asaban sus cenas sobre rejillas colocadas en las hogueras. Un aroma a carne y a chorizo especiados se mezclaba con el tufo áspero a plástico quemado, a cobre, a heces... Hedía a eso y a algo más que Lolo había notado en el coche de Moja. De repente supo qué era aquel olor tenue que había percibido al tumbarse en la cama de su hermana cuando regresó de Irlanda. Aunque su madre había lavado las sábanas, un efluvio delgado como un hilo parecía impregnar la funda de la almohada. Era lo único desconocido en aquella habitación; también era lo único vivo. Era leve, pero perturbador, como si se prolongara bajo el resquicio de la puerta por la que su hermana había desaparecido. Sin darse cuenta, desde que salió de su casa aquella mañana para buscar a Lena, había seguido ese hilo. Ahora sabía que el poblado era el destino.

La tierra parecía humear, tantos eran los fuegos. Enredadas entre las pavesas, voces de mujeres se elevaban en el aire:

—¡José! ¡Vamos, ven *pa* casa ya! ¡Y llama a la Sulami!

—¡Mal cáncer le coma a ese niño *atontao*! ¿Qué hará *tol* día por ahí fuera?

Los gritos resonaban como si el poblado estuviese encerrado en una campana. Eran fuertes las voces y el crepitar del fuego y la música que escapaba de las caravanas y las casas. Bajo aquel bullicio se escuchaban aullidos de perros invisibles, porque los otros perros, los que iban por el asfalto, callaban igual que los yonquis. Unos y otros deambulaban en silencio en medio de la alegre algarabía.

El griego esperó a que el chico se colocara a su lado e hizo un gesto señalando alrededor.

—Aquí está el metro cuadrado más caro de España. Alquilar cualquiera de estas ruinas te sale por una fortuna, hasta mil doscientos euros a la semana.

El chico se detuvo y observó las míseras casas bajas, las caravanas con porches improvisados, las chabolas hechas con palos y cartones. Aquélla era la calle por la que Moja había entrado en el poblado.

—¿Lo dices en serio?

Mikis asintió.

—Esto es como la Gran Vía —dijo, y reanudó el camino a grandes zancadas.

Lolo se apresuró a seguirlo. Se fueron alejando del fumadero de Esma. Las hogueras empezaron a distanciarse y las casas dieron paso a tapias medio derruidas. Cuando dejaron atrás el último fuego, el aire se oscureció. No se veían la luna ni las estrellas; ninguna luz llegaba del cielo, opaco igual que una lona.

La camisa blanca del griego era ahora una pálida mancha que flotaba ante los ojos del chico. Caminaban por sendas donde ya sólo había escombros. Los espacios vacíos abrían el horizonte y, sin embargo, la propia oscuridad creaba muros que los encerraban. Seres encorvados y huidizos se cruzaban a veces con ellos. Sombras en las sombras, cada vez más densas.

Un resplandor anaranjado se dibujó en la lejanía y hacia él se encaminaron. Subieron una cuesta y, al doblar un recodo, la noche se incendió. Una hoguera inmensa ardía en el centro de una explanada. El fuego parecía devorar el espacio en torno a él y en el aire se agitaban las chispas entre los crujidos y los chasquidos de la madera. A un lado de la pira había un cobertizo con el techo cubierto por un plástico y sin más paredes que los postes que lo sujetaban. Junto a la pira, sentado en una silla de oficina, un anciano afilaba un palo con un cuchillo.

—Eh, Valentín —gritó el griego—. ¿Cómo va la noche?

El otro separó la vista del palo.

—A medio gas.

A su espalda se alzaba una tapia con un portón de hierro coronado de pinchos tras el cual se adivinaba una casa. Apoyado en la pared había un chaval con una gorrilla. Aquélla era la única construcción que permanecía en pie en la explanada; el resto eran ruinas.

Mikis se volvió hacia Lolo.

—Espera aquí —le ordenó, y fue a reunirse con Valentín.

Lolo obedeció y se quedó observando. La hoguera relumbraba solitaria e inmensa y a su reclamo de faro acudían hombres y mujeres que salían de las sombras y se dirigían hacia ella a saltitos apresurados. Todos saludaban a Valentín sin detenerse y seguían hacia el portón cercano. El de la gorrilla lo abría para permitirles el paso y lo cerraba tras ellos.

El griego charlaba animadamente con el viejo, pero el intenso crepitar del fuego sofocaba sus voces. Las llamas arrancaban destellos a la hoja plateada del cuchillo, que Valentín sacudía en el aire mientras gesticulaba. Un coche apareció por una esquina y el chaval se separó del muro. Moviendo los brazos, le indicó al conductor que aparcara junto a otros tres vehículos.

Lolo dio la espalda a la hoguera y miró alrededor; la explanada estaba en un alto y parecía la última frontera ante el vasto océano de negrura que se abría enfrente. Las farolas de una carretera lejana dibujaban un túnel ocre en el horizonte. Poco a poco, las pupilas del chico se dilataron y sus ojos comenzaron a interpretar las tinieblas. A los pies de la explanada, donde antes no había percibido nada, distinguió la silueta alta y estrecha de una cruz. A su derecha se levantaba la mole rectangular de lo que debía de ser una iglesia, pues tenía otra cruz más pequeña en el tejado. Cerca del edificio, Lolo reparó en unas luces tenues y, más que percibir, intuyó la forma semicircular de tiendas de campaña. Se alzaban sobre la oscura planicie como ampollas en la tierra quemada.

—¡Puerta!

El grito le hizo volver la cabeza. El chaval de la gorrilla se apresuró a abrir el portón de hierro y del interior salió un hombre muy grueso vestido de negro. Sobre la mano derecha llevaba un plato en equilibrio. Caminaba balanceándose y con la punta de los pies hacia fuera. Hombres y mujeres se apartaban a su paso, pero él no les prestaba ninguna atención. Bajo el luto, su

corpachón condensaba la noche. Cuando llegó al cobertizo, la pira iluminó la enorme herradura de oro que llevaba colgando sobre el pecho. En la explanada, los fuertes chasquidos de la madera sonaron como salvas.

El griego se dirigió con premura hacia Lolo con una mueca de alarma. El miedo coloreaba sus pálidos ojos.

—Vámonos —le dijo.

El chico no se movió, incapaz de apartar la vista de la hoguera. El hombre de negro tendió el plato a Valentín y le dijo algo. Las llamas hacían destellar su colgante como si fuese de fuego. Se dio la vuelta y, con su extraño andar, regresó a la casa.

—¡Puerta! —gritó el chaval.

Mikis le dio a Lolo un golpe en la espalda.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Vámonos!

El portón se abrió y el hombre desapareció, arrastrando las tinieblas hacia el interior. Detrás del muro lo recibió un coro de aullidos.

El griego sujetó al chico del brazo y tiró de él.

—¿No me has oído? Cuando yo digo que nos vamos, nos vamos.

—¡Suéltame! —se revolvió Lolo—. ¿Dónde están el arroz con leche y las cervezas? ¿No hemos venido a comprarlos?

Junto a la hoguera, Valentín hundió con avidez el cuchillo en el plato.

—Tenemos que hablar de Lena —Mikis apartó la mano y, sin añadir nada más, se alejó.

Lolo fue tras él. Dejaron a sus espaldas la fogata y se adentraron en la oscuridad. Caminaban deprisa y en un silencio hostil. El hombre iba delante, resollando. Tosió levemente y a esa tosecilla siguieron otras cada vez más fuertes, hasta que un violento ataque lo hizo detenerse. Apoyó las manos en los muslos y se dobló sobre sí mismo. Parecía que fuese a escupir los pulmones. El chico se apartó unos pasos.

—No es contagioso —jadeó el griego—. Tengo un tumor en el pulmón izquierdo. Un tumor malo.

Como Lolo no decía nada, torció el cuello para mirarlo.

—Tú no hablas mucho, ¿eh?

Encorvado y con la cabeza ladeada, semejaba una extraña bestia al acecho.

—¿Qué me ibas a contar de Lena? —dijo el chico en tono acusador.

Fue el griego quien calló ahora. A su espalda todavía se vislumbraba la hoguera, su ardiente cresta ondulante como un espejismo.

—Vamos un poco más lejos —masculló, al fin. Se enderezó y apuntó con la mano hacia delante—. No quiero que nos oigan.

Lolo lanzó una ojeada a su alrededor. A la derecha del camino se distinguía la forma oscura de una silla encima de una pila de escombros. No se veía a nadie en aquel paraje sombrío. Sólo estaban ellos, inmersos en aquel olor nauseabundo que despedía la tierra.

—Aquí no hay nadie —dijo sin moverse—. Cuéntamelo ahora.

El griego carraspeó varias veces, como un coche que no termina de arrancar. Escupió antes de alzar el rostro hacia Lolo. El chico le sacaba una cabeza.

—¿El cachorro que Noe intentó vender a Esmá era un pitbull gris? —preguntó en un ronco susurro.

La imagen de Fuga acudió de repente a Lolo y le hizo olvidarse de Lena. De manera automática, se miró los pies.

—Sí —dijo.

—¿Sabes dónde está?

El chico sintió que le daba un vuelco el estómago y tardó unos instantes en responder:

—Noe me encargó q-que lo cuidara —balbuceó—, p-pero no...

—¿Noe te encargó que cuidaras del cachorro? —lo interrumpió el otro.

Lolo asintió con la cabeza.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —lo increpó Mikis—. A ver, piensa: ¿dónde está el puto bicho?

—No lo sé.

—¡Joder! A ti hay que sacarte las palabras con sacacorchos —el griego carraspeó—. ¡Menuda hijaputa, la Noe! ¿Qué pasó cuando te dejó el cachorro?

Lolo se llevó una mano a la frente, esforzándose en recordar.

—Ella se fue y yo lo cogí en brazos, p-pero Lena me dijo que debía de tener garrapatas y lo puse en el suelo —tomó aire para no tartamudear y alzó la voz para defenderse—: Me lo coloqué entre los pies para que no se escapara —luego calló y desvió la vista—. Me olvidé de que estaba allí. No sé qué pasó. Se debió de ir y no me di cuenta...

—La van a matar cuando le echen la mano encima.

—¿Van a m-matar a Fuga? —la voz del chico tembló.

—¿Fuga? —Mikis soltó una carcajada, áspera como un ladrido—. ¿Se llama Fuga?

Lolo no lo escuchaba.

—¿Por qué quieren m-matarla?

El griego movió la cabeza de un lado a otro.

—No, al cachorro no. Es de los Culata, me lo acaba de contar Valentín. ¿Viste al gordo que le llevó la comida? ¿Uno que tenía un colgante que parecía un cencerro? Ése es el Tino, el dueño del pitbull. Se lo han robado y ha ofrecido una recompensa a quien lo encuentre —Mikis escupió a la tierra—. ¡El Tino! Ya puede correr Noe. No me gustaría estar en su pellejo.

Lolo recordó los pequeños ojos azules de Fuga, su expresión de tristeza. Respiró hondo antes de hablar.

—El pitbull ese, el que han robado, ¿es macho o hembra? —preguntó con cautela.

—Yo qué sé.

—¿Tiene una mancha blanca en el pecho?

—¿Una mancha?

—Sí, una mancha blanca aquí —reiteró el chico, y con el índice se señaló el esternón—. Parece un babero.

Mikis se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Tiene las pezuñas blancas? —la voz de Lolo iba afianzándose con cada respuesta del griego.

—¡Yo qué sé!

Una tímida sonrisa apareció en el rostro del chico.

—Hay muchos pitbull grises. Seguro que Fuga no es el cachorro que han robado —dijo.

—No estoy tan seguro —murmuró el otro.

Lolo frunció el ceño y permaneció un rato en silencio, pensando.

—No tiene sentido... Si Noe lo hubiera robado, ¿por qué me iba a encargar que se lo cuidara?

En la oscuridad resonó la voz rasposa de Mikis.

—La hijaputa debió de acojonarse al ver que Esma no quería comprárselo. Probablemente ya lo había intentado antes en otras casas.

Lolo recordó los aullidos de Fuga cuando Noe trató de meterla a la fuerza a través de la reja del ventanuco.

—Cuando te vio la cara de tolai que tienes, te lo colocó —prosiguió el hombre—, y de paso te echó a ti el muerto.

El chico sintió una punzada de pánico.

—¿Y si Fuga sigue en c-casa de Esma? Tenemos que avisar a Lena.

—No te preocupes por tu hermana, ella es más lista que tú y yo juntos.

—Pero ¿y si está allí? —insistió Lolo.

—Olvídate de ese perro. Ya te he avisado. Ese animal es una bomba. Si alguien acaba en el fondo del pozo, será la Noe. Quien la hace la paga.

—¿Qué pozo?

—Da igual —Mikis rompió a toser mientras se golpeaba el pecho con el puño—. ¿No oyes cómo me suenan los pulmones? Es como si tuviera un montón de cerditos pequeños aquí dentro.

—¿Qué pozo? —repitió el chico.

El hombre se aproximó aún más y alzó la cabeza hacia él. En la penumbra, sus ojos claros parecían blancos.

—Los Culata tienen un pozo dentro de la casa. ¿Eres un chivato? —con el índice hizo el gesto de rebanarse el cuello de izquierda a derecha—. Al pozo. ¿Les debes dinero? —repitió el gesto—. Al pozo. ¿Te mueres de sobredosis en su fumadero? Al pozo. ¿Les robas un perro? ¿De cabeza al pozo! —Mikis hablaba con la voz cada vez más ahogada y de nuevo tuvo que detenerse para carraspear.

El pecho flaco de Lolo subía y bajaba, agitado.

—¿Y la policía no hace n-nada?

—¿Tú crees que le importamos a alguien? —rezongó el griego—. Nos tratan peor que si fuésemos apestados. No se lo deseo a nadie, pero lo mismo un día el que menos se lo piensa se ve aquí —clavó en el chico una larga mirada y, a continuación, resopló—. ¡Vámonos! Si no crees lo que te he contado, pregúntale a Lena.

El resplandor del fuego de los Culata se dibujaba en el aire como un ojo maligno que los vigilara. Lolo bajó la voz:

—¿Lena los conoce?

El otro asintió.

—Aquí los conoce todo el mundo. Ellos son los que mandan.

—P-pero Lena me dijo que los que mandan en el poblado son los... —el chico dudó, mientras intentaba recordar el nombre—... los Tiznaos.

El griego resopló.

—Eso era antes. Cuando llegaron los Culata se acabaron los Tiznaos. ¡Son unas malas bestias! Hasta los gitanos les tienen miedo. Y el Tino es el peor de todos: lo quiere todo, lo quiere ahora, quiere más... —dijo mientras movía la mano en el aire arriba y abajo con la contundencia de una maza—. Le da igual cómo conseguirlo —se detuvo un instante para carraspear y con gesto reprobador apuntó a Lolo con el índice—. Por eso cuando apareció te dije que nos marcháramos. Cuanto más lejos estemos del Tino, mejor.

El chico calló un momento, indeciso.

—Entonces ¿por qué hemos ido allí? ¿No era para comprar el arroz con leche y las cervezas?

El griego no respondió.

—¿Tiene que ver c-con... —Lolo titubeó— con Lena?

—¿Qué dices? —exclamó Mikis—. Lena no se acerca por allí, yo no la dejo. Si uno de los Culata se encaprichara de tu hermana y ella no quisiera... —el hombre se llevó la mano a los ojos—. Si le pasara algo a Lena, yo no podría ayudarla, ¿me entiendes?

Como si huyese de sus propias palabras, arrancó a andar, alejándose del resplandor de la hoguera. En dos zancadas, Lolo lo alcanzó y lo sujetó del hombro para detenerlo.

—¿Por qué hemos ido allí?

Mikis miró la mano en su hombro y luego alzó la cabeza hacia él.

—Cosas mías.

—¿Qué me ibas a contar de mi hermana? —insistió Lolo sin soltarlo.

—Lena... —Mikis se detuvo bruscamente.

—¿Qué? —dijo Lolo.

Con la cabeza inclinada hacia los cascotes que había a su izquierda, el griego se soltó del brazo del chico con brusquedad. Lolo guiñó los ojos para intentar desentrañar la oscuridad, atento al silencio, el cuerpo en alerta, pero no vislumbró ni oyó nada.

—¿Qué pasa?

El otro le chistó para hacerlo callar. Como cuando era niño, Lolo deseó que su hermana estuviese con él y lo cogiera de la mano.

Primero fueron los gañidos y un sordo entrechocar de piedras. Luego se oyeron los gritos:

—¡Piojosos! ¡Desgraciados! ¡Sacos de huesos!

Los gritos y los aullidos resonaban cada vez más cercanos.

—¡Me cago en Dios! ¡Como no encontréis nada, os voy a atar con alambre para que os coman las ratas! ¡Os voy a rajar la tripa para que os ahoguéis en vuestra mierda!

Una luz se alzó de entre los escombros y avanzó, tambaleante, hacia ellos.

—¡Eh, griego!

A Lolo le temblaban las piernas. A medida que aquella luz fantasmal se aproximaba a ellos, comenzó a dibujarse en el aire el contorno de una figura. El griego adelantó el cuello, con el ceño fruncido.

—¿Piojo? ¿Eres tú, Piojo?

De entre las piedras saltó al camino una sombra. En torno a sus piernas se movía lo que parecía un humo denso que emanara de la tierra.

—¿Quién voy a ser? ¿Michael Jackson?

Se escuchó una carcajada y el hombre empezó a caminar con los brazos extendidos igual que un zombi. Llevaba una linterna sujeta a la frente con una goma.

—¡Apaga esa luz, joder, que me estás cegando! —exclamó el griego.

El Piojo se llevó una mano a la frente y orientó el foco por encima de la cabeza de Mikis. Llevaba una camisa sin mangas y unos pantalones atados a medio culo con una cuerda. Una manada de perros aguardaba junto a sus piernas.

—Mira —dijo tendiendo la mano derecha, ahuecada como una copa. Tenía el antebrazo envuelto en una venda deshilachada y sucia.

—No se ve nada —dijo Mikis.

El Piojo sujetó un pendiente entre el pulgar y el índice y lo alzó en el aire con la solemnidad de

quien muestra un tesoro. Con la otra mano movió de nuevo la linterna hacia abajo hasta que la luz iluminó el camafeo, el lazo de oro, la larga lágrima de coral rosado. La punta de la lágrima estaba partida.

—Es oro del bueno —se llevó el pendiente a la boca y mordió el cierre—. ¿Ves? Me lo ha encontrado el Rufino en el descampado.

Al oír su nombre, un galgo tuerto, con una soga rota en torno al cuello, irguió la cabeza. Fijó en el hombre su único ojo y luego dobló las patas y se tumbó. Su cuerpo dibujaba un trazo afilado en el suelo. El haz de luz de la linterna alumbraba ahora a los perros que rodeaban al Piojo. La mayoría eran galgos, pero había también pitbulls, rottweilers, un enorme mastín y muchos chuchos. A los pies del hombre aguardaba sentado un chihuahua. Sus grandes orejas puntiagudas estaban tan separadas que parecían alas adheridas a la cabeza triangular. Todos esperaban sin ladrar, vacilantes sobre las delgadas patas, con el cuello vencido y la piel pegada a los nudos del espinazo. Lolo se acuclilló para acariciar a Rufino, pero el galgo se puso en pie de inmediato y se alejó con el rabo entre las piernas.

—Eh, tú, no me asustes a los perros —lo increpó el Piojo, volviéndose hacia él.

Deslumbrado por el foco, el chico se llevó una mano a los ojos, mientras se apresuraba a ponerse en pie.

—¡Aparta la luz, coño! —bramó el griego—. Y tú —le dijo a Lolo—, deja a los perros, ¿no has tenido ya suficiente?

El Piojo les dio la espalda y su linterna iluminó el aire oscuro sobre los cascotes.

—¿Aún quedan cosas ahí? —preguntó Mikis.

—Popeye sacó hace unas noches dos teles de plasma así de grandes —el Piojo se giró hacia ellos, movió la linterna hacia arriba para no deslumbrarlos y, a continuación, separó los brazos al máximo para indicar el tamaño—. ¡Una todavía estaba en la caja! El Cristian, que iba con él, encontró una pistola dentro de un peluche de Peppa Pig —el hombre suspiró—. Pero ya no quedan ni botes de champú; lo han rapiñado todo. ¡Yo tengo la negra!

Lolo lo miraba con atención, intentando adivinar su edad. Tenía las mejillas hundidas y en la boca más agujeros que dientes. Pero había algo juvenil en él: los ojos negros y brillantes y aquella burlona jovialidad. Podía ser un hombre de mediana edad o incluso un joven envejecido y marchito antes de tiempo.

El Piojo se rascó la cabeza.

—¿Dónde vais?

—Por ahí, a estirar las piernas —contestó el griego.

—Cuidado con el tigre —le advirtió el otro—. Hace un par de horas he estado con los perros en las casas que tiraron por donde la Susi y casi me cago del susto.

—¿Has visto al tigre? —la voz de Mikis sonó aún más ronca.

Lolo miró sobresaltado alrededor. Encima de la pila de escombros, la silla parecía un animal al acecho. El Piojo movió los brazos como si fuesen las patas de un animal que avanzara sigiloso.

—Estaba buscando entre las piedras y, de repente, vi una sombra enorme que se acercaba hacia mí —el hombre abrió mucho los ojos y alzó las cejas en un gesto de pavor—. Me quedé paralizado. Aquella cosa estaba cada vez más cerca y yo allí, clavado, sin poder mover las piernas. Olía... No sabes cómo olía... —calló y en su cara se dibujó una mueca de asco.

—¿A qué olía? —preguntó Mikis.

—¡A tigre! ¿A qué va a oler?

El griego se inclinó hacia él, pendiente de sus palabras.

—¿Era el tigre?

—¡Era un puto mastín! —el Piojo estalló en carcajadas—. Le tiré una piedra con tanta fuerza que todavía debe de estar corriendo.

—No sé de qué tienes miedo con tantos perros para defenderte —dijo Mikis con tono mordaz—. Si aparece el tigre, le echas encima tu jauría.

—¿Éstos? —el Piojo bajó la cabeza y la movió alrededor. La luz del foco iluminó a los animales: un hatajo inmóvil de menesterosos tuertos, sin orejas, con los hocicos cruzados por cicatrices—. ¡Menuda jauría! —alzó los brazos y giró las muñecas como si bailara flamenco mientras cantaba con voz desafinada—: *Tú lo que quieres es que me coma el tigre, que me coma el tigre mis carnes moreeeenas...*

Los dos hombres rieron. A Lolo le costaba respirar. El calor parecía abrazarlo estrechamente, dejándolo sin aliento.

—¿Hay un t-tigre suelto? —preguntó.

—Los Culata tenían un cachorro de tigre —contestó Mikis—. Lo paseaban por ahí con un collar de oro, pero alguien dio el chivatazo y vinieron los de la protectora de animales para llevárselo.

—¿Qué pasó?

—¿Qué va a pasar? No encontraron nada. Fueron donde los Culata, pero salió la Débora y les dijo que su casa no era el zoo, que ellos eran gente normal, que en el poblado había mucho mentiroso que quería su ruina... —lanzó una carcajada sarcástica y luego carraspeó con fuerza—. ¡Gente normal! —exclamó con voz ronca.

—Los de la protectora estaban *jiñaos* —se burló el Piojo—. Echaron un vistazo en los descampados y se largaron.

Lolo volvió la cabeza para mirar a su espalda. Estaba rígido.

—¿Y el tigre?

—Para mí que lo mataron y lo tiraron al pozo —contestó Mikis.

El Piojo negó con la cabeza.

—No tienes ni puta idea de lo que hablas. El Emilio me dijo que lo soltaron.

—Pues si sigue por el poblado estará muerto de hambre, porque los que vivimos aquí no tenemos más que huesos —resopló el griego—. Le pasará como a nosotros, que nunca tenemos bastante.

El Piojo se levantó la camisa y se rascó la tripa con tanta fuerza que Lolo apartó la vista.

—¿Tienes un cigarro? —le preguntó al griego.

Mikis sacó una cajetilla de los vaqueros y le tendió un pitillo. El otro lo cogió con rapidez y se lo llevó a los labios. Lo chupó como si aspirara y a continuación se lo colocó detrás de la oreja. Miró alrededor y su linterna iluminó los cascotes a los lados del camino.

—Han echado abajo la casa de los Bizcos, pero allí no se acerca ni Dios —dijo—. Está la familia haciendo guardia y buscando los oros y la droga que se han quedado bajo los escombros —se llevó el índice al ojo derecho y se dio unos golpecitos bajo el párpado inferior—. Los tengo vigilados para que, cuando se marchen, no se me adelante nadie.

—Con tanta ruina esto parece Siria —comentó el otro.

El chihuahua empezó a mordisquear las chanclas rotas del Piojo.

—¡Estate quieto! —el hombre le dio un puntapié. Luego alzó el pendiente de oro en el aire y lo acarició, mientras miraba a Mikis—: ¿Tú crees que a los Culata les puede interesar?

—Quién sabe.

El Piojo se guardó el pendiente en el bolsillo y se alejó en compañía de sus perros. El haz de

luz temblaba delante de él mientras la oscuridad se abría a su espalda como una capa. De pronto, se volvió. No se le veía la cara, sólo el resplandor de la linterna y el contorno escuálido de su cuerpo.

—¡Oye, griego! —gritó—. ¿Has visto a la Noe? La muy hija de puta siempre se esfuma cuando estoy seco.

—Pregúntales a los Culata por ella —contestó el otro.

Pero el Piojo ya se había dado la vuelta y, seguido por su triste jauría, continuó su camino hasta desaparecer, sepultado por la noche.

El chico y el griego se quedaron solos. A Lolo le parecía estar inmerso en uno de esos sueños que produce la fiebre y que envuelven al enfermo en una turbia crisálida amarilla.

—¿De dónde ha sacado tantos perros?

Los desvaídos ojos azules de Mikis apenas se distinguían en el rostro ajado.

—¿Esos zombis? Los recoge en el poblado medio muertos. Cuando no sirven para pelear, los gitanos los utilizan para entrenar a sus otros perros. A los pocos que sobreviven los tiran al descampado.

—¿Él los rescata?

Mikis lanzó una carcajada afónica.

—Sí, los rescata. Y, cuando no tiene dinero, se los da a los gitanos a cambio de droga para que los rematen.

Al ver la expresión de espanto del chico, un destello de crueldad brilló en los ojos del hombre.

—P-pero el chihuahua estaba bien. No t-tenía heridas —repuso Lolo.

—Ése ha tenido suerte. De momento. Algún yonqui lo habrá robado en un parque o en un albergue y se habrá escapado antes de que lo echaran como pienso a los perros de pelea. Los pitbull no habrían dejado ni los huesos.

Lolo frunció el ceño, incrédulo.

—¿Los pitbull comen perros?

—¡De un bocado! ¡Tienen hambre!

El muchacho tragó con dificultad. No sabía si el hombre hablaba en serio o se estaba burlando de él.

—¿No están prohibidas las peleas?

El griego se rio.

—¡Esto es el poblado! —dijo con su voz violenta y ronca—. Todo lo que hay aquí está prohibido. Las peleas de perros mueven mucho dinero —alzó la mano y se frotó el pulgar y el índice—. El dueño de un buen perro puede ganar... Yo qué sé... ¡Veinte mil euros! A saber lo que ha pagado el Tino por ese pitbull que le han robado.

Al oírlo, Lolo palideció. Pensó en Fuga con el morro manchado de azúcar y trocitos de donuts.

—¿Qué harán cuando lo encuentren?

Mikis se encogió de hombros.

—¿Tú qué crees? Lo atarán con una cadena y lo molerán a palos.

—¿C-cómo? ¿Qué dices?

—Van a torturarlo hasta convertirlo en una fiera —un rictus cruel apareció en el semblante del hombre mientras se demoraba en los detalles—: Le colgarán pesas en torno al cuello, le darán anfetaminas para que se enganche y luego se las quitarán de golpe, lo dejarán sin comer durante días... ¿Quieres que siga?

El chico negó con la cabeza.

—Cuando por fin lo suelten en las peleas, sólo querrá matar —zanjó el griego.

El horror desfiguraba la cara de Lolo.

—Pero Fuga es una perra. ¿Cómo va a pelear con machos?

—¿Es una perra? ¿Estás seguro?

El chico asintió y Mikis se quedó pensativo:

—Una hembra... Entonces la dedicarán a la cría hasta que la revienten a partos y luego la echarán a los perros de pelea —clavó su pálida mirada en el rostro inocente del muchacho y añadió—: Lo mismo se la come uno de sus hijos.

Lolo se quedó sin palabras. El aire que lo rodeaba parecía ondular. Nada aparentaba ser sólido en el poblado. La realidad se deshacía ante él como plastilina caliente. Se pasó la mano por el rostro, como si así pudiera apartar todo lo que había escuchado. Pensó en Lena, pensó en su casa, pensó en sus padres. Parpadeó varias veces seguidas y tomó aire.

—¿Qué me ibas a contar de mi hermana? —su pregunta fue imperativa: no le pedía una respuesta, se la exigía.

El semblante del griego cambió.

—Lena... —su voz tembló con una súbita indignación—. ¡Lena me roba! Yo le doy todo lo que necesita, pero me roba y, a escondidas, le compra la droga a Esma para no compartirla conmigo. ¡Me roba a mí! ¿Entiendes? ¡Si me roba no hay respeto!

Respeto.

La palabra golpeó a Lolo con la fuerza de una piedra. Respeto se pedían sus padres cada vez que discutían en las comidas familiares cuando ellos eran pequeños. Lo que empezaba con irónicas burlas, que su hermana y él celebraban con risas, derivaba a menudo en vejaciones. El agraviado se levantaba y abandonaba el comedor mientras acusaba al otro de no respetarlo. Respeto. El mismo respeto que reclamaba asimismo el que se quedaba en la mesa ante su hermana y él, que permanecían mudos y con los ojos fijos en el plato.

Respeto.

—¿Vosotros...? —se detuvo, incapaz de formular aquella idea grotesca e inconcebible—. ¿Lena y tú sois novios?

—¿Qué dices? ¡Yo quiero a Lena como a una hija! —exclamó Mikis con tanta vehemencia que sufrió un ataque de tos. De nuevo se dobló hacia delante y así se mantuvo hasta que recuperó la respiración.

—Una hija —repitió el chico con amargura—. Aquí todos queréis a mi hermana como a una hija.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —jadeó el griego. Aún encorvado, se sentó en una piedra y añadió—: Estoy mal. Hace una semana me ingresaron en el hospital.

Tenía la voz tan ronca que a Lolo le costaba comprenderlo y tuvo que acucillarse a su lado.

—Perdona, no... no te entiendo.

El hombre carraspeó.

—Me ingresaron en el hospital. Ya te lo he dicho, tengo un tumor. Al día siguiente, me largué porque no quería dejar a Lena sola. Cuando no estoy con ella, se junta con mala gente. Muy mala gente. Yo cuido de Lena, ¿entiendes? La cuido como a una hija. Ella no tiene a nadie más.

Lolo movió la cabeza de un lado a otro.

—No, no es verdad —replicó—. Lena nos tiene a mis padres y a mí.

Un velo cubrió los ojos de Mikis.

—No, chico, no. Aquí estás solo. Yo también tenía una buena vida antes. En Grecia tenía

camiones, tenía una casa grande, tenía a mis hijos... Mira cómo estoy ahora. He perdido todo. No tengo nada. ¿No ves dónde vivo? —señaló alrededor—. No hay un mísero árbol. En esta tierra no crece nada...

Lolo vaciló sin atreverse a preguntar:

—¿Por qué no te vas? —dijo al fin, titubeante—. ¿Por qué no regresas con tu familia?

—Ellos no saben dónde estoy. Han perdido la esperanza. Ya no les quedan ni lágrimas... —calló un momento como si oyera sus voces, lejanas y doloridas—. Bajar al poblado en el coche de Moja no lleva ni media hora, pero necesitas años para terminar viviendo aquí... —el griego carraspeó y concluyó con aspereza—: A mí tampoco me quedan lágrimas. Tengo los ojos secos.

Incluso en cuclillas, el largo y delgado torso de Lolo se erguía frente al hombre.

—Lena no está sola —insistió—. Mis padres no han perdido la esperanza. Están deseando que vuelva a casa. Ellos quieren que vuelva —repitió con anhelo—. Yo he venido a buscarla. Somos su familia y la vamos a ayudar a curarse.

—Ya —Mikis chascó la lengua—. Yo también le digo que deje esta mierda. Le digo: en cuanto tú te vayas de aquí, yo ingreso... Pero no me escucha. Lena es muy buena, me ayudó con los papeles del hospital y me acompañó a urgencias... Es muy buena, pero está muy enganchada.

—Lena... —Lolo vaciló—. Pero Lena no se pincha... —su afirmación era más bien una pregunta.

El otro se encogió de hombros.

—Da lo mismo que fumes la droga, que la esnifes, que te la metas en vena o por el culo... El resultado es el mismo. Cuanta más droga tienes, más consumes y, cuanto más consumes, más dinero necesitas —suspiró—. Lena tiene mucha ansia, siempre quiere más.

Lolo quería saber y, al mismo tiempo, no quería. Las palabras del griego lo angustiaban con sus fúnebres presagios.

—¿Por qué? —preguntó al fin—. ¿Por qué tiene esa ansia? ¿Quiere matarse?

El griego clavó en él sus ojos transparentes.

—¿Tú conoces a alguien que quiera morirse? Todos queremos vivir, incluso en este vertedero. Tu hermana se cree que está bien, que controla, que lo dejará cuando quiera. Yo no me engaño, soy perro viejo. Las cosas caen del lado para el que se inclinan. ¿Me entiendes?

—Pero ¿por qué tiene esa ansia?

—A saber. Ninguna historia empieza en sí misma.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Da igual el porqué —zanjó Mikis—. Cuando la conocí, Lena era una chica muy guapa: tenía tetas, tenía culo... Y mírala ahora —adoptó el aire sumiso y astuto de un perro callejero—. Yo no quiero que acabe de puta.

A Lolo se le encogió el estómago. Pensó en el rincón oculto por la sábana en el fumadero de Esma.

—¿De p-p...? —la palabra se atascó en sus labios hasta escapar en una explosión—. ¿De puta? ¿Qué q-quieres decir?

Mikis lo miró de soslayo. En sus ojos había un brillo malicioso.

—Así acaban todas aquí: las que trabajan para los gitanos y las que no.

El chico respiró hondo antes de hablar:

—¿Trabaja mi hermana para Esma? —dijo de un tirón.

—Esma... —Mikis lanzó un escupitajo y se puso en pie.

—¿Qué?

El otro colocó el índice contra el pecho del chico.

—No le digas a tu hermana ni una palabra de lo que hemos hablado. No quiero que piense que la estoy traicionando —le dio un golpe de camaradería en el hombro—. Yo te voy a ayudar. Vámonos ya.

Lolo se incorporó.

—¿A casa de Esma?

—No, a comprar el arroz con leche, ¿no tenías hambre?

La oscuridad fue dando paso a las fogatas. Se hallaban aisladas y distantes unas de otras al principio pero, a medida que se aproximaban a la calle principal, se hicieron más y más numerosas. Con los fuegos regresaron las voces, como si las hogueras hablaran y el rumor se hiciera más intenso al aumentar su número. También volvieron los coches, que habían desaparecido cuando el griego y el chico entraron en los caminos de tierra que llevaban a la casa de los Culata. Circulaban muy despacio, obedientes al reclamo de las llamas.

Dejaron atrás los descampados y llegaron a la larga calle central con su bullicio de vehículos y compradores. Aunque se veían algunos huecos entre las casas, allí donde la piqueta ya había entrado, la mayoría de las viviendas permanecían en pie. Una cartografía luminosa del poblado comenzaba a dibujarse en la cabeza de Lolo. Entre las altas hogueras de la Gran Vía y las tinieblas que la rodeaban temblaba la luz crepuscular de los fumaderos.

El griego se adentró en la calle con paso vivo y el chico se esforzó para no quedar atrás. Los yonquis marchaban como si bajo el asfalto corriese una fuerza oscura que los arrastrara. Los gitanos, sentados a las puertas de sus casas, los miraban indolentes. Lolo recordó la expresión de Esma tras el ventanuco. Nada era lo que parecía en el poblado. Los que se encontraban inmóviles, lejos de ser ociosos espectadores, atendían con celo su negocio. Y los que corrían estaban siempre en el mismo sitio, atrapados en un círculo vertiginoso. Se apresuraban a llegar a los fumaderos para drogarse y se apresuraban al salir para conseguir dinero y regresar lo más deprisa posible.

Él también corría, pero igual que un furtivo que para obtener aquello que busca ha entrado en un lugar prohibido del que desea escapar para no regresar jamás.

Mikis se apartaba de los perros cuando se cruzaba con ellos. También los yonquis los esquivaban. No los imprecaban ni hacían ningún gesto amenazador para amedrentarlos, tan sólo se desplazaban unos pasos para evitarlos y seguían su camino. Una imagen asaltó al chico: así se habían apartado de Lena los viajeros cuando bajaba por la escalera mecánica en la terminal del aeropuerto.

El poblado empezaba a filtrarse en el vacío lleno de interrogantes que había dejado su hermana.

Aceleró el paso, mirando fijamente la espalda del griego, pero sin verla, sin ver nada, con una sola idea en la cabeza: sacar a Lena de allí y llevarla a casa.

Sí, iba a sacarla del poblado, aunque fuese a rastras.

Pararon delante de una vivienda iluminada por una farola. Lolo la miró sorprendido: era la única farola que había visto encendida, las demás estaban rotas. Escrito en el muro de la casa, en negro y con letras desiguales, se leía: «Kiosko. Sanguiches. Kokakolas». Una chica teñida de rubio atendía por una ventana. Mikis y Lolo se colocaron detrás de un joven vestido con unos pantalones de camuflaje que pidió unas rosquillas de chocolate. La muchacha se volvió y cogió un paquete de un estante donde se amontonaban dulces, rollos de papel higiénico, papel de plata y

botellas de agua.

El joven rebuscó en los bolsillos abultados del pantalón, sacó un puñado de monedas menudas y se las tendió.

—¿Todo eso así me vas a dar? —la chica apartó las rosquillas—. Cobre no te cojo, ¡eh! Que a mí no me vale *pa* pagar tampoco. ¿Qué hago yo con eso? ¿Me lo como?

Con las monedas en la mano, él miró con expresión titubeante a su alrededor. Sus ojos pasaron por encima de Mikis y el chico y se detuvieron en una mesa cercana donde cuatro hombres jugaban al dominó. Uno de ellos, que llevaba un sombrero panamá, alzó la vista.

—¿Qué te pasa? —lo increpó, y tumbó con un golpe seco las fichas que tenía colocadas en vertical frente a él.

El joven guardó con rapidez las monedas en el bolsillo del pantalón y se alejó.

—Mira cómo corre la máquina tragaperras —se burló la chica antes de volverse hacia Mikis. Sus enormes ojos negros brillaban—. ¿Qué?

—Cuatro latas de cerveza, una Coca-Cola, dos arroces con leche y un bocadillo de pollo con mayonesa —pidió el hombre.

La rubia extendió la mano con la palma hacia arriba.

—El dinero por delante, a ver tú qué llevas.

Mikis sacó un billete de diez euros para mostrárselo, pero ella lo ignoró y sonrió a Lolo. Era muy joven y llevaba los carnosos labios pintados de un rojo vivo. Vestía una camiseta de rayas negras; escrito sobre el pecho se leía: «*Handle with care*».

—¿Tú no quieres nada? —le preguntó mientras se recogía el largo cabello a un lado y comenzaba a trenzarlo.

Las tripas de Lolo rugieron tan fuerte que él se sonrojó.

—Otro bocadillo de pollo —musitó.

La chica soltó la trenza y señaló con el índice el rostro vendado y amordazado de la reina en la camiseta del chico.

—¿Ésa quién es? ¿La Sofia?

El del sombrero panamá alzó la voz:

—¡Eh, la presa, atiende a lo que haces! A ver si estamos a lo que estamos.

Ella lanzó una carcajada y desapareció dentro de la casa, cantando:

—*Carcelero, carcelerooo, ¿por quééé no aaabres puertas y cerrojooos? Porque no quiero perdermee por culpitaaa de unos ooojos...*

—¡Sácanos unas cervezas! —gritó el del sombrero. Colocó de nuevo las fichas de dominó y reanudó la partida.

Lolo aprovechó para mirar a través de la ventana del kiosco: en una esquina había una nevera y, sobre ella, un busto en escayola de un hombre con una larga melena ensortijada, los ojos cerrados y la boca abierta en un lamento. Le habían anudado un pañuelo negro de lunares al cuello. A los pies del busto estaba escrito en mayúsculas CAMARÓN.

La chica salió de la casa y dejó las cervezas sobre la mesa de los jugadores. Con los brazos en jarras, sonrió al ver a dos niños que, a escasos metros, jugaban a mojarse con mangueras delante de una caravana. Hacia ellos caminaba una mujer que llevaba de la mano a un crío desnudo. Iba con una falda larga y, a pesar del calor, se cubría la cabeza con una pañoleta. Los dos niños apuntaron sus mangueras a lo alto y los débiles chorros trazaron un arco antes de caer sobre la madre y el hijo como una lluvia oscura. Ella se detuvo y empezó a gritar, mientras los amenazaba

con un puño.

—*Dacă vă prind o să vedeti voi. Nebunilor!!!*

Los chavales tiraron las mangueras y salieron corriendo entre carcajadas. Sus risas se mezclaron con las de la chica, que contemplaba la escena. Después se dio la vuelta y regresó al kiosco. Se asomó a la ventana, cogió el billete de diez euros que Mikis le tendía y le dio una bolsa de plástico. El griego se apartó unos pasos, sacó el bocadillo envuelto en papel de plata, lo abrió y le dio un mordisco.

—¿Quieres el tuyo? —preguntó al chico. Un reguero cremoso de mayonesa bajaba de sus labios agrietados. Se pasó el dorso de la mano, pero sólo consiguió extender la mancha por el mentón.

Lolo desvió la vista y asintió. Mikis sacó el otro bocadillo, se lo dio y le pasó además la bolsa con las cervezas y las tarrinas de arroz con leche.

—Vamos.

Lolo miró a hurtadillas hacia la ventana y la chica le guiñó un ojo. Él se sonrojó y se apresuró a seguir al griego.

Mikis avanzaba ligeramente encorvado, ocupado en comerse el bocadillo e indiferente a la algarabía de los gitanos a los lados del camino. Lolo también comía, pero sus ojos estaban pendientes de las gitanas que regaban el polvo delante de sus caravanas. Se fijó en el gran número de mangueras que había tiradas en el suelo. De cada caravana, de cada casa, de cada chamizo salía un tubo de goma largo y sinuoso como el cuerpo de una serpiente. Lenguas de agua escapaban de sus bocas y corrían mansamente sobre la tierra hasta desembocar en las pozas que horadaban el asfalto.

El griego terminó el bocadillo y arrojó el papel de plata a una de esas pozas. El papel se hundió en el agua oscura y Lolo pensó en su hermana, toda la luz que ella irradiaba, en las manos sucias de aquel hombre. ¿Qué tenía que ver Lena con aquel viejo? Ella era joven, era guapa, era lista. La repulsión que sentía hacia Mikis se avivó. ¿Por qué le enfurecía a ese tipo que su hermana le robara? Ella les había robado a sus padres, ¿por qué no le iba a robar a él? ¿Quién se creía el griego?

¿Quién era?

El chico caminaba intentando comprender. En su interior razonaba y discutía con vehemencia. Lo llamaban el Mudo, pero estar callado no significa guardar silencio. Desde niño se había esforzado en evitar las burlas y las miradas. Aunque vació su boca de palabras, éstas no desaparecieron. Todo lo contrario. Él se oía con gran claridad. Y así iba hablando solo mientras avanzaba. Sus padres no habían querido saber. Él no había querido saber. Cuando no quedó más remedio que poner nombre a lo que veían, sus padres lo mandaron a Wexford. ¿Por qué? «Para protegerte», decían. ¿A él? Era Lena la que necesitaba protección. Que la protegieran de sí misma.

—¡Cuidado!

La voz de Mikis lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —exclamó sobresaltado.

El griego se había echado a un lado de un salto, pero Lolo no pudo apartarse a tiempo. Tres pequeñas motos atravesaron una poza a toda velocidad y el agua le salpicó la cara. Oyó unas risas.

—¡Ay, el payo! Parece un gorrino *mojao*.

Lolo se restregó los ojos. El agua le resbalaba por el rostro, por los brazos, por las piernas desnudas. A un lado del camino, varias chicas lo miraban y se reían.

—¡Joder! ¡Me cago en todo! —estalló airado.

Mikis lo cogió del codo y, sujetándolo con fuerza, apretó el paso.

—¿Tú qué quieres? ¿Que nos maten? —lo increpó.

Arrastrado por el griego, el chico iba trastabillando.

—Para —suplicó.

Pero el otro no lo soltó. Siguió tirando de él hasta que llegaron junto a un coche. Del vehículo, sin cristales ni ruedas, sólo quedaba la carrocería oxidada.

—Si quieres salir vivo del poblado, escúchame bien —el griego resollaba por el esfuerzo—. Aquí no eres nadie, eres menos que nadie. Aunque te atropellen, aunque te maten, te quedas callado. ¿Entiendes? ¡La boca cerrada! Porque si no te matan los niños, te van a matar sus padres.

—No te entiendo —se revolvió Lolo—. ¿De qué hablas? ¿Qué niños?

—¿No has visto a los que conducían las motos? ¿No los has visto?

—No he visto nada —protestó el chico. Aún le escocían los ojos.

—¡Hijos de puta! —dijo Mikis entre dientes—. Ojalá se caigan y se abran la cabeza.

Al otro lado de la carretera estaba sentada una gitana vieja con un niño en el regazo. Tras ella, de pie, un hombre acariciaba los flecos de su vara. Los tres tenían la cara vuelta hacia ellos.

Mikis sujetó al chico del brazo y ambos se pusieron de espaldas para que no los oyeran.

—Los hijos de los gitanos son diablos, son peores que los diablos —murmuró—. Da gracias de que sólo te hayan salpicado.

Lolo se limpió la cara con la camiseta. De repente bajó la vista a sus manos y luego miró el suelo en torno.

—Mi bocadillo... Las cervezas... —musitó con expresión de estupor—. El arroz con leche —volvió hacia arriba las palmas vacías—. No t-tengo la bolsa.

—¿A ti qué te pasa? —le recriminó el griego—. Pierdes todo: la perra, la bolsa... ¿Dónde la has dejado?

—No sé. He debido de soltarla c-cuando han pasado las motos.

Sin decir más, se dio la vuelta y se alejó del coche.

—¡Para! ¿Adónde vas? —lo detuvo el griego.

—A buscar la bolsa.

El otro frunció el ceño.

—Ya habrá volado. Aquí todos son ladrones.

Azorado, Lolo retrocedió y se sacó la cartera del bolsillo del pantalón.

—Lo siento. Vamos al kiosco. Yo pago.

Con gesto teatral, el griego alzó una mano.

—No, no, tú no pagas —sin separar los ojos de la cartera del chico, se rebuscó en los bolsillos. Luego, sacó las manos, suspiró, y dejó caer los brazos—. No tengo nada.

Lolo abrió la cartera y le tendió uno de los dos billetes de veinte euros que le quedaban. Mikis lo cogió con presteza.

—Dame también el otro.

Antes de que el chico pudiera reaccionar, el griego ya se lo había quitado y se había guardado los dos en el bolsillo.

—Quédate aquí, vuelvo en diez minutos.

—Voy contigo —se apresuró a decir Lolo.

—No, al kiosco voy más deprisa solo —el griego le sonrió, mientras le rozaba la mejilla con un dedo encallecido—. Es increíble. Tienes los mismos ojos que tu hermana.

El chico lo apartó de un manotazo.

—¿Q-qué haces?

—Eh, tranquilo, que yo no soy m-maricón —tartamudeó el otro, imitándolo, y se alejó a paso vivo.

Paralizado por la burla, Lolo vio cómo Mikis desaparecía con su dinero en una de las bolsas de sombra que se abrían entre los fuegos encendidos.

—Maricón —murmuró sin tartamudear. Lo repitió una y otra vez—: Maricón, maricón, maricón...

Notó los labios húmedos y un repentino sabor salado en la boca y se secó las lágrimas que le resbalaban por la cara. Igual que un niño que cree ser invisible cuando se esconde, se refugió tras el coche. Una súbita debilidad se apoderó de él. Se apoyó en la carrocería y, con los ojos cerrados, respiró lenta, profundamente. Un sudor frío le cubría el cuerpo y deseó que el poblado fuese un sueño, un mal sueño. Tras el telón de los párpados se vio en casa, en la cama. Al otro lado del tabique, Lena dormía en su habitación.

¿Qué era el asunto tan grave que el griego le iba a revelar sobre Lena? ¿Que no lo respetaba? ¿Y por qué lo iba a respetar? Le había insinuado que su hermana se prostituía, pero Lena no necesitaba trabajar de puta. Le bastaba con volver a casa para que le dieran lo que pidiese.

Putá será tu madre, griego. ¡Hijo de puta! ¡Hijo de la gran puta!

Unos débiles ladridos le hicieron volver en sí. Inclino la cabeza y reconoció aquella carita triste con los ojos azules y separados, reconoció el babero y los calcetines blancos. Chistó con suavidad a la perra y lanzó una mirada al camino por si descubría al griego o a Noe o al Culata gordo con la herradura de oro sobre el pecho. Ninguno de ellos estaba entre los yonquis que marchaban con su andar sincopado. La vieja con el niño y el hombre de la vara también habían desaparecido. Nadie parecía prestarle atención. A sus pies los gañidos se hicieron más fuertes.

Se acuclilló junto a la perra.

—Fuga, ¿qué haces aquí? —susurró mientras le acariciaba la cabeza áspera. Ella movió el rabo —. ¿Estabas escondida debajo del coche? ¿Sabes que te están buscando?

El animal giró el cuello hasta que consiguió lamerle la mano y, jugando, le mordisqueó los dedos y comenzó a tirar de ellos. Tenía los dientes como alfileres y el chico le cogió la cabeza para detenerla. Fuga gruñó para liberarse.

—Calla, fiera —le chistó Lolo—, que me vas a meter en un lío.

Se estiró el faldón de la camiseta húmeda y colocó a la perra dentro.

—¿Qué hago yo ahora contigo? —murmuró.

Ella se ovilló contra su estómago y dejó de gruñir. El chico la apretó contra sí, contento de sentir su cuerpo cálido. Se puso en pie y oteó el camino por si veía regresar a Mikis.

Fuga le había atrapado el dedo meñique con la boca y empezó a chuparlo como si mamara. Lolo bajó la vista y vio el esmalte amarillo, que aparecía y desaparecía empujado por la lengua de la perra. Era la uña que le había pintado su hermana. Un súbito destello le alegró los ojos. Tanteó el bolsillo delantero del pantalón y con presteza sacó el móvil. Al conectarlo se iluminó la hora, escrita con grandes números, en la pantalla. Eran casi las tres de la madrugada.

Tenía nueve llamadas perdidas de su madre. Las ignoró y marcó el número de su hermana.

—Cógelo, Lena, cógelo —musitó.

Una voz resonó encima de su cabeza.

—¡Eh, tú! ¡Ahí no puedes estar!

Lolo alzó la vista. Asomado al muro de la casa más próxima, un muchacho le hacía gestos con el brazo para que se alejara.

—¿Por qué?

Bajó el móvil y ocultó a Fuga dentro de la camiseta.

—¿Vienes a comprar?

—No.

—Quítate de ahí, ¿no me oyes? —lo increpó el del muro.

Lolo lo miró sin comprender.

—Estoy esperando a alguien.

—¡Lárgate o te abro la cabeza!

Una piedra le golpeó un hombro con tanta fuerza que lo empujó hacia atrás, pero la alarma sofocó el dolor. Con el móvil bien sujeto y apretando a Fuga entre los brazos, Lolo echó a correr en la dirección por la que había desaparecido el griego. No sabía adónde iba, pero corría sin pensar, metiéndose en los charcos, esquivando las sombras. Corría impelido por el miedo y el deseo de escapar, como si sus piernas lo fuesen a llevar a casa. Corrió hasta que un resplandor familiar le hizo detenerse en seco. Sin aliento, reconoció la silueta de la silla encima de la pila de escombros y supo dónde estaba y qué fuego era el que brillaba al fondo del camino.

Con el corazón desbocado, se llevó la mano al hombro maltrecho. La piedra le había agujereado la camiseta. A través del roto notó el escozor en la piel húmeda y, temblando, sacó el móvil. A la luz de la pantalla vio que tenía los dedos manchados de sangre; presa de un súbito mareo, Lolo se acuclilló y puso a Fuga en el suelo. Giró el hombro despacio; le dolía pero podía moverlo. Sin dejar de temblar, marcó el número de Lena.

El teléfono sonaba, pero su hermana no respondía.

Mientras escuchaba la señal, le afligió la misma desazón que se había apoderado de él cuando, al volver de Irlanda, vio la puerta de la habitación de Lena cerrada. Al abrirla, el olor de su hermana, un denso aroma a tabaco, a maquillaje y a colonia, le dio en la cara como si ella hubiese aguardado escondida su llegada para abalanzarse sobre él. La cama estaba hecha y la persiana, bajada. Detrás de él, sus padres lo observaban, muy quietos. Cuando cerró la puerta, nadie dijo nada.

Esperó a quedarse solo en casa para volver a entrar. Levantó la persiana y, en silencio, igual que un ladrón, abrió el armario. La ropa pulcramente colgada en las perchas hacía más inquietante la ausencia de Lena, y enseguida lo cerró. Sobre la mesilla se veían pequeñas quemaduras redondas. En una bandejita de cristal estaban las pulseras y los anillos de bisutería que había dejado. Todo se encontraba en su sitio, colocado por la madre, y, sin embargo, había algo muy desapacible en aquel orden minucioso.

Una joven tropezó con él.

—Quitá de en medio —dijo.

Lolo vio los ojos verdes y las dos largas trenzas negras. En el suelo, la perra gruñó sin fuerza.

—¡Qué cosita tan linda! —la chica se inclinó hacia ella—. Vení con mamá.

Fuga se refugió entre las piernas de Lolo. Temblaba, con la piel fina y arrugada de la tripa casi pegada al suelo. Sin pensarlo, él la cogió, se puso en pie y echó a correr en dirección opuesta a la hoguera de los Culata. Desapareció entre las sombras como quien cae por una honda grieta.

5. El niño

Lena oyó un fuerte carraspeo y alzó la vista. Desde el pasadizo, Mikis asomaba la cabeza dentro del fumadero y le mostraba una bolsita que sujetaba entre el pulgar y el índice. Ella le hizo un gesto para que aguardara. Se levantó del banco de obra, se aproximó a la mesa donde dormitaban el rubio y su novia, se apoderó de la llave del coche que habían dejado sobre el tablero y marchó con paso vivo hacia el pasadizo. El griego ya no estaba. Cuando salió al patio delantero de la casa, la violenta luz del foco le mordió los ojos. Mikis la esperaba apoyado en la mesa de jardín, junto a la sombrilla verde. Con los párpados entrecerrados, Lena le lanzó la llave. Mikis presionó el mando a distancia. Los intermitentes de un Opel rojo que estaba aparcado junto a otros coches en la explanada parpadearon y la pareja se dirigió hacia allí. Él se introdujo en el puesto del conductor y Lena se sentó a su lado.

—¿Y Lolo? —preguntó ella.

El griego echó hacia atrás el asiento sin contestar.

—¿Dónde está Lolo? —insistió Lena.

Él abrió la bolsita que le había mostrado y se la tendió.

—No te preocupes, está bien —respondió.

Lena no preguntó más: preparó la pipa y le dio fuego. El tubo de metal le quemaba los labios y le abrasaba los dedos, pero no apartó el encendedor mientras aspiraba. Aferró la pipa hasta que los ojos se le cerraron y el cuello se le venció hacia el reposacabezas.

Notó el calor de la mano de Mikis y sintió el roce seco de la palma cuando le levantó la camiseta. Los dedos callosos se deslizaron bajo el encaje morado del sujetador y acariciaron sus pezones.

—¡Qué burro me pones! —jadeó él.

Le quitó el bolso, lo arrojó al asiento trasero y, de un tirón, le subió el sujetador, sin desabrochárselo. Lena sintió la boca del hombre sobre uno de sus pechos como una babosa; sintió cómo los dientes apresaban el botón de carne y tironeaban de él. El griego cubrió su otro pecho con una mano y lo amasó.

Intentó apartarse. Él le apresó los brazos, los llevó hacia atrás, sobre el respaldo y se inclinó sobre ella para besarla. Sus ojos parecían dos canicas blancas en el rostro congestionado. Lena giró el cuello; él buscaba su boca, pero ella se resistió. Antes de darse por vencido, el griego le dio un lametón en la cara.

—Quita —murmuró ella.

Mikis le bajó las mallas y el tanga, la sujetó de la cintura y la atrajo hacia él hasta que ella cedió y se sentó a horcajadas en su regazo. El hombre aferró los huesos de sus delgadas caderas y, entre gruñidos, la empujó arriba y abajo sobre la verga empinada, lanceándola. Lena no se quejó. No tenía que hacer nada, no debía hacer nada, sólo pensar en la pipa, en la próxima pipa, el metal abrasando sus labios, el humo raspando su garganta, entrando dentro, muy dentro, vaciándola.

Sólo tenía que pensar en la pipa mientras su cabeza oscilaba y el cabello caía sobre su rostro y lo ocultaba.

Abandonó su cuerpo como si no le perteneciera. Abandonó el dolor en aquel cuerpo ajeno. Cuando el hombre lanzó un grito ronco, ella alzó la pelvis y volvió torpemente a su asiento. Deslizó las manos por el interior de sus muslos y las restregó en la tapicería para secárselas. Luego se subió el tanga y las mallas, se ajustó el sujetador y tiró de la camiseta hacia abajo.

El griego le acarició el vientre. Lena le dio un manotazo y se volvió hacia la ventanilla.

—Esta heroína es una mierda, no me hace nada —refunfuñó—. Está muy cortada.

Apoyó la frente en el cristal. Allí donde no llegaba la luz del foco, en los huecos y las esquinas, la oscuridad parecía replegarse, densa y viscosa. Lena se llevó una mano entre las piernas y apretó con la palma abierta para calmar el escozor. Su cuerpo era como el poblado. El cuerpo era su poblado. Estaba anclada a él por un ansia que no podía satisfacer, que no podía ni siquiera comprender.

—¿Lleva mi hermano un cachorro? —preguntó sin apartar la vista de la ventanilla.

El otro no contestó. Lena suspiró y se volvió: el griego se había recostado y tenía los párpados cerrados.

—¿Qué pasa? ¿No me oyes? —le recriminó—. ¿Lleva Lolo un cachorro gris? Es una perra, una pitbull.

—No —dijo él.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Mi hermano!

Mikis ignoró su pregunta. Abrió los ojos e inclinó el torso hacia delante para remeterse la camisa dentro del vaquero.

—Ese cachorro es de los Culata —dijo mientras terminaba de abrocharse los botones de la bragueta—. Se lo han robado al Tino.

Ella se irguió en el asiento.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Valentín.

—Así que es verdad lo que me contó Martina... —musitó Lena. Se agarró un mechón de la melena, lo enroscó en torno al índice y tiró de él. En la penumbra del coche, el esmalte amarillo de la uña se desplazó hacia abajo como una tenue llama—. Y a Noe no se le ocurre otra cosa que dejarle el cachorro a mi hermano. ¡Esa hija de puta se merece que le den un buen susto! —exclamó.

—Cuando la pillen se lo darán. El Tino está furioso, ha ofrecido una recompensa a quien encuentre a la pitbull. Toda su gente anda buscándola.

—Noe estará con el Piojo.

—No, me he cruzado con él y me ha preguntado por ella.

Lena enarcó una ceja.

—La estará buscando para entregarla. Ése es peor que Judas.

Mikis hizo un gesto hacia el pasadizo.

—¿Has mirado si la perra está en el fumadero?

—No está. Fue lo primero que hice cuando vine de casa de la Reme.

—A lo mejor se ha escondido en el rincón, detrás de la sábana.

—No, no está —Lena permaneció en silencio un instante y luego soltó una carcajada—: ¿Te

imaginas que se haya metido en casa de Esma?

El griego frunció el ceño.

—Ni se te ocurra decirlo, no vaya alguien a irles a los Culata con el cuento de que los Tiznaos les han robado el perro. El día que éstos se peleen no será con navajas y con palos.

Los ojos de la chica se clavaron en el hombre.

—Así que has hablado con Valentín... —sus dedos se habían detenido en el aire, sin soltar el mechón—. ¿Fuiste donde los Culata con Lolo?

Él titubeó.

—Sí.

—¿Para qué?

Mikis sonrió.

—Le he hecho a tu hermano un recorrido turístico por el poblado.

—Tú eres gilipollas —resopló ella.

—¿Yo? —el griego se golpeó el pecho con el pulgar—. Pues a mí me parece que el que no tiene muchas luces es tu hermano. Le-Lena, ven c-c-conmigo a c-c-casa —tartamudeó, imitándolo.

Lena se revolvió furiosa contra él.

—El que no tiene luces eres tú, que tienes el cerebro quemado. ¿Qué pasa? ¿Tienes celos porque ha venido a buscarme?

El griego lanzó una carcajada tan áspera que arrancó a toser. Metió la llave de contacto, la giró y el salpicadero se iluminó. Bajó la ventanilla y escupió antes de volverse de nuevo hacia ella y proseguir con voz ahogada.

—¡Menudo héroe! Ha venido a salvarte y sacarte de este agujero, pero anda por el poblado con la cabeza apuntando al suelo como una gallina —separó los brazos del cuerpo y los movió como si fuesen alas—. Co, co, co, co...

Lena tensó los labios hasta que de su boca sólo quedó una delgada línea.

—¿Dónde está Lolo?

Mikis hizo un gesto vago con el brazo.

—Cerca.

—¿Dónde?

—Frente a la casa de la Tana.

—¿Qué hace allí?

—Fuimos a comprar las cervezas y el arroz con leche y, de camino aquí, tu hermano perdió la bolsa —el griego rehuyó su mirada—. Le dije que me esperara mientras yo regresaba al kiosco.

Lena le apresó la barbilla y lo obligó a volver el rostro hacia ella.

—¿Por qué no lo llevaste contigo? ¿Por qué lo dejaste solo?

El griego alzó la voz ronca.

—¡No tengo todo el día! Iba más rápido sin él.

—¿Dónde está el arroz con leche? —preguntó, suspicaz, Lena. Al ver que Mikis no contestaba, golpeó el salpicadero con la mano—. ¡Serás cabrón! ¡Has dejado tirado a mi hermano para poder follar conmigo!

Él esbozó una media sonrisa.

—Ahora voy a buscarlo.

—¡Ahora mismo! Si Martina se entera de que Noe le dejó el perro a Lolo, le va a faltar tiempo para contarlo.

—¿La argentina no es tu amiga?

—Sí, como tú —Lena volvió a golpear el salpicadero—. ¡Joder, Lolo sólo tiene dieciséis años! La voz del hombre se hizo aún más ronca.

—¿Te vas a ir con tu hermano?

—En cuanto lo encuentres y lo traigas aquí. ¡Estoy deseando perderte de vista, a ti y toda esta mierda!

—Ya volverás cuando se te acabe la droga.

Lena le dio un puñetazo en el hombro con rabia.

—¡Que te den por el culo! ¡Lárgate a buscar a Lolo!

—Va-va-va-vale —se burló él.

Una mueca de desprecio endureció la cara de la joven. El griego le dio la espalda, abrió la puerta del coche y sacó los pies fuera para irse.

—Mikis... —lo llamó Lena. La acritud había desaparecido de su voz, tan dulce ahora como el ronroneo de una gata.

El hombre volvió la cabeza y vio cómo ella le hacía un mohín coqueto. La camiseta blanca, mal ajustada, se replegaba bajo el bonito pecho de la chica y parecía alzarlo y ofrecérselo.

—¿Qué quieres? —gruñó sin apartar la vista de sus senos.

—No te vayas enfadado.

—¿Por qué ha venido tu hermano? ¿Lo has llamado tú?

—Yo no lo he llamado —Lena sonrió—. Lolo ha venido a buscarme igual que Orfeo.

—¿Qué Orfeo?

—El que bajó al infierno a buscar a Eurídice.

Él la miraba sin comprender.

—No me digas que no conoces el mito de Orfeo. ¡Tío, que eres griego! —Lena giró las palmas hacia el cielo con gesto de incredulidad.

Mikis apretó los labios y no dijo nada. Un destello de burla cruzó los ojos de la chica.

—¿Te suenan Pandora, Sísifo, el minotauro...?

El hombre se encogió de hombros, desconcertado.

—¡Tú no eres griego! —exclamó ella alborozada—. A saber de dónde vienes.

Una sombra atravesó el rostro de Mikis.

—¡Sí soy griego! —se defendió con vehemencia—. Pero hay millones de mitos y quien diga que los conoce todos miente —alzó la barbilla, desafiante—. ¿Tú por qué los conoces?

—Porque soy una tía culta —al ver su expresión herida, Lena se rio.

—Esas historias son tonterías —masculló Mikis.

Ella se mordió con suavidad el labio inferior.

—A mí me gustan, pero tú me gustas más... ¿Tienes dinero?

—Pídeselo a tu hermano —replicó él.

—No me hace falta mucho —ladeó la cabeza e hizo un mohín compungido—. Sólo para aguantar mientras vas a buscar a Lolo.

Mikis salió del coche, se metió la mano en el bolsillo trasero del vaquero e, inclinándose, le tendió un billete de diez euros. Ella se desplazó al asiento del conductor y se lo guardó dentro del sujetador. El hombre le acarició el pelo.

—Nosotros somos enfermos, Lena.

Ella lo abrazó por la cintura.

—Es verdad —musitó.

—No podemos actuar de manera distinta a como actuamos. Un perro rabioso no puede dejar de

morder.

—Ay, mi oráculo —las manos de Lena se deslizaron por las nalgas del griego en una leve caricia. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Se echó ligeramente hacia atrás y lo empujó con brusquedad para separarlo—. Vete ya y no vuelvas sin Lolo —le ordenó.

El hombre sujetó la manija de la puerta.

—Yo soy tu presente. Tu hermano es el pasado —dijo, y cerró con un golpe seco.

Con la cabeza asomada por la ventanilla, ella aguardó hasta que lo vio salir por el portón. Entonces abrió la mano derecha, alisó el billete de veinte euros que acababa de quitarle al abrazarlo y lo escondió en el sujetador junto al otro. Sacó la llave de contacto, cogió su bolso, abrió la puerta del vehículo y regresó al fumadero cojeando.

El calor era aún más intenso en el estrecho patio. Al fondo permanecían sentados el rubio y su novia, inmóviles y en silencio como iguanas en un terrario. Lejos de alterar la quietud, el sonido estridente del televisor que escapaba por el ventanuco de Esma intensificaba aquella extraña atonía. Lena apartó la sábana del rincón y removió con el pie el saco de dormir por si Fuga se hubiera escondido allí. Se aproximó a la mesa y, con disimulo, dejó las llaves del Opel. El rubio abrió los ojos, pero ella señaló de inmediato el ventanuco para distraer su atención.

—¿Y Esma?

—Es la hora del autoservicio —dijo él—. Mete la mano y sírvete tu Happy Meal.

—Mejor la metes tú —replicó ella.

El rubio sacó de debajo de la mesa una placa de vitrocerámica y la colocó cerca de sus pies. Luego se levantó y la conectó a los cables que recorrían las paredes. Uno de los fuegos eléctricos se encendió. El hombre abrió una mochila y cogió un bocadillo, lo ensartó en un palo y lo aproximó al círculo rojo.

—¿Y tu hermano?

—Por ahí, con el griego.

Una pizca de queso escapó del pan y, al caer sobre el fuego de la vitro, chisporroteó y empezó a humear. El rubio retiró el bocadillo del palo y le dio un mordisco. Lena se inclinó para mirar debajo de la mesa.

—¿Qué buscas?

Las copas puntiagudas del sujetador de la novia del rubio apuntaban hacia ella.

—¿Habéis visto un...? —Lena pareció pensarlo mejor y se calló.

—¿Un qué? —bajo el flequillo, los ojos de la otra brillaban con curiosidad.

—Un nada —zanjó Lena, y se dirigió al banco de obra.

—¿Qué estás buscando? —repitió la otra.

El hombre se limpió la boca con el dorso de la mano. Tenía las yemas de los dedos negras como un carbonero.

—¿A ti qué más te da?

Los tres se quedaron callados. Lena sacó del bolso el neceser y examinó su rostro en el espejo de mano. Se limpió las manchas negras de rímel que tenía bajo los ojos y se extendió una nueva capa de maquillaje sobre la piel. Silueteó de oscuro los párpados, deslizó la borla del colorete por las mejillas y se dio unos toques en la frente y en la barbilla. Por último, introdujo las manos con los dedos abiertos desde el cuello hasta la nuca para ahuecarse el cabello.

Guardó el neceser y rebuscó en el bolso hasta que encontró el móvil. Al encenderlo, en la

pantalla aparecieron cinco llamadas perdidas de su hermano. Iba a marcar su número cuando el teléfono vibró y empezó a sonar. Contestó de inmediato.

—Lolo, ¿dónde and...?

Una voz angustiada la interrumpió:

—¿Está Lolo contigo?

Lena lanzó una ojeada al rubio y a su novia, se puso en pie y se alejó hacia el pasadizo.

—Hola, mamá —dijo con exagerada jovialidad.

—¿Está Lolo contigo? —repitió su madre, muy excitada, sin saludarla.

—Sí... —se asomó al pasadizo y comprobó que estaba vacío—. Bueno, no.

—¿Está o no está? ¡Pásamelo!

Lena apartó la sábana del rincón y se sentó sobre el saco de dormir que había en el suelo.

—No puedo pasártelo, se ha ido a comprar un bocadillo.

—Un bocadillo —dijo la madre muy despacio, como si no comprendiera lo que acababa de oír.

—Sí, mamá, un bocadillo.

La mujer estalló:

—¡Ya está bien! ¡Dime la verdad por una vez en tu vida! ¿Está Lolo contigo?

La hija se separó el terminal de la oreja unos centímetros.

—Joder, no me grites, ya te he dicho que sí, que está conmigo.

—¿Por qué no me coge el teléfono?

Lena escuchó la desconfianza en su voz.

—Y yo qué sé —respondió a la defensiva.

Con la uña, comenzó a rascar la tela de la malla sobre el muslo derecho. Dispersos en el algodón negro había agujeros no más grandes que la cabeza de un alfiler, las diminutas quemaduras que dejaba la pipa. La piel de su muslo se veía, a través de ellos, muy blanca.

—¿Por qué no ha vuelto a casa todavía? —insistió la madre—. ¿Dónde estáis?

La hija vaciló un instante antes de contestar.

—Estamos en el poblado.

—En el poblado... —repitió la otra con asombro—. ¡En el poblado! ¿Qué hace Lolo ahí? ¡Dile que se ponga ahora mismo!

—Acabo de decirte que se ha ido a comprar un bocadillo.

—¿A comprar un bocadillo? —exclamó fuera de sí—. ¿En el poblado?

—¿Vas a repetir todo lo que te digo?

—¿Con quién está? —gritó la mujer—. ¿Está solo?

—Tranquilízate, mamá —le ordenó Lena—. No está solo. Está con un amigo mío.

—¿Un amigo tuyo? ¿Quién? —casi aulló la madre—. ¿El griego ese asqueroso con el que vas? ¿Un yonqui que en cuanto pueda le va a dar un navajazo para robarle?

—¿Qué dices? —protestó la hija—. Yo voy con gente normal.

—¿Normal? ¿Tú vas con gente normal? Has perdido la cabeza. ¡Nada de lo que haces es normal! —la desesperación deformaba la voz de la madre. Lena alejó el móvil hasta que los gritos se convirtieron en murmullo. Lo acercó y volvió a alejarlo: la voz iba y venía igual que las olas al romper en la playa—: ¿Llevar a Lolo al poblado te parece normal? ¿Dejarlo solo con un yonqui te parece normal? ¡Me da igual que sea el griego o el sursuncorda! Te juro que como le pase algo a Lolo no te lo perdonaré nunca. ¡Si le pasa algo, olvídate de nosotros para siempre!

La hija dejó el móvil sobre el saco de dormir y entornó los ojos para contemplar los diminutos agujeros blancos en el pantalón. Su muslo semejaba una limpia noche estrellada. Una noche sin

luna. Arañó con fuerza uno de los agujeros hasta agrandarlos y crear su propia luna.

—¡Lena! —la voz encrespada de su madre se alzó desde el móvil—. Lena, ¿me estás escuchando?

La joven cogió el teléfono y se lo acercó a la oreja.

—Sí —dijo con desgana.

La mujer empezó a llorar.

—Tu hermano sólo tiene dieciséis años, es un niño. Te lo pido por favor: mételo en un taxi y mándalo inmediatamente a casa. Dile al taxista que yo le pagaré cuando lleguen.

Lena no pudo evitar sonreír.

—Aquí no entran los taxis, y menos a estas horas. Tú lo sabes de sobra.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio.

—¿Cómo habéis ido vosotros? —dijo por fin la madre.

—En el coche de un amigo.

—¿Ese amigo tuyo con el que está ahora?

—No, ése no, otro.

—¡Quien sea, me da igual, pero que traiga a Lolo a casa! Le pagaré lo que me pida.

Lena lanzó una ojeada a las maletas apiladas y abrió la suya, que estaba encima. Dentro no había nada.

—No es tan fácil. Es Lolo quien no quiere irse. Yo ya le he dicho que vuelva a casa, se lo he repetido mil veces.

—¿Por qué no quiere venir a casa? —preguntó la madre con recelo. Había dejado de llorar—. ¿Cómo es que está contigo? ¿Lo has llamado tú?

—¿Qué dices! Me lo encontré en el aeropuerto. Pensé que lo habíais enviado vosotros a buscarme.

—¡¿Nosotros?! ¡¿Cómo vamos a enviarlo nosotros?! ¡En qué cabeza cabe semejante locura?! ¡Si lo mandamos a Irlanda para alejarlo de ti, para apartarlo del infierno en que has convertido nuestra vida!

Lena se revolvió.

—Pues alguien le dijo dónde encontrarme y yo no he sido, te lo juro.

—¿Qué más da! A ti te ha faltado tiempo... —la rabia y la desesperación estrangulaban la voz de la madre—. Te ha faltado tiempo para llevártelo al poblado en cuanto le has echado la vista encima —un gemido escapó de su boca—. ¿Para qué? ¿Por qué? No lo entiendo. ¿También lo has llevado a él para que te compre la droga? ¿No te basta con arruinar tu vida y haber destrozado la nuestra? ¿También quieres acabar con tu hermano?

—¡Joder, yo no quería que viniera! —protestó Lena—. Él se empeñó en acompañarme y se metió en el coche. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Echarlo a patadas?

—No me vengas con historias —la angustia de la madre se mezclaba con la indignación—. No me digas que tu hermano es capaz de lograr que tú hagas lo que no quieres. ¡Eso no lo ha conseguido nunca nadie!

—Mamá —Lena dulcificó la voz y habló muy despacio, igual que si se dirigiera a una enferma—. Lolo es mi hermano, hace un año que no nos vemos y quiere charlar conmigo. Por eso ha...

La mujer la interrumpió.

—Yo ya he aceptado que he perdido a una hija, pero no voy a permitir que mi otro hijo, el único que me queda, siga el mismo camino —se le quebró la voz y rompió a llorar de nuevo—. ¡No lo voy a permitir! Antes te mato —sollozó.

—Cálmate —dijo la hija con aspereza. Conocía bien aquellas explosiones maternas, la melodía repetida de aquel carrusel sentimental—. ¿Crees que yo voy a dejar que le ocurra algo a Lolo? ¡Es mi hermano!

—¿Tú lo vas a cuidar? —saltó la madre—. ¿Tú, que eres incapaz de cuidarte a ti misma?

La tela cedió bajo la uña de Lena, que, de un tirón, la rasgó. Donde antes estaban la luna y el cielo estrellado asomó el hueso redondo de la rodilla.

—¡Ya basta, mamá! Lolo sabe cuidar de sí mismo; no es tonto porque sea tartamudo. No tienes por qué montar un drama.

Un incómodo silencio se alzó entre ambas. Hacía tiempo que habían olvidado cómo hablarse y cada conversación, lejos de aproximarlas, ahondaba la distancia que existía entre ellas.

—¿Por qué no quiere Lolo venir a casa? —dijo al fin la madre.

Lena se encogió de hombros.

—Se ha empeñado en que no se va si no lo acompaño.

—¿Vas a venir? —la voz tembló al otro lado de la línea—. No sabemos nada de ti desde hace meses. Nunca me coges el teléfono cuando te llamo...

—¿Para qué lo voy a coger? ¿Para que me echas la bronca?

—Soy tu madre y tengo derecho a preocuparme por ti.

—No te preocupes, estoy bien —contestó Lena.

—¿Cómo vas a estar bien? —la mujer suspiró—. ¿No te das cuenta de que te estás matando? ¿Por qué no dejas que te ayudemos, hija? Lo único que queremos es que ingreses en un centro y te cures. Ven a casa con Lolo. Papá ya está en la cama dormido, pero yo os espero hasta que lleguéis.

Lena vaciló. Acercó las rodillas al pecho y se abrazó las piernas, dejándose acunar por aquel amor menesteroso como una fruta marchita.

—Tengo muchas ganas de veros —dijo casi en un susurro. Parecía una niña de ojos enormes—. ¿Cómo está papá?

—¿Cómo quieres que esté, con una hija drogadicta en la calle, sin saber si te han violado o si te han matado de una paliza? Sólo consigue cerrar los ojos a base de somníferos, igual que yo... —contestó la madre, quejumbrosa—. Lena, ¿a qué esperas para dejar esa vida? ¿A que nos muramos?

El rostro de la joven se crispó. Apoyó las manos en los ladrillos rugosos para levantarse y empezó a caminar en círculos dentro de aquel rincón. El espacio era tan reducido que parecía girar sobre sí misma.

—Mamá, estoy mejor —dijo con hastío—. Consumo mucho menos.

—Ven a casa, hija. Si no lo haces por ti, hazlo por tu hermano —le imploró la madre.

—No sé si podré esta noche...

Su madre se quedó en silencio. Fue un silencio más largo que los anteriores.

—¡Lo de siempre! —exclamó, al fin—. ¡Vas a morirte tú y nos vas a matar a todos! ¡Te vas a llevar a toda la familia por delante! ¿No ha vuelto todavía tu hermano?

La joven apartó la sábana para asomarse al fumadero.

—No. Seguro que ya no tardará.

—Escúchame bien, Lena: si pudiera, te agarraría del pelo y te encerraría en un centro hasta que te curaras. El problema es que tienes veinticinco años y no puedo obligarte a nada. Pero tu hermano es menor de edad y si no oigo su voz antes de media hora, voy a llamar a la policía.

—En cuanto aparezca, te juro que te llama —con un tono casi infantil, añadió—: Tengo que colgarte ahora. Te prometo que iré pronto a veros. Dale un beso grande a papá de mi parte.

—¿Un beso? ¡Si tu padre se entera de que tu hermano está en el poblado, se muere! Ya has oído lo que te he dicho, Lena: media hora. ¡No voy a esperar más!

La madre colgó. Lena apartó con desagrado el terminal; estaba muy caliente, como si la tensión se hubiese quedado atrapada dentro. Buscó el número de Lolo y lo marcó, pero al tercer timbrazo el móvil enmudeció.

—¡Joder! —gruñó al ver la pantalla negra. Se volvió hacia el rubio y su novia—. Eh, ¿tenéis un cargador? Me he quedado sin batería.

—¿Qué teléfono tienes? —le preguntó ella.

Alzó el móvil para mostrárselo.

—Un Xiaomi.

La otra asintió.

—Es igual que el mío.

Lena se aproximó, conectó el móvil al cargador que le tendió la chica y lo dejó encima de la mesa. Luego fue a sentarse en el banco de obra.

Una vocecita resonó en el fumadero.

—Hola.

El hijo pequeño de Esma salió del pasadizo y avanzó hacia ellos dando saltitos. Tenía cinco años, aunque era tan menudo que aparentaba menos edad. Llevaba una gorra dorada con la visera hacia atrás, una camiseta blanca con el logo de Nike en el pecho y unas bermudas también blancas. Llegó a la mesa y se plantó delante del rubio.

—¿Me das dinero?

El hombre hurgó en los bolsillos de sus chinos beis y sacó una moneda de dos euros.

—Toma, pedigüeño.

El niño sonrió y tendió la mano a la chica del flequillo.

—¿Tú no me das *na*?

Ella se encogió de hombros.

—Ahora no tengo, Edu, mañana te doy.

El crío fue hacia Lena, pero uno de los cordones de sus zapatillas estaba suelto, lo pisó y cayó de bruces. Alzó el rostro, con los ojos muy abiertos por el asombro. En el fumadero no se oía nada, como si el sonido estuviese conteniendo la respiración. La boca de Edu se tiñó de rojo y la sangre comenzó a deslizarse por su barbilla. Al ver las primeras gotas caer y estallar blandamente en la baldosa, el gesto del crío se crispó y rompió a llorar.

Las dos jóvenes se pusieron en pie al unísono y fueron hacia él.

—¡No! —gritó el niño entre sollozos, mientras con el brazo apartaba a la chica del flequillo—. ¡Tú no!

Lloraba con desesperación. El dolor parecía haberse represado antes de estallar y ahora se apoderaba de todo, incontenible.

—Tranquilo, Edu —Lena hincó la rodilla derecha, lo alzó del suelo y lo sentó sobre su otra pierna—. Vamos a ver qué te has hecho.

El labio inferior se estaba inflamando y sobresalía ya como un islote en el rostro, cubierto de lágrimas, de mocos, de sangre. Lena sacó de su bolso un paquete de pañuelos de papel, cogió uno y lo pasó suavemente por la boca herida. El niño se retorció, gritando.

—Vale, vale —le dijo, sujetándolo con firmeza—, no toco más ahí.

Le limpió la cara, evitando rozarle los labios. A medida que iba manchando los pañuelos, los tiraba al suelo.

—Vamos a echar fuera todos esos mocos —acercó un pañuelo a la nariz del crío, pero él continuó sollozando—. Venga, Edu, sopla con fuerza, como si fueras un búfalo.

Con los ojos muy abiertos, el niño dejó de llorar y se sonó.

—Muy bien, campeón —lo felicitó Lena.

El crío rompió a llorar de nuevo. Tenía manchas de sangre en la camiseta blanca.

—¿Dónde está tu madre? —Lena le hizo una seña a la otra chica, que se asomó al ventanuco y negó con la cabeza—. ¿Y tu padre? ¿Sabes dónde está tu padre? —el niño gemía entre lágrimas—. ¿Y tu hermano? ¿Dónde está Bruno?

El labio inferior se le había hinchado tanto que parecía arrastrar la barbilla hacia abajo y dejaba al aire los dientes ensangrentados. Lena se levantó con él en brazos y se dirigió al pasadizo.

—Tranquilo, Edu, vamos a casa.

Siguió repitiéndolo en voz baja mientras atravesaban el túnel. Él lloraba sin consuelo. «Vamos a casa», repetía ella. «Ahora llegamos a casa», le decía. «Enseguida estamos en casa», le musitaba al oído como si se hallasen en un paraje desconocido y amenazador. Renqueaba por el peso del crío y por su tobillo dolorido. Tan menuda y flaca, parecía una niña herida que huyera con su hermano en busca de refugio, sin saber dónde se encontraban, sin saber si lo encontrarían.

Salieron a la explanada.

La puerta blindada de la caseta de obra estaba entreabierta. La joven la golpeó con el puño.

—¡Esma! —llamó desde el umbral.

Asomó la cabeza. En el cuarto alargado había una cama con ropa de niño encima de las sábanas y una mesa con una pantalla y los mandos de una PlayStation. Habían cortado la pared metálica del fondo para abrir una puerta que unía la caseta con la vivienda rosa donde Esma despachaba a sus clientes. Por el hueco escapaba el sonido del televisor.

—¡Esma! —gritó Lena.

El niño se estremecía, inconsolable, pero ella no se atrevía a entrar.

—¡¡Esma!! —gritó aún más alto—. ¡¡Dite!! ¡¡Bruno!!

Nadie contestó. La joven notaba el hombro izquierdo húmedo por la sangre y las lágrimas del pequeño y, sin esperar más, atravesó el dormitorio con él en brazos y traspasó la segunda puerta. Miró rápidamente alrededor: era una estancia cuadrada sin más ventanas que la abertura enrejada en la pared del fondo, que daba al fumadero. Buena parte del espacio lo ocupaba un sofá cama de matrimonio. Tenía el somier desplegado y las sábanas revueltas.

—¿Dónde está el baño? —preguntó al niño.

Edu levantó un brazo y señaló una puerta estrecha. El baño tampoco tenía ventanas. Entre el lavabo y el plato de la ducha había varios estantes donde se amontonaban mascarillas, champús y esprays para el cabello de distintos tamaños y colores. Tras un voluminoso tarro dorado, Lena encontró una caja de metal. Dentro había un paquete de algodón y un bote de agua oxigenada. Los sujetó como pudo sin soltar a Edu y regresó al cuarto principal.

Contempló indecisa la cama y buscó con la vista otro sitio donde sentarse. La estancia servía al mismo tiempo de dormitorio, cuarto de estar, cocina, comedor y despacho de venta. En un rincón se alzaba una nevera de grandes dimensiones y a su lado se veía una encimera con un hornillo a gas de cuatro fuegos. Cerca había una mesa con varias sillas desparejadas. Lena se dirigió hacia allí, pero no pudo sentarse. Tanto la mesa como las sillas estaban ocupadas por pilas de objetos en equilibrio. Había camisas de hombre dentro de sus envoltorios de celofán, perfumes sin abrir, cajas de zapatillas deportivas, juegos de cama sin estrenar... Un batiburrillo de artículos que los

yonquis robaban y ofrecían a Esma a cambio de droga. Lo que no cabía allí se amontonaba en cubos y barreños desperdigados por el suelo. El pequeño gimió y Lena dio la vuelta y fue hacia la cama de matrimonio.

Se acomodó en una esquina, intentando utilizar el menor espacio posible, se colocó al crío en el regazo y empapó un trozo de algodón con el agua oxigenada.

—Edu, te va a picar un poco —le advirtió.

Él se abrazó a su cuello, pero ella lo separó con suave determinación.

—Se pasa muy rápido, te lo prometo.

Deslizó el algodón por el labio inferior, al mismo tiempo que soplaba la herida para calmar el escozor. El niño se revolvió entre sus brazos y la gorra se precipitó al suelo, pero Lena no cedió. El corte era largo, aunque no muy profundo. En la carne abierta, roja y húmeda, había incrustadas motas negras, restos de suciedad de las baldosas del fumadero. La joven se esforzó por quitarlas sin dejar de soplar. Luego separó un poco los labios del pequeño para examinar sus dientes. Las lágrimas caían en el algodón, mezclándose con la sangre y el agua oxigenada.

—No te has roto ningún diente —tiró el algodón manchado al piso. La herida apenas sangraba ya. Colocó otro algodón limpio sobre el labio y llevó allí los dedos del crío—. Aprieta así hasta que yo te diga.

El crío obedeció y se acurrucó, muy pálido, en sus brazos. Olía como un cachorro. Lena reparó entonces en el televisor. Frente a la cama, colgada en la pared, había una pantalla panorámica de plasma donde una mujer muy gorda mostraba las cartas del tarot mientras atendía las llamadas. En aquel cuarto tan reducido todo tenía un tamaño desmesurado. Lena vio el mando entre las sábanas y apagó el aparato.

Con la habitación en silencio, intentó dejar al niño sobre el colchón, pero él rompió en llanto.

—Edu, tengo que irme. Tú sabes que tus padres no quieren que nosotros entremos en vuestra casa —le acarició el pelo, pero él rompió a gritar, enrabiado. El algodón que tenía sobre la herida cayó a la cama y el labio comenzó a sangrar otra vez. Lena suspiró—: Si paras de llorar, me quedo contigo hasta que venga tu madre. ¿De acuerdo?

El crío asintió entre hipidos. Una pompa de saliva y sangre se hinchó como un globo en la comisura de los labios. Al contemplar la boca magullada, la joven recordó la de Lolo cuando era niño, cómo se tensaban y temblaban sus labios cuando hablaba. Su hermano, Lolo, tan silencioso... El Mudo.

Levantó una esquina de la sábana y la acercó con cuidado a la nariz del niño.

—Suénate.

Luego la apartó y le acarició de nuevo el pelo. Con la mirada prendida en la herida, mórbida e inflamada, empezó a acunarlo mientras tarareaba en voz baja. Enlazaba fragmentos de canciones que le cantaba a Lolo cuando era pequeño, y las melodías parecían tirar del hilo de una madeja. Ella misma se escuchaba con asombro, como si aquella música procediese de una vida que había dejado de ser suya.

—*Pimpón es un muñeco muy guapo y de cartón, se lava la carita con agua y con jabón* —cantaba, y le parecía tener a Lolo en brazos—. *Se desenreda el pelo con peines de marfil y aunque se dé tirones no llora ni hace así* —Lena se llevó un puño a un ojo y lo movió en círculos mientras simulaba un puchero. Luego se detuvo. El niño la miraba muy atento—. ¿Conoces esta canción?

Él negó con la cabeza. Ya no lloraba, pero tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué te canta tu madre? ¿Flamenco?

El crío se encogió de hombros. Lena sonrió.

—Hace muchos años, cuando mi hermano se iba a la cama, yo lo cogía en brazos y le cantaba hasta que se dormía. Sabía muchas canciones, pero se me han olvidado casi todas.

—¿Tú tienes un hermano? —dijo Edu con dificultad.

Tenía la boca muy hinchada, pero a Lena no le costó entenderlo. Había aprendido a intuir lo que decía Lolo cuando era niño, a reconstruir el sentido de su habla fragmentada.

—Sí, yo también tengo un hermano. Igual que tú —contestó.

—¿Se llama Bruno?

Lena sonrió.

—No, el mío se llama Lolo. Es mi hermano pequeño, aunque ha crecido tanto que la pequeña ahora parezco yo —le brillaban los ojos—. Cuando Lolo tenía tu edad le costaba mucho hablar, igual que te pasa a ti ahora.

—¿Se cayó?

—No, se trababa aunque no se hubiera caído.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Él decía que tenía una herida en la lengua.

—¿Tenía una herida como yo?

—No, no tenía ninguna herida, pero él decía eso. Yo le enseñaba mi lengua para que viera que era igual que la suya —sacó la punta de la lengua y se la tocó con el índice plumoso—. Pero él contestaba que su herida no se veía porque estaba muy dentro... A lo mejor tenía razón.

El crío sacó la lengua y bizqueó para mirarse la punta. Lena se rio.

—No tienes ninguna herida en la lengua, Edu.

El niño ya no dijo nada. Su rostro, antes tan pálido, estaba ahora sudoroso y enrojecido. Lena le rozó la frente con los labios; algo dentro de ella cedió al calor de aquel cuerpecito vulnerable y confiado. Meció a Edu hasta que su respiración se hizo más lenta y profunda y sus ojos se cerraron. Parecía un bebé. Aunque se había dormido, sus párpados temblaban como las alas de una mariposa. No se atrevió a dejarlo sobre el colchón, pero le dolía la espalda de sostenerlo y, con él en brazos, reculó y se recostó contra el cabecero del sofá cama. El aparato de aire acondicionado estaba sobre el mueble y un chorro helado cayó sobre ellos. Lena agarró una esquina de la sábana y tiró de ella para tapar al niño.

Miró hacia la puerta, atenta a los ruidos, y entonces vio la fotografía. En la pared colgaba un retrato enmarcado de Dite, Esmá y sus hijos. El fotógrafo había dispuesto todo como si fuese el retrato oficial de los reyes del poblado. Dite y Esmá, vestidos de dorado, refulgían. Ella, con una tiara de diamantes en forma de corona, se hallaba sentada en un sillón tapizado de terciopelo granate; erguido a su lado, él sostenía una vara de oro. Sentados a los pies de sus padres estaban Bruno y Edu. Desde el retrato, Dite parecía observar a Lena con tanta fiereza que la joven se estremeció. Al notar su agitación, el crío se removió en sus brazos. Ella lo acunó y, cuando él retomó el sueño, volvió la vista hacia la foto.

El escote del vestido dorado de Esmá dejaba al aire las estrellas tatuadas sobre su pecho y los tirantes transparentes del sujetador, que se clavaban en sus rollizos hombros desnudos. Había girado levemente el brazo para que se viera el corazón con el nombre de Dite y el suyo. En su regazo, haciendo equilibrios sobre el voluminoso vientre, estaba Preti, su perra yorkshire, con un gran lazo en la cabeza. Una hilera de gruesas perlas rosadas le servía de correa.

Lena se acordó de Fuga y miró alrededor. Junto a la puerta del baño estaban el comedero de

Preti y un recipiente con agua. Quizá Fuga se había refugiado en casa de Esmá al salir del fumadero y había comido del pienso de colores de la yorkshire. En voz baja para no despertar al pequeño, la llamó:

—Fuga —susurró—. Fuga.

Edu comenzó a farfullar. Lena calló y le acarició la frente y las mejillas. El niño parecía un muñeco desarticulado por la fiebre. En un rincón de su memoria comenzó a resonar una melodía:

*Duérmete, niño,
que ahí viene el viejo...*

En la fotografía, la mirada de Dite parecía más torva, su piel más oscura y aún más negro su cabello engominado. En el dedo corazón de la mano derecha, con la que sujetaba la vara, lucía un anillo de oro con la cabeza de un león y en el anular brillaba un voluminoso sello con un rubí.

*... te come la carne,
te deja el pellejo...*

De la gargantilla de oro que adornaba el cuello de Esmá pendían dos largas tiras de oro, estrechas y retorcidas como beicon crujiente. Lena crispó el gesto. Las gitanas del poblado tenían la costumbre de bañar en oro los cordones umbilicales de sus hijos. Sentados en el suelo, Bruno y Edu posaban vestidos con chándales blancos. Llevaban el pelo engominado igual que su padre y miraban con seriedad a la cámara.

*... su mamá, la rata,
su papá, el conejo...*

Un perro aulló fuera y a su reclamo un coro de aullidos se alzó en la noche. Lena bajó la vista hacia Edu. La súbita algarabía no lo había despertado y dormía con la boca abierta sobre su pecho izquierdo. Un círculo húmedo de un rojo pálido manchaba su camiseta blanca. Parecía que el crío se hubiese quedado dormido mientras mamaba. Rojo y blanco, la sangre y la leche mezcladas en la boca del niño vampiro. Con desagrado, Lena lo cambió de lado. Notó entonces una presión extraña bajo la copa del sujetador. Separó la cabeza del niño y, al palpar los billetes de Mikis, los sacó con premura y los alisó para comprobar que no estaban mojados.

Como si hubiese accionado un resorte, todo su cuerpo giró hacia el ventanuco: giraron sus ojos, sí, pero también giró su piel, giró su sangre, cada célula giró como la aguja imantada de una brújula. A los pies de la silla donde despachaba Esmá había una freidora encendida. El humo del aceite ondulaba hacia el techo. A pesar del aire acondicionado, Lena rompió a sudar.

Separó la sábana, dejó a Edu sobre la cama y se puso en pie. El crío gimió, pero se volvió sobre el costado y, sin abrir los ojos, se llevó el pulgar a la boca. Lena trastabilló al tropezar con una garrafa de aceite de oliva que había en el suelo, recobró el equilibrio y se dirigió a la mesa donde despachaba Esmá.

Justo bajo el ventanuco, en el centro de la mesa, vio la báscula de precisión. A ambos lados estaban el flexo y el televisor de plasma pequeño. Había también un vaso de café con leche

volcado y un bocadillo a medio comer. Nada más. Esma guardaba la droga cuando se separaba del ventanuco, aunque sólo fuese a ausentarse unos minutos para ir al baño. Lena deslizó los dedos por la báscula y se los llevó a la boca.

—¡Lena!

Dio un brinco y se giró con las palmas de las manos abiertas para mostrar que estaban vacías. Sus ojeras se veían violetas bajo el maquillaje. Edu se había sentado y se chupaba el labio hinchado. Tenía enrojecida la mitad del rostro que había apoyado primero sobre su pecho y luego en la cama.

—Mi gorra.

Ella arrugó el ceño sin entender.

—¿Cómo?

El niño hizo un puchero. Al fruncir los labios, la herida se abrió.

—¡Mi gorra! —gritó.

Lena se precipitó a coger la gorra, que estaba a los pies de la cama, y se la colocó en la cabeza con la visera hacia atrás.

—¿Qué hacías? —le preguntó él. Le costaba pronunciar a causa de la hinchazón de la boca.

—¿Dónde?

—Ahí.

El crío alargó su pequeño brazo y con el índice señaló el ventanuco.

—Iba a la nevera para buscar un cubito de hielo y ponértelo en el labio, pero no me ha dado tiempo... No he cogido nada, mira —Lena le mostró de nuevo las palmas de las manos y enseguida le señaló la boca—. ¿Te duele?

Él se chupó el corte en silencio. La gorra dorada brillaba en su cabeza igual que una corona. Lena se arrodilló a sus pies. Las baldosas estaban frías por el aire acondicionado y, al sentir aquel contacto en las rodillas, se estremeció como si un dedo helado le recorriera la columna.

—Edu, a tu madre no le va a gustar que yo ande revolviendo en su nevera. Mejor no le decimos nada, ya sabes cómo es ella con sus cosas. ¿Me lo prometes?

Los ojos del niño eran dos carbones, igual que los de su padre. Lena bajó la vista y observó los cordones sueltos de las deportivas.

—He hecho de Dios en el teatro del culto —dijo el niño de repente.

Ella alzó la cabeza.

—¿De verdad? —una expresión de alivio ensanchó su rostro.

Él asintió.

—Claro.

Una risa boba escapó de la boca de la joven.

—¿Qué tal es hacer de Dios?

El niño la miraba muy serio.

—Es el papel más importante de *tos*. Me peleaba con Satanás. Le decía: ¡márchate de aquí! ¡Me estás robando las almas!

Lena sujetó los extremos de los cordones de las zapatillas y, tirando de ellos hacia arriba, levantó las piernecitas morenas del niño. Edu perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre la cama. Ella se rio y lo ayudó a sentarse.

—¿Has visto? Estos cordones son como Satanás —los miró, súbitamente seria, y se dirigió a ellos frunciendo el ceño—. ¡Malos! Vosotros tenéis la culpa de que Edu se haya partido el labio —levantó la vista hacia el niño—. Mi hermano se abrió la barbilla tres veces. ¡Tres! —repitió

Lena, mostrándole tres dedos—. Hasta que yo le enseñé a atarse los cordones.

—¿Qué hermano?

—Lolo. ¿No te acuerdas de que antes te he hablado de él?

El crío se encogió de hombros.

—Te voy a enseñar a hacerles un nudo bien fuerte para castigarlos y que no vuelvan a escaparse —Lena sujetó los cordones por las puntas—. Fíjate bien: formas una cruz, ahora pasas esta punta por esta cuevita, tiras y ¡ya está hecho el primer nudo! Lo vamos a apretar bien fuerte para...

La voz gutural de Esma resonó a su espalda. La joven soltó los cordones y giró la cabeza con rapidez. La Esma real y la Esma de la fotografía se alzaban ante ella, una junto a otra. Las dos llevaban en brazos a la perra yorkshire. Lena se puso en pie de un salto.

—¿Qué haces aquí? —gritó la mujer.

—Edu se cayó —balbuceó Lena, parpadeando como si estuviese inmersa en una pesadilla y luchara por despertar.

Esma se precipitó a la cama, soltó a Preti en el colchón y cogió a su hijo en brazos con tanta brusquedad que el niño gimió. Con el rostro contraído por la furia, la gitana se volvió hacia ella. Vio la sangre en la camiseta blanca de Lena, las mallas rotas en la rodilla.

—¿Qué le has hecho al Edu?

—Nada, te lo juro, que te lo diga él —miró la puerta en busca de un hueco por donde escapar, pero Esma se colocó delante para cerrarle la única salida—. Se cayó en el fumadero y se dio en la boca. Sangraba mucho y tú no estabas. ¡No había nadie! —bajó la vista y su voz tembló aún más—. Entré aquí a buscar alcohol para limpiarle la herida. Sólo para eso, te lo juro —alzó los ojos hacia el niño y le imploró—: Díselo tú, Edu.

Él la contemplaba sin decir nada. Sus piernas colgaban flácidas del grueso antebrazo de su madre. Por el rabillo del ojo, Lena vio cómo la perra lamía las manchas de sangre de las sábanas.

—¡Fuera! —gritó Esma.

—Habría que ponerle la antitetánica —musitó Lena.

—¡La *antetánica*! —la gitana agarró una escoba y la amenazó con ella—. ¿Qué es mi hijo? ¿Un perro? ¡Ay, como te dé con el palo te juro que vas a botar!

Lena palideció, pero permaneció inmóvil. Inclino ligeramente la cabeza y se fijó en la falda larga, negra y ajustada, que vestía Esma. Unas zapatillas rosas de estar por casa le dejaban los dedos al aire. Despacio, la joven introdujo la mano en la camiseta y alzó los ojos mientras sacaba del sujetador los dos billetes.

—Quería...

Esma le arrojó la escoba. Lena la esquivó y salió de la casa todo lo deprisa que le permitía su tobillo. Renqueando, se dirigió al pasadizo, lo atravesó y entró en el fumadero. En el suelo estaban los pañuelos ensangrentados que había utilizado para limpiar a Edu. Cruzó la fila que se había formado delante del ventanuco y se aproximó a la mesa de plástico. La placa vitrocerámica seguía en el suelo, pero el rubio y su novia habían desaparecido. Sobre la mesa no había nada.

—¡Joder! —se volvió hacia los que aguardaban—. ¿Alguien ha cogido un móvil que estaba encima de la mesa? Es un Xiaomi, con la pantalla muy rayada.

—Oye, que no somos ladrones —replicó una chica con dos coletas.

El vozarrón de Esma resonó en el fumadero:

—¡¡Lena!!

La joven se acercó y, entre las protestas de los demás, se inclinó ante la reja. Esma clavó en ella sus ojos recelosos. Un mosquito trompetero revoloteaba cerca de su oreja, como si le

susurrara.

—¿Qué querías?

Lena sacó de nuevo los billetes y eligió el de veinte, que estaba menos manchado.

—Dos de base y una de heroína.

Esma agarró el dinero y le entregó las tres bolsitas.

—¡Espera! —dijo y le dio el cambio y otra bolsita más—. Ésta por cuidar al Edu. ¡Y lávate, que das asco!

Una sonrisa iluminó el rostro demacrado de Lena.

—Gracias.

Reculó hacia el rincón que cubría la sábana y, oculta por la tela, abrió la última bolsita que le había dado Esma. Sin más memoria que su deseo, se olvidó del móvil, se olvidó de su hermano, se olvidó de su madre, se olvidó del cachorro robado. Preparó la pipa, le dio fuego y aspiró con fuerza, los ojos fijos en la fugaz incandescencia. Los maltrechos músculos de su espalda se ajustaron igual que las piezas de un mecano, el dolor del tobillo se calmó, la ansiedad desapareció. La noche cayó sobre la noche y la cabeza de la joven se venció hacia delante, en lo oscuro, como si su cuello fuese de goma.

6. El ciego

Lolo corría en la oscuridad sin mirar atrás. Corría con Fuga apretada contra el pecho mientras la noche lo rodeaba como un trapo pardo y grasiento. Sentía a su espalda el resplandor de la hoguera de los Culata igual que el resuello de un monstruo. Corría por senderos de tierra sin saber hacia dónde se dirigía, impulsado por el pánico y por el anhelo de encontrar a Lena.

No se detuvo hasta reconocer la Gran Vía. Vio un río de fuego. Vio un río de agua sucia. En la negrura, a escondidas de las miradas, se inclinó hacia delante sin soltar a la perra para recuperar el aliento. Cuando por fin se irguió, contempló las ardientes hileras de las fogatas, los enormes charcos donde se ahogaba el camino. El tráfico era ahora menos intenso. También era menor el número de hombres y mujeres que deambulaban por la calzada. El muchacho los observó con detenimiento por si entre ellos estuvieran su hermana o el griego, pero todos le resultaban idénticos: ánimas infelices cuyos cuerpos aún no han recibido sepultura. Pasaban ante sus ojos como si se hallasen encima de una cinta mecánica circular y fuesen siempre los mismos. Junto a los portones de las casas, las siluetas informes de los machacas parecían bultos sobre la tierra reseca. La luz caprichosa del fuego proyectaba oscuras llamas sobre todos ellos, desdibujándolos. Lo que eran cuerpos asemejaban sombras y lo que eran sombras asemejaban cuerpos.

Una vez más, creyó estar inmerso en el territorio del sueño, como cuando en medio de la noche despertaba de una pesadilla pero el adormilamiento lo arrastraba y descubría, abatido, que había regresado al mismo escenario del que escapó. Aunque aún era capaz de decirse que sólo se trataba de una fantasía, sabía que su conciencia era un terrón de azúcar en el café oscuro y amargo y que tan pronto se deshiciera, quedaría una vez más a merced de los fantasmas.

El humo de las hogueras y la bóveda plomiza del cielo tejían en torno al poblado una membrana grisácea. Todo era incorpóreo y opaco, salvo la incandescencia punzante del fuego. Todo resultaba asimismo vagamente familiar y amenazador; menos real que la realidad, pero más acuciante, más presente.

Los aullidos de los perros se enredaban en el humo y, como la arena que gira en remolinos al son del viento, se estiraban por el aire hosco. Fuga gimió y el chico se aferró a su cuerpo tibio. Sus dedos se deslizaron a contrapelo por la cabeza gris del cachorro, descendieron por la línea blanca que separaba sus ojos y recorrieron el saliente del hocico hasta detenerse en la trufa. Sintió en las yemas el aire caliente, el hálito que hacía vibrar aquella carne huérfana. Había urgencia en su respiración y también un ciego empeño. Pensó en Lena. En su imaginación, su hermana era a veces diminuta y vulnerable igual que el cachorro, mas otras veces volvía a ser la gigante protectora que, de niño, lo llevaba de la mano.

Un destello atrajo su atención. En la otra orilla del camino, el fogonazo de un flash iluminó a varias chicas. Eran cinco y, aunque iban muy maquilladas, parecían tan jóvenes como Lolo.

—El último selfie —gritó una de ellas.

Hubo un revuelo de manos ahuecando los cabellos, de ojos agrandados, de bocas rojas

fruncidas para lanzar un beso a la pantalla del móvil que sujetaba en alto la fotografía. Con las cabezas unidas y levemente ladeadas, se quedaron inmóviles y la luz blanca iluminó sus bonitas caras como un ramillete. Antes de que el aire recobrar su opacidad, Lolo tuvo tiempo de atisbar la figura tambaleante de un hombre que cruzó por detrás de ellas.

Las chicas se arremolinaron para ver las fotos en la pantalla.

—¡Me cago en el payo! —gritó una.

Los cinco rostros se separaron de inmediato como las cabezas de una hidra y otearon en las sombras. Fuga comenzó a gruñir; el ronquido amenazador hacía vibrar su cuerpo entre las manos de Lolo. El muchacho le apesó el hocico a tiempo de ver cómo las chicas estallaban en insultos al localizar al yonqui que se alejaba.

—¡Mala ruina tengas, comemierda!

—¡Ay, tu raza!

—¡Mal cáncer les entre a *tos* tus muertos!

—¡Chacho, anda, vete por ahí!

El hombre se encorvó aún más y apresuró el paso. Hablando a voces y riendo, ellas se marcharon en sentido contrario.

Apenas Lolo abrió la mano, Fuga lanzó un agudo ladrido.

—Shhhh —le chistó el chico, pero el animal continuó ladrando y de nuevo tuvo que cerrarle el hocico—. ¿Qué te pasa?

Siguió su mirada; a unos metros un perro olisqueaba en su dirección. Era alto como un galgo, aunque mucho más corpulento. Permaneció quieto un instante y luego se aproximó a ellos moviendo el rabo en círculos, igual que un ventilador. Tenía el pelo amarillo y, al caminar, su cuerpo claro parecía desplazar la oscuridad. Se detuvo a unos pasos de Lolo. Era un mil leches, uno de esos perros tan mezclados que es imposible reconocer en ellos un rasgo de cualquier raza y que, por la lógica última de los cruces, resultan ser ejemplares únicos. Tenía una oreja cortada en pico y la otra larga. Al ver que el chico le tendía una mano con la palma hacia arriba, se acercó a olfatearla. Enseguida alzó el hocico hacia la perrita, que luchaba por escapar. Sin hacer movimientos bruscos, Lolo se acuclilló y la dejó en el suelo.

Fuga se quedó muy quieta, con el lomo gris erizado, mientras el perro la rodeaba para olisquearle el trasero. Con un rápido viraje, ella se zafó y se dirigió a su vez al trasero del chuchó para olfatearlo. Éste se inclinó para facilitarle la tarea y, acto seguido, intentó montarla. Fuga se apartó de inmediato y ambos empezaron a girar en una apretada rueda de gruñidos, lametones, dentelladas y olisqueos. Avanzaban y retrocedían hasta que, de repente, el perro amarillo abandonó las sombras y cruzó la calle.

Sin prestar atención a los faros que se aproximaban por el asfalto agujereado, la perra fue tras él.

—¡Fuga! ¡Ven aquí! —exclamó Lolo, y se abalanzó hacia ella con el brazo extendido para que el coche frenara.

El vehículo derrapó antes de quedar inmóvil.

—¿Estás loco, tío? —gritó el conductor, asomando la cabeza por la ventanilla.

Sin bajar el brazo, Lolo se inclinó en busca de la perra, pero había desaparecido.

—¡Quita de en medio, gilipollas! —el hombre dio un volantazo, esquivó al muchacho y siguió adelante.

El chuchó se había parado junto a una hoguera. El fuego iluminaba su hirsuto pelaje amarillo. A su lado, dando la espalda a la Gran Vía, había un hombre sentado en una caja de madera. El chico

se dirigió hacia allí, pero se detuvo a unos pasos, igual que antes había hecho el perro con él. En el regazo del desconocido estaba Fuga. El cachorro alzó la cabeza cuadrada, observó a Lolo con sus pequeños ojos azules y, sin prestarle más atención, apresó con la boca la mano del extraño y la mordisqueó.

—¿Va contigo? —le preguntó el desconocido sin volverse a mirarlo. Su voz era recia y rasgada.

Lolo no pudo contestar. El pánico le cerraba la garganta.

El otro se volvió hacia él. El velo grisáceo de las cataratas cegaba sus ojos.

—Ven —dijo.

No había nadie más en la hoguera. Lolo se acercó en una zancada y se inclinó para recoger a Fuga. El fuego estaba tan próximo que sintió arder su rostro como si lo lamieran las llamas. Bajo el áspero tufo del humo, percibió el olor a carnero viejo del hombre. Vestía una camisa beis de manga corta y un pantalón gris de rayas. A sus pies, el perro amarillo se mordisqueaba con minuciosidad una de las pezuñas delanteras.

—¿Me da a mi perra? —en el tono del chico había urgencia. En cualquier momento podía llegar alguien y reconocer al cachorro robado.

El otro sonrió.

—La compañía del perro es muy perfecta —contestó, sin hacer ademán de entregarle el animal. Hablaba con una dicción clara, como si se esforzase en dibujar con las palabras lo que sus ojos no veían—. Viene de unos tiempos de cuando el hombre no sabía hablar, debía hacerlo por señas. El perro se ha quedado en ese estadio, nosotros no. Pero él ha ganado en otras cosas.

El cabello oscuro y peinado hacia atrás le nacía dos dedos por encima de las cejas. Las facciones anchas y las mejillas aplastadas daban a su cara un aire a torta de barro seca. La nariz chata y las bolsas bajo los ojos eran el único relieve en su rostro. Una capa de polvo parecía cubrir su pelo opaco, la piel morena sin brillo, los labios blanquecinos, los ojos velados.

Fuga se giró panza arriba en su regazo y él comenzó a rascarle la barriga.

—Tengo que irme, me están esperando —insistió Lolo, aún inclinado—. ¿Me devuelve a mi perra, por favor?

—No tengas miedo, las personas buenas tenemos un contacto rápido —le dijo el ciego. Sus uñas, sucias y fuertes, se deslizaban con delicadeza por la piel rosada del animal—. Siéntate a mi vera.

A regañadientes, el chico se sentó en el suelo con la vista fija en Fuga y, para no quemarse con el fuego las zapatillas, cruzó las piernas. El chuchito amarillo había colocado el hocico sobre uno de los botines embarrados de su dueño. De la oreja que tenía cortada sólo quedaba el pico de cartílago. El ciego volvió la cabeza hacia la hoguera y calló. El suyo no era un silencio hostil, sino tranquilo, y Lolo sintió una extraña confianza en aquel hombre que no podía verlo. El fuego siseaba y aquel arrullo y el calor lo adormecieron. Sus párpados cayeron, pesados como un telón, y lo envolvieron en su cálido terciopelo granate.

Un estridente cacareo lo sacó de su sopor. Junto a él, con la barbilla vencida sobre el pecho, el ciego dormitaba. También dormían Fuga y el perro amarillo. Los tres respiraban pesadamente, ajenos al súbito revuelo de plumas y aleteos. A unos metros de la hoguera, una niña vestida con una camiseta rosa y unas bragas blancas arrojaba tierra a las jaulas que se apilaban en el lateral de una caravana. Bajo la lluvia de arena, los gallos se agitaban tras los barrotes igual que huesos de un salvaje sonajero.

De la caravana salió una vieja que golpeó las jaulas con el palo de una escoba. Llevaba una

bata negra y, sobre ella, un delantal anudado a la cintura.

—¡Deja a los gallos, Rosi! —gritó.

La niña lanzó, desafiante, otro puñado de tierra.

—¡Rosi! —aulló la vieja, y se dirigió a ella empuñando la escoba.

La cría recogió con presteza una muñeca del suelo y se escabulló. Iba descalza y sobre su cabeza bailaban dos coletas. La mujer se dejó caer en una silla y cruzó los brazos sobre el vientre con la vista clavada en la niña, que se había acuclillado en una poza. En torno al agua negruzca brillaba una blanda costra de lógamo.

—Antes los niños jugaban en cueros y no enfermaban.

Lolo se volvió hacia el ciego. Se había despertado y sus ojos estaban fijos en las llamas como si en el fuego viese a Rosi, que acababa de hundir su muñeca en el agua sucia.

—Dormíamos a la intemperie, con toldo el que tuviera y el que no, se metía en el de otro. Aquéllos eran tiempos de pureza, cuando los gitanos éramos reyes de nosotros mismos.

Fuga ya no estaba en su regazo. El perro amarillo también había desaparecido.

—¿Dónde está mi perra? —preguntó el chico.

El ciego no contestó. En su rostro cuarteado los ojos eran dos guijarros secos.

El chico se puso en pie de un salto y miró alrededor.

—¿Y mi perra?

El otro suspiró.

—Una vez soñé que, si lograba dominar el arte del ensueño, podría pedir lo que quisiera y después, en lo real, disfrutarlo.

La mano de Lolo se cerró temblorosa sobre el hombro del ciego.

—¿Dónde ha dejado a mi perra?

El hombre se soltó con brusquedad y, como si su brazo hubiese aventado las llamas, la luz de la hoguera rescató al perro amarillo de las sombras. Tras él iba el cachorro con sus andares bamboleantes.

—¡Fuga! —exclamó Lolo—. ¡Ven aquí!

El ciego alzó una mano con autoridad.

—¡Déjalos!

El chico lo ignoró, pero él lo apresó de la muñeca con un movimiento rápido y certero. Lolo se liberó, recelando de si aquel hombre, en realidad, veía.

—Como perros, son criaturas de Dios y tienen sus derechos reales —afirmó el ciego—. Hay un proverbio muy grande: aprender de los animales.

El perro se aproximó a unos escombros, levantó una pata y meó en una piedra. Luego se encaramó a los cascotes y se adentró en el descampado que se abría tras ellos. Fuga olfateó la orina, se acuclilló y soltó unas gotas antes de seguirlo con torpeza. Lolo vio cómo su pequeño trasero se perdía en la oscuridad.

Solo, sin ella, regresó el miedo. ¿Y si Mikis volvía a buscarlo, y no lo encontraba? ¿Y si ya había vuelto y se había marchado? A pesar del calor que despedía la hoguera, Lolo empezó a temblar.

Dos hombres se aproximaron y arrimaron unas cajas para sentarse. Uno de ellos tenía el pelo largo y liso, partido por la mitad, y una nariz como un gancho que le hacía sombra en el rostro. El otro, que llevaba el pelo corto y un poblado bigote, se dirigió a Lolo:

—¡Tú! ¿Qué haces aquí?

El chico palideció.

—N-nada. Ya m-me voy.

—¡Está conmigo! —exclamó el ciego. Alzó el rostro hacia Lolo y le ordenó—: Siéntate.

Lolo lanzó una última mirada al descampado por donde se había escabullido Fuga y se dejó caer al suelo, rogando que no apareciera. Pensó en Mikis con la esperanza de que pasara junto a la fogata y lo viese. A la hoguera llegaron dos hombres más. El de la nariz ganchuda se apresuró a levantarse y acercó una caja para que se sentara el más corpulento, un tipo de piel muy oscura con dos gruesos aros de plata en las orejas. El que lo acompañaba, un joven con un moño alto y unas gafas de sol sobre la cabeza, se acomodó en el suelo, junto a Lolo.

Un repentino silencio se hizo en torno a la hoguera. El resplandor del fuego acentuaba las arrugas en los rostros morenos, las barbas de días, el oro que brillaba en los cuellos, en las muñecas, en los gruesos dedos. Todos, menos el ciego, miraban de reojo al de los aros de plata, que callaba con la vista fija en el fuego. Todos, menos el joven, sujetaban entre las piernas una vara de madera con la empuñadura de cuero y rematada con flecos.

Una furgoneta se detuvo junto a la fogata y de ella bajó un tipo con una gorra gris y una camiseta de tirantes blanca.

—¡Salud que tengáis! —saludó.

Abrió las puertas traseras y empezó a descargar palés y planchas de madera.

—Qué raro huele eso que traes, Emilio —dijo el de la nariz ganchuda.

—Son los chavales, que mean las puertas. ¿Qué voy a hacer, Pájaro? ¿Coger la cacharra y liarme a tiros?

El otro lo señaló con el índice.

—Chacho, tú nos estás envenenando.

Emilio se acercó con el ceño fruncido y le atenzó el cuello. El fuego arrancaba destellos de su anillo, un sello de oro con el aspa de Mercedes en relieve. Lolo se encogió, asustado, y bajó la vista; en su regazo la uña del meñique que Lena le había pintado temblaba como un banderín amarillo. Volvió la cabeza hacia la Gran Vía con el deseo desesperado de reconocer el rostro de su hermana y correr junto a ella. Pero los yonquis que pasaban junto a la hoguera procuraban no acercarse y, en la distancia, parecían deshacerse en una sórdida mixtura de sombras y humo.

—¿Envenenándote yo? Te voy a dar... —Emilio se aproximó de nuevo a la furgoneta y sacó una botella de whisky— la *medecina pal* veneno —empujó a Pájaro para sentarse a su lado y volvió el rostro hacia la caravana—. ¡Jonasa!

La vieja de la bata negra lo miró con acritud.

—¿Qué?

—¡Trae hielo!

Arrastrando los pies, la mujer desapareció en el interior de la caravana. Al cabo de un rato, salió con una bolsa y la dejó caer en un escalón de la entrada.

—Aquí está.

—¡Me cago en *to*! —Emilio se puso en pie y se dirigió hacia allí farfullando.

Pasó al lado de la vieja sin decir nada y entró en la caravana. Cuando volvió llevaba varios vasos enganchados en los dedos. Se inclinó para recoger la bolsa de hielo y se alejó hacia la hoguera. Jonasa lo siguió con la mirada, sacó un bocadillo del bolsillo del delantal y le dio un mordisco. Del pan sobresalían, como un volante, los bordes oscuros de un filete.

Al oler la carne, un galgo atado a un poste se levantó e intentó aproximarse, pero la cuerda que

lo ataba era muy corta. Se estrangulaba al tirar y aun así no cejaba; con la soga hundida en el cuello se lanzaba hacia el filete con un estertor ronco. La vieja cogió una lata del suelo y se la arrojó a la cabeza. Con un gemido, el animal se tumbó sin separar los ojos del bocadillo. En la penumbra, el galgo parecía una astilla desgajada del madero.

Emilio echó un par de cubitos en un vaso de tubo, lo llenó de whisky y se lo tendió al ciego.

—Tome, Joaquín —le sujetó la muñeca para alzarle el brazo y le colocó el vaso en la mano.

—¡Emilio! —la voz de la vieja resonó imperiosa.

El hombre giró el rostro hacia la caravana.

—¿Qué?

—¿Quién es el payo?

Los ojos de Emilio se clavaron en Lolo que, asustado, intentó ponerse en pie para marcharse, pero el ciego lo retuvo de nuevo.

—Quieto —le ordenó.

Emilio apartó la mirada de Lolo.

—A ti qué te importa, Jonasa.

—¡Ay! ¡El amigo de los payos! —se burló ella.

Arrojó al galgo los restos del bocadillo, se limpió la boca con el dorso de la mano y se sentó de espaldas a los hombres. El perro atrapó un trozo de pan y se acurrucó tras el poste para comérselo. La niña jugaba en el charco con su muñeca, indiferente a lo que sucedía alrededor. Su camiseta dibujaba una tibia mancha rosa en la noche.

Emilio llenó los vasos de los gitanos sentados en torno a la hoguera. El ciego dio un trago, chascó la lengua y se apoyó el vaso en la pierna.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar, tío? —le preguntó Pájaro. El fuego le proyectaba la sombra de la nariz en la mejilla como el pico de un tucán.

—No sé cuánto aguantaré.

—*Usté* puede quedarse aquí *tol* tiempo que quiera —afirmó Emilio.

El ciego movió la cabeza de un lado a otro.

—Yo soy un gitano canastero. Cuando estoy mucho tiempo lejos del río, enfermo —apuró el whisky de un trago. Un reguero amarillo le cayó por la comisura de la boca a la camisa.

Los hombres asintieron. Emilio llenó nuevamente los vasos y lanzó la botella vacía al descampado. El duro ruido del vidrio al estallar contra las piedras acalambó el estómago de Lolo, que pensaba en Fuga. Temía por ella y, aún más, temía por él mismo.

—Donde estamos bien nosotros los gitanos es *pegaos* al río, con un buen puchero y un tablón *pa* jugar a las cartas —dijo Emilio—. En ningún sitio se duerme mejor. ¿No es verdad, Joaquín? Es como estamos *enseñaos*. En el río o en el campo juntamos unos leños, prendemos el fuego y estamos contentos.

El ciego sonrió.

—No hay nada que pueda compararse al río dentro de mi corazón. Nuestra raza siempre ha tenido una vinculación galáctica con la naturaleza.

Lolo contempló fascinado al hombre. Las llamas encendían sus ojos cenicientos y cabrioleaban en su torso erguido. Parecía un iluminado. Hablaba como un iluminado.

—Antes entendíamos a los pájaros, a las matas, a los árboles... Íbamos de acá para allá y Undebel nos protegía porque alegrábamos su corazón.

—¡Aleluya! —exclamó Pájaro.

—Undebel quería tanto a los gitanos —prosiguió el ciego— que envió a sus ángeles para que

no pasáramos fatigas.

El joven del moño movió las manos como si fuesen alas.

—¿Ángeles? ¿No nos mandaría Red Bull? —con voz de falsete, canturreó—: *Red Bull te da aaalaaas*.

Los otros se rieron, pero el ciego frunció el ceño.

—Andamos en una cierta edad que no estamos para florecitas —repuso airado—. Las alas son una fantasía. Cuando la persona deje de hacer el mal, volará con alas, pero en el alma.

El del moño echó el cuerpo hacia atrás y movió los pies en el aire imitando unas alas, igual que antes había hecho con las manos. Las risas aumentaron. Hasta el atribulado Lolo sonrió.

—No digo más palabritas. Vosotros sois mis hermanos y no me entendéis —se lamentó el ciego—. Habéis perdido vuestra vinculación galáctica.

El joven se rio aún más, mientras se llevaba un dedo a la sien. Emilio le dio un pescozón.

—¡Te mato, Rober!

Al joven le caían lágrimas de la risa.

—¡Qué poca *lache* tienes! —lo increpó Emilio—. ¡Un respeto al tío Joaquín!

El hombre de los aros de plata golpeó el suelo con la vara.

—¡*Sus* queréis callar!

Su voz resonó como si tuviese brasas en la garganta. Las risas de Rober cesaron de inmediato y en torno a la hoguera se hizo un silencio temeroso. El hombre se colocó de nuevo la vara entre las piernas. La virola de metal de la punta brillaba junto a sus negros mocasines de terciopelo. Bordada en el empeine de cada zapato relucía una corona dorada encima de una flor de lis.

—Siga, tío —le dijo al ciego.

Sacó un cigarrillo de un paquete, aproximó la punta al fuego para encenderlo y se lo llevó a la boca. Sus ojos se cruzaron con los de Lolo y el miedo aceleró el pulso del chico.

Había visto antes a aquel gitano, pero dónde.

El ciego se pasó la mano por el rostro sudado.

—Estamos en un tiempo muy avanzado y todo el mundo ha cambiado. Lo poquito de pureza que teníamos lo hemos perdido. Hemos perdido todo, hasta la comunicación. Eso son cosas para llorar.

Otra botella de whisky había aparecido y pasaba de mano en mano, de boca en boca. Emilio se levantó para arrojar al fuego una plancha de madera. En su camiseta, bajo los brazos, se dibujaban dos grandes cercos. Se echó hacia atrás la gorra para secarse los goterones de sudor que le caían por la frente. Un olor nauseabundo se elevó por encima del humo. Al ver cómo Pájaro arrugaba su enorme nariz, torció el gesto.

—Ya te he dicho que los chavales mean las puertas. Será tóxico-venenoso, pero *pal* negocio funciona —resolló, y señaló con la cabeza a una pareja que se había aproximado a la caravana y le tendía dinero a la vieja.

El móvil de Lolo comenzó a sonar. El chico se apresuró a sacarlo del bolsillo del pantalón. Miró la pantalla: era su madre. No quería hablar con ella, pero si rechazaba la llamada volvería a intentarlo y tampoco podía apagar el teléfono por si le llamaba Lena. Tocó el botón verde.

—No puedo hablar ahora —susurró.

La voz angustiada de su madre escapó del teléfono.

—Hijo, ¿dónde estás? Son las cuatro menos veinte de la mañana.

Lolo miró de soslayo alrededor y tapó el auricular con la mano.

—Luego te llamo.

—No te oigo, habla más alto —gimió la madre.

—No puedo hablar ahora —susurró Lolo.

—¿Por qué no puedes hablar? ¿Te han hecho algo?

—No, no, estoy bien.

—Quiero que vuelvas a casa ahora mismo.

—Ahora no puedo. Tengo que colgarte.

—No me cuelgues. Prométeme que vas a venir a casa ahora. No hagas caso de tu...

El sonido de una llamada entrante se superpuso a la voz de la madre. Lolo miró la pantalla y vio que era Lena.

—Te llamo luego, mamá —dijo, y tocó el botón rojo para pasar a la otra llamada—. ¿Lena? —dijo con voz excitada—. ¿Lena?

La llamada se había cortado. Lolo pulsó el número de su hermana, pero saltó el contestador. Volvió a llamar desesperado dos veces más, pero Lena debía de haber apagado el teléfono.

A su lado, Rober lo observaba con curiosidad.

—¿Te interesa un Samsung? Un S8.

El chico no contestó. Miraba su móvil como el prisionero que aprieta el rostro contra una grieta para intentar captar la luz del día.

—Doscientos euros —insistió el otro.

—Ya tengo móvil —respondió Lolo, cabizbajo.

—Eso que tienes no vale *na*.

—A mí me sirve —musitó el chico, y guardó el teléfono en el bolsillo.

—Ciento veinte euros, y *arreglaos* —al ver que Lolo negaba con la cabeza, Rober bajó la voz mientras lanzaba una mirada precavida al de los aros de plata—. A lo mejor te interesa otra cosa.

Lolo hizo un gesto con la mano.

—No.

Giró levemente el torso para apartarse de Rober y fijó la vista en la hoguera. El humo era tan denso como el que Lena aspiraba de su pequeña pipa. Cada pipa era una hoguera, pensó Lolo. En la boca de su hermana, en cada boca que inhalaba de una pipa, estaba el poblado, que se reproducía así hasta el infinito. Eso pensó Lolo y sintió vértigo.

Rober le dio un toque en el hombro y le tendió una botella de whisky mediada.

—Toma, a ver si te animas, que estás *desmayao*.

—No, no quiero —dijo.

—¡Ay, el payo, que quiere hacerme un feo! —Rober sacó pecho y, alzando la barbilla, se inclinó hacia él con actitud intimidatoria—. Aquí estás en mi casa, ¿entiendes? ¡Bebe!

Lolo se apresuró a coger la botella y dio un sorbo del gollete. El whisky le abrasó la garganta, bajó como lava por su esófago y al llegar al estómago vacío encendió una hoguera. Apartó la botella y rompió a toser.

—Más —ordenó el otro.

Se llevó otra vez el gollete a la boca. Le temblaba la mano. Simuló que daba un trago, su nuez subió y bajó, pero apenas pasó líquido por la rendija entreabierta de sus labios.

—Más —en la voz de Rober había un destello de burla.

Abrió los labios y bebió hasta atragantarse. Entre violentas toses, se inclinó a un lado. Cuando recuperó el aliento, comprobó de reojo que Rober ya no le prestaba atención. Le había dado la espalda y charlaba con el del bigote.

Lolo se irguió con un sabor dulce en la boca. El calor del fuego se confundía con el calor que el

whisky había encendido en su cuerpo. Sobre la lumbre, las chispas bailaban alegremente en el aire. Por primera vez contempló sin miedo a los que estaban sentados en torno al fuego: hombres respetables con gruesas cadenas de oro sobre el pecho, que sujetaban con solemnidad sus elegantes varas con flecos de cuero. Dejó de molestarle el humo. La tierra sucia y la noche que avanzaba, ocultando a Fuga y a Lena en sus pliegues oscuros, dejaron de molestarle. Apenas unos pasos lo alejaban de la rota calzada que discurría por el centro del poblado como un río funerario, pero él se hallaba dentro del círculo protector de la hoguera. A salvo.

Su hermana le había abierto la puerta a un mundo desconocido y aterrador, que ahora se revelaba fascinante.

Con decisión, dio un nuevo sorbo al whisky y dejó la botella en el suelo. Una de las llamas más cercanas pareció estremecerse y se estiró hacia él. Su punta cimbrea y murmuraba con la voz del ciego, sentado a su lado. Lolo escuchó su arrullo y sintió de nuevo el olor del hombre, más fuerte que el tufo del humo y del barniz de las puertas, y le resultó tranquilizador. Aquél era el corazón del poblado, allí estaba la respuesta a lo que él no entendía, a lo que sus padres no entendían. La hoguera hablaba de su hermana, las lenguas de fuego ondulaban tendidas hacia él, se estiraban y se encogían, vehementes y misteriosas. Si tan sólo hubiese podido descifrarlas... Extendió la mano para apresar una de las llamas e introducirla en su boca, pero al sentir la quemazón apartó el brazo. En su rostro, enrojecido por el calor y el whisky, se dibujó una vaga sonrisa.

Recordó al logopeda. Recordó las largas horas de ejercicios cuando era niño, el esfuerzo para hablar sin atascarse. Cuando, al final de la tarde, caía rendido en la cama, un sueño se repetía con frecuencia. Se acercaba a su hermana dormida y entreabría con delicadeza sus labios, igual que si fuesen la tapa de una caja. Con la yema de los dedos tanteaba su lengua, su cálida textura de animal acuático. Luego recorría el techo curvo del paladar, sus rugosidades. A veces, en el sueño, Lena se removía y tenía que sacar con rapidez los dedos para que no le mordiera. Pero, al final, conseguía hacer un molde de su lengua con plastilina. Entonces colocaba aquel molde en su propia lengua herida y empezaba a hablar sin dificultad. Sin dolor.

Con la sonrisa aún en el rostro, miró alrededor. El fuego se reflejaba en el oro que adornaba a los gitanos y se propagaba centelleante, tejiendo su dorada caligrafía sobre el humo de la hoguera. Los ojos de Lolo miraban alucinados, intentando deletrear los signos que señalaban el camino que había seguido su hermana. Buscaba el principio de algo que no sabía descifrar. ¿Qué era lo que buscaba Lena? ¿Qué era lo que había encontrado?

Como en un conjuro, las voces y la música del poblado no lograban atravesar el anillo adormecedor de la hoguera. El tiempo se había dilatado igual que un corazón que bombeaba lenta, muy lentamente.

La voz del ciego, caliente por el alcohol, entró en sus oídos con la suavidad de un sueño:

—Éramos un país ambulante —decía—. Algunos niños caían de los carros sin que sus padres se dieran cuenta, y así nos repartimos por el mundo los gitanos.

Las llamas parecían lamer sus ojos, atravesando el velo que los cubría para mostrarle lo que Lolo no veía, para contarle lo que Lolo no oía. El ciego hablaba y en sus palabras se unían lo viejo y lo nuevo, el pasado y el presente, los vivos y los muertos. Atraídos por la extraña luz que emanaba del hombre, otros gitanos se habían aproximado. Rodeaban la hoguera en círculos concéntricos, los rostros cada vez más oscuros a medida que se alejaban.

También Lolo parecía irradiar una luz tenue, una luz tibia como la leche. A nadie extrañaba su presencia en torno a la lumbre. O así lo sentía él.

De pronto, el fuego lanzó un breve rugido y las llamas se quedaron derechas y quietas durante un instante antes de comenzar a moverse de nuevo. Ya no ondulaban, sino que saltaban y se encogían como si las hubieran encadenado y lucharan por escapar. Lolo despertó de su ensimismamiento. El rumor cautivador del ciego había dado paso a un amargo lamento.

—La envidia fue cerrando los caminos —el semblante del hombre se contrajo y las arrugas lo resquebrajaron—. En ningún sitio nos dejaban pararnos. Ni en los ríos, ni en los bosques, ni en los prados dejaban acampar a los pobrecitos gitanos. Lo que era de todos ya sólo era de los payos.

Pájaro estrelló su mano contra el muslo.

—Hay mucho racismo, pero ¡*cuidao!* —su mirada se detuvo en Lolo—. Si a los racistas se les ocurre aparecer por aquí, por nuestro barrio, los asamos.

Hubo un murmullo de asentimiento. El chico curvó la espalda hacia delante, intentando encogerse para no llamar la atención. Frente a él se alzó la voz de Emilio:

—Mira a los payos, eso que hablan ahora de *reciclar*... Y se dejan los pelos largos y van de camping, ahí con sus tatuajes... ¡Eso, *to* eso, ya lo hacíamos nosotros y nos perseguían! —protestó el hombre.

A hurtadillas, los ojos asustados de Lolo se deslizaron sobre Emilio, sobre Pájaro, sobre su amigo del bigote, sobre el hombre de los aros de plata, sobre Rober. Sus rostros se tornaban de amigos a enemigos y de enemigos a amigos, cambiantes como las llamas. El tiempo pareció contraerse, expulsándolo del círculo de la hoguera. El calor asfixiante regresó. Regresaron las voces de las gitanas llamando a sus hijos, la música vocinglera, el hedor.

El miedo despejó el estupor del whisky como un haz de luz en la niebla. En aquel instante el chico comprendió que Mikis nunca pensó en regresar a buscarlo, que lo había dejado abandonado. Giró el torso, buscando escabullirse, pero se topó con un muro de piernas.

El ciego levantó el rostro hacia el humo pestilente que despedían las llamas. Cerró los ojos y, con gesto dolorido, permaneció así, como quien se adentra en el infierno con los párpados sellados.

—Nosotros, que habíamos recorrido el mundo, acabamos aquí, en un vertedero —señaló alrededor con la mano que sujetaba el vaso—. Esto es un *desperamiento*.

El de los aros de plata tiró la colilla a la hoguera. En sus pupilas dilatadas se reflejaba el fuego.

—Tío, nos han *cortao toas* nuestras salidas. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué podemos hacer? —repitió Pájaro, como un eco—. ¿Echarnos otra vez al mercadillo? A los hijos hay que darles de comer *tos* los días. ¡Mis niños comen bocadillos de siete pisos!

Nadie dijo nada. Las miradas se volvieron hacia el hombre de los aros de plata. Todos aguardaban sus palabras.

—Cuando *apretas* a alguien hay que dejarle respirar, aunque sea una hormiga, porque te puede morder —dijo entre dientes. Su mirada se clavó en los yonquis que avanzaban por la calzada como jirones. Volvió la cabeza a un lado y escupió—. Nosotros *semos* las hormigas, pero ellos ahora comen de nuestra mano.

Lolo pensó en Lena, en cómo había ido despojándose de sí misma hasta quedar reducida a la niña desnutrida que ahora parecía. El aire enrarecido de la hoguera le quemaba los pulmones. Intentó apartarse, pero los hombres que se habían acercado para escuchar al ciego lo apresaban en un cerco.

El ciego alzó la voz.

—La única salida es vivir en contacto con las leyes naturales. La nuestra es una raza vieja y debería procurar que no se perdiera ese hilo amoroso —el humo ascendía hacia el cielo como los rizos de una hirsuta y larga cabellera gris—. No nos dejaban acampar, pero éramos libres y andábamos con el corazón limpio.

Bajó la mano para dejar en el suelo su vaso de whisky y sin querer lo tiró. Emilio se apresuró a pasarle otro.

—Joaquín, el *gitanismo* ha *cambiao*. Nos han *obligao* a cambiar, pero, con *tol* respeto, aquí *semos* libres, vivimos muy bien, tenemos nuestro trabajo —Emilio abrió los brazos para explicarse, con las palmas de las manos hacia el cielo—. Sin trabajo no estaríamos aquí en la tierra. No podríamos comer ni beber y la gente moriría. ¡Sería el apocalipsis!

—Estáis más ciegos que yo —repuso el otro. Balanceaba el torso con desasosiego mientras hablaba—. Creéis que estar libre es estar en la calle, que estar libre es no estar preso, pero estáis equivocados. Nunca he visto un camión de mudanzas detrás de un coche fúnebre. Cuando mueres no puedes llevarte *na*. Los egipcios ya lo intentaron y, mira, se lo robaron todo en las pirámides.

Lolo escuchó a su lado la risa sofocada de Rober.

—¡Está *zumbao*! ¡Las *prilámides*!... —decía por lo bajo.

El ciego apuró su vaso en dos largos tragos y luego señaló alrededor.

—Esto es una salida sin salida. Habéis hecho un cambio de metal de oro por metal simple. ¡Habéis maldecido vuestra semilla y la de vuestros descendientes!

El de los aros de plata frunció el ceño.

—*Cuidao* con lo que dice, tío. Los hijos de un gitano son *sagraos* —los nudillos de la mano con que aferraba la vara estaban blancos.

Emilio golpeó el suelo con su vara.

—No pelearse, compadres —luego se volvió hacia Pájaro—: ¿No quieres decir *na*?

—¿*Pa* qué? Cuando quiera *naquelar* lo haré delante de las cámaras de televisión del mundo entero.

El chucho amarillo apareció de repente y, moviendo el rabo, se acercó a su dueño y le lamió una mano. Iba solo. Lolo se removió, inquieto, mientras miraba en torno, pero sólo vio rostros morenos y amenazadores, y enseguida bajó la vista.

—¿Dónde estabas, hermano? —preguntó el ciego. El chucho agachó la cabeza para que le rascara.

—Tío, los gitanos *semos* sus hermanos —dijo Rober con una mueca de burla—. No llame hermano a su perro, es un *desprestigio pa* nosotros.

El ciego clavó sus ojos grisáceos en Rober con tanta intensidad que Lolo tuvo de nuevo la sensación de que veía.

—Eso es ignorancia —afirmó—. Sin los animales no se puede vivir.

—Claro, tío Joaquín —la mofa hacía temblar levemente la boca del joven—. Lo que yo digo es que llame a su perro de otro modo. No sé... Rintintín —miró alrededor con gesto cómplice y empezó a canturrear y dar palmas—: *Al Rintintín tin tin, al Rintintín tin tin, al Rintintín tin tan...*

El otro suspiró:

—Ya no digo más, que no está registrado.

Emilio se giró hacia el joven:

—¡Tú eres un mierda! —luego se dirigió al ciego—: No lo escuche, Joaquín. Antes te cortaban la cabeza si no respetabas a los viejos, pero la vida ha *cambiao* mucho, no sabemos si *pa* bien.

Unos ladridos furiosos le hicieron volver la cabeza; un hombre se abrió paso entre los que

rodeaban la hoguera. Se aproximó al gitano de los aros de plata y se inclinó ante él:

—Dite, dice la Esmá que vayas.

Lolo reconoció la sudadera sin mangas, los pantalones anchos, la gorra. Era Billy. Supo entonces quién era el de los aros. Lo había visto a través de los barrotes del ventanuco del fumadero de Esmá, mientras Lena compraba la droga. Estaba sentado en el suelo de la vivienda, medio cubierto por una sábana, y jugaba con una tablet. El corazón dio un salto en el pecho del chico. Sólo tenía que preguntarle para reunirse con su hermana.

La voz del gitano tronó por encima del fuego.

—¿Qué esperas? —incredulo a Billy—. ¡Lárgate a la puerta!

El machaca se alejó a toda prisa.

Dite se levantó con esfuerzo, los botones de la camisa a punto de estallar sobre el vientre voluminoso. Se apoyó en la vara para no caer y, seguido por Pájaro, se marchó sin despedirse. Los que antes escuchaban al ciego se apartaron a su paso y comenzaron a irse.

—En la casa de un gitano la que manda siempre es la mujer —dijo Emilio con sorna, y se encaminó a la caravana.

Lolo se puso en pie para ir tras Dite, que había cruzado la calle y se dirigía a la izquierda, pero la voz de Rober le detuvo.

—Eh, tú, chacho, ¿ese perro es tuyo?

El chico lo miró, sobresaltado. Sentía la cabeza como si estuviese llena de gas, y parpadeó varias veces para centrarse. En la hoguera sólo quedaban ellos y el ciego.

—¿Qué?

—Que si ese perro es tuyo —repitió el otro y señaló hacia sus pies.

Fuga estaba sentada junto a las deportivas negras de Lolo. Antes de que él pudiera hacer nada, atrapó los cordones y comenzó a tironear de ellos.

—N-no —negó él y se alejó unos pasos, pero el cachorro se dejó arrastrar sin soltar los cordones.

—Pues le has gustado.

—¡N-no es m-mío! —tartamudeó Lolo. Tomó aire y señaló al ciego—: Es de él.

El hombre acariciaba al perro amarillo sin decir nada.

—¿Otro hermano más? ¿Cuántos tiene? —se rio Rober.

El chico no contestó. Tenía el rostro vuelto hacia la Gran Vía, pero ya no veía a Dite.

—¡Te estoy hablando! —Rober se puso en pie y lo miró con recelo. Tenía que levantar la cabeza para hablar con Lolo—. Tú ocultas algo, y cuando uno calla, algo malo trae.

—N-no.

—¡Estás *jiñao*! *Cuidao*, porque alguien como tú es fácil *pa* encontrarlo —Rober soltó una carcajada, mientras sus ojos iban del chico al ciego—. ¡Ay, qué dos! Me voy, que menos lo bueno *to* se pega.

Lolo cruzó la calzada en busca de Dite, pero no lo vio. Abatido, miró a un lado y a otro del camino. Había tenido a su hermana al alcance de la mano. Le habría bastado con preguntar a Dite. Eso era lo que le decía la hoguera y él no había comprendido. Una oscuridad densa y estancada cayó sobre el chico, a pesar de todos los fuegos que ardían a lo largo de la Gran Vía.

El roce duro de unas uñas le lastimó las espinillas desnudas y miró hacia abajo. Fuga le había seguido. Se había alzado sobre las patas traseras y le arañaba para que la cogiera.

Él la apartó con la mano.

—¡Vete!

La perra regresó moviendo el rabo y él la empujó con más fuerza, sin importarle los coches que circulaban por el asfalto.

—¿No me has oído? ¡Vete! ¡No me sigas!

La perra le gruñó, mientras mostraba amenazadora sus dientes diminutos.

—¡Lárgate! —Lolo dio una patada al suelo—. El griego tenía razón: sólo traes problemas.

La rabia hacia Fuga, que le había hecho perder a Dite, se confundió con la súbita rabia hacia su hermana. La angustia de sus padres, su expulsión a Irlanda, el pacto de silencio, la doble vida que llevaban: la aparente normalidad, pero la infelicidad aullando dentro de cada uno, la pesadumbre que ahogaba la casa... Todo era por Lena, que los arrastraba con ella sin remedio.

Sin hacer caso de la perra, el chico regresó junto al ciego y se acuclilló a su lado.

—¿Conoce a Dite?

—Déjame —masculló el hombre.

—Escúcheme, por favor. Necesito ir a casa de Dite, el que...

El ciego alzó el rostro hacia él y lo interrumpió.

—Es mejor estar solo.

Lo miraba fijamente y, de nuevo, el chico receló de que sus cataratas fuesen una artimaña para engañar a los demás.

—Yo no soy alérgico a *na* —prosiguió el ciego—, sólo a las personas.

El humo de la hoguera dio a Lolo en la cara. Era tan áspero que le brotaron lágrimas. Se las secó con rapidez al ver acercarse a Emilio.

—¡Ay, la calor! ¡Esto parece el infierno! —resopló el gitano, y se sentó junto al ciego.

En la bolsa de hielo aún quedaban un par de cubitos. Los cogió y se frotó con ellos el rostro, las axilas, el pecho. Lolo observó el brillo metálico del sello de oro y el vítreo del hielo al deslizarse por el cuerpo del hombre.

Titubeó un instante antes de dirigirse a él.

—¿Sabe dónde vive Dite?

El otro se rio y tiró la bolsa al fuego. De las llamas escapó un breve siseo.

—*Tol* mundo lo sabe.

—¿Me puede decir cómo ir?

Emilio lo miró con interés.

—Lo que tiene el Dite te lo doy yo.

—No, yo no consumo —se apresuró a contestar—. Mi hermana está en su casa y me está esperando.

Echó mano al móvil para enseñarle la fotografía de Lena, pero unos gritos lo interrumpieron. La niña que antes jugaba en el charco corría hacia ellos, llorando y dando voces.

—¿Qué te pasa, Rosi? —preguntó Emilio.

Intentó cogerla en brazos, pero ella se resistió y se tiró al suelo. Se retorció, entre lágrimas y toses, sin dejar que la tocara. Sentada en su silla, la vieja los miraba.

—¡Jonasa! —vociferó Emilio—. ¿Qué le pasa a la Rosi?

—Que dice que quiere unas zapatillas rosas porque es su cumpleaños.

—¡Pues cómpraselas!

—¡No es su cumpleaños!

La niña chilló aún más fuerte. Sus bragas ya no eran blancas sino del color pardo del charco.

—¡Para ya, Rosi! —clamó el hombre—. ¡No me vuelvas loco! Yo te compro las zapatillas y una tarta con velas si quieres.

La cría se detuvo de inmediato.

—¡Pa dentro! —ordenó la vieja.

Dando saltitos, Rosi se acercó a la caravana. Miró desafiante a la vieja, cogió un puñado de tierra y lo lanzó a las jaulas. Los gallos rompieron a cacarear enloquecidos. Las manchas rojizas y negras de sus plumas se aproximaban a los barrotes y se alejaban de ellos como pequeños estallidos.

—¡Deja a los gallos, Rosi! —bramó Emilio—. ¡Van a perder la bravura y me han *costao* una fortuna!

La vieja sujetó a la cría del brazo y, de un empujón, la metió en el interior del vehículo. Luego se volvió hacia Emilio y le hizo una seña antes de desaparecer. El hombre arrojó una plancha de madera al fuego.

—Joaquín, entre a comer algo —resolló, echándose hacia atrás la gorra.

Lolo le tendió de nuevo el móvil. En la pantalla, Lena sonreía.

—¿La conoce?

El hombre ni siquiera lanzó una ojeada. Colocó una mano en el hombro del ciego.

—Quiero que me haga una canastilla *pal* coche.

El otro frunció la frente y mostró sus dedos, oscuros y retorcidos.

—Ya no hago canastillas, me da el reúma.

—¿Reúma dice?

Joaquín asintió. Emilio soltó una carcajada.

—Tenga *cuidao*. El reúma cubre muchas cosas: la hostia, el copón y la madre que lo parió.

Cogió la botella de whisky y la vació en el vaso del ciego.

—Tome.

—*Satispén tali* —las manos sarmentosas de Joaquín se cerraron sobre el vaso.

—Salud y libertad —repitió Emilio, y se fue hacia la caravana.

El perro amarillo había colocado la cabeza sobre el regazo de su dueño y lo miraba con sus ojos pardos. El ciego mojó los dedos en el whisky y se los acercó para que los lamiera. Luego dio un sorbo del vaso.

—Mañana nos volvemos al río.

Lolo se arrodilló a su lado.

—Por favor, tiene que ayudarme.

—¿Qué puedo hacer? Se ríen de lo que digo... Dicen que son mis rarezas... —farfulló el hombre—. ¡Aquí hasta la luna está presa! Aunque los que viven aquí son mis hermanos, en su corazón hay una oscuridad que nunca ha visto el sol...

Continuó hablando, pero Lolo sólo escuchaba el silencio que había debajo de sus palabras. Se levantó de un salto. El suelo se movió bajo sus pies y todo giró ante sus ojos: la hoguera, la caravana, el descampado. Se tambaleó y tuvo que apoyarse en el hombro del ciego para no caer.

—Tengo que encontrar a mi hermana.

La voz del hombre se alzó hasta él.

—De este pozo nadie sale vivo.

El resplandor del fuego había desaparecido de sus ojos, que ahora estaban apagados, como si hubiesen soplado cenizas sobre ellos.

—No, no es verdad —musitó el chico, y se marchó, vacilante.

Al pasar junto al charco donde antes jugaba la niña descubrió a Fuga, que se había acercado a beber. En el agua flotaba la muñeca; su largo cabello rubio parecía un pez en la ciénaga. La perra levantó la cabeza gris y, al verlo, movió el rabo. Lolo sonrió.

—Ven aquí, hermana —dijo, y se rio con una risa tonta de borracho.
Se inclinó para cogerla y se alejó con ella.

7. Los Tiznaos

Mikis se detuvo frente al descampado. Un fuerte olor le raspaba la garganta. Miró con detenimiento el paraje en sombras en busca de Lolo, pero sus ojos sólo distinguieron la silueta raquítica de algunos arbustos y, allá al fondo, el resplandor de las hogueras de los gitanos rumanos. Aquellos fuegos no se apagaban nunca. Sus llamas deshacían el plástico de los cables robados y dejaban el cobre al aire. Las nubes de humo negro, que por el día se veían desde la carretera principal, teñían el cielo de un naranja grisáceo durante la noche.

A Lolo parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

Una mujer con la cabeza cubierta por una pañoleta pasó junto a Mikis. Llevaba de la mano a un niño desnudo. Se volvió para mirar al griego y el crío aprovechó esa leve distracción para soltarse y meterse en un charco.

—¡Costel! —gritó la madre—. *Iesi de acolo!*

El niño metió las manos en el agua y la salpicó para que no se acercara.

—¡Sal de ahí, demonio! —gritó la mujer, esta vez en español.

Sin quitarse las sandalias, se adentró en la poza. Dio un azote en el culo al niño, lo alzó en brazos y se internó en el descampado llevándose en volandas el llanto del pequeño. El griego se fijó en el trazo húmedo que había dejado la falda en el suelo, una línea oscilante que avanzaba hacia los fuegos. Junto a ellos y su tóxico humo, escondidas en el terreno irregular y entre los montículos que formaban los cables, se levantaban las chabolas donde vivían los rumanos.

Mikis encendió el móvil y llamó a Lena, pero saltó el contestador. ¿Habría regresado Lolo a casa de Esma? El hombre carraspeó y escupió al suelo con el ánimo ensombrecido. Lena nunca le había hablado de él y ahora el chico aparecía para llevársela. Había ido a buscarla como... ¿Como quién había dicho Lena?... Entrecerró los ojos mientras tecleaba en la pantalla del móvil. Por fin encontró lo que deseaba. Comenzó a leer en voz baja:

—... Orfeo descendió al inframundo en busca de su amada... —sus labios se movían afanosamente. Leía con el entrecejo fruncido, el rostro tenso por el esfuerzo—. ¡Una lira! —masculló—. Aquí, como no traiga una guitarra...

En su interior sentía una punzada amarga. A él también le había picado una serpiente, pero no en el tobillo, sino en el corazón. Lena había llegado a su vida como la luz de una vela antes de extinguirse. El mundo que existía fuera del poblado aún seguía vivo en la mirada de la joven, en su forma de hablar. Él se aferraba a ella antes de que todo quedara nuevamente a oscuras. No quería perderla.

Lolo no era Orfeo. Sólo era el hermano de Lena. ¿Hasta dónde es capaz de arriesgarse un hermano para salvar a otro? Mikis resopló. Nadie de su familia había viajado a Madrid para buscarlo a él, ni siquiera Irene y Yorgos. ¡Y eran carne de su carne! Lolo había bajado al poblado, pero seguramente ya habría escapado. Lena no era su amada, sólo era su hermana.

Apagó el móvil y lo introdujo en un bolsillo del vaquero. Una expresión de duda le cruzó el

rostro mientras sus dedos palpaban la delgada tela. El billete de veinte euros no estaba. Se apresuró a registrar los bolsillos restantes; también se hallaban vacíos.

Cerró los ojos mientras se esforzaba en hacer memoria. De los cuarenta euros que le había quitado a Lolo se había gastado diez en comprar heroína en el fumadero de los Culata y a Lena le había dado otros diez en el patio de Esmá. El griego se acarició levemente la camisa, allí donde los brazos de la chica lo habían estrechado contra ella. Lena estaba dentro del coche del rubio, en el asiento del conductor, y él fuera, de pie junto a la puerta. Ella lo había abrazado por la cintura. Recordó sus manos acariciándole las nalgas, recordó el brillo repentino de sus ojos almendrados al separarse. Con el rostro desfigurado por la ira, el hombre abrió los párpados.

¡Ella!

Ella le había quitado el billete de veinte euros que le quedaba. ¡Le había robado a él, que le acababa de regalar diez euros!

Dio la espalda a los fuegos de los rumanos y arrancó a caminar hacia el poblado masticando su cólera. Su resentimiento. Por primera vez deseó que Lena se largara con su ridículo Orfeo. Anhelaba golpearla con la misma intensidad física con que hacía sólo un rato ansiaba poseerla. Antes de que se fuera, pensó mientras cerraba los puños, se llevaría un recuerdo de él. La senda se ensanchó y aparecieron las primeras casas bajas y las primeras hogueras iluminaron el camino. La voz de una mujer lo sacó de su ensimismamiento:

—¡Eh, griego!

Mikis vio el blusón rosa, las flores bordadas en el pecho, el largo cabello castaño. Era Noe. Reconoció asimismo al hombre que estaba con ella, un tipo alto y delgado con el cabello gris recogido en un moño al que llamaban el Farmacéutico. Ambos estaban detenidos junto a un muro bajo, cerca de una pequeña lumbre. El griego caminó más deprisa para pasar de largo. No quería que lo vieran con Noe, pero ella lo llamó otra vez:

—¡Mikis! —gritó.

—¿Qué? —ladró él sin detenerse.

—¿Has visto al Piojo?

Mikis la ignoró y continuó caminando, pero el Farmacéutico se interpuso en su camino y lo sujetó del codo.

—¿Alprazolam? —le preguntó apremiante.

—¡Déjame! —exclamó el griego, intentando zafarse.

El otro se colocó ante él para cortarle el paso.

—Tengo Suboxone, Rivotril, Dolantina, Sosegón...

Mikis chascó la lengua:

—¡Ya te he dicho que no!

El Farmacéutico se palpó entonces los bolsillos y sacó un puñado de grandes comprimidos redondos y blancos.

—Me queda Metasedín de cuarenta.

—¿Cómo quieres que te lo diga? ¿A hostias? —bufó el griego con tanta violencia que rompió a toser.

—Con esto se te quita la tos de cuajo —insistió el otro.

Mikis carraspeó antes de hablar:

—No tengo ni para caramelos de menta —masculló con la voz ahogada.

El Farmacéutico lo observó con gesto escrutador.

—¿No tienes nada?

—Tenía veinte euros y me los han robado.

A su espalda se alzó la voz de Noe:

—Aquí hay más ladrones que en la cueva de Alí Babá.

Con una sacudida, Mikis se liberó del brazo del Farmacéutico y se giró hacia ella.

—Tengo que hablar contigo —dijo, repentinamente animado. Un plan empezaba a esbozarse en su cabeza.

—¿Qué pasa? —replicó ella a la defensiva.

La lumbre encendida a los pies de los dos hombres y la mujer tan pronto arrojaba luz sobre sus rostros como los dejaba en sombra.

El Farmacéutico se colocó ante el griego para reclamar su atención.

—¿Quieres plata? —le ofreció—. ¿Nanas? ¿Te recargo el mechero?

—¡Lárgate ya! —escupió Mikis.

—¡Lárgate tú! —replicó el otro, y señaló el fuego—. Éste es mi sitio.

El griego sujetó a Noe y se alejó con ella unos metros.

—¿Qué quieres? —rezongó Noe, pero enseguida suavizó el gesto y se echó el cabello hacia un lado con coquetería—. Oye, ¿seguro que no tienes algo de dinero que me puedas prestar?

Los pálidos ojos del griego la observaban como los de un animal a su presa.

—¿De dónde sacaste el cachorro que le intentaste vender a Esma?

El rostro de la chica se tensó.

—¿Qué cachorro?

—La pitbull gris.

—No sé de qué hablas. Yo no tengo ninguna perra —contestó ella con voz destemplada, y señaló alrededor de sus pies—. ¿Tú ves alguna perra?

Hizo un movimiento para marcharse, pero Mikis adivinó su intención y se colocó frente a ella, obligándola a detenerse.

—No tienes a la perra porque se la diste a Lolo antes de escapar del fumadero de Esma.

—¿Qué Lolo?

—El hermano de Lena.

Noe vaciló antes de responder.

—¿Qué quieres, griego? ¿Me estás tendiendo una trampa? —miró alrededor: el Farmacéutico no estaba y la pequeña hoguera, sin su dueño, parecía a punto de apagarse.

—¿Qué trampa? Sólo estoy charlando contigo.

—Pues búscate a otro para charlar. Yo tengo cosas que hacer.

El hombre se apartó a un lado e hizo un ademán hacia el otro extremo del poblado.

—Ve con cuidado. Al Tino le han robado un cachorro de pitbull. Una perra gris.

—¿Y a mí qué me importa? —la mano de Noe se crispó sobre la bolsa de rayas de colores que llevaba colgada del hombro.

—El cachorro que le diste a Lolo es una pitbull gris.

—Eso lo dices tú —dijo ella cortante.

El rostro del hombre se endureció.

—Eso lo digo yo y todos los que estaban en el...

De pronto Noe dio un respingo, igual que un caballo al ver su sombra.

—¡Popeye! —lo interrumpió. Sus ojos espantados no miraban al griego, sino más allá de él—. ¡Me va a matar! ¡Me va a matar!

Mikis lanzó una rápida ojeada a su espalda. A unos tres fuegos de donde estaban ellos, dos

hombres hablaban con una chica. Gesticulaban furiosos, mientras ella negaba con la cabeza. Uno de ellos era Popeye. El otro era Juanón, un búlgaro que trabajaba para los Culata. El griego se volvió hacia Noe.

—¡Escóndete ahí! —dijo, y le indicó el muro bajo junto al que se encontraban—. ¡Salta! ¡Deprisa!

Popeye y Juanón se habían separado de la chica y avanzaban por el camino. El búlgaro llevaba en la parte inferior de las perneras del pantalón unas bandas reflectantes, que brillaban, fantasmales, mientras caminaba. Iban deteniendo a las personas con las que se cruzaban y sus voces airadas se escuchaban cada vez más cerca. Mikis se aproximó a la lumbre del Farmacéutico, cogió un palito del suelo y lo arrimó a las débiles llamas. Luego se irguió, sacó un pitillo del vaquero y, sin apartar la vista del camino, acercó el palito prendido y lo encendió. Cuando los hombres llegaron a su altura, se plantaron frente a él. Popeye empuñaba un destornillador. Juanón sujetaba un palo con un cuchillo atado en el extremo, como una bayoneta.

—¿Has visto a la Noe? —preguntó Popeye. Tenía el rostro magullado, los párpados casi cerrados y una herida abierta en el pómulo, que aún sangraba.

Tirada boca abajo en el descampado, Noe se tapó las orejas. Temblaba sin poder controlarse y su cuerpo parecía rebotar contra el suelo reseco. Aferró entonces la tierra con las manos para intentar detener el temblor, cerró los ojos y hundió el rostro entre el polvo y las piedras hasta que un fuerte tirón de pelo la obligó a alzar la cabeza.

—¡No! —imploró, resistiéndose.

—Sal —el griego le tiró del cabello con más fuerza—. Ya se han ido.

Noe se levantó encorvada, preparada para huir. Tenía la cara manchada de tierra, de saliva, de lágrimas. Se limpió la boca y miró hacia el camino: los hombres ya no se veían. Alzó una pierna para pasar al otro lado del muro, pero temblaba tanto que se lastimó las manos y las rodillas contra la tapia.

El griego la observaba, impasible.

—¿Los has oído? —preguntó.

Ella negó con la cabeza sin separar los ojos del camino.

—Están buscando a la perra del Tino, y Popeye te está buscando a ti. Dice que tú la robaste. De la paliza que le han pegado no puede abrir los ojos. Y dice que el Cristian está todavía peor. Tenía que vigilar a la perra y se fue a mear —Mikis resopló—. Pues ahora se va a tener que mear encima porque no le han dejado un hueso sano en las piernas.

Un gemido escapó de la boca de Noe.

—Escucha, tú no me has visto, ¿entendido?

Se dio la vuelta para marcharse, pero el griego la sujetó del brazo.

—Me debes una. Le he dicho a Popeye que no sabía dónde estabas.

Ella forcejeó en vano, pues él tenía más fuerza.

—¡Suéltame! ¿Qué quieres ahora?

—Quiero encontrar a la perra antes que Popeye y Juanón, y tú me vas a ayudar.

—¡Yo no tengo a la perra! —exclamó Noe, con el rostro desencajado—. ¡La tiene Lolo!

Él enarcó las cejas.

—Así que se la diste a Lolo...

—¡Sí! —jadeó ella—. Pero yo no he robado a nadie —inclinó la cabeza hacia el suelo y su larga cabellera castaña cayó, ocultándole la cara—. Fuga es del Piojo, me la dio él. No sé nada más —afirmó con voz temblorosa.

—¿Es del Piojo?

Noe asintió.

—¿La robó él? —añadió Mikis.

—¡Yo no he dicho eso! ¿Por qué su cachorro tiene que ser el del Tino? ¡Todos los cachorros de pitbull son iguales!

Respiraba agitada y las flores bordadas de su blusón subían y bajaban sobre su pecho.

Mikis escupió al suelo.

—Lolo no tiene a la perra —dijo enfatizando el *no*.

Noe lo miró de reojo.

—¿Cómo que no la tiene? Yo se la di. Lena lo sabe, estaba con él.

—La perra se escapó.

La joven alzó la cabeza y lo miró en silencio, calibrando la situación.

—¿Dónde está Lolo?

—Si yo fuera él, ya me habría ido a casa.

—¿Dónde está Lolo? —repitió Noe.

El griego se encogió de hombros.

—No lo sé, no soy su niñera.

—¿Y cómo sabes que no tiene a Fuga?

—Porque lo sé —zanjó el griego.

En los ojos de Noe brilló un destello de malicia.

—¿No le habrá enviado su hermana a vender a la perra?

El griego estalló en carcajadas.

—¿A él? —se reía con tanta fuerza que rompió a toser. Con lágrimas en los ojos, carraspeó y siguió hablando—: Pero si ese chico no sabe ni dónde está su sombra. Olvídate de él. Tenemos que encontrar a esa perra.

El rostro de la joven se afiló aún más.

—¿No se la habrá quedado Lena para venderla?

Aquella idea hizo vacilar a Mikis. Respiró hondo para calmarse. El aire parecía arrastrarse con esfuerzo al entrar y salir de sus pulmones.

—No —dijo al final.

Ella lo miraba con atención.

—¿Por qué no? ¿Eres vidente, griego?

Un rictus de cólera se dibujó en el rostro del hombre.

—Sí, soy vidente. He visto a Lena y a Lolo, y ninguno tenía a la perra. He visto a Popeye, que dice que tú tenías a la perra. Y te he visto a ti con la perra —los labios de Mikis se curvaron en una pequeña sonrisa—. Y hay muchos más videntes en el poblado que seguro que te han visto con el cachorro. A ti, no al Piojo ni a Lena ni al chico.

Una mueca de desesperación torció la boca manchada de tierra de la chica.

—Tengo que irme.

—¡Espera! Me la estoy jugando para ayudarte.

—¿Por qué quieres ayudarme?

Mikis alzó una mano y se frotó el índice con el pulgar.

—Esa perra vale un dineral. Yo conozco a una familia en Vallecas que estaría interesada en comprarla.

—Veinte mil euros —musitó Noe.

—¿Qué?

—El Tino pagó veinte mil euros por Fuga. Me lo dijo Popeye. Es una pitbull blue.

—¿Te lo dijo Popeye? —repitió Mikis con sorna.

Noe palideció.

—N-no... —tartamudeó.

Él hizo un ademán para que se callara.

—A mí me da igual de dónde venga la perra, lo que me importa es lo que saquemos por ella. Con el dinero que nos paguen, a ti te dará para largarte bien lejos y a mí para vivir tranquilo una temporada —el rostro del griego era de nuevo una ajada máscara—. Vamos a medias.

—¿A medias? —se revolvió ella—. ¿Por qué vamos a ir a medias? La perra es mía. ¡Quien arriesga el pellejo soy yo!

Mikis la miró de arriba abajo y volvió a escupir.

—Lárgate de aquí, pero ten cuidado, porque lo mismo Popeye da contigo antes de que pongas un pie fuera del poblado.

Noe alzó una mano e hizo un gesto en el aire para calmarlo.

—Tranquilo, griego —dijo, y se le quebró la voz—. Tú tienes al comprador, me parece justo que vayamos a medias.

Los ojos del griego se colorearon débilmente.

—No me la juegues o te la juego, Noe.

Ella negó con la cabeza, pero rehusó mirarlo.

—Voy a buscar al Piojo. Si alguien puede encontrar a Fuga es él.

Lena abrió los ojos. Al ver los ladrillos, sintió pánico. No sabía dónde estaba ni qué hacía allí. Se le cerraron los párpados. El ansia se adormeció. No duró mucho. Un extraño mecanismo la arrancó de la cálida nada y regresó el miedo, pero de nuevo sus ojos se cerraron y cayó en el blando olvido. Entraba y salía de su aturdimiento en repetidos y fugaces despertares, como si estuviese atrapada en un hechizo. Vio un rojo intenso a su derecha, apenas un trazo, y se adormeció otra vez, pero, como en las ocasiones anteriores, volvió a despertarse en una amarga confusión. No sabía quién era. No recordaba su nombre. No tenía más conciencia que el desasosiego.

Poco a poco se fue endureciendo el mundo. Reconoció el rincón en penumbra, el vestido rojo colgado de un clavo a su derecha. Una grieta cruzaba la pared situada frente a ella. Culebreaba del suelo al techo, gruesa y tenaz, idéntica a las que había visto en otros fumaderos, como si todas ellas fuesen una misma grieta que los ensartaba igual que cuentas de un collar de bolas de opio.

Todavía aturdida, metió la mano en el bolso y tanteó en busca del móvil. Como no lo encontraba, volcó el bolso sobre su regazo. Cayeron en un revoltillo el neceser, la cajetilla de Marlboro, el encendedor de cocina rosa, una goma negra para el pelo, un pitillo roto... La sábana que servía de cortina filtraba la escasa luz que venía del fumadero de Esma. Sus dedos, antes tan torpes, separaron con presteza dos billetes arrugados. Los alisó con cuidado; uno era de cinco euros y el otro era de diez y estaba manchado de sangre.

Sangre.

—¡Mierda! —masculló.

Sin levantarse, apartó la sábana y asomó la cabeza. En el banco de obra, junto al ventanuco, tres hombres fumaban sus pipas. Cerca de ellos, un viejo negro dormitaba en cuclillas. En la mesa no

había nadie. Lena se enroscó un mechón de la melena y tironeó de él, mientras se esforzaba en despejar la niebla donde estaba sumergida. Su móvil sobre aquella mesa... El cargador... Los recuerdos iban llegando lenta, perezosamente... El labio roto del pequeño Edu... Sus ojos descendieron a la mancha de sangre que tenía en la camiseta. Tiró con más fuerza del mechón. Un claro acababa de abrirse en su memoria: el rubio y su novia le habían robado el teléfono mientras ella estaba con Edu dentro de la casa de Esmá.

Volvió a ocultarse en el rincón y se reclinó contra la pared. Aún no sabía qué hacía allí. Cogió un pitillo de la cajetilla de Marlboro y lo encendió. El humo que exhalaba tras cada calada parecía arrastrar la niebla de su cerebro. El filtro del tercer pitillo le quemaba entre los dedos cuando por fin se acordó: Mikis había ido a buscar a Lolo. Ella los estaba esperando.

Frotó la colilla contra el suelo. Pensar en su hermano la turbaba sin que pudiera comprender la razón. Al lado del saco de dormir donde estaba sentada había una caja de cerillas. La abrió y recorrió el interior del cajoncito de cartulina con el dedo. Estaba vacío. Lolo le había preguntado qué había hecho durante el año que no se habían visto. Nada, le había dicho. ¿Qué podía contestarle cuando un año cabía en aquel cajoncito? Era de noche. Luego sería de día. Y caería la noche. Y regresaría el día.

—¡La policía! —la voz chillona de Billy la sacó de su ensimismamiento—. ¡Fuera todos! ¡La policía está en la puerta!

Lena pegó las rodillas al pecho y se abrazó las piernas. Al otro lado de la sábana alguien pasó corriendo en dirección al pasadizo.

—¡Corre, Chino! —jaleó un hombre, coreado por unas carcajadas burlonas—. ¡Corre!
Sobre las risas se escuchó a Esmá.

—¡Que no quede nadie dentro! —aulló—. ¡Billy, sácalos a *tos*!

La joven oyó el brusco sonido metálico de la tapa del ventanuco al cerrarse y un estruendo de candados. A la voz de Billy se unió la de Dite.

—¡*Sus* pego un tiro como no os mováis! ¡Todos *pa* fuera!

Los gritos resonaban entre las cuatro paredes del fumadero. Lena sepultó la cara entre las rodillas, como si así pudiese esconderse mejor.

—Joder, ya vamos —protestó alguien.

—¡*Sus* meto una patada en el culo, que vais al ralentí!

Hubo un tropel de pasos hacia la entrada del pasadizo, de quejas e improperios hasta que el fumadero quedó en silencio. Lena permanecía ovillada en su rincón cuando desde el patio llegó un grito:

—¿Queda alguien?

La sábana se abrió hacia un lado con tanta fuerza que a punto estuvo de desprenderse de su frágil anclaje al techo. La joven reconoció la silueta maciza de Esmá. A contraluz sólo se veían el moño alto y los zarcillos con los largos dijes de coral que enmarcaban el rostro oscuro. Lena la miró, implorante. La gitana se llevó un dedo a la boca y cerró la sábana.

—¡No queda nadie! —bramó.

La joven oyó sus pasos alejándose. Aguardó inmóvil hasta que empezó a notar un hormigueo en las piernas. Se asomó al fumadero y, al comprobar que estaba vacío, deslizó los billetes dentro del sujetador, metió el resto de sus pertenencias en el bolso y abandonó su escondite. Cojeando, se adentró en el pasadizo, pero al llegar al extremo se detuvo con cautela. En el patio exterior no quedaban más coches que el Mercedes plateado de Dite. Los policías habían aparcado su vehículo en la calle con los faros apuntando a la valla y se veían las siluetas de los yonquis alineados

contra el plástico azul de la alambrada. Billy se había apresurado a cerrar el portón tan pronto salió el último.

—Tú, vete... —las voces de los agentes sonaban con nitidez.

Una de las siluetas desapareció.

—Este DNI está caducado —prosiguió el policía dirigiéndose a otro yonqui—. ¿Es lo único que tienes?

Su voz se superponía a la de su compañero, que pasaba los datos a la central entre el crepitar de la emisora. Una a una, las siluetas fueron despegándose de la valla azul hasta que no quedó nadie. El coche maniobró para alejarse y la luz de los faros se deslizó sobre la alambrada y desapareció.

—¡Billy! —gritó Esma.

El vigilante abrió el portón y se aproximó a su jefa.

—Ya se han ido.

—¿Se han *llevao* a alguien?

—Los han dejado ir a todos.

—¿Cuántos coches eran?

—Sólo uno. Están buscando al Chino. Ha robado en una farmacia —Billy lanzó un silbido de admiración—. ¡Un palo gordo!

Esma hizo un gesto hacia el fumadero.

—¿Estaba aquí el Chino?

—Sí.

—¡Mal cáncer le coma el *estágame*! —exclamó la mujer.

—Saltó al patio de la Reme cuando di el agua —se apresuró a contestar Billy, y señaló con un brazo la alambrada vecina—. A estas horas ya estará en Valencia. Ése corre más que un galgo.

—Y el marrón nos lo comemos nosotros. ¡Si vuelve, lo echas *pa* fuera! —la voz de la gitana se iba encrespando—: ¡Vete a la puerta y que no entre nadie! Ya no se despacha más.

Billy asintió y cerró el portón tras él. Lena oyó un arrastrar de sillas contra el suelo y la voz indignada de Dite.

—¡Estoy hasta los cojones! Siempre con este miedo a que los guardias nos entren y nos tiren la casa.

La joven se acomodó el bolso en bandolera sobre la cadera derecha y dio unos tímidos pasos hacia el patio. El marido de Esma estaba sentado en la mesa de jardín con Pájaro, su primo. Ambos habían dejado las varas apoyadas en las sillas. Cerca de ellos, reclinada en el quicio de la puerta de la caseta, estaba Esma con su perra Preti en brazos. La yorkshire giró la cabeza hacia la joven, pero no ladró. Esma la miró de reojo y, sin decir nada, desvió la vista.

Lena se acuclilló junto al tendedero. Ninguno de los hombres reparó en su presencia.

—Como un día aparezcan con una máquina *pa* tirarnos la casa les saco la cacharra y me lío a tiros, ¡ya está! —Dite golpeó la mesa con la palma de la mano. Clavó los ojos en su primo. Eran tan oscuros que no se distinguía la pupila—. Tú me has oído, Pájaro.

Pájaro asintió.

—Quieren que nos *vayemos pa* acabar con la droga, pero eso no se va a acabar. Eso es de *toa* la vida. Si hay gente *pa* comprarla, alguien tiene que vend...

Dite lo interrumpió:

—Vienen cuando *estemos* durmiendo, nos echan fuera y nos tiran la casa con *to* dentro. La última vez dejaron al Bruno y al Edu desnudos en la calle. ¡Aparece un camión y les pasa por

encima! No pueden hacer eso, primo, que me los pudieron haber *matao*. ¡Ni al Pablo Escobar ese se lo harían!

—No piensan —Pájaro se dio unos golpecitos en la sien—. Aquí les estamos quitando *toa* la mierda de Madrid. Están *tos* los *endrogaos* juntos y no molestan. Nos tenían que dar las gracias. ¿No miran eso? ¡Ellos han *estudiaio* y nosotros *semos* gitanos!

Hablaba con vehemencia, pero Dite no lo escuchaba. Parecía mirar dentro de sí mismo. Hablar consigo mismo.

—¿No dejaban los chabolos en pie cuando entraban en Barranquillas? Pues aquí, que tenemos parcelas buenas y tenemos el agua y la luz, nos las tiran. ¡Nos las tiran! —repitió, absorto en la única idea que lo consumía—. A ver, dime tú por qué.

—¡Eso! ¡A ver por qué! —repitió su primo—. ¡Con la capa de los gitanos se tapan los payos! Nosotros no *plantemos* la droga: nos la *trajieron*. ¿Quién la trae? Pues ellos, el Gobierno, porque al Gobierno le interesa. De la droga saca *tol* mundo mucho dinero.

—¿Qué chamullas? —protestó Dite—. Ahora no se vende *na*. Los otros años se vendía más y había muchos *dineros* y *tos* disfrutaban. Los guardias también disfrutaban, pero hoy ya no hay ni *pa* darles —clavó los ojos en su primo—. ¿Qué gitano has visto que deje algo *pa* sus hijos?

En el patio los grillos cantaban enloquecidos. Sus patas y sus alas parecían frotar sin descanso el metal caliente del aire, sofocando con su cricrí el alboroto de voces, de música y de ladridos que venía del poblado.

Dite levantó una botella de whisky que había sobre la mesa y bebió un trago del gollete. Luego se la pasó a Pájaro con gesto ausente.

—Tampoco queremos que *haiga* una guerra con los guardias. Que ellos hagan su trabajo y si nos llevan presos, pues vamos. ¡Pero las casas que no nos las tiren! —repitió.

—La cárcel no —protestó el otro—. No hay nada peor.

Dite estrelló de nuevo la mano contra la mesa. La botella cayó y se reventó en el suelo.

—Aquí hemos *estao tos* en la cárcel. Sabemos lo que hay y nos *riesgamos* a ello. Ése no es el tema. El tema —insistió— es que nos tiran las casas.

Pájaro se echó hacia atrás en la silla.

—Primo, estás *rayao*. A ti lo que te pasa es que el ciego te ha *enritao*.

—¿Qué ciego? —preguntó Esma.

—El tío Joaquín. Estaba en la candela del Emilio con sus *chalaúras*.

Esma soltó un bufido y alzó a Preti en el aire. La cabeza rubia del animal cayó vencida hacia un lado; jadeaba y la punta de su lengua asomaba temblorosa bajo el hocico. La mujer le sopló en la cara.

—Esta perra está *desfallecía*.

—Tírala ahí —dijo Pájaro, y señaló con la nariz ganchuda la piscina. En aquel calor parecía un gran caldero de agua turbia.

—¡Tírate tú! —contestó Esma, y entró en la casa con Preti.

Cuando volvió ya no llevaba a la perra. Se acercó a su marido y dejó sobre la mesa una bolsita de plástico grande como una albóndiga.

—Toma, y ya no hay más —le advirtió.

El hombre salió de su aturdimiento y, con un breve giro de dos dedos, abrió el plástico.

Pájaro contempló el polvo con los ojos entrecerrados. Todo era blanco: la cocaína, los grandes aros de plata en las orejas de su primo, la luz del foco.

—Con eso *te se* quita el *amermamiento*.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Dite. Sacó una tarjeta de crédito del bolsillo de la camisa y comenzó a cortar la cocaína con movimientos rápidos. Pájaro lanzó una carcajada y se colocó el pelo largo detrás de las orejas, despejando su corvo perfil.

—¿No sabes el chiste del gitano que va al banco?

El otro negó con la cabeza. El semblante de Pájaro se iluminó y comenzó a hablar:

—Va un gitano *pal* banco y el cajero le pregunta cuál ha sido el último movimiento de su tarjeta. Y va el gitano y le dice: éste —el hombre imitó lo que estaba haciendo Dite con su tarjeta.

Ambos rompieron a reír. Bajo la tela verde de la sombrilla, con aquella enorme nariz curva el uno y tan oscuro el otro, parecían un loro y un cuervo. Dite preparó unas rayas largas y gruesas, hizo un rulo de papel y esnifó. Luego se echó para atrás en la silla, se pellizcó la nariz un par de veces y le tendió el rulo al otro. Pájaro se puso en pie, inclinó el cuerpo sobre la mesa y aspiró ruidosamente otra raya. Al alzar la cabeza, sorprendió a Lena. La joven se había aproximado y permanecía a unos pasos de ellos, con la vista prendida en la cocaína.

—¿Y ésta? —Pájaro llevó la mano a su vara. Lena se encogió y bajó la cabeza, pero no se movió—. ¿Qué hace aquí la paya?

—A ésta déjala —intervino con sequedad Esma.

A regañadientes, Pájaro apoyó la vara contra su silla. Lena se apresuró a acercarse a Esma. Deslizó una mano dentro de la copa del sujetador, sacó los billetes de diez y de cinco euros y se los tendió. La mujer chascó la lengua.

—No tengo *na*. Me he *quedao* sin género hasta mañana.

—¿Nada? —repitió la joven, nerviosa.

La gitana hizo un gesto hacia el interior de la casa.

—Lo tiré *to* a la freidora cuando llegaron los guardias.

Lena reparó entonces en el olor a aceite quemado que escapaba por la puerta. Con cuidado de rehuir la mirada de Pájaro, se acuclilló. Sintió el calor que ascendía del suelo. Bajo el poblado parecía arder una enorme hoguera que escapaba por orificios de la tierra y alimentaba los fuegos que ardían allí de noche y de día. Lena se llevó una mano a la nuca húmeda y se ahuecó la melena a contrapelo con los dedos. Esma se quedó mirando cómo enganchaba un mechón con el índice y lo retorció.

—¿Y tu hermano, el Lolo?

La chica soltó el mechón e hizo un gesto hacia el portón.

—Por ahí fuera, lo estoy esperando.

—¿Cómo lo dejas ahí solo, que le puede pasar algo? —la amonestó Esma.

Lena la miró, sorprendida. Lo mismo le había dicho su madre. No sabía dónde estaba Lolo, pero el deseo de fumar una pipa era más fuerte que la preocupación por su hermano.

—Está con Mikis —mintió.

—Ése está *atontao* de la cabeza —bufó la gitana—. Dejar solo al muchacho... ¡Y con los guardias ahí fuera! —se pasó la mano por el rostro sudoroso y pegó una voz—: ¡Billy! —el machaca asomó la cabeza por el portón—. ¡Riega el patio!

Billy se apresuró a entrar. Cogió una manguera que había en el suelo y abrió una llave en la pared. De la manga negra salió un chorro blando de agua. El hombre colocó el pulgar en la boca para aumentar la presión y comenzó a regar la explanada. Los demás miraban cómo, a medida que avanzaba, se iba oscureciendo el suelo de cemento como si lo barnizara. Cuando terminó, se escabulló fuera.

Tras él quedó un leve frescor.

Esma apoyó la cabeza en el quicio de la puerta y cerró los ojos. Su grueso cuerpo, enfundado en una camisa y en una falda larga, parecía un cilindro. Dite, Pájaro y Lena también callaban. Hasta los grillos habían enmudecido. Era un silencio grato, casi un milagro. El melodioso canto de un mirlo llegó desde el descampado.

Dite olfateó el aire. La humedad había atenuado el acre olor a tierra caliente de los baldíos que rodeaban el poblado. De su boca escapó un suspiro. Miró hacia la caseta y alzó la voz:

—El verano que viene vamos a la playa, ¿eh, Bruno?

—Siempre dices igual —respondió la voz de un niño.

Lena giró el torso y vio a Bruno, el hijo mayor de la pareja, medio oculto por el cuerpo de Esma. Sentado a su lado, en el interior de la vivienda, se encontraba Edu. Las caras de los niños estaban iluminadas por la pantalla del televisor. En las manos sujetaban los mandos de la Play.

—Oye, ¿no estuvimos en la playa en Portugal el otro verano? —insistió su padre.

Bruno apartó la vista del juego.

—Dijiste que iríamos este año.

—Pero si aquí se está muy a gusto. *Sus he compra*o una piscina.

Bruno se encogió de hombros.

—Ya —dijo, y volvió la vista hacia la pantalla.

Su padre se revolvió en la silla, contrariado.

—¡No se puede dejar la casa sola, que nos la tiran!

Al escucharlo, Pájaro miró a su primo de reojo.

El suelo, antes oscurecido por el agua de la manguera, volvía a tener su color ceniciento.

Esma se enderezó. Su rostro había recobrado el gesto receloso.

—Los Culata tienen sus casas buenas en la ciudad y sólo bajan aquí a vender. Y míranos a nosotros, *arruinaos*, despachando *tol* día en estos nichos de muertos... Que un yonqui *me se* muere en el patio y lo tengo que sacar yo *pa* fuera... El Tino y su familia tienen el *poblao* pa ellos. ¡Mal cáncer les coma a esos *desgraciaos*!

Su marido rehuyó mirarla. Sacó la tarjeta de crédito y utilizó la mitad de la cocaína que quedaba en la bolsa de plástico para preparar nuevas rayas. Esnifó una y le pasó el rulo a su primo. Lena avanzó el cuello hacia ellos y su respiración se agitó. Con manos temblorosas, cogió un pitillo del bolso y lo encendió.

—Tenéis que ponerlos en su sitio antes de que *haiga* una desgracia —prosiguió Esma—. Nosotros no nos *acerquemos* a su casa con una cacharra, como esa mala hierba del Tino. ¡Frito se vea ese comemierda en aceite de *corza*! ¡Me cago en sus muertos!

Pájaro la señaló con el dedo índice. Tenía la punta de la nariz blanca.

—No se le pueden mentar los muertos a un gitano de luto —le reprochó—. ¿Dónde está el respeto a nuestra cultura?

La mujer chascó la lengua.

—¿Asín respeta ése el luto? ¿Pegando tiros en un *descampao*? ¡Qué poca *lache* tiene! ¡Que los hijos se le mueran *ahogaos* *dormiendo*! La provocación la han *empezao* ellos. Los Tiznaos todavía no hemos movido ni un solo dedo.

Dite empuñó la vara y golpeó el suelo para acallar a su mujer.

—No le *matemos* entonces al Tino porque no quisimos. Pero *cuidao*, porque yo nací sin mando. Si el Culata vuelve por aquí, me lío a tiros. No existe persona con cojones de entrar en mi casa.

Un rictus de desdén torcía la boca de Esma.

—No hay que ser tan tonto *pa* darse cuenta de que quieren quedarse con *tos* los clientes. ¡Me

cago en la bocana de sus muertos! —la mujer miró a Pájaro desafiante y, antes de que pudiese reaccionar, se dirigió a su marido—: Los Culata te roban en tus narices.

Dite pegó un golpe en la mesa.

—¡No son los Culata! La gente deja de venir aquí porque tienes muy mal carácter. Hay modos de tratar a las personas, pero tú estás *tol* día gritando.

—Muy bien *hablao* —dijo Pájaro.

La ira de Dite no parecía tener efecto en Esma.

—Entre clanes gitanos ha de haber un respeto —dijo ella, ignorando a Pájaro—. Lo que ha hecho el Tino es un abuso muy grande.

—¿Tú qué quieres? —gritó Dite. Sus nudillos estaban blancos en torno a la empuñadura de la vara—. ¿Que vuelva a la cárcel? Ocho años me pasé la otra vez cuando maté a aquel gitano. ¡Ocho!

Esma frunció los labios y no dijo nada.

Su marido se reclinó en la silla con la barbilla clavada en el pecho, como si los recuerdos le pesaran. Se le había saltado un botón de la camisa a la altura del estómago y por la tela entreabierta asomaba un vello fuerte y rizado.

—Estoy muy *cansao* —la cólera había desaparecido de su voz. Irguió la cabeza y, con la mirada perdida, añadió lentamente—: En la cárcel me dijeron que necesitaba ir a un psicólogo... A veces pienso en ir.

—¿Un *sicólogo*? —repitió Esma, como si no hubiera comprendido lo que había oído—. ¿Por qué? ¿Estás loco?

Pájaro inclinó el cuerpo hacia él.

—Eso es *pa* los payos, primo, pero nosotros..., nosotros *semos* de cuero.

Una expresión infantil de desamparo se había apoderado del rostro de Dite.

—No me encuentro bien. Me levanto sin ganas de hacer nada.

—Tómame un Espidifen —dijo Esma.

Un destello atravesó los ojos del hombre.

—¿Un Espidifen? —saltó—. ¿*Pa* lo que yo tengo?

Su mujer lanzó un resoplido como contestación.

—Eso que te pasa es por la cárcel —intervino Pájaro. Se dejó caer hacia atrás en la silla y comenzó a tironear de los flecos de su vara mientras hablaba con gesto atribulado—. Allí o te vuelves una fiera o *te se* apaga la luz de la cabeza. Cuando yo estaba dentro, estaba loco por irme. Pero cuando salí, estaba *zumbao*. Miraba *tol* rato *patrás*, abría y cerraba las puertas un montón de veces seguidas. Iba con mi mujer por la calle y de repente me paraba y ella seguía andando sola y hablando al aire hasta que se daba la vuelta y me pegaba un grito: «¡Chacho! ¿Qué haces?» —el hombre se pasó la mano por el rostro, arrastrando las comisuras de los ojos y de la boca hacia abajo—. Eso todavía *no se* ha *quita*o.

Se preparó una raya, inclinó el pico y esnifó. Parpadeó nervioso y, dando una palmada, se giró hacia la caseta.

—¡Bruno, saca el altavoz! —gritó.

El niño salió con un cilindro negro y lo colocó sobre la mesa, entre los restos de cocaína. Pájaro sacó su móvil, toqueteó la pantalla hasta que encontró lo que buscaba y presionó un par de botones. El sonido metálico de un teclado eléctrico y el rasgueo de una guitarra llenaron el patio.

—¡Vamos allá! —exclamó, y se arrancó a hacer compás sobre la mesa—. ¡*Qué bonita es la libertad!* ¡*Ole!*

El ritmo contagioso de la canción iluminó el rostro abatido de Dite, que aferró la vara y comenzó a percutirla contra el suelo. Su voz grave se unió a Pájaro en el estribillo:

*Libre, libre quiero ser,
quiero ser, quiero ser libre...*

Acuclillada a los pies de Esma, y con la vista fija en la cocaína que había sobre la mesa, Lena juntó las manos para dar unas tímidas palmas. Edu se asomó a la puerta. Su labio inferior seguía muy hinchado y sobresalía en el pequeño rostro, dándole un aire enfurruñado. La joven alzó una mano para saludarlo, pero el niño la ignoró. Apoyó el cuerpo contra su madre mientras contemplaba a su padre y a su tío, que daban palmas y cantaban como si nada más importara.

*Pero yo sé que es mentira
porque tú la estás gozando,
el que se pudre soy yo
en pensar cómo pasó,
la ira me está cegando
cómo pude matar yo...*

Dite miró a Esma y la mujer acarició la cabeza del niño. Su marido y Pájaro cantaban con la mirada encendida, llevados por la terrible letra y la alegre melodía. Edu bostezó y, zafándose del brazo de su madre, se escabulló hacia el interior de la caseta. Con un último y sentido *Quiero ser, quiero ser libre*, la rumba acabó y los dos hombres se miraron apesadumbrados.

—Esto le pone los pelos de punta al más calvo del mundo. Es la pura realidad de la vida —suspiró Pájaro.

Al escucharlo, Dite preparó una raya con el resto de cocaína que quedaba en la bolsa.

—¡Esto es lo que yo hago con los barrotes! —dijo, y sopló—. Ya *semos* libres —y rompió a reír con risa de borracho.

Las motas de polvo blanquecino flotaron unos instantes en el aire y se desvanecieron. A Lena se le escapó un gemido, pero Pájaro le lanzó una mirada tan torva que la joven bajó la cabeza.

—¡No hagas eso, primo! —le dijo el hombre a Dite—. Ésas son rayas de inspiración.

Dite lo miró con los ojos muy abiertos y le contestó cantando:

*Son ilusiones
¿Qué mas me da?
Son ilusiones*

E, igual que había empezado, se detuvo bruscamente. Su rostro se había entristecido de nuevo.

—Los Chichos ya lo han dicho *to*.

En la puerta, Esma enarcó las cejas, como si adivinara lo que venía a continuación.

—El día menos *pensao* cierro esto, cojo a Esma y a los niños y me hago del culto... —musitó el hombre—. Mi padre se quitó de vender y se metió en la iglesia *pa* arrastrarnos a nosotros. Y míralo ahora, es diácono del culto de Vicálvaro.

—El tío Manuel —asintió Pájaro—. ¡Aleluya!

Dite volvió el rostro hacia la caseta:

—Edu, ¿verdad que el abuelo te lleva al culto?

Desde el interior se escuchó la vocecita del pequeño:

—¡Sí!

—La droga ya se ha *llevao* a tres de nuestros primos —se lamentó Dite—. Mi padre nos lo dice, que este negocio es *pecao* mortal.

Pájaro alzó una mano e hizo un gesto para calmarlo.

—Primo, *to* lo del mundo es *pecao* mortal en el culto. ¡Hasta la música de Los Chichos! No pienses negativo, hay que ser positivo —el hombre le guiñó un ojo—. Yo soy pecador nato: como mucho, bebo mucho, fumo mucho... Con *tos* mis respetos al tío Manuel, yo creo que eso del culto es un ridículo que está haciendo el gitano.

—Eh —advirtió el otro, y la cólera regresó a su rostro—. ¡No hables contra el culto! Yo tampoco quiero *catolismos*.

—¡Nooooo! ¡Si Cristo es gafe! —exclamó Pájaro—. Mira: hay doce en la mesa, llega él, ya son trece y... —chascó la lengua— kaput.

Animado por el silencio de Dite, Pájaro apoyó una mano en su vara y con la otra trazó un círculo en el aire.

—Los gitanos nacieron antes del *catolismo*, antes de cualquier religión... La religión es mala. Ha hecho mucho daño. De tantas religiones que dicen que hay, sólo hay dos: el Bien y el Mal, el Dios o el Demonio.

—No sé —contestó el otro, sin escucharlo—. *A la finitiva*, si nos tiran la casa nos haremos del culto. No seríamos los primeros del *poblao*. Los Culata ya pasaron por las aguas —se levantó con esfuerzo y se apoyó en la mesa para mantener el equilibrio—. El pastor, el Josué, intentaba hundirlos en el río, pero flotaban como boyas. Casi lo ahogan al pastor, que tuvo que ir la mujer a sacarlo.

—¡Ésos! —Esma escupió al suelo—. ¡Ésos tienen el alma *vendía* al diablo!

Dite se acercó al tendedero trastabillando. Se detuvo a un lado, de espaldas a la caseta, y un chorro de orina comenzó a oscurecer el suelo.

—¡Ay, qué *lache*! —gritó su mujer—. ¡Está limpia la ropa del Edu y del Bruno!

El hombre terminó de mear, se cerró la bragueta y regresó a la mesa. Esma se dirigió al tendedero, palpó la ropa y se volvió hacia él furiosa.

—¡Ay, *Diostive*! Te tenía que entrar un dolor que te vieras como las bombillas, con el pescuezo *enroscao* y las tripas ardiendo.

Dite tiró una silla al suelo y la amenazó con el puño antes de entrar en la caseta. Pájaro se encaró con Esma.

—Una gitana no discute con su *marío* —la reprendió—. ¡Así no son las gitanas! A las mujeres las hicieron de un hueso, y no era un hueso de la cabeza, que *pa* pensar estamos nosotros.

—Ojalá te claves la nariz en el pecho y te mueras —dijo Esma en voz alta, y fue tras su marido.

Al sorprender la mirada de Lena, el pico de Pájaro tembló de furia en el aire.

—¡Ay, la paya, qué ganas le tengo! —exclamó—. ¡Lárgate de aquí! ¡Ve a comprarme una cerveza!

La joven palideció.

—No puedo —dijo con voz sumisa—, estoy esperando a mi hermano.

—¿Que no puedes? ¿Cómo que no puedes?

El hombre aferró su vara y fue a por ella. Lena se puso en pie de un salto y miró hacia el pasadizo para huir, pero el fumadero era una ratonera. Sus ojos se desplazaron al tendedero, pero

probablemente Pájaro la atraparía antes de que pudiera llegar al agujero que había en la verja. El único sitio por donde escapar del hombre era la casa de Esma, y allí no le permitían entrar. Sólo le quedaba el portón de acceso; al echar a correr, tropezó y cayó al suelo. De forma instintiva, se protegió la cabeza con los brazos. El primer golpe se estrelló contra su cadera. A pesar del dolor se arrastró debajo de la mesa. El segundo golpe resonó sobre el tablero.

—¡Como no salgas de ahí, voy a cortarte el cuello!

Un grito salvaje tapó las imprecaciones del hombre:

—¡Mandito sea el vientre en que te cuajaste, Pájaro! ¿Quieres mi ruina? ¡Está la policía ahí fuera!

Lena reconoció la voz de Esma y, sobre ella, la voz de Dite:

—¡Sus queréis callar!

Dite se aproximó y apartó con violencia a Pájaro de la mesa. Con los ojos nublados, Lena vio cómo lo llevaba a empujones hacia la caseta.

Lena salió a cuatro patas de debajo de la mesa. Esma cerró la puerta de la caseta, miró a la joven y luego, arrastrando las zapatillas, se encaminó al tendedero y comenzó a retirar la ropa. Las prendas estaban acartonadas por el calor. Las fue sacudiendo en el aire para ablandarlas y las dobló con cuidado. En cuanto terminó se acercó a la mesa, recogió del suelo la silla que había tirado Dite y se sentó.

—Gracias —dijo Lena. Las lágrimas le caían por la cara enflaquecida.

Esma chascó la lengua.

—A mí no me asusta ningún hombre, por *mu* gitano que sea. Yo también he *estao* presa. Si me ladran, yo ladro.

Lena se palpó la cadera, allí donde le había golpeado la vara. Aunque el bolso había amortiguado parte del impacto, le temblaban los labios del dolor. Esma desvió la mirada con gesto sombrío.

—Antes el Dite también me atizaba. Yo me metía bajo la mesa como tú, detrás de una silla, donde encontraba —frunció la boca y clavó los ojos en Lena con decisión—. Ahora ya no me toca. Levanta la mano, pero *pa* romper cosas. La otra semana rompió el aire *acondicionao* y tuvo que comprar otro —se encogió de hombros—. Mientras no rompa la tele...

La chica se secó las lágrimas, sacó del bolso la cajetilla de Marlboro y cogió un pitillo.

—Dame uno —dijo Esma.

Lena se colocó el cigarrillo detrás de la oreja y le pasó la cajetilla. La mujer cogió un par de pitillos y se los guardó en un bolsillo de la falda. Se puso de pie, fue hacia el tendedero y regresó con una camiseta amarilla de manga corta.

—Quítate ésa —le dijo a Lena, y señaló las manchas de sangre de Edu en su camiseta blanca. La chica lanzó una mirada asustada a la caseta—. No tengas miedo al Pájaro. Ése ya no sale de la jaula hasta la mañana.

Lena dudó.

—¿Cómo voy a ponerme la camiseta de Bruno? No me sirve.

—Tú eres *mu* canija —zanjó la gitana.

Lena se quitó su camiseta, la guardó en el bolso y se puso la otra. Tuvo que tirar con fuerza de ella para introducir la cabeza. Le quedaba tan ajustada que sentía cómo se abrían las costuras al respirar. La gitana le miró el pecho y lo tocó con mano experta.

—¿No estarás preñada?

La chica giró la cintura para apartarse.

—No, es esta camiseta, que me aplasta las tetas.

Esma suspiró.

—A mí me hubiese *gustao* tener una niña *pa* darle mis cosas. Los hijos son de las madres cuando son chicos, luego ya se casan y son *tos* iguales.

Lena cogió el pitillo que se había puesto en la oreja, lo encendió y le tendió el mechero a la gitana.

—No, aquí no —rechazó la otra y volvió la cabeza hacia la caseta. Por la ventana enrejada salían las voces de sus hijos—. ¡Ay, el Bruno! ¿Qué hacéis ahí *levantaos*? —gritó—. ¡*Sus* mato! Seguro que estáis con la consola.

—¿Cómo está Edu? —musitó Lena—. ¿Le duele la herida?

—Se le han *quedao* los morros como a la Beyoncé —contestó la otra.

Se oyeron unas risas.

—Estamos aquí con el papa y el tío.

Esma masculló con el ceño fruncido. Luego hizo un gesto con la mano a Lena para que se sentara.

—Al Bruno y al Edu les tienes que *aprender* a leer y a escribir.

Lena dio una larga calada a su pitillo mientras lanzaba miradas nerviosas a la caseta.

—¿Por qué no los llevas al colegio?

—La madre de Dite dice que se *apayan*, que les meten ideas raras en la cabeza. Yo le digo que es *pa* que se saquen el carné de conducir cuando cumplan dieciocho, pero ella no quiere. Es una gitana de las de antes —Esma suspiró—. Tenían beca de comedor y *to*.

De un lateral de la piscina asomó la yorkshire. Estiró el cuello y ladró, melindrosa.

—Preti —la llamó su dueña.

El animal ladró con más fuerza, pero no se movió.

—¿Qué le pasa a esta perra? —rezongó Esma—. Está *acojoná*.

Un chihuahua blanco apareció de entre las sombras. Sus orejas, desproporcionadamente grandes, parecían dos flechas que apuntaran al este y al oeste. Se aproximó a Preti y la yorkshire huyó despavorida.

—¡Billy! —gritó Esma. El vigilante entró en el patio y se acercó a ella—. Como no echas a esa rata, la mato de un pisotón.

Billy cogió al chihuahua del pescuezo y lo alzó en vilo. El animal se balanceó en el aire, intentando morderle. La piel de la cara estaba tan tirante que sólo se le veían los dientes amarillos y los ojos desorbitados.

—¡Ay, la piraña! —se rio Esma. De repente calló, con el rostro vuelto hacia el portón. Billy lo había dejado abierto—. ¿Quién anda ahí? —gritó.

Un hombre cruzó el patio.

—Soy Mikis.

—Está *cerrao*. ¿Tú qué quieres? —gruñó la gitana.

—Vengo a buscar a Lena —dijo, y clavó los ojos en la joven.

Esma señaló el portón.

—¡Vamos, fuera de aquí ya!

El griego no se movió.

—Cuando ella me devuelva los veinte euros que me ha quitado, me voy.

Lena alzó la barbilla, desafiante.

—¿Dónde está mi hermano?

Mikis se encogió de hombros.

—No lo he encontrado —respondió—. Dame mi dinero.

—¿Cómo que no has encontrado a Lolo? Esto no es Nueva York.

A unos pasos de ellos, Billy los escuchaba discutir. Sus ojos iban del uno a la otra mientras sujetaba al chihuahua blanco en alto como si fuese un farol.

Lena se removió en la silla.

—¿Te has acercado donde Valentín para preguntarle? Lo mismo ha vuelto allí.

La gitana se encaró con la joven.

—¿Valentín? ¿El de los Culata?

—Mikis llevó a mi hermano donde Valentín —dijo Lena—. ¿Te lo puedes creer?

El griego se pasó el dorso de la mano por la frente y bajó la voz con tono sumiso:

—No, no, no... Eso no es verdad —se defendió—. Me encontré a... a Valentín porque estaba buscando a la perra del Tino. Están buscándola todos por el poblado: Valentín, Popeye, Juanón... El Tino ha jurado matarlos si no la encuentran.

—*Te se caiga la lengua a pedazos* —lo maldijo la gitana—. ¿Qué hablas? ¿Qué perra?

Mikis se volvió hacia Lena.

—Cuéntaselo.

—Cuéntaselo tú —replicó ella.

La gitana clavó sus ojos pequeñitos en el griego.

—¿Qué perra?

—La Noe ha intentado venderte un cachorro esta noche —musitó él—. ¿Te acuerdas?

—Ay, no sé, aquí me traen de *to*.

—Era una pitbull gris.

—Como si era verde. Te he dicho que no.

Mikis vaciló antes de seguir:

—Esa perra es del Tino. Noe se la robó.

La furia deformó la cara de la gitana.

—¡Meterme aquí la perra del Tino! Ahí le chafen los sesos a ese coño *cagao*. Esa *escocía* no entra más en mi casa. ¡Me cago en *toa* su raza!

—La perra la tiene su hermano —intervino Billy.

Todos lo miraron. El hombre seguía en la misma postura, de pie y con el chihuahua en vilo. Con la mano libre señalaba a Lena.

—¿Qué dices? —exclamó la chica.

—Los he visto —afirmó Billy.

—¿Dónde? ¿Dónde está mi hermano?

—No sé, iba corriendo con esa perra en brazos.

Una sombra cruzó el rostro del griego.

—¿Estás seguro?

Antes de que Billy pudiera contestar, Esmá se puso en pie.

—¡Tú, al portón! ¡Y no lo dejes abierto! —le ordenó. Soltó un resoplido y con los brazos en jarras se plantó frente a Mikis y Lena—. Venga ya *pa* fuera. No os quiero aquí —y se dirigió a su casa.

El vigilante se alejó y Lena se apresuró a seguirlo. Tras ella, pisándole los talones, iba el

griego.

—¡Billy! —llamó la chica.

—Vamos fuera —contestó el otro sin detenerse. Tan pronto cerró el portón, se aproximó al bidón oxidado y se volvió hacia Lena, sin soltar al chihuahua. El animal jadeaba, medio ahogado —. ¿Qué?

—¿De verdad has visto a mi hermano? —ella lo miraba con los ojos desorbitados. Él asintió —. ¿Lolo tiene a la perra? —preguntó muy despacio.

—Sí.

Mikis alzó la voz:

—¿Tú le haces caso a éste?

—Yo no miento como tú —protestó Billy.

Con los puños cerrados, el griego dio un paso adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho —respondió el otro sin moverse. El chihuahua gemía y balanceaba las patas en el aire.

Lena se volvió hacia el griego. Hasta los labios los tenía blancos.

—¿Y si es verdad? ¿Y si la ha encontrado? —vaciló, como si no se atreviera a decir lo que pensaba—. ¿Y si los Culata lo pillan con la perra?

—Entonces más le vale rezar —dijo Billy.

La rabia cruzó como un látigo el rostro de la chica. Apuntó con el índice a Mikis.

—¡Tú! —estalló—. ¡La culpa de lo que le pase a mi hermano la tienes tú!

El griego se revolvió.

—No, la culpa de lo que le pase a tu hermano sólo la tienes tú.

—¿Por qué?

—Por traerlo al poblado. Hay cosas que es mejor no ver.

La chica miró los ojos descoloridos del hombre y sintió náuseas.

—Ha venido porque ha querido —se defendió.

El griego movió la cabeza de un lado a otro.

—Está aquí porque tú le has hecho creer que te ibas a ir con él. Le has mentado.

—¿Tú qué sabes? ¿Quién te dice que es mentira? ¿Dónde está escrito que yo voy a quedarme aquí?

—No está escrito —replicó él. Hizo una pausa antes de proseguir con su voz ronca y afanosa —. El destino sólo arrastra a quienes se dejan arrastrar por él.

—¡Ya basta! —gritó Lena, fuera de sí. Tenía el rostro desencajado—. ¡Tú has perdido a Lolo y tú lo vas a encontrar! Te juro... —le golpeó el pecho con el índice—. Te juro que como no lo encontremos, no quiero saber nada más de ti.

El machaca los vio alejarse discutiendo. Dejó al chihuahua en el suelo, cerca del bidón. Por los agujeros escapaban las llamas furiosas. Tambaleándose como un borracho, el perro huyó.

8. El Piojo

Los pies de Lolo se enredaron en una manguera tirada en el suelo. Trastabilló y Fuga rompió a ladrar en sus brazos. El chico se detuvo para calmarla.

—Shhh, enana —chistó—. No ha pasado nada.

La manguera salía a la calle desde un portón abierto. Junto a él, pegada al muro, había una bañera por cuyos bordes despuntaban tímidamente unas llamas. No se veía cerca a ningún machaca. Lolo se aproximó y, con cautela, se asomó al portón. Un par de focos iluminaban un amplio patio de cemento rodeado por varias casas bajas. Puertas y ventanas daban a ese espacio común, igual que en una corrala. Allí tampoco había nadie. Se inclinó para sujetar la manga y, encorvado, bebió del chorro. El agua tibia le cayó por la barbilla y salpicó a Fuga, que gruñó y se revolvió para escapar. El chico la dejó en el suelo y la perra sacudió el cuerpo y se alejó unos pasos.

—Eh, aquí, quieta.

La atrapó por el pescuezo y con la mano libre le empujó el trasero hacia abajo para obligarla a sentarse. Fuga alzó la cara cuadrada, lo observó con aquella expresión suya de desamparo y se tumbó. Lolo se acuclilló a su lado y, con una mano en el suelo para no perder el equilibrio, bebió de nuevo un largo trago. El paseo hasta allí había disipado el eufórico aturdimiento del whisky. Echó la cabeza hacia atrás, alejó la manguera de la boca, cerró los ojos y dejó que el chorro le resbalara por el rostro y le cayera por el cuello.

El agua fue desprendiendo el calor de su cuerpo como la piel de una patata cocida. Con un suspiro de alivio, apartó la manguera, abrió los párpados y se desperezó. A su lado, Fuga lamía el charco que se había formado en el suelo. Lolo colocó la mano en cuenco bajo el chorro y, a continuación, vertió el líquido sobre el lomo del cachorro y deslizó la palma húmeda desde la cumbre de la cabeza hasta la punta del rabo enhiesto. La uña amarilla que le había pintado Lena planeaba sobre el pelo gris de Fuga. Con agua nueva le remojó la tripa abombada y las fuertes patas y le lavó la cara. Al deslizarle la mano por el hocico, el cachorro ladeó la cabeza para lamerla.

—Te gusta, ¿eh?

El móvil sonó en el bolsillo trasero del vaquero. Se puso en pie para sacarlo y retuvo a Fuga entre las piernas.

—¡Hijo! ¿Dó...? —era su madre.

—Pásamelo —la interrumpió, imperiosa, otra voz. El corazón del chico dio un vuelco al reconocer a su padre—: Lolo, dime ahora mismo dónde estás, que voy a por ti.

No era una petición. Era una orden.

—En el p-poblado —balbuceó.

Temía la reacción de su padre, pero no fue a él a quien oyó.

—¿Cómo vas a ir, Fernando? —preguntó la madre. Lolo la oía en un segundo plano—. No

tienes ni idea de cómo llegar.

—Voy con Google Maps —el padre debía de haber alejado la boca del móvil para contestar, porque su voz sonó más lejana.

—¿Con Google Maps? —exclamó ella—. ¿Hablas en serio? ¿Y qué dirección vas a poner? ¿«Poblado»?

—Está cerca del vertedero de Valdemingómez.

—Pero tú no vas a ese vertedero —subrayó la madre en tono despectivo—. El sitio al que quieres ir no aparece en Google Maps.

—Pues cojo un taxi —replicó él.

—¿Qué taxi? ¡Ningún taxista te va a llevar allí!

—Si le pago trescientos euros, seguro que va.

El hijo los escuchaba discutir. Enzarzados en su pelea, se habían olvidado de él. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el muro, activó el altavoz del móvil y lo dejó a un lado. Vóltas de humo negro ascendían desde la bañera y se deshacían en la noche.

—¿Ah, sí? Te cogerá el dinero y luego te dejará a la entrada del poblado. No se va a meter allí dentro —las indignadas protestas de su madre parecían emerger de la tierra reseca—. ¡Pero si ni siquiera quiere entrar la policía! ¿No te acuerdas de lo que nos dijeron cuando llamamos para denunciar que Lena había desaparecido? ¡Que era mayor de edad! Y ahora que necesitamos que saquen a Lolo de allí, ¿qué nos han dicho? ¡Dime! ¿Qué nos han dicho? —hizo una pausa para enfatizar la respuesta—. ¡Que tenemos que ir primero a comisaría a poner una denuncia! ¡Pero si él sólo tiene dieciséis años!

La madre hablaba de manera torrencial, igual que Lena cuando vivía en la casa. El padre decía que eran dos gotas de agua y que por eso discutían tanto. En el teléfono, las palabras de la madre se sucedían a toda velocidad.

—¡Excusas! Son excusas para no ir. Cuando se decidan a bajar pueden haberlo matado. ¡Ya veríamos qué harían si sus hijos estuviesen en el poblado!

Lolo dejó de prestar atención. Fuga se había tumbado boca arriba y movía la cabeza hacia un lado y hacia otro, mientras le ladraba al aire, jugando. El chico recogió un pequeño palo del suelo y lo acercó a su hocico para que intentara apresararlo. La perra lo aferró con las mandíbulas, se giró boca abajo y empezó a mordisquearlo.

De repente, la voz del padre se alzó hasta él:

—Lolo. ¡Lolo!

El hijo levantó el móvil.

—Dime.

—¿Dónde estás exactamente?

—En el poblado —repitió.

—Eso ya lo sé, pero ¿dónde?

La firmeza de Lolo se tambaleó.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —replicó el padre, exasperado—. Hay una rotonda al principio del poblado. Acércate allí y te recojo —le ordenó.

—¡Que no se le ocurra ir solo! —intervino la madre.

Hablaba tan alto que el hijo la oía como si fuese ella quien sujetara el móvil y no el padre.

—No sé qué rot... —comenzó a decir.

—¡Que lo lleve su hermana! —insistió la madre—. ¡Que no ande solo!

Su padre bufó:

—¡Cállate, joder, que no oigo!

Lolo lo imaginó, volviendo irritado la cabeza hacia ella. Sus padres se materializaban ante él mientras hablaban. Su padre, intentando encontrar una solución lógica en medio del caos, esforzándose en mantener la calma, pero incapaz de reprimir aquellos breves estallidos de cólera contra la madre. Ella, a unos pasos, pendiente de él, cuestionándolo sin cesar. Lejos de consolarse, sus padres se arrojaban el uno al otro su desesperación. Ninguno de ellos sujetaría la mano del otro, ninguno pasaría el brazo por encima de los hombros del otro.

—Papá, ¿me oyes?

—Hijo, es muy difícil hablar con tu madre de fondo —gruñó el hombre—. ¡Cada vez que me ve con el teléfono en la mano se mete por medio!

—No discutáis, estoy bien.

—Escúchame lo que te digo: ve a la rotonda ahora mismo y esperáanos allí.

—No sé de qué rotonda hablas.

—¡Joder! —el volumen de su voz disminuyó y el hijo adivinó que se dirigía a la madre—. ¡Te dije que teníamos que instalar el localizador en el móvil de Lolo!

—Te dije, te dije... ¡Pues haberlo hecho tú! —protestó ella—. ¡Que Lena lo lleve a la rotonda y se quede con él hasta que lleguemos!

Sus voces despertaban en Lolo emociones encontradas, el universo afectivo innombrado y caótico que crea cada familia.

—¿Quieres hablar tú con él? —explotó el padre—. ¡Toma!

Hubo un silencio y, a continuación, se escuchó un portazo.

—¡Típico de tu padre! —era la madre quien le hablaba ahora—. ¡Cuando no tiene razón, suelta un rebuzno y desaparece!

Lolo torció el gesto. No estaba dispuesto a que lo utilizaran como una pelota de tenis para dar la razón a uno o al otro.

—¿Para qué ibais a ponerme un localizador? ¿Para espiarme?

—No, hijo, para espiarte no. Sólo era para saber dónde estabas si te sucedía algo.

—¿Qué os creéis? ¿Que soy un bebé? —protestó, airado.

—Fue idea de tu padre —se defendió la madre—: ¡Se piensa que con un localizador se arregla todo! Él sabe más que nadie.

El hijo callaba.

—¿Me estás escuchando? —al no tener respuesta, la ira de la mujer se deslizó hacia él—: ¿Por qué has ido al poblado sin decírnoslo? —le reprochó.

—Porque no me habríais dejado —se justificó el chico y, con voz obstinada, añadió—: He venido para convencer a Lena de que vuelva a casa.

—Hijo, tienes que salir de ahí inmediatamente —imploró la madre—. ¡Olvídate de Lena!

—¿Cómo me voy a olvidar de Lena? ¡Es mi hermana!

—No sé qué historias te habrá contado, pero te aseguro que no va a volver a casa porque no le da la real gana. ¡Tienes que creerme! He hablado con ella hace una hora, ¿no te lo ha dicho?

—¿Has hablado con Lena? —preguntó el chico, sorprendido.

—Sí.

—¿Dó-dónde estaba?

—No te entiendo. ¿Dónde estaba quién?

—Lena. ¿Dónde estaba Lena?

Al otro lado de la línea se escuchó un breve silencio alarmado, seguido por la voz agitada de la madre:

—¿Cómo que dónde estaba? ¿No sabes dónde está Lena? ¿No estás con ella?

—Mamá, cálmate —la interrumpió el hijo en tono seco—. No ocurre nada porque esté solo. He pasado un año fuera, sé arreglármelas por mí mismo.

—¿Estás solo? —exclamó la madre—. ¡Tu hermana miente más que habla! Me dijo que habías ido a comprar un bocadillo con un amigo suyo.

—No te ha mentado —la defendió él—. Es verdad.

—¿Y dónde está ese amigo?

—Se tuvo q-que ir y aún no ha vuelto.

—¡Llama ahora mismo a Lena para que vaya a buscarte!

—Ya la he llamado, pero no me coge el teléfono.

—¡Estará drogada! —profirió la madre, fuera de sí—. Eso es lo único que le importa. ¡No le importas tú, ni nosotros, ni nadie! Sólo le importa la droga. Te juro que... —calló y su voz se alejó del móvil—. ¡Fernando! ¡Llama un taxi! ¡El niño está solo! —luego se dirigió de nuevo al hijo—: No te preocupes, papá y yo vamos a bajar a por ti. ¿Se ve la autopista desde donde estás?

Lolo recogió a Fuga del suelo y se puso en pie. A pesar de las hogueras, el poblado parecía estar sumergido en una luz crepuscular. Los yonquis que marchaban por el camino asfaltado irradiaban su propia penumbra.

No se veía ninguna autopista.

—No —contestó.

—¿Ves alguna calle?

—La Gran Vía —dijo con una sonrisa.

—¿La Gran Vía? Pero ¿no estás en el poblado? —la madre lanzó un gemido—. ¡Dios mío! ¿Eso que has ido a comprar era un bocadillo o era otra cosa? —hablaba tan deprisa que las palabras se montaban unas encima de otras—. ¿Has tomado algo?

El chico pensó en el whisky que Rober le había hecho beber en la hoguera del ciego y vaciló un instante antes de contestar.

—N-nada.

—¿Qué te han dado? ¡Dime la verdad!

—Un poco de whisky —dijo sin poder contener una risa boba.

—¿Whisky? ¿Y qué más? ¿Has tomado drogas?

—¿Qué dices, mamá! —saltó él—. ¿Estás loca?

—¿Cómo que qué digo? ¡Tu hermana es un agujero negro que arrastra todo lo que se acerca a ella!

Fuga había enganchado con los dientes la camiseta húmeda de Lolo y tironeaba con furia de la tela, como si también ella participara de la discusión. Él intentó separarla y la perra le mordió un dedo.

—¡Ay! —se quejó, y la alejó con brusquedad de su pecho.

—Hijo, ¿qué te han hecho? —se alarmó la madre—. ¿Qué te ha pasado?

Lolo resopló.

—Deja de gritar. Me ha mordido la perra, pero no me ha hecho nada.

La madre alzó aún más la voz.

—¡Una perra! ¡Seguro que tiene la rabia!

—Rabia tienes tú —murmuró él.

—¡No me hables así! ¡Soy tu madre!

—Perdona —Lolo se acuclilló y dejó a Fuga en el suelo. Ella se tumbó panza arriba para que le acariciara la tripa—. No tiene la rabia. Es un cachorrito de pitbull.

—¡Un pitbull! ¡Lo que faltaba! ¿De dónde lo has sacado?

—Es una perra, mamá. Me la he encontrado... —las motitas verdes de los ojos de Lolo se iluminaron—. ¿Puedo quedármela?

—¡Ni hablar!

—Por favor —imploró—. Si la dejas aquí, la van a matar.

—Al que van a matar es a ti si sigues ahí —un sollozo rompió la voz de la madre—. Primero tu hermana y ahora tú. Es como si me hubiesen cortado una pierna y ahora fuesen a cortarme la otra.

—Pero ¿qué dices, mamá?

—Saber que estás ahí es echar sal sobre la herida.

—No te preocupes, yo estoy bien —dijo Lolo mientras acariciaba a Fuga. Tumbada sobre un costado, había cerrado los ojos y lanzaba pequeños ronquidos—. Entonces ¿puedo llevarme a la perra a casa?

Ella dudó antes de contestar.

—Bueno, ya hablaremos de eso.

—¡Por favor! —insistió el hijo—. Nunca os pido nada.

La voz de la madre se alejó del móvil y llamó otra vez al padre. Lolo lo oyó contestar, pero sonaba muy distante y no logró distinguir lo que decía. La madre se dirigió de nuevo a él:

—Hijo, el taxi llegará a recogernos en quince minutos. Tú no te muevas de donde estás, no hables con nadie y no cojas nada que te ofrezcan. Vamos a encontrarte aunque tengamos que ir preguntando de chabola en chabola.

Lolo volvió a sentarse y reposó la cabeza en el muro. Estaba cansado, muy cansado, y se aferró a la voz de su madre para oír lo que deseaba, lo que necesitaba escuchar: Lena, Fuga y él iban a volver a casa. Sus padres iban a hacerse cargo de ellos. Sólo tenía que esperar a que aparecieran. De su pecho escapó un leve suspiro de alivio.

—Llamadme cuando lleguéis —dijo—. Yo voy a seguir llamando a Lena para avisarla de que venís a recogernos. Seguro que entre papá, tú y yo la convencemos para que vuelva a casa.

El tono de la madre cambió. Se hizo más pausado, más distante.

—Hijo, es imposible localizar a tu hermana cuando a ella no le apetece. Yo sé cuánto la quieres, pero no podemos hacer nada.

El aire pareció enrarecerse de nuevo y los hombros de Lolo se vencieron hacia delante.

—Te equivocas —dijo—. Lena me ha dicho que a lo mejor viene conmigo a casa. Te lo juro.

—Tu hermana dice lo que quieres oír para luego hacer lo que le da la gana.

—¿Por qué dices siempre «tu hermana»? ¿Por qué no la llamas por su nombre?

La madre suspiró.

—Lolo, Lena es mi hija, igual que tú. Pero te miente a ti, me miente a mí, nos miente a todos.

—Vosotros también mentís —objetó Lolo—. No me dijisteis que la habíais echado de casa.

—¿Te ha dicho eso? —la indignación hizo temblar la voz de la mujer—. ¡Se marchó ella, nosotros no la echamos!

El hijo frunció el ceño.

—Déjalo, da igual, lo único que importa ahora es sacarla de aquí.

Ella lo interrumpió.

—No, no da igual —afirmó, desesperada—. No tienes ni idea de la locura que ha sido este año.

¡Ni te lo imaginas! Tu hermana... —vaciló un instante—... Lena no duró ni un mes en el último centro. Estuvo exactamente veinticuatro días. ¡Veinticuatro días! Regresó a casa como quien ha estado en un campamento de verano. Nos dijo que no iba a volver, que no le servía para nada.

—Sí, lo sé —asintió Lolo—, me lo ha contado.

—¡A saber qué te ha contado! —repuso la madre—. Tu padre y yo le pedimos que eligiera otro centro; insistimos tanto que aceptó. Nos prometió que ingresaría. ¡Otra mentira! Para cada centro que encontrábamos tenía una pega: que si éste era sólo de mujeres, que si de aquél no le habían hablado bien... Nosotros no nos atrevíamos a pensar que nos estuviese mintiendo... —resopló con amargura—. ¿Tú conoces el síndrome del traje del emperador?

Lolo titubeó.

—¿El cuento?

—El cuento no, hijo, aunque viene de ahí. Alguien miente y los demás aceptan la mentira para no provocar un enfrentamiento. Eso era lo que nos pasaba a tu padre y a mí, me lo explicó mi psiquiatra —la madre hablaba a borbotones—. Tu hermana nos dijo que quería dejar la droga, pero curiosamente ningún centro de desintoxicación le convenía. Según ella, era muy importante escoger bien el sitio para no volver a recaer. La misma cantinela de siempre, pero nosotros queríamos creerla. ¡Necesitábamos creerla! Cuando tu padre planteaba la más mínima duda sobre su sinceridad, yo me ponía como loca. Y lo mismo le sucedía a él cuando la que desconfiaba era yo —la madre lanzó un bufido—. ¡La locura es contagiosa! Lo único que conseguimos fue que asistiera a una terapia de día mientras nosotros continuamos buscándole un centro por toda España.

—Todo eso ya me lo ha contado Lena —la interrumpió Lolo.

—¿Te contó también que no dejó de consumir ni un solo día desde que entró en casa?

El chico no dijo nada.

—¡Ah, eso no te lo contó!

Lolo se puso en pie con Fuga en brazos y se acercó a la bañera. El fuego lamía su vientre descascarillado. Las llamas habían deshecho el esmalte blanco, dejando al aire la fea chapa oscura que había debajo.

—¿Y vosotros? —acusó a la madre—. ¿Me contasteis vosotros lo que sucedía? En todo el curso no me dijisteis ni una palabra y eso... ¡eso también es mentir!

—Hijo, ¿para qué te lo íbamos a contar? ¿Para que sufieras? Mira de qué ha servido que supieras que tu hermana conseguía dinero en el aeropuerto. Si sólo te hubiésemos dicho que se había ido de casa, ahora no estarías ahí, en ese infierno —la madre suspiró—. No le des más vueltas a la cabeza. No puedes hacer nada.

—Claro que le doy vueltas a la cabeza. ¡Si tengo un cerebro es para pensar!

—¡Como si lo de tu hermana tuviese arreglo! Como si tú o... o tu padre con su localizador pudierais haberlo evitado. ¡Es ella la que tiene que querer curarse! Va a cumplir veintiséis años, no es una niña.

—No es una niña, pero no está bien. Necesita que la ayudemos —replicó él.

—Bien tiene la cabeza para mentir y engañar —la voz de la madre bajó hasta convertirse casi en un murmullo—. Hijo, tu hermana no quiere a nadie. No se quiere ni a sí misma.

Tu hermana. Tu hermana. Tu hermana... Las dos palabras resonaban en la cabeza del chico. Era como si su madre hubiese renunciado a su hija y Lena ahora sólo fuese la hermana de Lolo.

—A lo mejor si yo hubiese estado en casa, no se habría marchado —protestó él—. ¡Pero siempre me habéis mantenido aparte!

—¿De qué hablas? ¿Qué estás diciendo? Si te mandamos a Irlanda fue por tu bien.

La imagen de Wexford con sus calles de piedra y el azul plumizo del puerto irrumpió en la cabeza de Lolo. Pensó en el frío y la lluvia y los cielos encapotados. Pensó en el silencio en el que se había encerrado para protegerse de lo que las palabras podían traerle. Y, al instante, todo se desvaneció, como si el tiempo que había pasado allí fuese una ridícula cascarilla entre su vida de antes, con Lena y sus padres, y la realidad presente y abrumadora del poblado.

—No quiero hablar de Irlanda... —dijo, y estrechó a Fuga contra su pecho—. Voy a colgarte, mamá. Tengo que llamar a Lena y me estoy quedando sin batería. No me voy a ir de aquí sin ella.

—No me cuelgues, hijo —imploró la madre—. ¿Tú me estás escuchando? ¡No quiere irse! ¿Crees que nosotros no lo hemos intentado?

—Vosotros habéis tirado la toalla, pero yo no. Si vieras dónde está Lena, no hablarías así.

—¡Ya lo hemos visto! —estalló la madre—. Hasta hablamos con Ema.

Al oír el nombre de la gitana, Lolo abrió mucho los ojos.

—¿La c-conocéis? ¿Habéis estado aquí?

—Sí —la madre guardó silencio para meditar lo que iba a decir y lo que iba a callar—. Lena se fue de casa, pero regresó de nuevo a los diez días. ¿Te ha contado eso?

—No —dijo Lolo.

—Estaba muy sucia, parecía una... una... —sollozó, incapaz de seguir—. Nos juró que iba a dejarlo de una vez por todas. La creímos, necesitábamos creer que era verdad, pero le pusimos una condición: que esta vez no consumiría mientras hacíamos las gestiones para ingresarla en un centro. A los dos días, tenía unos dolores horribles, no dormía, no comía... Nos rogó que la lleváramos al poblado, que sólo quería quitarse el mono hasta que ingresara... Al principio dijimos que no.

Lolo tuvo la sensación de que su madre contaba la historia dando vueltas. A medida que avanzaba, cada círculo era más profundo que el anterior.

—¿Bajasteis aquí c-con ella?

—Nos llevó a casa de Ema —asintió la madre—. Le rogué a la gitana esa que nos ayudara, que Lena se iba a morir si seguía así. Se lo pedí a ella, a esa garrapata que engorda a costa de tu hermana y de todos esos desgraciados que estaban allí medio muertos. Se lo rogué a ella y también al griego ese asqueroso. ¿Lo conoces? ¿Sabes de quién te hablo?... La gitana me juró que ella siempre le decía a Lena que dejara la droga. Y el otro, igual.

El suelo pareció temblar bajo los pies de Lolo, que descendía a lo desconocido siguiendo la voz de su madre:

—¡Son unos mentirosos!

—S-si habéis estado aquí... —a Lolo le flaquearon las piernas y tuvo que sentarse en el suelo —, ¿p-por qué decís q-que no sabéis venir?

—Porque no sabemos. Era de noche y nos guio Lena. Estábamos desesperados, con tu hermana temblando y gimiendo en el coche. Ni nos fijamos en el camino... Aquella fue la primera y la última vez que fuimos al poblado. Al día siguiente tu hermana volvió a irse de casa y ya no regresó —la madre se detuvo, como si necesitara apartar el recuerdo antes de proseguir—: Nosotros ya hemos hecho lo que estás haciendo tú y no sirvió de nada.

Se hizo un silencio que se fue tornando más y más pesado. Lolo sentía los latidos de Fuga igual que si tuviese el corazón del cachorro en la palma de la mano.

—Lolo... ¡Lolo! ¿Me estás escuchando? —dijo la madre.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no dices nada? ¿No entiendes lo que te digo?

El chico calló. Darle la razón significaba renunciar a buscar a Lena. Las palabras de la madre eran una red para atraparlo. Para llevarlo junto a ella y junto a su padre y volver la espalda a su hermana. Abandonarla. Traicionarla.

—¿Qué quieres que diga? —contestó al fin sin tartamudear—. Acabo de enterarme de que bajasteis al poblado, de que le comprasteis droga a Lena... —hablaba tan despacio que parecía estar pensando en voz alta—. A saber cuántas cosas no me habéis contado todavía.

—¿Y tú? —se defendió la madre.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir?

—¿Tú no sabías lo que pasaba con tu hermana? ¿Nunca viste nada?

La imagen de la pequeña báscula dentro del zurrón de cuero de Lena irrumpió en la cabeza de Lolo. A pesar del calor, sus labios temblaron.

—¿Ahora t-tengo yo la culpa?

—Claro que no, hijo. Perdóname, no sé lo que digo. ¡Nadie tiene la culpa! La culpa sólo es de la droga —la indignación entrecortó su voz—. ¿Tú te crees que tu hermana me ha dicho que Esma se porta con ella mejor que yo? ¡Que yo, que soy su madre! El día que no tenga dinero se va a enterar de quién es esa gitana.

—Mamá, cálmate, por favor.

Lolo oyó un gemido.

—Sé que enterraré a mi hija.

—¡No digas eso!

—Es la verdad. El psiquiatra me está preparando.

—¿Te está p-preparando para la muerte de Lena? Pero ¿q-qué psiquiatra es ése? —exclamó, indignado.

—Un psiquiatra muy bueno. Tu padre también debería ir, pero no quiere. Y tú, tú también deberías ir.

—¿Yo? ¡Ni hablar!

La mujer lo interrumpió.

—No quiero discutir, sólo quiero que vuelvas a casa —su voz se alejó del móvil—. ¿No ha llegado todavía el taxi? ¡Vuelve a llamar! —con un bufido se dirigió de nuevo a su hijo—: Son las cinco menos diez de la mañana. Vamos a ir a buscarte y tú no vas a regresar allí nunca más. Lolo, escúchame, por favor. Tenemos que seguir adelante. No podemos permitir que esto acabe con la familia.

—No pienso irme sin Lena —insistió él—. Yo puedo convencerla.

—¿Por qué te va a hacer caso a ti si no nos ha escuchado a nosotros?

La respuesta le vino a Lolo como una revelación:

—Porque yo soy su hermano y vosotros sois sus padres.

—Se acabó —replicó ella con súbita furia—. Tú eres menor y haces lo que te diga yo. Ahora mismo bajo con tu padre a por ti y, como no te encontremos, vamos a ir a la comisaría y a la Guardia Civ...

Lolo colgó el teléfono.

Le temblaban las manos. Marcó el número de su hermana, pero la señal dio paso al mensaje de que el móvil estaba apagado. ¿Cómo podía decir su madre que tenían que seguir adelante sin

Lena? ¿Cómo iban a vivir como si nada pasara? ¿Cómo harían para saber y no saber al mismo tiempo?

Tiró del faldón de la camiseta para envolver a Fuga, se alejó de la bañera y se incorporó a la Gran Vía.

No sabía hacia dónde dirigirse; caminaba atento a los portones, a las alambradas, a las hogueras y a los machacas por si reconocía la valla azul de Esma, su bidón agujereado como una calabaza de Halloween, a Billy... Pero todo se le antojaba similar. Todo, desconocido. Un mastín se atravesó en su camino y el chico se detuvo asustado, pero el animal se alejó deprisa con el rabo entre las piernas. Los yonquis que deambulaban por la Gran Vía parecían compartir el mismo miedo, despedían el mismo olor. Pero ninguno, ni ellos ni los perros que vagaban sueltos, escapaba del poblado. Aquello era su hogar.

¿El poblado era el hogar de Lena?

¿Qué significaba «hogar»? se preguntó el chico. ¿Se habría enganchado su hermana a la heroína porque no era feliz en casa? ¿O se habría marchado de casa por culpa de la heroína? No sabía por qué había comenzado a alejarse ni en qué instante se había apartado de ellos definitivamente, pero su ausencia cuestionaba todo: el hogar, a sus padres, también a él.

Lo que él habría podido hacer. Lo que habría podido dejar de hacer.

Su silencio.

Necesitaba que Lena regresara. Por ella. Por ellos.

Dobló el cuello hacia Fuga y susurró:

—Voy a sacarla de este agujero.

Comenzó a hablar al cachorro en voz baja sin dejar de caminar. Nadie le prestaba atención. Era otro chico largo y flaco hablando solo con la cabeza inclinada hacia el suelo.

El sonido de un motor a su espalda le hizo volverse. Vio la alargada luz azul parpadeante en la parte superior del vehículo y los dos faros que avanzaban lentamente hacia él. Aceleró el paso, pero el coche lo alcanzó enseguida y se detuvo a su lado.

—Tú, para —ordenó la voz de un hombre desde la ventanilla del copiloto—. Documentación.

La luz de una linterna cegó a Lolo. Con cuidado de ocultar a Fuga, sacó la cartera y tendió el DNI.

—¿Qué llevas ahí? —dijo el policía—. Agáchate, que te vea mejor.

—A mi p-perra —balbuceó Lolo y se la mostró.

Deslumbrada por la linterna, Fuga mostró los dientes y gruñó. El chico la apartó rápidamente y luego se encorvó para situarse a la altura de la ventanilla. La luz azul del techo del coche parpadeaba en su rostro.

—¿Los envía m-mi madre?

El conductor le chistó, mientras llamaba a la central. Con la vista baja, Lolo aguardó mientras escuchaba cómo transmitía sus datos por la emisora. Junto a sus rodillas, sobre la puerta azul marino del vehículo, estaban pintadas la bandera de España y las palabras Policía Nacional.

—Está limpio —dijo el agente al volante a su compañero.

Una voz metálica se alzó sobre el crepitar de la emisora:

—¿Habéis encontrado al Chino?

—No, seguimos buscando.

El rostro del conductor no se distinguía en la penumbra del vehículo, pero Lolo pudo observar al de la ventanilla, que había apagado la linterna. Era pelirrojo y, aunque parecía joven, había en él un leve envaramiento que le recordó a la agente con coleta que lo había atendido en el

aeropuerto. Eso había sucedido la tarde anterior, pero le pareció muy lejano.

—Estoy buscando a mi hermana —dijo, igual que había dicho en la T4—. Se llama Elena Sierra.

El pelirrojo observó su cara de niño.

—Tú eres nuevo. No te había visto antes por aquí.

—Sólo he venido para llevar a mi hermana a casa.

El policía se volvió hacia su compañero, que se encogió de hombros.

—Danos la filiación —dijo el pelirrojo.

—¿Q-qué es eso? —preguntó Lolo.

—El año de nacimiento de tu hermana.

—Mil novecientos noventa y tres.

—Elena Sierra nueve tres —asintió el agente bajo la mirada expectante del chico—. ¿Saben tus padres que estás aquí?

—Sí —afirmó con rapidez y, antes de que el otro preguntara más, continuó hablando—: Mi herm...

—¡Chivato! —gritó alguien a su espalda.

Lolo se volvió como si le hubiesen dado un latigazo. A la puerta de un chamizo aguardaba un machaca. A Lolo le pareció ver el brillo malicioso de sus ojos bajo las greñas. En una hoguera cercana, dos hombres gitanos observaban la escena. Uno era muy delgado y el otro, muy gordo y calvo. El delgado iba vestido de negro y llevaba un sombrero también negro ladeado sobre el cabello blanco. Guiñó un ojo al chico y le sonrió sin separar los labios. También sonreía el gordo, con las manos metidas en los bolsillos de sus bermudas a cuadros.

Lolo enrojeció y giró el rostro hacia el policía.

—¿Podemos alejarnos un poco de aquí?

—Chaval, no tenemos toda la noche —rezongó el conductor.

La nuez subió y bajó en el largo cuello del chico.

—M-mi hermana está en la casa de una mujer q-que se llama Esma —susurró—. No sé cómo ir y la estoy llamando, pero tiene el móvil apagado. ¿Ustedes conocen a Esma? ¿Saben dónde vive?

Los dos agentes intercambiaron una mirada.

—Tu hermana no está allí —dijo el conductor.

—¿No está? —preguntó sobresaltado Lolo—. ¿Cómo que no está?

—Hemos pasado por casa de Esma y allí no había ninguna mujer.

—¿Se ha ido?

—No creo, estará por otro fumadero —repuso el pelirrojo—. Cuando la gente se queda a vivir en el poblado, ya no sale de aquí.

—¡Mi hermana no vive aquí! —protestó él—. Vive en una pensión. Me lo ha dicho ella.

El otro chascó la lengua.

—Los yonquis siempre regresan al poblado. Son como los peces, salen a que les dé el aire y enseguida vuelven a hundirse.

El conductor resopló con ironía. Como no se le veía la cara, su voz parecía salir de la oscuridad del vehículo.

—Yo he visto a yonquis moribundos cuando el Samur los sacaba del poblado y, al cabo de unas semanas, me los he vuelto a encontrar caminando por esta calle. Aquí terminas por creer en la resurrección.

—Mi hermana no vive aquí —repitió Lolo. Tomó aire y estrechó a Fuga. La perra le lamió la

muñeca—. Si ahora no está donde Esma, volverá. Me dijo que me esperaría para volver conmigo a casa.

Lo afirmó con una ingenuidad tan rotunda que el pelirrojo sacó la mano por la ventanilla y le dio un golpe cariñoso en el hombro.

—Monta en el coche. Es muy tarde, es mejor que vuelvas con tus padres. Hay una patrulla en la rotonda. Te vamos a dejar con los compañeros para que te acerquen a casa.

—No puedo irme —rechazó Lolo.

El conductor alzó la voz:

—Tenemos que seguir.

—Aguarda un minuto —replicó el otro. Luego se volvió hacia Lolo—. ¿Has ido a la iglesia a preguntar al cura?

El chico lo miró con súbito interés.

—¿Qué iglesia?

—La del poblado. El cura es un buen hombre, quizá te pueda ayudar.

—¿A esta hora?

—Esa iglesia no cierra nunca.

—¿Dónde está?

Lolo aferró la ventanilla con la mano que tenía libre.

—Sigue recto y en la bifurcación toma el camino de la derecha hasta el final —le indicó el pelirrojo—. ¡Y ten cuidado! —se despidió.

El chico separó la mano de la ventanilla y el coche se marchó, su barra azul parpadeando a lo largo de la Gran Vía. A su espalda se escuchó una voz burlona:

—¡Que lo paséis muy bien!

El gitano flaco y el gitano gordo habían alzado sus varas para despedir a los policías.

Lolo se alejó a grandes zancadas. Siguió las indicaciones y, en la bifurcación, tomó el camino de la derecha. Era una senda de tierra flanqueada por casas abandonadas. Durante un tramo anduvo a oscuras. Aunque no era un trayecto largo, la negrura hizo que se lo pareciera, pero el pensamiento de que un cura iba a ayudarlo lo animaba. El deseo de encontrar a Lena era una pepita de oro que hacía posible lo imposible y calentaba su corazón. Los policías se equivocaban. Ellos no conocían a su hermana. Lena lo esperaba, se lo había prometido antes de pasar a la casa de su amiga Martina.

Reconoció la gran cruz metálica en la explanada. De manera automática, sus ojos se desplazaron hacia el montículo que se levantaba a la derecha. La había visto desde allí mientras Mikis hablaba con el machaca de los Culata. Al percibir el resplandor de la hoguera en la cima, estrechó a Fuga y se alegró de la distancia que los separaba. Estaban a salvo.

Detrás de la cruz había un edificio blanco y achaparrado, con un tejado rojo y una puerta en forma de arco. Más que una iglesia parecía un mesón de carretera. En torno a ella se veían pequeñas tiendas de campaña y temblaban algunas hogueras, pero alrededor de los fuegos sólo había yonquis.

En aquella explanada no se veía a ningún gitano.

A la izquierda de la cruz estaba aparcada una furgoneta. En un lateral del vehículo había una barra portátil de acero inoxidable con unas lámparas de camping gas encendidas en los extremos. Dos hombres y una mujer repartían comida a los yonquis que se acercaban. Un gemido escapó del cuerpo de Lolo. El chico se llevó una mano al estómago y tuvo la sensación de que ésta se hundía, como si bajo la piel sólo hubiese vacío. Decidió acercarse. Preguntaría por Lena y, de paso, quizá

conseguiría algo para comer. Varias personas aguardaban su turno y se colocó detrás de una joven rubia. No parecía una yonqui, llevaba el cabello trenzado y unos pantalones vaqueros cortos con una limpia camiseta azul claro.

Las lámparas iluminaban las manos renegridas y los rostros consumidos de los hombres y de las mujeres que recogían los alimentos. Algunos devoraban lo que les daban, pegados a la barra, mientras charlaban y bromeaban con quien los había atendido. En cuanto acababan de comer, tiraban los envoltorios y los tetrabriks vacíos al suelo antes de alejarse y perderse de nuevo en las sombras.

A la chica de azul le llegó su turno.

—¿Me das unos actimeles? —le pidió a uno de los hombres que estaban tras la barra.

Él le tendió tres y añadió un paquete de pan de molde y unos donuts de chocolate. Era un tipo corpulento con perilla y ojos claros.

—¿No quieres venir con nosotros? —le dijo.

—No, hoy no puedo —contestó ella.

Él la contempló con expresión afable.

—¿No has pensado nunca en venir?

—Sí, lo he pensado muchas veces —respondió la chica con una sonrisa fugaz—. Pásame una caja, ¿vale? Así lo llevo todo.

El hombre se inclinó tras la barra y cuando se irguió sujetaba en las manos una caja de cartón vacía.

—Toma.

Ella colocó dentro la comida y él le ofreció una tarjeta.

—El día que te decidas, aquí tienes el número de teléfono donde puedes ingresar. ¡Dios te bendiga!

La joven se alejó a toda prisa y el hombre se dirigió al chico.

—¿Quieres comer algo?

Al ver la comida, el estómago vacío de Lolo se acalabró. Ya no protestaba, pero dolía.

—No tengo dinero —dijo el chico.

—Es gratis.

Le tendió un bocadillo y un refresco de naranja.

—¿Qué años tienes?

Lolo dio un largo trago al refresco con los ojos cerrados antes de contestar:

—Dieciséis.

El hombre enarcó las cejas con ademán cómplice.

—A tu edad yo ya me había metido de todo, pero se puede salir, mírame a mí —afirmó con elocuencia. Lolo dio otro trago al refresco hasta acabarlo—. Yo vivía aquí, en el poblado. Estaba tan enganchado que venían mis padres a buscarme, me montaban en el coche a la fuerza y yo me tiraba en marcha para quedarme. Estuve dos veces en Proyecto Hombre, pero el diablo está como loco por volverte a coger otra vez. Caer cayó Pablo, y cayó Pedro tres veces. Hasta pensé en suicidarme, pero viví un milagro —con el índice señaló el letrero que llevaba sobre el chaleco reflectante. En letras bordadas se leía: «Ángeles de la Calle»—. Ellos hicieron el milagro —miró al chico con su expresión afable—. ¿Por qué no te vienes con nosotros?

—No puedo, estoy buscando a mi hermana —Lolo sacó el móvil y le enseñó la foto de Lena—. ¿La conoces?

El otro negó con la cabeza mientras se atusaba la perilla.

—¿Ella también está enganchada?

—Yo no estoy enganchado —se defendió el chico.

—Eso creemos todos... —dijo el hombre—. Nosotros estamos aquí no sólo para ofrecer alimentos, sino para ayudar a gente como tú. Anda, vente, te das una ducha y mañana te vuelves, pero al menos esta noche duermes en blando.

—No lo necesito. Vivo con mis padres.

—Aprovecha esta oportunidad, chaval —el hombre apoyó las manos sobre la barra y se inclinó hacia él—. Vida sólo tenemos una. Esto no es la PlayStation, aquí no se puede guardar la partida: cuando se acaba ya no hay vuelta atrás.

—Yo no soy drogadicto —insistió Lolo.

El otro suspiró.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó, señalando el bulto en la camiseta del chico—. ¿Es un perro? Lolo asintió. Una sonrisa de lástima apareció en el rostro del hombre:

—No tienes por qué estar solo.

—No estoy solo —mintió el chico—. Me esperan unos amigos en la iglesia... ¿Me puedes dar otro refresco? —le pidió.

Junto al refresco el hombre le dio una tarjeta, como había hecho antes con la chica de azul. Lolo se apresuró a despedirse y se dirigió hacia el templo. La puerta estaba abierta de par en par. Los únicos muebles en la nave desnuda eran la mesa rectangular que hacía las veces de altar y varias sillas disparejas. En la pared alguien había pintado, con trazos infantiles, un paisaje con montañas, un largo río y un cielo azul donde flotaban unas nubes rechonchas. En el centro de aquel cielo colgaba una cruz de madera. Un sombrero de paja y un cayado pendían de uno de sus travesaños. De unos tiestos emergían los largos tallos de unos potos, que se extendían por el suelo como dedos verdes.

Había seis o siete personas sentadas en las sillas dispersas por la nave. Algunas dormitaban. Junto a la puerta charlaban un negro con rastas y un blanco con una gorra y una linterna frontal. Lolo se dirigió a ellos y les preguntó por el cura.

—¿Luis? —dijo el blanco. Pegado a la comisura de la boca llevaba un pitillo apagado—. Estará por ahí, ya aparecerá.

El chico agarró una silla y se sentó cerca de los dos hombres. Sacó a Fuga de la camiseta, se la colocó en el regazo y, sin más demora, quitó el papel de plata del bocadillo. De inmediato, la perra apoyó las patas delanteras sobre su pecho y comenzó a gemir con los ojos fijos en las rodajas de chorizo que asomaban entre los dos trozos de pan. Lolo partió un pedazo, desmenuzó un poco de chorizo y lo colocó todo en el suelo junto a la perra, que hundió el hocico en la comida. Él devoró el resto, se echó atrás en la silla y cerró los ojos.

Se sentía aturdido, como la víctima de una explosión. Todo lo que sus padres y su hermana no le habían dicho durante años había caído sobre él en una noche. Habían vivido juntos mudos y ahora el silencio había saltado por los aires.

¿Cuánto habían conocido sus padres y él sin llegar a admitir lo que sabían? Habían visto, habían sabido, pero todos habían ideado sin darse cuenta un modo de no ver, un modo de no oír. De no saber. No eran culpables de la situación de Lena, decía la madre. Pero ¿eran inocentes?

¿En cuántas ocasiones había visto él a su hermana trapicheando? De nuevo pensó en el morral con la báscula en el armario de Lena. ¿La había visto alguna vez drogada? No conseguía recordarlo, pero ¿sus recuerdos eran verdaderos o falsos?

¿Qué recordaba? ¿Qué había olvidado? ¿Por qué lo había olvidado?

El poblado era un puñetazo de exactitud. Su fea realidad había fulminado los engaños, los silencios, los sobreentendidos, las frases evasivas... El frágil búnker en que se había convertido el hogar familiar para defenderse de la adicción de Lena.

Estaba tan fatigado que el sueño ahogó su angustia y se adormiló. Despertó sobresaltado al oír unas carcajadas. A unos pasos de él, el negro y el blanco hojeaban un periódico deportivo.

—Mira a Modrić, no jodas —se rio el blanco—. ¡Lo feo que es el tío y lo buena que está su novia!

—Ésa está con él por amor —se burló el negro.

—Oye, pues tú eres todavía más feo que Modrić mojado. El día menos pensado te veo en la tele con Sofía Vergara.

Los dos rompieron a reír de nuevo.

Lolo se restregó los ojos y de un rápido vistazo comprobó que Fuga seguía a sus pies. Se levantó y se dirigió hacia los hombres. Tocó en el brazo al blanco para llamar su atención.

—¿Y el cura? —volvió a preguntarle.

El otro lo miró con extrañeza, como si fuese la primera vez que lo veía.

—Ése ya no viene esta noche.

Lolo sintió una punzada de pánico. ¿Cómo iba a salir de allí si no encontraba a Lena? ¿Se habría olvidado de él? ¿Sería capaz de irse del poblado sin esperarlo? ¿Se habría ido ya? ¿O se habría escondido para que no diera con ella? ¿Y si su madre tenía razón? Lena no había mostrado ningún interés por él, ningún afecto.

El miedo, como en una rueda, dio paso a la culpa. No, la madre no tenía razón. Hablaba de Lena como de una pierna que le hubieran amputado, pero su hermana estaba allí, en el poblado, no era un miembro fantasma. Estaba viva y cada paso que daba lo daban también sus padres y él como movidos por una fuerza sonámbula. Una familia era más que la suma de sus partes; era un organismo extraño y complejo. Cuanto más deteriorada estuviese Lena, más deteriorada estaría la familia. Pero eso funcionaba también a la inversa. Si la familia resistía, Lena resistiría.

Bastaba con convencerla para que volviese a casa.

Regresó a recoger a Fuga. Al lado del cachorro se veía una mancha oscura de pis y restos de caca.

—¡Serás guarra! —musitó Lolo.

Arrastró la suciedad bajo la silla con el papel de plata del bocadillo. Se limpió los dedos en el vaquero y, con la perra bajo el brazo, salió de la iglesia y se alejó por el camino por donde había llegado.

Al entrar en la oscura senda de tierra que llevaba a la Gran Vía le pareció que el aire era más denso, como si encerrara parcelas de materia opaca. El espacio, sin contornos definidos, se volvió casi inmaterial. No se escuchaba ningún ruido y aquel silencio, lejos de calmarlo, lo inquietó. Pensó en su madre, que le había implorado que se marchara del poblado. Pensó en los policías, que lo habían invitado a subir al coche para sacarlo de allí. Pensó en su hermana, que le había ordenado en el fumadero de Esmá que se fuese a casa. A cada paso que daba, la resolución de Lolo se iba tornando en incertidumbre y su corazón se enfriaba.

Cerca de él resonó un crujido. Se detuvo para intentar distinguir en las sombras. En aquel paisaje de grises y negros sorprendió un destello verde. La imagen del tigre de los Culata recorriendo hambriento los descampados irrumpió en su cabeza. Con manos temblorosas, alzó a Fuga y hundió el rostro en su cuerpo. Cerró los ojos y se refugió en su olor tibio y áspero. Era el olor de la mano de su hermana sujetando su mano. Y, de golpe, la canción llegó entera a su lengua:

—*Al jardín de la alegría quiere mi madre que vaya / a ver si me sale un novio lo más bonito de España*—sin separar el rostro del cuerpo del cachorro cantaba en voz baja, moviendo apenas los labios—. *Vamos los dos, los dos, los dos, / vamos los dos en compañía, / vamos los dos, los dos, los dos / al jardín de la alegría.*

Bajo el soplo de la música, siguió caminando con el pecho ensanchado, la columna enderezada, la cabeza erguida. Estaba desorientado, pero el ritmo y la repetición hipnótica sosegaban su miedo. Vagaba cantando y la canción vagaba por el aire como el humo. Las palabras escapaban de su boca y con ellas, como si la letra fuese una cremallera, se unieron la parte alegre y la parte oscura de la infancia de Lolo: la frustración y la ira por la esencial injusticia de la vida que le había hecho nacer tartamudo, pero también la felicidad.

Los momentos de felicidad con su hermana.

Lena había pasado muchas horas cantando con él cuando era niño, repitiendo palabras, rescatando el significado del astillamiento que sufrían en su boca. La tartamudez de Lolo era un corazón secreto y doloroso. Ella había entrado en esa herida de puntillas, sin hacerle daño. Sobre lo que para él era un fracaso, Lena había construido un puente.

Ahora le tocaba a Lolo tender ese puente hacia ella.

Aún no sabía cómo.

Vio a lo lejos el parpadeo de las llamas, el latido de aquella larga noche que no tendría fin hasta que encontrara a Lena y la sacara de allí.

Antes que al hombre, vislumbró de nuevo aquel brillo verde. Ya no era un mero destello, sino que flotaba fantasmal a media altura y se aproximaba hacia él. La canción se congeló en la boca de Lolo. De entre las sombras se desgajó una figura y, antes de que pudiera salir corriendo, se plantó ante él.

—¿Dónde vas? —le dijo con brusquedad. Se llevó una mano a la frente y encendió una linterna frontal.

Deslumbrado, el chico bajó la vista. Reparó en la venda deshilachada en el brazo derecho y los pantalones atados con una cuerda a medio culo. Al lado del hombre aguardaba un galgo negro con un collar fluorescente verde. Detrás de ellos la oscuridad parecía haberse coagulado a ras del suelo en bultos de distinto tamaño.

Lolo reconoció al Piojo con su cortejo macilento de perros.

—Soy el hermano de Lena —se apresuró a contestar—. Estaba c-con Mikis cuando os visteis antes en el camino que iba a casa de los Culata, ¿no te acuerdas?

—¿Qué Mikis?

—Mikis, el griego. Tú le enseñaste un p-pendiente que habías encontrado.

Se hizo un silencio.

—¿Qué eres? ¿Policía? —preguntó, finalmente, la voz desabrida del Piojo—. ¿No serás de la secreta?

—No, s-soy el hermano de Lena —repitió. Tomó aire para no tartamudear y dijo despacio—: ¿La conoces?

El otro no dijo nada. Tan flaco y sucio parecía un diablo. Dirigió la linterna al cielo y chascó la lengua.

—Ya no tengo el pendiente. Lo cambié por el collar del Rufino.

Lolo miró el fantasmal círculo verde. Aquel color daba al galgo un aire aún más extenuado.

—Muy chulo —dijo y, con una tímida sonrisa, añadió—: Menudo susto me he llevado cuando lo he visto. No sabía qué era.

El Piojo palmeó al perro en la cabeza.

—El Rufino es un sabueso. Te oyó cantar desde la explanada de la iglesia y olió que eras nuevo.

—¿Me estabais si-siguiendo? —balbuceó el chico.

El hombre no contestó y alargó un brazo hacia él. Fuga alzó el hocico para olisquearlo, pero los dedos del Piojo se detuvieron en el aire, encima de la cabeza gris del cachorro, y señalaron la corona de la reina impresa en la camiseta.

—¿Eres punkarra?

El chico negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Yo soy *jipo* —se llevó la mano al cuello y comenzó a rascarse bajo la oreja. Sus uñas, rotas y negras, se desplazaban vigorosas de abajo arriba mientras él arrugaba la cara—. ¿Dónde está el griego?

—No lo sé... —Lolo titubeó—. Estoy buscando la casa de Esma. Me he perdido.

Al oírlo, el otro dejó de rascarse. La luz de la linterna, enfocada hacia arriba, marcaba con extrañas sombras su rostro.

—Perderse es la única manera de llegar a los sitios que valen la pena —impostó la voz como si fuese un mal actor—. Te voy a llevar a otra casa donde tienen mejor mercancía y te tratan como a un cliente, no como a basura. La Esma no es de fiar. En su casa, como te descuides, te dan de hostias —con la mano hizo un gesto en torno—: ¡Aquí todos van a robar! Como vean que vas de tolai, enseguida te cogen la huella blanda. Yo soy de los pocos que hay legales en el poblado. ¡Has tenido suerte de encontrar al Piojillo!

—Tengo que ir donde Esma, mi hermana me está esperando —insistió Lolo.

—No se va a mover de allí —se mofó el otro—. La Quinquillera vive cerca, no vamos a tardar. Pillamos algo y luego te llevo con tu hermana.

—No quiero comprar nada. Yo no me drogo.

Una mueca de escepticismo se dibujó en la cara del hombre.

—No engañes al Piojillo: a todo el mundo le gusta la droga. ¡Si Dios creó algo mejor, se lo guardó para él! —exclamó con una carcajada.

—A mí no me gusta.

—Ya —dijo el Piojo.

Sin saber qué más decir, Lolo bajó la vista. Un extraño bulto abombaba el estómago del hombre y se movía de un lado a otro, como si fuese un ser vivo que tratara de escapar. Unos dientes apresaron el interior de la camisa. El chico dio un salto hacia atrás, pero el Piojo siguió hablando, imperturbable:

—Yo he intentado quitarme, pero no he podido. La droga es muy jodida. Te deja un vacío muy grande. De mil drogadictos se pueden quitar dos por sí mismos, por no decir ninguno.

Unos agudos ladridos lo interrumpieron. A sus pies, un chihuahua blanco daba saltos y movía el rabo con el rostro alzado hacia él.

—¿Tú dónde andabas, putilla? —dijo el Piojo, agachándose.

Con la mano libre se abrió un botón de la camisa y la metió dentro. Se escucharon unos violentos gruñidos y dos cabezas asomaron por el cuello de la prenda: la redonda de la chihuahua con sus grandes orejas puntiagudas y una negra y rizada de otro perro. Ladraban y se lanzaban dentelladas hasta que el Piojo inclinó el rostro y estalló en insultos. En la penumbra parecía un

violento animal con tres cabezas.

A Fuga se le erizó el lomo y se sumó al alboroto, y hasta el galgo negro alzó el hocico afilado al cielo y aulló. El Piojo se volvió hacia él y levantó la mano.

—¡Calla, Rufino!

El perro se encogió y enmudeció al instante. El hombre sujetó del cuello a la chihuahua y a la negra y las zarandó.

—Como no paréis, os dejo para las peleas.

—¿Para las peleas? —Lolo tragó saliva y cerró el hocico de Fuga para silenciarla.

Al percibir la alarma en la voz del chico, el Piojo resopló.

—Eh, que yo no les hago daño: les doy cariño. A la Jenny —señaló a la chihuahua— la encontré buscando comida entre los escombros. Parecía negra de las garrapatas que tenía. Y a la Laika —señaló al otro perro— la tenían encadenada. Estaba tan flaca que se le doblaban las patas. Al Rufino lo habían abandonado en una jaula entre su propia mierda, sin comida ni agua —miró al resto de la jauría, que aguardaba en torno a él, y una mueca de tristeza apareció en su rostro consumido—. Yo soy como ellos, un perro abandonado. Vaya donde vaya, me gritan qué hago allí y me echan. Por eso me siguen los animales, porque yo los entiendo. Son mis almas gemelas.

Hablaba con tono lastimero, pero el extraño silencio de los perros que lo rodeaban daba a sus palabras un eco perturbador. Desde el pecho del hombre, la chihuahua miraba a Lolo con sus dementes ojos saltones.

—Los perros te dan todo lo que tienen. Ellos no engañan, no mienten —afirmó el Piojo, y apuntó a Fuga con el índice—. ¿O no es verdad?

Lolo liberó el hocico de Fuga y le rascó tras las orejas.

—Sí —musitó—. Ésta es muy cariñosa.

—No es bueno que los perros estén solos —el hombre sacó de su camisa a la perra negra. Un colmillo retorcido le sobresalía de la boca—. ¿Por qué no me compras a la Laika para que le haga compañía a la tuya? Se llama como la rusa, la que enviaron al espacio. Ésa también era una perra callejera.

El chico negó con la cabeza.

—Mi madre no quiere perros en casa. Me ha costado convencerla para que me deje quedarme con ésta.

—Te la vendo barata.

—No tengo dinero.

Los delgados labios del otro se tensaron.

—Sígueme.

Al oír a su amo, los perros se levantaron renqueantes.

—¿Vamos a casa de Esma? —preguntó Lolo.

—No hagas preguntas y sigue al Piojillo.

Con un gesto brusco se llevó la mano a la frente, enfocó el camino con la linterna y se puso a caminar. El chico y la manada iban detrás, con las cabezas gachas. Lolo sostenía el cuerpo cálido de Fuga contra su pecho como si fuese un amuleto. Los otros perros evitaban su contacto, pero parecían empujarlo hacia delante, impidiéndole huir.

Al rato, llegaron a una furgoneta detenida en medio del descampado. Tenía las luces apagadas.

—¡Tío Manuel! —gritó el Piojo—. ¡Tío Manuel!

En el exterior del vehículo había un espejo, varios tiestos con plantas y un bidón humeante

donde aún brillaban las brasas de una candela.

—Éste ya ha echado el cierre —refunfuñó el hombre. Rodeó la furgoneta, seguido por Lolo y la jauría. Se detuvo al otro lado e hizo un gesto amplio con el brazo—. ¿No es *demasiao*? —los ojos le brillaban de nuevo.

El chico miró alrededor, pero lo único que llamó su atención fue un jacuzzi envuelto en su embalaje de plástico junto a una de las ruedas.

—Muy chulo —afirmó, igual que había dicho del collar de Rufino.

El otro no lo escuchaba. Su linterna enfocaba el lateral de la furgoneta, que alguien había coloreado con gruesos brochazos.

—El tío Manuel lo pintó a las cinco de la mañana, con un trapo y bien *empetao* —con un dedo señaló una mancha—. ¿No ves ahí una isla con una cabra? Y ahí hay una negra —dijo, señalando otra mancha—. ¡Qué buena está esa negra! Y ahí está el mar... No veas las cosas que se ven aquí. ¡Te pasas las horas!

Lolo se estremeció como si una ráfaga gélida se hubiera colado entre el olor caliente a humo.

—Tengo que irme —dijo. Sentía escalofríos y, al mismo tiempo, estaba sudando—. Lena me está esperando en casa de Esma.

El hombre se volvió hacia él y lo deslumbró con la linterna.

—Yo puedo oler el miedo igual que mis perros. Tú apestas —se aproximó y un tufo a basura golpeó al chico, que retrocedió—. ¡Dame todo lo que tengas! —le ordenó.

Lolo no distinguía la cara del Piojo, pero vio el brillo de un cuchillo en su mano. Cuanto más violenta era la luz, mayores eran las sombras en las que sentía que se hundía.

—No t-tengo dinero —tartamudeó—. Le di t-todo a Mikis.

—Vacíate los bolsillos.

El chico sacó la cartera y el móvil y se los tendió. El Piojo abrió la cartera y la tiró con un bufido al comprobar que estaba vacía. Luego dejó caer el móvil dentro de la camisa. Al sentir el golpe, las dos perras escondidas en el pecho rompieron a ladrar. La voz áspera del Piojo se mezcló con los ladridos:

—Quítate las zapatillas.

Lolo se inclinó para desanudar sus deportivas negras y dejó a Fuga en el suelo. Le temblaban tanto las manos que no era capaz de deshacer las lazadas. La linterna lo enfocaba. Aún no había conseguido quitarse la primera zapatilla cuando oyó una voz de mujer a su derecha:

—Aquí estás.

—¡Mira quién ha aparecido! —el Piojo dirigió la linterna hacia ella. Lolo ladeó la cabeza y vio el blusón rosa con las flores bordadas y la bolsa de rayas de colores—. ¿Dónde te habías metido?

Sin prestarle atención, ella se aproximó a Lolo con los brazos tendidos. Una expresión de viva alegría iluminaba su rostro. Cuando se inclinó sobre el chico, éste se dio cuenta de que no lo miraba a él, sino a Fuga. Antes de que pudiera apoderarse del cachorro, Lolo lo agarró y se puso en pie, estrechándolo contra su pecho. Ella también se irguió.

—¡Dame a la perra! ¡Es mía! —el chico le sacaba un par de cabezas y tuvo que alzar el rostro para observarlo—. ¿Tú eres Lolo? ¿El hermano de Lena? —lo que vio la hizo romper a reír—. Ahora pareces hermano del Piojo. Yo soy Noe, ¿no te acuerdas de mí? Te dejé a Fuga para que la cuidaras —alargó una mano hacia la perra—. Dámela.

Él retrocedió, pero Noe logró sujetar al cachorro y ambos empezaron a forcejear.

El Piojo los apuntaba con la luz de la linterna.

—¡Suéltala, no seas gilipollas! —gritaba Noe a Lolo. Tenía el rostro acalorado y los ojos le

brillaban enloquecidos—. ¿No ves que te estoy haciendo un favor? Como te pillen los Culata con ella te van a matar.

Presa de las cuatro manos que se la disputaban, Fuga gemía.

—¡Ayúdame! —gritó la joven al Piojo.

—¿Para qué quieres esa perra? ¿No te basta con los míos? —protestó él.

—Ayúdame, cabrón —aulló ella.

El Piojo se acercó a Lolo blandiendo el cuchillo.

—Como te muevas, te saco las tripas y las vendo.

El chico dejó de tirar y Noe le arrebató a Fuga. Iracunda, se volvió hacia el Piojo.

—¿Estás gilipollas? —bramó, y se colocó una mano de visera para protegerse de la luz de la linterna—. Es la perra del Tino.

—¿Y qué? —gruñó el otro, sin dejar de apuntar a Lolo con el cuchillo.

—Pero ¿tú no sabes nada? ¿No has estado donde los Culata? —replicó Noe. En sus brazos, Fuga se removía, intentando morderla—. ¡Quieta! —le ordenó la joven, y la metió en la bolsa de rayas, antes de seguir hablando con el Piojo—: Me han dicho que te habían visto ir para allá.

Él negó con la cabeza.

—Al final no fui. Me encontré con el Cartucho y me lio —como si lo hubiesen cogido en falta, señaló la luz verde fluorescente que brillaba a su espalda—. Me regaló el collar del Rufino.

Ella lo miró con recelo.

—¡Apaga esa linterna, que me estás dejando ciega!

El hombre enfocó el haz hacia el cielo mientras Noe comenzaba a hablar muy deprisa:

—Esta perra vale una fortuna. El griego me ha propuesto vendérsela a unos de Vallecas para las peleas. Quiere quedarse con la mitad del dinero.

—¡Menudo listo! —exclamó el Piojo.

—Eso mismo pienso yo.

A unos pasos de Noe, Lolo los escuchaba hablar. Ocupados con el dinero que iban a ganar, parecían haberse olvidado de él.

—Si la vendemos nosotros, no tenemos que darle nada a nadie —dijo ella—. Ese dinero es para ti y para mí.

—¡Cuidado! —rugió el Piojo, y enfocó su linterna hacia Noe.

Ella se dio la vuelta y vio a Lolo, que se había acercado para arrebatárle la bolsa con el cachorro. Le propinó un empujón y el chico tropezó con el jacuzzi, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Tanteó deprisa el suelo, agarró una piedra y se la arrojó a la mujer. Se escuchó un grito, el Piojo se giró y su linterna alumbró a Noe, que yacía en el suelo. La luz se volvió de inmediato hacia el chico y el hombre se abalanzó sobre él. El brillo del cuchillo se confundió con el filo de la luz.

—¡Te mato!

—¡Lena! ¡Lena! —rompió a gritar Lolo hasta que todo su ser fue un aullido.

De pronto, el Piojo lanzó un alarido y la luz se detuvo en el aire. Lolo oyó el golpe sordo del cuerpo del hombre al caer y luego sus gemidos de dolor confundidos con los gañidos de las perras bajo su camisa. Por encima de los ayes y los aullidos resonó una tos ronca, que el chico reconoció de inmediato. Desde el suelo, el Piojo movió con esfuerzo el cuello hacia atrás y el haz de luz de su linterna alumbró a Mikis. Estaba de pie, a su espalda. Iluminado desde abajo, parecía un pálido fantasma con un pincho ensangrentado en la mano. Sus dedos también estaban cubiertos de sangre. Dio un paso hacia Lolo.

—¡Vete! —le conminó con aspereza. En ese momento su expresión cambió. Una mueca de dolor deformó su rostro y de la boca salió un bramido.

El Piojo estaba a cuatro patas y le había clavado los dientes en la pantorrilla. El griego le dio un puñetazo para separarlo, pero cuanto más lo golpeaba, con más fuerza aferraba el otro su pierna y con más ahínco la mordía. Los gritos de Mikis se confundían con los aullidos que escapaban de la camisa del Piojo. El foco de la linterna se movía arriba y abajo, iluminando en tenues ráfagas las pinturas de la furgoneta, el jacuzzi, los perros que retrocedían asustados... Con su agitado trazo, iba contando la historia con sus sombras y sus formas. El haz subió al cielo y al bajar al suelo pasó sobre la cabeza de Fuga, que asomaba por la bolsa de rayas. La perra lloriqueaba sin poder escapar, ya que parte de la bolsa había quedado apresada bajo el cuerpo de Noe. Lolo se puso en pie de un salto y corrió a recogerla, pero la joven se irguió sobre un codo para impedirlo.

—¡Lárgate de aquí! —gritó el griego al chico.

Lolo lo vio alzar el brazo con el pincho y clavarlo de nuevo en el cuerpo del Piojo. Apartó la vista al sentir cómo Noe intentaba apresarle un tobillo. Le dio una patada en la cabeza, de un tirón se hizo con la bolsa y corrió con todas sus fuerzas.

9. Amanecer

Lolo huyó en la oscuridad. A su espalda, los gritos sonaban cada vez más lejanos. Corría sin detenerse y las violentas sacudidas de la bolsa de rayas contra su cadera se confundían con los latidos desbocados de su corazón. En dos ocasiones creyó oír las voces de Mikis y el Piojo muy cerca y temió estar moviéndose en círculos y encontrarse en cualquier momento ante la furgoneta, con Mikis tirado en el suelo, muerto, y Noe y el Piojo aguardándolo a él para acuchillarlo. Pero no se cruzó con nadie hasta que, al llegar a un camino asfaltado, un hombre apareció de pronto como si hubiese emergido del suelo. El brazo de Lolo se estrelló contra el pecho del otro con un golpe seco.

—¡Hijo de puta! —lo increpó el hombre—. ¡Te voy a partir la boca!

Lolo corrió aún más rápido. Vio una franja oscura que se abría entre dos casas en ruinas y, sin pensarlo, se adentró por ella. Unos metros más adelante, una tapia frenó su carrera. Se había metido en un callejón sin salida. Indeciso, miró hacia atrás y de nuevo hacia delante y de nuevo hacia atrás. Si lo descubrían no tendría escapatoria, pero tampoco sabía dónde encontrar a Lena ni hacia dónde huir ni en dónde hallar refugio.

El callejón, largo y estrecho, enturbiaba cualquier resto de claridad. Sólo en la entrada las sombras parecían aclararse. Alzó la mano derecha hasta colocarla a un palmo de su cara y tuvo que esforzarse para distinguirla. Si se quedaba allí, en el rincón del fondo, sería difícil que lo viesen desde fuera. Sin perder de vista la boca del callejón, se acuclilló en una esquina y sacó a Fuga de la bolsa con cuidado. La perra gimió. Fue un quejido muy débil.

—¿Te hemos hecho daño? —le susurró.

Recordó los bruscos tirones de Noe para arrebatársela y cómo ambos la habían zarandeado. Le palpó con suavidad la ancha cabeza cuadrada y el cuerpo robusto. Aunque la perra lloriqueaba, permanecía muy quieta. Al tocarle las patas traseras, los gañidos aumentaron. Lolo dobló la bolsa y colocó al cachorro encima para que descansara.

Ningún ruido llegaba hasta él. Aquel silencio parecía estar tejido con la oscuridad del callejón. Era un silencio insólito que Lolo no había sentido en ningún otro sitio. Sordo, ciego, mudo. Como si encerrara dentro de sí todos los silencios de quienes acudían a aquel moridero. Agazapado en su esquina, el chico tuvo el presentimiento de haber llegado por fin al corazón del poblado. Lo que latía bajo los fumaderos y las calles era nada. La nada. Se había adentrado en las tinieblas buscando a su hermana y aquello era lo que había encontrado. Al robarle el móvil le habían arrebatado lo único que tenía de ella, su fotografía. En las hogueras del poblado había ardido la noche y de Lena no quedaban ni cenizas. Exhausto y abatido, el chico temió que tampoco para él hubiera regreso.

Una silueta se detuvo ante la boca del callejón.

—¡Lolo! ¡Lolo! ¿Estás ahí?

—¿Lena? —el chico observó la pequeña y delgada sombra con la misma extrañeza que había

sentido cuando vio a su hermana en el aeropuerto la tarde anterior. Sin responder, ella se adentró en el pasadizo cojeando—. ¡Lena! —corrió hacia ella y se encorvó para abrazarla—. El P-Piojo iba a matarme... Mikis me ha s-salvado... Le ha c-cla-clavado un p-p-p... —temblaba y el temblor se enredaba con su tartamudeo, agravándolo.

Lena chistó mientras apoyaba las manos en la camiseta de su hermano para separarse de él. El pecho de Lolo subía y bajaba, agitado.

—Respira despacio —le ordenó en voz baja, sin permitir que la abrazara, pero sin apartar tampoco sus manos de él.

La respiración anhelante de Lolo se oyó cuando tomó aire y cuando lo expulsó. Bajo las palmas de su hermana, su pecho se fue calmando poco a poco.

—El Piojo ha intentado matarme. Mikis le ha clavado un pincho —repitió en un murmullo y sin tartamudear. Pero, al instante, regresó la angustia y volvió a balbucear—. N-no sé si lo ha matado.

—Tranquilo, el Piojo tiene siete vidas —repuso Lena—. A ése ni siquiera le duelen las puñaladas. Está anestesiado por la droga.

—¿Y Mikis? —un quejido escapó del pecho del chico—. ¿Y si lo ha matado el Piojo?

—Te apuesto lo que quieras a que el griego está vivo y coleando. Aunque tendrán que vacunarlos de la rabia —se rio entre dientes—. Seguro que el Piojo le ha pegado unos buenos mordiscos. Tiene más dientes que sus perros.

Hablaban en susurros en mitad del callejón. La salida cercana diluía la oscuridad, pero para Lolo era su hermana quien había traído con ella la luz, por escasa que fuese.

—¿Cómo me has encontrado?

—Por el tufo —dijo Lena—. Apesta a humo.

Lolo inclinó la cabeza y olfateó su camiseta.

—¿De verdad?

—¿Cómo va a ser verdad? —se burló ella—. Aquí todos olemos a chascas.

—Entonces ¿cómo me has encontrado?

—Me crucé con uno que conozco y me dijo que le habías dado un golpe.

—¿Cómo sabía que era yo?

Lena sonrió.

—Él no lo sabía, yo sí. Me dijo que el cabrón que le había golpeado era más largo que un día sin pan y que había salido huyendo hacia el callejón de los Peludos... El poblado no es tan grande.

—¿Qué dices! Es enorme —protestó él.

—Eso te parece porque es de noche. De día son cuatro calles —Lena hizo un gesto con la cabeza hacia la boca del callejón—. Tenemos que irnos, aún estamos a tiempo de encontrar a Moja. Siempre hace el último viaje antes de que amanezca.

Lolo la sujetó del codo.

—Espera, tienes que llamar a mamá. Lo mismo están ya en la rotonda.

—¿Quiénes?

—Papá y mamá.

Su hermana se soltó y se volvió hacia él. Una súbita hostilidad enronqueció su voz:

—¿En la rotonda? ¿Has hablado con ellos?

—Hablé con mamá. Todavía estaban en casa, pero habían llamado un taxi para bajar aquí.

Ella resopló.

—Nadie los va a traer al poblado. Mamá lo sabe perfectamente, ya se lo dije, pero hablar con ella es como hablar con una piedra.

Lolo se encogió de hombros.

—Llámalos y por lo menos los avisas de que estamos juntos para que mamá se tranquilice.

—Mejor los llamas tú —repuso ella con tono brusco—. Yo no puedo, me han robado el móvil.

—Yo tampoco puedo. El Piojo me quitó el mío.

—¡Menudo cabrón! Eso me lo va a pagar —Lena lo sujetó de la mano como cuando era pequeño y tiró de él—. Venga, vamos, ya los llamarás con el móvil de Moja.

El chico se dejó llevar por la palma encallecida de su hermana hacia la salida del callejón.

—Le dije a mamá que volverías a casa conmigo y no me creyó... ¡Yo tenía razón! ¡Se lo dije! —repitió alborozado.

—No, yo no voy —afirmó ella sin mirarlo.

Él se detuvo en seco. Notó cómo la mano de Lena se tensaba en torno a la suya.

—¿Cómo que no vienes? No puedes quedarte aquí.

—No seas pesado —resopló su hermana y tiró otra vez de él—. Te vas tú y se acabó.

Lolo se resistió sin moverse.

—¿Te quedas por Mikis? —aventuró.

—¿Qué dices? —replicó ella mientras intentaba arrastrarlo. Sólo unos pasos los separaban de la boca del callejón.

—¿Te quedas porque él se fue del hospital para estar contigo? —insistió el chico.

Lena le soltó la mano y se volvió hacia él.

—Pero ¿de qué hablas?

—Me lo contó él. Me dijo que lo ingresaron y que se escapó al día siguiente por no dejarte aquí sola.

—¿Tú te crees todo lo que te cuentan? —lo increpó—. No se fue del hospital por mí. ¡Se fue por él! Aquí todos sabíamos que volvería.

Aquel ataque inesperado agitó la confusa mezcla de rencor y de amor hacia su hermana que anidaba en el corazón de Lolo. Con el ceño fruncido, se inclinó hacia ella.

—¡Me da igual por qué regresó Mikis! Yo no voy a irme a casa sin ti, no voy a dejarte sola en este sitio, Lena, es muy peligroso. ¡Casi m-me matan!

Ella suspiró.

—Lolo, te juro que a mí no me va a pasar nada. Aquí nos conocemos todos. Yo veo venir la situación antes de que ocurra. El único que corre peligro eres tú. Tienes que irte —parada frente a él, tomó aire y exclamó teatralmente—: ¡Piensa en mamá!

—Estoy pensando en mamá, por eso tenemos que irnos los dos. Si tú no vuelves a casa, yo tampoco.

—Joder, Lolo, no puedes quedarte, ¿cómo quieres que te lo diga? —Lena golpeó el suelo con un pie—. Aquí no estás seguro y tú lo sabes. ¡Si tienes el miedo pintado en la cara desde que llegaste!

—¡Claro que tengo miedo! —protestó él, indignado—. ¡Han estado a punto de matarme!

—Por eso tienes que irte —zanjó ella y, una vez más, le aferró la mano y tiró de él—. Venga, en marcha. Si no nos damos prisa, Moja ya se habrá ido cuando lleguemos a casa de Esma —al ver que él se resistía, exclamó con acritud—: ¡Espabila!

—¿Que espabile yo? —Lolo apartó el brazo para que su hermana lo soltara—. ¡La única que tiene que espabilar eres tú! No te das cuenta de dónde vives ni con quién vas ni cómo estás —iba

alzando la voz a medida que hablaba—. ¡No ves nada! ¡¡No ves nada!!

Lena lanzó una carcajada.

—¿Cómo voy a ver? Esto está más negro que el sobaco de un grillo.

Al escuchar su risa, una rabia feroz se apoderó de Lolo.

—¡No tiene ninguna gracia! —dijo con los puños cerrados—. Me han apedreado, me han robado, han intentado matarme... Y encima te ríes.

—No te enfades —dijo su hermana sin dejar de reír.

Reía como si el pánico que atenazaba al chico fuese un ridículo terror infantil. Todo lo que había padecido aquella noche no significaba para Lena más que un juego. Lolo se revolvió furioso contra ella:

—¿Tú no te miras en el espejo? ¿No ves cómo estás? ¡Estás horrible! Tienes la cara llena de marcas y de costras. Te está comiendo la droga. Vas a acabar como Noe...

Lena se cruzó de brazos.

—Te has vuelto loco —le dijo, pero ya no se reía.

—¡Tú sí q-que est-tás loca! —a Lolo lo ahogaba la cólera y tartamudeaba sin poderla controlar—. Mikis me ha dicho q-que trabajas como p-p-puta.

—¡Eso no es cierto! —afirmó su hermana y se quedó callada. Su silencio se diluyó en el silencio del callejón. Cuando volvió a hablar su voz era más opaca, más plana—: Lolo, es muy tarde y los dos estamos cansados. Es mejor que te marches a casa.

—Sólo si vienes conmigo.

—Te juro que mañana me acerco a comer con vosotros. Así me cuentas qué tal lo has pasado en Inglaterra. Entre unas cosas y otras, al final no hemos tenido tiempo de hablar —intentaba sonar alegre, aunque aquel tono risueño que se superponía a su brusquedad habitual no terminaba de encajar.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no he estado en Inglaterra? ¿Tú no me escuchas? He estado en Ir-lan-da —replicó él, exasperado, subrayando cada sílaba.

Ella golpeó de nuevo el suelo con el pie.

—Donde tú quieras. Muévete.

Lolo se dio la vuelta, se aproximó a la pared que tenía a su izquierda y se acuclilló.

—No —dijo, y apoyó la cabeza en las rodillas, como si se dispusiese a dormir. Las palabras de su hermana sólo eran ruido. Un ruido a veces brusco, a veces inseguro, a veces cruel, a veces irónico, a veces impaciente. Un eco vacío.

—Ya basta de juegucitos —resopló Lena—. Ponte de pie y vámonos.

—Eres una mentirosa —le contestó su hermano, sin moverse—. Mamá tiene razón. No quieres irte del poblado. No te vas a ir nunca. El día que toques fondo será en la tumba.

—¿Qué dices? Yo salgo de aquí cuando me da la gana.

—Mentira. Tú crees que entras y sales, pero la realidad es que no te puedes ir de aquí. Siempre regresas.

—Mamá te ha calentado bien la cabeza, ¿eh? —gruñó su hermana.

Lolo alzó el rostro para respirar. Se estaba ahogando en aquel caldo espeso y negro en el que estaba hundido, en el que todos estaban hundidos hasta el cuello por culpa de Lena.

—¡Eres una egoísta! —estalló—. Sólo piensas en ti. No tienes ni idea del daño que les estás haciendo a papá y a mamá. Están destrozados, ¡aunque, claro, a ti qué te importa!

—Sí me importa —repuso ella.

—¡No me lo creo! Si fuese verdad, vendrías a casa conmigo.

—Mañana voy, ¿cuántas veces quieres que te lo repita?

—No me creo ni una palabra de lo que dices. ¡Eres una mentirosa! Mamá tenía razón cuando me dijo que no debía haber venido —se quejó él con amargura.

—¡Pues no haber venido! No sé qué haces todavía aquí. Cuanto antes te largues, mejor para todos.

Él se abrazó las piernas y permaneció inmóvil. Lena resopló:

— ¿Vas a levantarte o voy a tener que remolcarte?

Su rostro era una mancha oscura e imprecisa. Lolo no sabía qué pensaba Lena, qué sentía. ¡Ya no sabía quién era! Parecía otra, familiar y extraña al mismo tiempo. ¿Acaso su recuerdo de ella no era real? ¿Se había imaginado a su hermana hasta ahora? Cuando subió al coche de Moja para ir al poblado iba dispuesto a adentrarse en lo desconocido, pero lo que no sospechaba era que lo único conocido, su hermana, se revelaría irreconocible. El poblado, como una goma de borrar sucia, había emborronado el pasado y amenazaba con emborronar el futuro y dejar sólo el presente, aquel presente opaco y sin sentido.

Lena se acercó y se acuclilló a su lado con un leve gemido. Se llevó una mano a la cadera donde le había golpeado la vara de Pájaro y la masajeó en suaves círculos.

—¿Sabes qué echo mucho de menos? —dijo—. Jugar contigo a la Play tirados en el sofá.

Lolo no estaba preparado para ese súbito gesto de ternura y empezó a llorar en silencio. No lloraba de miedo ni de rabia. Era un llanto distinto. Reconoció lo que subyacía bajo las palabras de su hermana, el espacio de donde habían surgido, y lo invadió una pena desmesurada.

—¿Qué te pasa ahora? —Lena puso la mano sobre su muslo y lo acarició tímidamente con el pulgar.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué lloras?

—En casa la comida ya no sabe bien —musitó él entre lágrimas.

—¿La comida? —ella lo miró perpleja. Notaba el hueso redondo y duro de la cadera de su hermano contra la suya.

—N-no está buena desde que t-tú no estás —dijo él sin dejar de llorar.

Su hermana chascó la lengua.

—¿Cómo no van a estar buenas las albóndigas de mamá? Con esa salsita tan rica...

—Están sosas... Todo está soso: el cocido, la paella, la carne guisada... Todo... ¡Es un asco!

De repente, como si se diera cuenta de lo que decía, Lolo comenzó a reír. Lloraba y reía al mismo tiempo y Lena rompió a reír también.

—¡Ni se te ocurra hablar mal del cocido de mamá! Eso es un sacrilegio.

—Está soso —repitió él, y se rio aún más.

Ella se llevó un dedo a los labios y chistó, pero Lolo siguió riendo y, sin poderlo evitar, Lena se dejó llevar por su risa.

—¿Te acuerdas de aquella vez que había sopa de primero —le dijo en un animado murmullo— y empezamos a reírnos en la mesa y no podíamos parar y papá se enfadó y nos ordenó que nos calláramos y nosotros no podíamos parar y de la risa a ti se te salieron los fideos por la nariz?

A causa del esfuerzo para reír sin hacer ruido, Lolo arrugaba la cara y lloraba, aunque ahora sus lágrimas eran sólo de risa. Lena soltó una carcajada.

—Tú debías de tener siete años.

Inmersos en la sofocante penumbra, con los costados unidos y los brazos pegados como si sus pieles sudorosas fuesen sólo una, los dos hermanos reían. Reían en medio del callejón, rodeados

de caminos que no llevaban a ninguna parte, ajenos al poblado y a las autopistas que lo cercaban. Reían ajenos al sucio río que esbozaban los charcos, al río de fuego que dibujaban las hogueras, al agónico río de cuerpos. Reían ajenos a todo menos a su risa.

Cuando pararon de reír, Lena echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la pared. Lolo volvió el rostro hacia su hermana, sonriendo. Permanecieron así unos instantes, atrapados por aquella repentina intimidad. Luego ella se irguió y lo sujetó de la mano para que se levantara. Lolo se la retuvo sin moverse. Le acarició el dorso, sus huesos finos y pequeños, y Lena cedió y se sentó de nuevo a su lado. En la penumbra ninguno era más alto ni más bajo. Ninguno percibía bien los ojos del otro ni sus gestos. Lo físico, con su rígida exigencia, se había atenuado y en su lugar había resurgido algo distinto e inmaterial. Inexplicable e imperecedero.

—No es verdad lo que te he dicho. Tú nunca estás fea —dijo Lolo en voz baja.

—Estoy horrible —repuso ella, y se llevó la mano a una de las costras que tenía en la frente—. Con la heroína te rascas tanto que te haces heridas, pero aquí eso da lo mismo.

—¿Por qué no vuelves a casa conmigo? —susurró él. Era un ruego para que regresara; también era una pregunta para lograr comprender.

Lena enrolló un mechón de su cabello con el índice y el pulgar y lo estiró.

—No sé... Hay algo... No sé... Hay algo que me ata.

Hablaba con una voz que Lolo no conocía. Era una voz distinta. Frágil. Muy frágil.

—¿Qué? ¿Qué te ata?

—No sé... No lo sé, es difícil de explicar... Cuando llevas tiempo sin venir lo echas de menos —tiró del mechón con fuerza—. Esto es una mierda.

—¿Por qué no lo dejas?

—Eso me pregunta mamá cada vez que habla conmigo. Ya sé que ella piensa que yo no quiero desengancharme, pero no es verdad. Cuando le digo que quiero dejarlo no miento... Quiero, pero al final siempre recaigo...

Lolo notaba el cuerpo menudo y nervioso de su hermana contra su costado.

—Papá, mamá y yo te vamos a ayudar —dijo en tono firme y cálido—. Esta vez yo voy a estar contigo, te lo juro. Tienes que confiar en nosotros. Somos tu familia.

—Ya sé que estáis ahí, pero no sirve...

Aunque le costaba hablar, Lolo sabía tantear el silencio entre las palabras, el desasosiego detrás de ellas.

—Si nosotros no podemos ayudarte, ¿por qué te fuiste del último centro entonces?

—Me equivoqué —dijo ella con aspereza—. Me veía bien y creí que podría compaginarlo. Que podía seguir bien y consumir... Una vez que metes la pata, ya no puedes parar. Al principio crees que controlas, pero no es verdad.

—Puedes volver al centro cuando quieras. Mañana mismo —la animó él—. A ése o a otro que tú prefieras.

—No sé... —Lena soltó el mechón y se secó la frente sudorosa—. ¡Qué calor!

—¿No puedes dejarlo?

Ella calló. Mientras esperaba que respondiera, Lolo se llevó las manos a las rodillas y se masajeó las rótulas.

—¿Te duelen? —dijo al fin su hermana.

—Es de estar en cuclillas —el chico sonrió y se encogió de hombros—. Ya se me pasará

cuando termine de crecer.

—A mí a veces me duele todo el cuerpo... Cuando consumo es como si todas las piezas se colocaran en su lugar y el dolor desaparece.

—Eso se puede quitar con medicinas —repuso él con rapidez. Al ver que ella no contestaba, insistió—: Yo no consumo, aunque me duela.

El silencio de su hermana se mezcló con la oscuridad.

—Lolo, es eso, pero es más cosas. No sé... —Lena vaciló, en busca de las palabras adecuadas—. Es... No sé cómo explicarte... —titubeaba al hablar igual que, por la cojera, titubeaba al caminar—. Es una sensación de paz... Te relajas tanto que se te olvida hasta respirar... Es... Es lo más parecido a dejar de vivir... ¿Me entiendes?

Lena escuchó la respiración temblorosa de su hermano, agitado como un pájaro caído del nido. La fragilidad de él le devolvía su propia fragilidad.

—¿Te quieres mat-tar? —balbuceó él—. ¿Quieres morirte?

—No, claro que no —dijo ella, y su voz se convirtió en un arrullo para tranquilizarlo—. Es muy difícil de explicar... La droga no te deja pensar.

Los dos se quedaron en silencio. Lolo quería abrazarla y, al mismo tiempo, recelaba de que, al estrecharla, su hermana se encerrase de nuevo en sí misma. Le acarició la mano con delicadeza, como quien teme que el gesto más inocente rompa un efímero encantamiento.

—¿No te da miedo acabar como Noe? —preguntó muy despacio.

—Mucho —susurró ella—, pero no quiero pensarlo.

El poblado, con su primitiva crudeza, con su brutalidad, había materializado preguntas que Lolo jamás se había atrevido a hacerse. Que jamás se habría atrevido a hacer. Había tenido que llegar allí, a un callejón sin salida, para verbalizarlas y descubrir que no había respuestas. Lena era incapaz de esclarecer ninguna cosa porque ella se había convertido para sí misma en el mayor interrogante.

Pero nada de eso le importaba ahora a Lolo. Lo único que le importaba era sacarla de allí. Lo único que le importaba era aquel apego irracional que lo unía a ella, que lo empujaba a rogarle que volviese a casa y a velar por ella.

—Ven conmigo —le pidió.

Giraban una y otra vez en la misma rueda, pero estaban juntos, cogidos de la mano, con miedo del miedo que era parte del poblado.

—Lo he intentado muchas veces. No sé... A lo mejor es mentira... A lo mejor me miento a mí misma y les miento a papá y a mamá... Sé que les hago daño, que les he hecho sufrir mucho. Me da pena que lo pasen mal por mí, pero yo no me doy pena. Me doy rabia.

—Tú siempre has sido su favorita —dijo Lolo—. Siempre has conseguido lo que querías.

—Eso no es verdad —rechazó ella—. A quien más han mimado es a ti, que eres el pequeño.

—No, no me han mimado porque fuese el pequeño, sino porque soy tartamudo. Yo soy el tonto y tú, la lista.

—¡Menuda lista! Ya me ves —Lena chascó la lengua—. Eso sí, tú sigues siendo tonto, por eso dices tantas tonterías —calló y luego dijo con su voz callejera—: Los pobres padres no han tenido suerte: un hijo tartamudo y una hija drogadicta...

—Somos dos bichos raros —asintió Lolo.

—Al menos, tú ya no eres tartamudo.

—¿Cómo que no soy tartamudo? —protestó él—. ¿Cuántas veces me has ordenado esta noche que respire despacio para que no me atascara?

—Eso te ha pasado porque estabas asustado... Y cuando te has cabreado conmigo.

Su hermano irguió su torso largo y flaco.

—¿Sabes? Al poco de llegar a Irlanda le di una hostia a un chaval del internado por burlarse de mí.

Lena se rio.

—¡Bien hecho! Darth Vader era tartamudo de niño y luego lo corrigió, igual que tú. Seguro que también él pegó sus buenas hostias a más de uno.

—En el internado nadie más volvió a burlarse de mí, yo intenté hablar lo menos posible y me convertí en el Mudo —Lolo reclinó la cabeza contra la pared—. Siempre seré tartamudo, aunque no tartamudee.

Ella se encogió de hombros.

—No lo entiendo.

Hablaban en susurros y hasta la noche, en torno a ellos, parecía respirar quedamente.

—¿Te acuerdas de que no tartamudeaba cuando cantábamos juntos de pequeños? Pero en cuanto acababa la canción volvía a trabucarme... —dijo Lolo con voz quejumbrosa—. Oír música me lo recuerda. Por eso la odio. Me recuerda lo que soy, aunque no lo parezca: ¡un tartaja!

Lena jugueteaba con su mechón mientras lo escuchaba.

—*Vamos los dos, los dos, los dos...* —comenzó a tararear—. ¿Por eso no te acuerdas de esta canción? Era tu preferida.

—*Al jardín de la alegría quiere mi madre que vaaaya...* —empezó a cantar Lolo en voz muy baja.

Lena hizo gesto de aplaudir sin ruido.

—¡Eso! ¡Eso es! —exclamó alborozada.

—No me acordaba, te lo juro, pero justo antes de encontrarme con el Piojo me vino a la cabeza —dijo su hermano y siguió cantando—: *A ver si me sale un novio lo más bonito de Espaaaña...*

La voz de Lena abrazó la de Lolo y ambas se elevaron ligeras en el aire:

—*Vamos los dos, los dos, los dos. Vamos los dos en compañía. Vamos los dos, los dos, los dos. Al jardín de la alegría.*

Los dos hermanos cantaban en voz baja como si hubiesen regresado al pasado y al cantar respirasen el aire atrapado en ese instante que ya no existía.

Cuando terminaron, Lena se apoyó en el hombro de Lolo para levantarse.

—Venga, vamos.

Lolo miró la mano de su hermana, tendida hacia él.

—¿Los dos? —preguntó, receloso—. ¿Me lo prometes?

—Sí, vamos los dos, como en la canción —asintió ella.

Él cogió entonces su mano y se puso en pie. En silencio se dirigieron a la salida del callejón. Lena marchaba con paso muy lento.

—¿Qué te sucede? —le preguntó él.

Ella se acarició la cadera golpeada, pero no mencionó lo sucedido.

—Cuando estoy cansada me duele más la cicatriz —dijo.

—Apóyate en mí.

Lena le pasó el brazo por la cintura y lo estrechó contra sí.

—No tienes más que piel y huesos —sus dedos se deslizaron sobre las costillas marcadas—. Pareces un galgo.

De repente Lolo se acordó de Fuga.

—Espera un momento —dijo. Dio la vuelta y regresó al callejón.

—¿Dónde vas?

—Espera —repitió él sin mirar atrás.

En la esquina seguía la bolsa, pero la perra ya no estaba encima.

—Fuga —la llamó en voz baja—. Fuga.

Avanzó muy despacio, pegado al muro. Iba inclinado para tantear el suelo. Un gruñido cerca de sus dedos le hizo dar un respingo. Se irguió de inmediato al pensar que podría ser una rata, pero en el aire se escuchó un débil ladrido.

—Fuga, soy yo —se acuclilló y sus manos dieron con el cuerpo cálido del cachorro. Estaba acurrucado y Lolo lo acarició con mucho cuidado para no lastimarlo—. ¿Estás mejor? —susurró.

Notó cómo Fuga se levantaba y cómo, al instante, volvía a tumbarse con un gemido.

—No te preocupes, nos vamos a casa —el chico la cogió en sus brazos, le dio un beso en la cabeza y se apresuró hacia la boca del callejón.

Cuando salió, lo detuvo la voz de su hermana:

—Así que la tenías tú.

Fuera del callejón la oscuridad era menos densa, como la veladura que da una gasa negra sobre los ojos. Lolo distinguió el gesto alarmado de Lena.

—¿Dónde estaba? —ella alzó una mano antes de que Lolo pudiese responder—. No, no me cuentes, no quiero saberlo. Deja a la perra donde la has cogido y vámonos.

—Me la voy a llevar a casa.

—No, no te la puedes llevar.

El chico frunció el ceño.

—Mamá me ha dicho que puedo.

—Me da igual lo que te haya dicho mamá. Ahora mismo la vas a dejar donde estaba.

—Si la dejas aquí, la van a matar.

Un relámpago de ansiedad crispó el rostro de Lena.

—Si los Culata te ven con ella, a quien van a matar es a ti y, a continuación, a mí.

—No te preocupes, nadie la va a ver —Lolo tiró de su camiseta negra hacia abajo y cubrió a Fuga con ella, dejando sólo el hocico azulado al aire para que respirara. Luego la estrechó con cuidado contra su estómago y volvió el rostro hacia su hermana—. En casa estará a salvo.

—Escúchame, en el poblado no hay secretos —Lena miró hacia atrás con nerviosismo—. No te estoy diciendo que la entregues: la dejamos aquí y nos vamos.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo voy a hacer. La he llevado escondida toda la noche y ahora que estamos a punto de irnos no pienso abandonarla.

—¿Nadie la ha visto?

—Sólo el Piojo y Noe.

—¿Por eso te atacó el Piojo?

Su hermano asintió.

—Noe me quitó a la perra y, cuando intenté recuperarla, el Piojo se lanzó a clavarme el cuchillo.

Lena giró las palmas al cielo.

—Pero ¿por qué no dejaste que se la llevara Noe? —dijo, exasperada.

—Porque iba a venderla para las peleas.

—¿Y a ti qué más te da?

—No quiero que la maten —se acercó a su hermana y destapó a la perra para mostrársela—. Mira qué carita tiene. ¿A que es muy guapa?

Lena retrocedió.

—¡No me la acerques! ¡No quiero verla!

Lolo dejó a Fuga en el suelo. El cachorro intentó caminar, pero lloriqueaba y se tambaleaba como un boxeador noqueado.

—¿No ves que no puede andar? ¿Cómo la voy a abandonar?

Su hermana lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? ¿La sociedad protectora de animales? No seas gilipollas, ¿cómo te la vas a llevar? ¡Que nos van a matar! —exclamó, colérica.

Lolo recogió a Fuga del suelo y la escondió de nuevo en su camiseta.

—La van a destrozarse como destrozaron a todos los que viven aquí —se encorvó hacia su hermana con gesto suplicante—. Lena, por favor.

La ira deformaba el rostro de su hermana. De la fragilidad que había mostrado en el callejón no quedaba huella.

—¡Suéltala, joder!

—No.

—¡Que la sueltes, te digo! Vas a hacer que nos maten.

Lolo se irguió. Cuanto más enfurecida, más pequeña parecía su hermana.

—No.

—¡Me cago en la hostia puta! ¡Estás loco! —Lena se dio la vuelta y se alejó.

Lolo apretó a Fuga contra sí y la siguió.

—Lena, espera.

Ella ni siquiera volvió la cabeza.

Apenas se cruzaban con gente, salvo algún yonqui solitario que avanzaba dando tumbos y en silencio. Las familias que antes charlaban sentadas a la vera del camino se habían marchado, dejando tras ellas las sillas vacías. Las enormes fogatas se habían extinguido y sólo aquí y allá parpadeaban las brasas entre las cenizas. Aunque ningún fuego iluminaba el paraje, la oscuridad era distinta, menos intensa, como si el compacto tejido de la noche se estuviera deshaciendo. El calor había dado paso a un leve frescor. Habían enmudecido los gritos de las madres llamando a sus hijos, las exclamaciones de los hombres jugando al dominó, las voces de los jóvenes, el zumbido de las motos, la música que escapaba por las ventanillas abiertas de los coches... Nada se oía en el paraje solitario, y aquella silenciosa quietud alivió a Lolo como una breve tregua al final de la larga noche.

Avanzaba con los ojos fijos en su hermana, las manos en contacto con el cuerpo tibio y palpitante de Fuga a través de la camiseta. La perra gemía.

—Aguanta un poco más —le susurró Lolo.

A pesar del dolor en la cadera, Lena caminaba ahora deprisa. La camiseta amarilla parecía abrir la oscuridad con su fulgor mate. Aunque iba dando saltitos por la cojera, sorteaba con agilidad los charcos. Lolo la seguía dando trapiés, pero no le importaba porque su hermana iba a volver a casa con él. Tropezó con una manguera y a punto estuvo de darse de bruces contra el suelo. Muy cerca, pegado a un muro, dormía un hombre. Su cuerpo tumbado se confundía con los bultos informes de los objetos tirados entre la basura.

Una voz de mujer se alzó a espaldas de los hermanos.

—¡Al ladrón! —gritó—. ¡Al ladrón!

Lolo y Lena giraron al mismo tiempo la cabeza hacia el camino en sombra.

—¿V-ves a alguien? —dijo él, incapaz de distinguir a nadie entre los escombros y las furgonetas aparcadas.

—¡Al ladrón! —se oyó otra vez.

—¿Es Noe? —preguntó Lolo, atenazado de terror.

—¡Suelta a Fuga! —exclamó Lena, muy pálida—. ¡Suéltala, ya! ¡Que nos van a matar, imbécil!

—No —dijo él sin tartamudear, aunque le temblaba hasta la lengua.

Su hermana maldijo y se desvió a la izquierda. Lolo fue tras ella por una senda empinada y abrupta. Iba trastabillando en los desniveles del terreno, tropezando con las piedras. Cuando salieron de nuevo al camino, Lena se volvió hacia él.

—Pasa delante, rápido.

—¿Y tú? —dijo su hermano con una mueca de desesperación.

—Yo iré detrás. Camina recto, ya te diré cuándo parar.

Lolo obedeció y se colocó delante. Marchaba evitando dar zancadas para no dejar atrás a su hermana.

—¡Deprisa! —le urgió ella.

Sin detenerse, él se volvió para mirarla. Lena iba cojeando.

—No vas a poder seguirme.

—Preocúpate por ti, que bastante la has liado ya. Tira adelante. No mires atrás. Tenemos que llegar donde Esmá antes de que se vaya Moja. ¡Hay que salir de aquí cuanto antes!

Lolo continuó caminando un poco más rápido, pero atento al pisar titubeante de Lena tras él. Un paso, silencio, un paso, silencio. Un andar a medias, indeciso, como si parte de ella lo siguiera y otra parte de ella estuviese ausente. Cada paso que escuchaba hacía más profundo el silencio del otro. Lolo avanzaba reprimiendo las ganas de volverse, ansioso por verla, temeroso de que en cualquier momento desapareciera. Caminaba como si sus ojos fuesen oídos, como si sus brazos fuesen oídos, como si sus piernas fuesen oídos.

Lo primero que distinguió fueron los faros encendidos de un coche. Estaba detenido unos metros más adelante, a la derecha del camino. Su hermana lo empujó por la espalda para que avanzara más deprisa.

—Rápido, ya estamos —lo apremió.

Al aproximarse, Lolo vio a Moja de pie junto al Seat León negro. Charlaba con una mujer corpulenta que llevaba un vestido amarillo largo y el pelo recogido en un moño alto. Moja lo señaló y ella se volvió. El chico identificó de inmediato a Esmá y, a continuación, reconoció la alambrada azul y el bidón junto al portón abierto. El fuego se había consumido, pero las brasas iluminaban los agujeros del metal. Acucillado junto al bidón estaba Billy, con el rostro oculto por la gorra de visera.

Sin quitarle la vista de encima a Lolo, Esmá se dirigió a Lena.

—¿Dónde estaba éste? —dijo con su voz gruesa.

El chico colocó los brazos sobre la camiseta para ocultar a Fuga de los ojos de la mujer.

—En el callejón de los Peludos —contestó Lena, y se volvió hacia Moja con gesto apresurado—. Creí que no te pillábamos.

—Me iba ya, son las seis y media. Me llamó uno para que bajase a recogerlo a casa de Esmá, pero no ha aparecido. Lo mismo vio esto cerrado y se fue —una sonrisa ensanchó el rostro del

hombre—. Con vosotros salvo el viaje.

Esma colocó los brazos en jarras.

—Esto no es un veinticuatro horas.

—Eso mismo yo les digo, pero así es el negocio. Me enfado con ellos, pero al final les coges cariño de tanto traerlos y llevarlos. Ante todo son personas, ¿no? —se rio Moja. Entró en el Seat, cerró la puerta y asomó la cabeza por la ventanilla abierta—. Esperad un momento a que gire el coche.

Con los ojos fijos en el Seat, Lolo dijo para sus adentros: «Nos vamos a casa, nos vamos a casa, nos vamos a casa». Lo repetía como si las palabras ayudaran a Moja a maniobrar más rápido para dar la vuelta.

El coche se detuvo de nuevo junto a ellos, pero el hombre salió.

—Un minuto, voy a mear.

Lena abrió la puerta trasera.

—¡Sube! —acució a su hermano.

Él se inclinó para entrar y, con la prisa, lastimó a Fuga. Un aullido escapó de la camiseta.

—¡Tú, quieto! —ordenó Esma—. ¿Qué llevas ahí?

El chico se irguió y miró de reojo a Lena. Su hermana temblaba y, sin poderlo evitar, empezó a temblar él.

—No es nada —Lena se colocó delante de Lolo.

La gitana se aproximó y la apartó con brusquedad. Lolo sintió el aliento áspero de la mujer, el poder que tenía. Abrazó a Fuga y retrocedió, pero su espalda chocó con el vehículo.

—Enséñame lo que llevas ahí —le dijo Esma.

Al chico le costaba respirar. En el portón, Billy se había alzado la visera de la gorra y los observaba.

—Enséñasela —musitó Lena. Al ver que su hermano permanecía inmóvil, exclamó con la misma voz brusca de la gitana—: ¡Obedece!

Con dedos temblorosos, Lolo sacó a Fuga de la camiseta. Los ojos de Esma fueron del cachorro gris al chico, que, incapaz de sostenerle la mirada, bajó la cabeza. El vestido amarillo de la mujer era un camión ceñido que le marcaba los gruesos pliegues de grasa del vientre. Entre las manos de Lolo, Fuga gruñía con el lomo erizado. Esma se aproximó hasta casi tocarlos y el cuerpo del animal se tensó, rígido. A Lolo se le enturbió la vista.

—¿Es la perra de los Culata? —bufó la gitana.

—Se la encontró en el callejón. Él no la ha robado —se apresuró a contestar Lena—. Ya le he dicho que la suelte, pero no me escucha.

Esma callaba y la chica empezó a balbucear:

—Te juro que él no sabía que era de los Culata. Te lo juro por lo que más quiero... Se la encontró medio muerta, a saber qué le ha hecho la hijaputa de Noe. Él la recogió porque le dio pena. Pero él no sabía... No sabe nada... Cómo lo va a saber... Es un crío. Nunca ha bajado aquí. No conoce esto... Te juro que la va a dejar, te lo juro...

Moja regresó al coche, desperezándose. Sin prestar atención a las mujeres y al chico, se sentó frente al volante. Su voz salió por la ventanilla:

—Venga, subid, nos vamos.

Esma alzó un índice hacia Lolo.

—Tú, mírame.

El chico alzó la vista. El rostro moreno y desconfiado de la mujer parecía converger en sus

pequeños y brillantes ojos negros.

—Llévate esa mierda de perro y que no te vuelva a ver por aquí —Esma se dio la vuelta y dijo en voz suficientemente alta para que la oyeran—: ¡Más les tenían que robar a esos *desgraciaos*! ¡Tenían que dejarlos desnudos y desterrarlos!

Se dirigió al portón balanceando su grueso culo. El camión amarillo flameó en la oscuridad hasta que desapareció en el patio.

—¡Deprisa! —apremió Lena a su hermano.

Abrazando a Fuga, Lolo se sentó en el asiento trasero y cerró la puerta. Desde el patio salió la voz de Esma:

—¡Lena!

La chica miró hacia atrás. El portón seguía abierto. Billy había enterrado la cabeza entre las rodillas flexionadas y se confundía con las sombras.

—¡¡Lena!! —gritó Esma de nuevo.

Ella vaciló un instante. Luego se volvió hacia el coche, metió la mano en una de las copas del sujetador de encaje, sacó los dos billetes que le quedaban, uno de diez euros y otro de cinco, se inclinó y se los tendió a Moja por la ventanilla.

—¡Marchaos ya! Deja a mi hermano en casa, él te dirá dónde vive.

—¿Cómo? ¿No vienes? —se sobresaltó Lolo, y le apresó la mano para retenerla. La uña pintada de amarillo de su meñique se confundió con las uñas amarillas de su hermana—. No puedes quedarte aquí.

Lena apoyó los antebrazos en la ventanilla.

—Esma se ha portado muy bien con nosotros. No puedo irme ahora, me está llamando. Te juro que luego me lleva Moja —liberó la mano que aprisionaba Lolo y acarició a la perra, tumbada en el regazo del chico. Fuga había colocado la cabeza entre las patas y tenía cerrados los párpados—. Tienes que sacarla de aquí. Ha tenido mucha suerte, va a estar muy bien contigo.

Lolo la abrazó. Ella apoyó la cabeza en el hombro de su hermano y estrechó su delgado pecho. Luego se separó y lo miró con los ojos muy abiertos, como si esperara que ellos explicaran lo que ella no era capaz de decir. Los dos hermanos se miraron con sus ojos idénticos, las chispitas verdes en el fondo castaño.

—¡¡Lena!! ¡¡Entra y cierra la puerta!!

El grito de Esma los sobresaltó. Lena parpadeó varias veces muy rápido y se irguió.

—Ven conmigo, por favor —le imploró Lolo.

Ella volvió a inclinarse y habló con firme delicadeza:

—Diles a papá y a mamá que los quiero mucho —sus ojos se volvieron hacia Moja—. ¡Vete! —le ordenó.

Lolo sacó los brazos por la ventanilla para intentar retenerla, pero ella ya se alejaba y sólo aferró aire. La llamó, pero Lena siguió caminando hacia el portón con paso titubeante. Moja arrancó y el Seat empezó a rodar en dirección contraria.

—¡Para! —suplicó el chico, volviéndose hacia él.

—No te preocupes por Lena, no le va a pasar nada —le contestó el otro con la vista fija en el camino—. Las mujeres que viven aquí son muy fuertes.

El coche avanzaba lentamente, con su vaivén de barco al entrar y salir de las pozas. Colgada en el espejo interior se balanceaba la mano de Fátima. Su ojo azul, incrustado en la palma plateada, parecía vigilar para que nadie impidiera la huida del chico y de la perra. Abatido, Lolo se asomó de nuevo por la ventanilla y miró hacia atrás. Su hermana ya había desaparecido. Se había

desvanecido como humo que impalpable se disipa en el éter.

—Ya está amaneciendo —dijo Moja.

Lolo volvió la cabeza hacia delante. En el horizonte se abría una línea clara, una grieta de luz en las tinieblas.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin mi Eurídice, que me abrió las puertas del Hades, me guio y veló por mí. Cuando entramos, me dio la mano; yo no se la he soltado.

Tomás y Diego fueron mis primeros lectores. A lo largo de la escritura, vigilaron con especial ferocidad que la tensión de la historia no decreciera.

Diana me ofreció sus sabios ojos para reconocer el pasado en el presente.

Clara prestó su lengua trasatlántica a Martina.

El ritmo de la novela tiene una deuda con Calao, mi músico favorito.

Quiero agradecer asimismo a AC/E y a Toji Cultural Foundation, en Corea del Sur, el silencioso y bello microcosmos que me ofrecieron para empezar a escribir este libro.

¿Alcanza el amor para salvar una vida del desastre?



Esta es la historia de dos hermanos. El pequeño se llama Lolo y tiene dieciséis años. Su hermana mayor, Lena, está enganchada al crack y a la heroína. Lleva un año fuera de casa y nadie conoce su paradero. Un día de agosto, Lolo la encuentra en el aeropuerto de Barajas, donde obtiene dinero con pequeños hurtos. Para convencerla de que vuelva a casa con él, decide acompañarla al poblado chabolista donde Lena compra la droga y parece que vive. Cuando llegan allí, cae la noche y Lolo se encuentra con una realidad aparentemente caótica e infernal. Lena le da esquinazo y él se ve de repente solo, perdido y en medio de una lucha de clanes. En el momento en que ella se entera de que la vida de Lolo corre peligro, sale en su busca. Por separado, cada hermano intenta encontrar al otro en una carrera contrarreloj.

¿Hasta dónde es capaz de llegar una yonqui por salvar a su hermano? ¿Dejará que lo maten si él pone en peligro su consumo? Y ¿hasta dónde es capaz de llegar Lolo para salvar a su hermana, que se hunde en el abismo? ¿Arriesgará su propia vida?

Todo arde habla de lo que significa la familia, de la fina línea que separa la normalidad del desastre y del rastro de luz que deja siempre el amor.

Sobre Nuria Barrios

Nuria Barrios es autora de las novelas *El alfabeto de los pájaros* (2011) y *Amores patológicos* (1998); de los libros de relatos *Ocho centímetros* (2015), *El zoo sentimental* (2000) y *Balearia* (2000), y de los libros de poemas *La luz de la dinamo* (2017), ganador del Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado, *Nostalgia de Odiseo* (2012) y *El hilo de agua* (2004), ganador del Premio Ateneo de Sevilla. Como cuentista está presente en numerosas antologías, la más reciente: *Tsunami, miradas feministas*.

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2020, Nuria Barrios

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Silvia Grav

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-3873-3

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Todo arde](#)

[Citas](#)

[0. El robo](#)

[1. El descenso](#)

[2. El ventanuco](#)

[3. La esclava](#)

[4. Los Culata](#)

[5. El niño](#)

[6. El ciego](#)

[7. Los Tiznaos](#)

[8. El Piojo](#)

[9. Amanecer](#)

[*Agradecimientos*](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Nuria Barrios](#)

[Créditos](#)